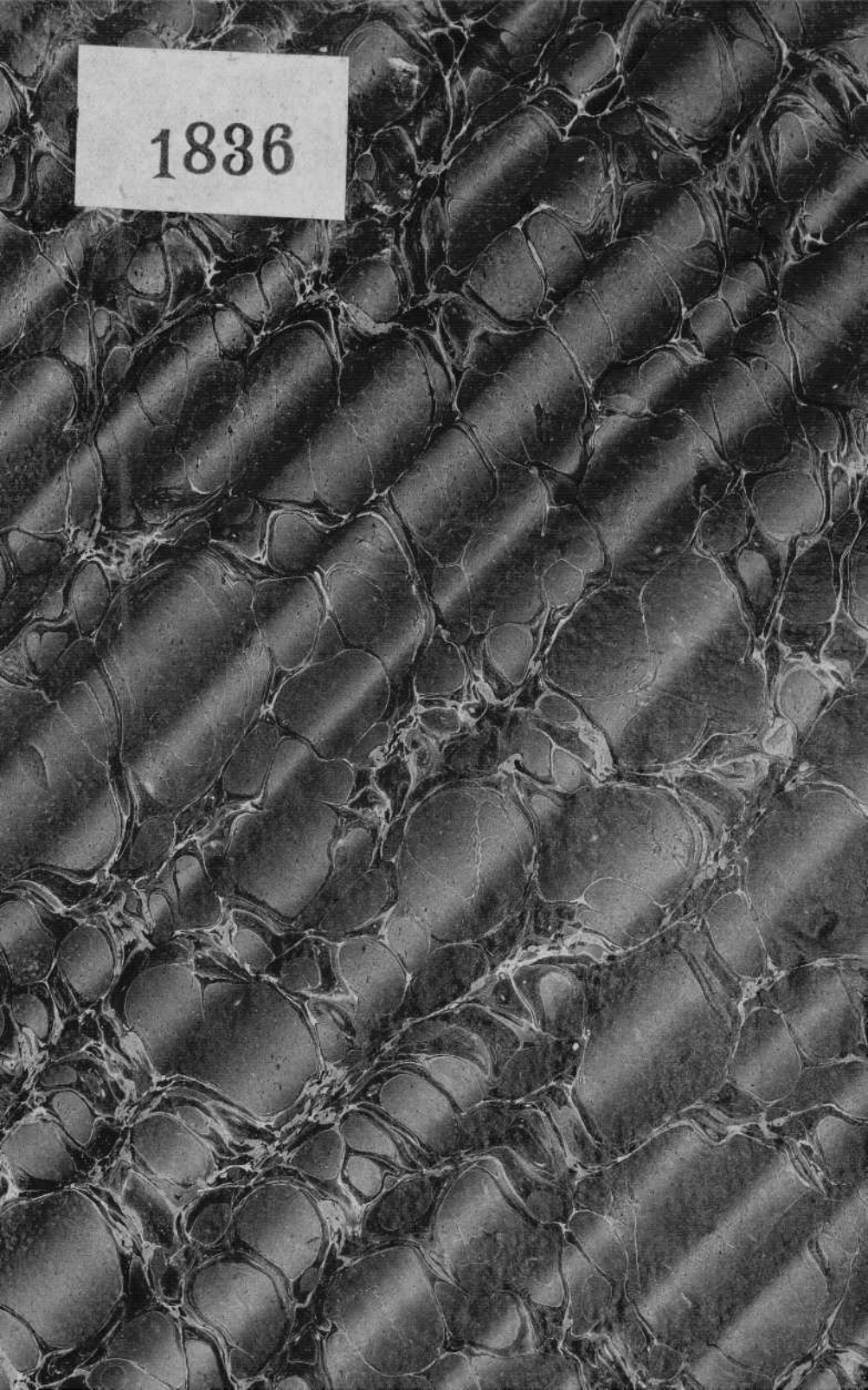
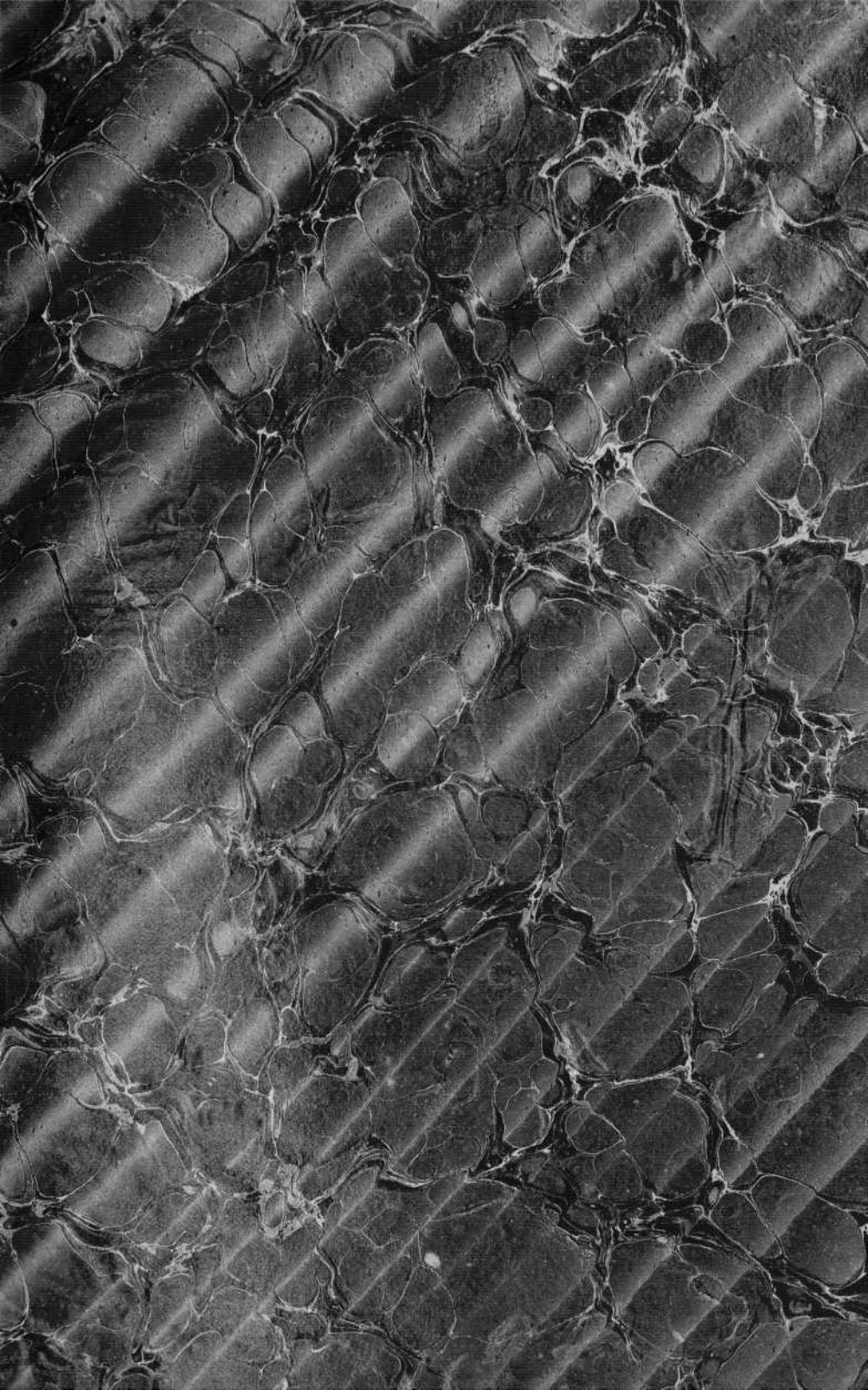


1836





OBRAS COMPLETAS DE PLATON.

Esta traducción es propiedad,
quedando hecho el depósito que la
ley previene.

216
BIBLIOTECA FILOSOFICA.

OBRAS COMPLETAS
DE
PLATON

PUESTAS EN LENGUA CASTELLANA POR PRIMERA VEZ

POR

D. PATRICIO DE AZCÁRATE

SÓCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
Y DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO VI.

MADRID
MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
ARENAL, 16, LIBRERÍA
1872

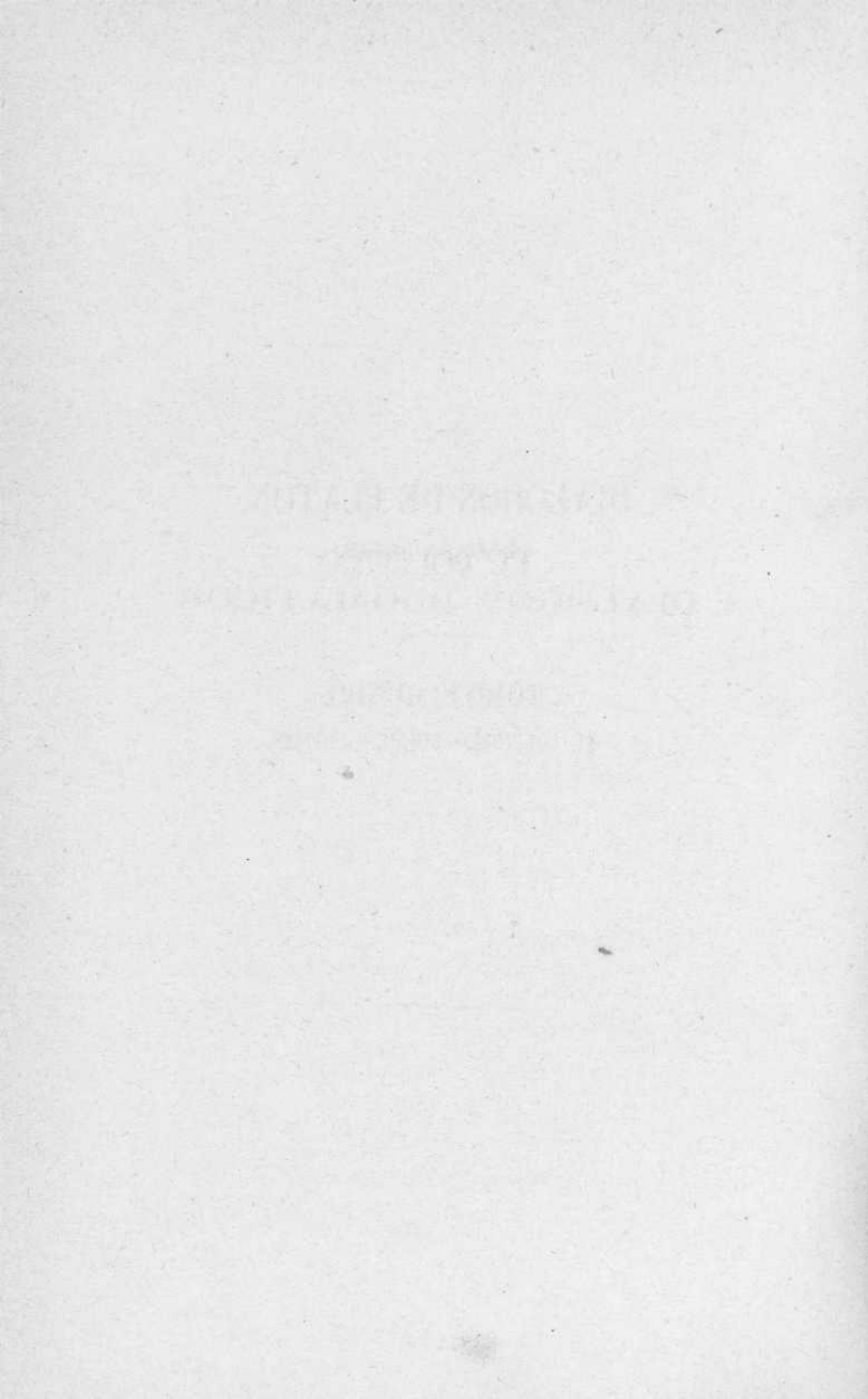
DIÁLOGOS DE PLATON.

TERCERA SÉRIE.

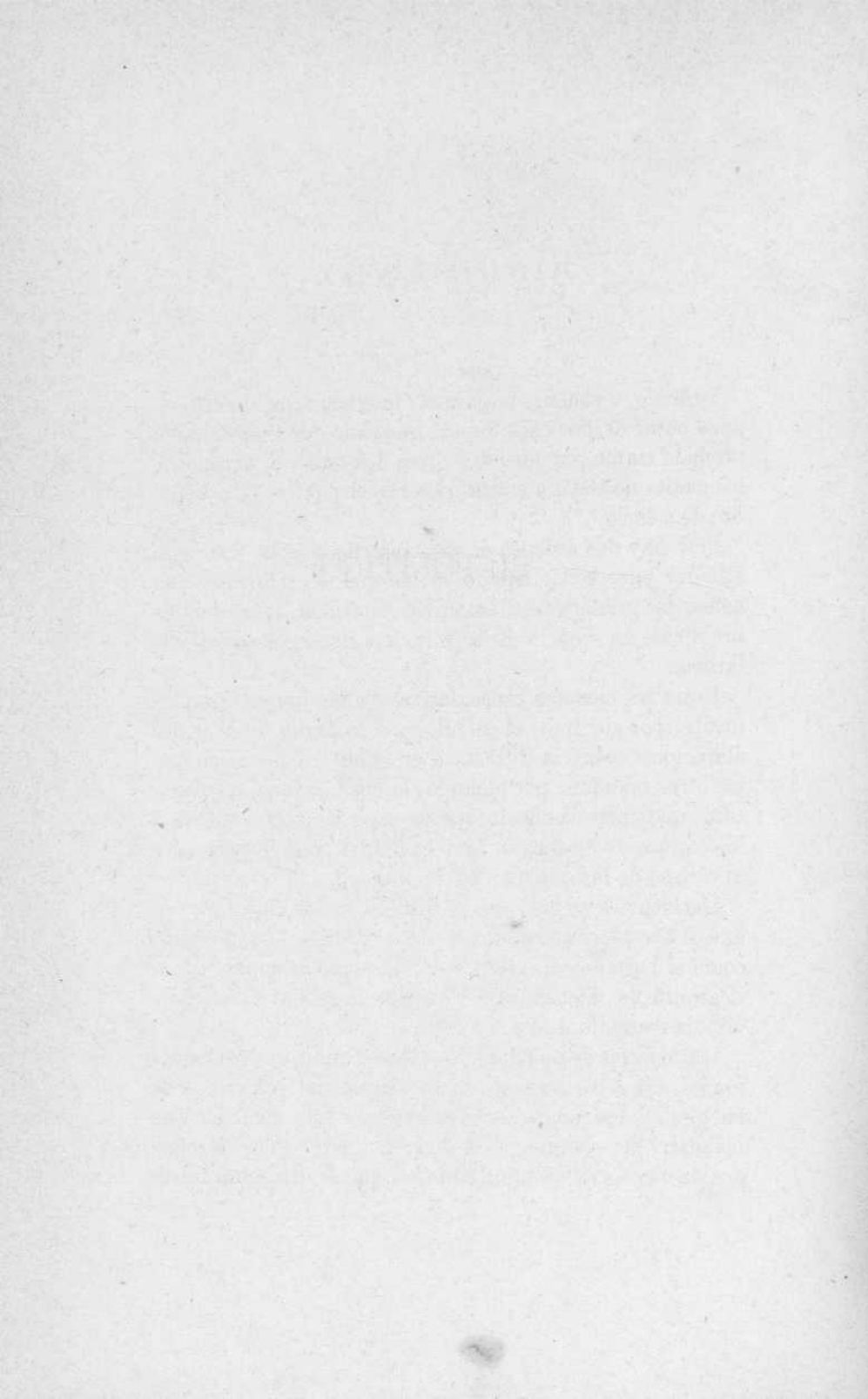
DIÁLOGOS DOGMÁTICOS.

TOMO SEGUNDO.

EL POLÍTICO.—TIMEO.—CRITIAS.



EL POLITICO.



ARGUMENTO.

Definido el sofista, falta hacer lo mismo con el político, para pasar despues al filósofo, que es lo que Platon habia ofrecido tratar por medio de tres diálogos, el último de los cuales no llevó á efecto. ¿Qué es el político? Un hombre de ciencia.

Pero hay dos órdenes de ciencias: las que no van más allá del puro conocimiento, y las que se refieren á los actos; las primeras se llaman especulativas, las segundas prácticas. La ciencia de la política pertenece á las especulativas.

Entre las ciencias especulativas, unas juzgan simplemente; por ejemplo, el cálculo, que se limita á hacer declaraciones sobre la diferencia en cuanto á los números; las otras mandan; por ejemplo, la ciencia de la arquitectura, que, conociendo lo que es preciso hacer, ordena á los obreros su ejecucion. La ciencia del político pertenece al rebaño de las que mandan ú ordenan.

Las ciencias de mandato se dividen en dos clases, segun que el que manda trasmite sólo las órdenes de un tercero, como el heraldo, el intérprete; ó impone las suyas, como el arquitecto. La ciencia del político se refiere á las ciencias de mandato directo.

Las ciencias de mandato directo se dirigen á séres inanimados ó á séres animados; la ciencia del político es de las que se dirigen á séres animados. Las ciencias que mandan á séres animados se dirigen á individuos ó á rebaños; la ciencia del político es de las que se dirigen á reba-

ños. Las ciencias que mandan á rebaños, se dirigen á rebaños acuáticos ó terrestres; la ciencia del político es de las que se dirigen á rebaños terrestres. Las ciencias que mandan á rebaños terrestres, se dirigen á los que vuelan ó á los que andan; la ciencia del político es de las que se dirigen á rebaños que andan. Las ciencias que mandan á rebaños que andan, se dirigen á rebaños con cuernos ó sin cuernos; la ciencia del político es de las que se dirigen á rebaños sin cuernos. Las ciencias que mandan á rebaños sin cuernos, se dirigen á rebaños que se mezclan con otras especies para engendrar, ó que no se mezclan; la ciencia del político es de aquellas que se dirigen á rebaños que no se mezclan. Las ciencias que mandan á rebaños que no se mezclan, se dirigen á rebaños de cuadrúpedos ó de bípedos; la ciencia del político es de las que se dirigen á rebaños de bípedos. En fin, la ciencia que manda á rebaños de bípedos se dirigen á bípedos con pluma ó á bípedos sin pluma, es decir, á hombres; la ciencia del político es la que se dirige á bípedos sin plumas, es decir, á hombres.

Tal es la ciencia política: una ciencia especulativa, de mandato, de mandato directo, que tiene por objeto séres animados, que viven en rebaños, terrestres, andadores, sin cuernos, que no se mezclan, bípedos, sin plumas, hombres. El que posee esta ciencia es el verdadero político, el verdadero rey.

Esta es en verdad una definicion del político, pero no es completa ni profunda. No basta decir que el político es el pastor de los hombres, puesto que el labrador que le suministra trigo y víveres, el médico que cuida de su salud y muchos otros pueden aspirar al mismo título. Es preciso separarle de todo lo que no es él y presentarle en toda la pureza de su esencia.

Los demás pastores procuran alimento á sus rebaños, por ejemplo, el vaquero á sus bueyes; el político no tiene que inquietarse por el alimento de los hombres. Su deber

y su funcion se reducen sólo á vigilarlos y mirar por ellos. Este arte de mirar por ellos es doble, segun que es ejercido con violencia ó libremente aceptado. Ejercido con violencia, es el arte del tirano; libremente aceptado, es el arte del político y del rey. De donde se sigue que el político es el que gobierna á buenas á los hombres reunidos en sociedad.

El político gobierna á buenas los hombres reunidos en sociedad; ¿pero cómo lo hace?

No lo hace fabricando como los artesanos instrumentos para producir, ó vasos para conservar, ó asientos para descansar, ó carruajes para trasportar, ó adornos para agradar, etc. Ni como esa clase de servidores, que se llaman esclavos, obedeciendo á sus dueños; ni como los mercaderes, servidores tambien, cambiando objetos por objetos ó por dinero; ni como los mercenarios, trabajando por un salario; ni como los magistrados, redactando sentencias; ni como los adivinos, anunciando á los hombres la voluntad de los dioses; ni como los sacerdotes, ofreciendo nuestros dones á la divinidad y reclamando sus favores; ni tampoco, para agotar la lista de los servidores de todas clases, tratando en los asuntos públicos á la manera de ese grupo compuesto de mil especies diversas, semejantes los unos á leones y á centauros, los otros á sátiros y á animales débiles y astutos, y que por otra parte mudan sin cesar entre sí de formas y de cualidades.

Há lugar, en efecto, á distinguir el gobierno de uno solo, el del pequeño número y el de la multitud, como igualmente en el primero el tirano y el rey, en el segundo la oligarquía y la aristocracia. Ninguno de estos gobiernos es el verdadero gobierno.

En efecto, como ya se ha dicho, el verdadero gobierno supone una ciencia, á saber, la ciencia de mandar á los hombres. Esta ciencia, la más difícil de todas, necesariamente está léjos del alcance de la multitud y de la ge-

neralidad ; se encuentra difícilmente en uno solo ; más difícilmente en muchos. El verdadero gobierno es el de uno solo ó de muchos que posean la ciencia de mandar ; y poco importa que los que manden sean ricos ó pobres, que gobiernen en pró ó en contra de la voluntad general, con ó sin leyes escritas ó no escritas. La ley por la fuerza de las cosas es siempre imperfecta, puesto que se aplica á hombres del todo diferentes y á casos sin cesar variables. El gobierno de un rey, que prescribiera á cada individuo lo que le conviniera, seria muy superior al que gobierna conforme á leyes generales. ¿Y por qué el legislador no ha de mudar las leyes para hacerlas mejores, áun sin el consentimiento del pueblo, áun contra la voluntad del pueblo? ¿Se ha criticado nunca al médico que cura al enfermo contra su voluntad?

Repito, el verdadero gobierno es el de uno solo ó el de muchos ; pero mejor el de uno solo, que gobierna, no segun la voluntad general, no segun las leyes, sino segun la ciencia. Los demás gobiernos no son otra cosa que imitaciones de éste, más ó ménos imperfectas.

Leyes más ó ménos conformes á la ciencia de mandar ; uno solo, un pequeño número, ó la multitud encargados de la aplicacion y de la ejecucion de estas leyes ; hé aquí lo que constituye esencialmente estos gobiernos. Y como en cada uno de ellos las leyes pueden ser fielmente observadas ó indignamente infringidas, es preciso distinguir en el gobierno de uno solo el reinado y la tiranía ; en el gobierno de un pequeño número, la aristocracia y la oligarquía ; y en el gobierno de la multitud ó democrático, dos formas análogas.

Notad que de estas tres especies de gobiernos, el mismo es á la vez el mejor y el peor. ¿Hay un gobierno mejor que la monarquía sometida á leyes sábias, es decir, que la institucion real? ¿Hay un gobierno peor que la monarquía sin leyes, es decir, que la tiranía? El gobierno del

pequeño número, término medio entre los otros, no puede ser ni muy bueno cuando es bueno, ni muy malo cuando es malo. En cuanto al de la multitud, como en él la autoridad está desparramada entre tantas manos, es la debilidad misma, es la misma incapacidad. De aquí nace que si los demás gobiernos obedecen á las leyes, entónces éste es el peor; así como es el mejor, si las violan.

Ahora bien, ninguno de cuantos toman parte en estos gobiernos imperfectos es un verdadero político. Son facciosos, revestidos de vanas apariencias; son imitadores mágicos y sofistas por excelencia.

El verdadero político es el que está á la cabeza de un gobierno perfecto, del gobierno de la ciencia.

No hay que confundirle con el orador, ni con el general, ni con el magistrado, por más que la retórica, el arte militar y la jurisprudencia tengan estrechas relaciones con la política.

Por cima de la retórica hay una ciencia maestra, que decide si debe emplearse la fuerza ó la persuasion, ó si es preciso abstenerse de ambas. Esta es la ciencia del verdadero político, que, sin ser orador, manda á la retórica y se sirve de los oradores.

Por cima del arte militar hay una ciencia maestra que discierne si es preciso hacer la guerra ó llevar á cabo una alianza. Esta es la ciencia del verdadero político, que, sin ser general, manda al arte militar y se sirve de los generales.

Por cima de la jurisprudencia hay una ciencia maestra que prescribe lo que conviene y lo que no conviene. Esta es la ciencia del verdadero político, que, sin ser magistrado, manda á la jurisprudencia y se sirve de los magistrados.

Esta ciencia del verdadero político, semejante al arte del tejedor, reuniendo las cosas que convienen y desechando las que no convienen, forma, en interés del Es-

tado, un verdadero tejido régio. Por lo pronto, se desembaraza de los que no pueden contraer costumbres buenas ni adquirir hábitos virtuosos, condenándolos á muerte, al destierro, á penas infamantes; y reduce á la condicion de esclavos á los que se arrastran en la extrema ignorancia y abyeccion. Con todos los demás forma una maravillosa mezcla. Une, mediante un lazo divino y mediante lazos humanos, la fuerza, que hay necesidad de contener, á la moderacion; y la moderacion, que necesita ser excitada, á la fuerza. El lazo divino es la opinion verdadera y fundada en razon acerca de lo bello, de lo justo y del bien; lo cual, produciendo un efecto contrario, dulcifica las almas fuertes y da energía á las almas moderadas. Los lazos humanos son la union de los sexos y el matrimonio. Si el matrimonio une caracteres semejanteros, ligando caracteres moderados á caracteres moderados, fuertes á fuertes, resultará un doble exceso, el de la fuerza, es decir, la violencia; el de la moderacion, es decir, la debilidad; un doble peligro para el Estado. Pero la ciencia del verdadero político, cruzando, por el contrario, los caracteres, casando la fuerza con la moderacion, da á los Estados jefes excelentes y excelentes ciudadanos.

Tal es la ciencia del verdadero político, tal es la verdadera política.

Este resúmen, fiel si sólo se atiende al fondo, tiene el inevitable defecto de despreciar los detalles, que constituyen la variedad y una parte del interés de este diálogo. Platon ha derramado en él picantes alusiones al gobierno de su país, y bajo el trasparente emblema del médico y del piloto se descubre una delicada crítica y una mordaz ironía. Y sin embargo, á pesar de su imperfeccion, el análisis que precede deja ver desde luego el doble caracter, el doble objeto del *Político*.

El método y la doctrina marchan á la par, en buen acuerdo, lo cual es uno de los rasgos del genio de Platon.

El método del *Político* es el método del *Sofista*, aunque con ménos rigor y aridez. Platon, al emplearle por segunda vez, podía disimularle más, y parecia invitarle á ello el título mismo del diálogo, puesto que el político es un personaje ménos abstracto y sutil que el sofista. Pero no por ser de ménos valor quiso darle ménos importancia. Y para que el lector en este punto no se engañe, hay un pasaje en que, poniendo esta pregunta en boca del extranjero: «¿Estas indagaciones sobre el político tienen por objeto enseñarnos qué es la política, ó el hacernos más hábiles dialécticos respecto de todas las materias?» pone luego en la del jóven Sócrates la respuesta siguiente: «Evidentemente el hacernos más hábiles dialécticos en todas las materias.»

La doctrina es ya la verdadera y definitiva doctrina política de Platon, la misma de la *República* y de las *Leyes*. Por lo pronto, contiene la distincion capital que ha dado lugar á estos dos diálogos: de un lado, un gobierno perfecto, que es el de la ciencia; y de otro, una serie de gobiernos más ó ménos imperfectos, segun que se aproximan ó se alejan más del primero. En seguida traza el gobierno de la ciencia, que en los términos en que lo presenta en el *Político*, es, aunque en limitadas proporciones, el original del cual el gobierno de la *República* no es sino una copia, si bien agrandada y desenvuelta. En la *República* ¿no está el mando en manos de un pequeño número de sabios, formados muy de antemano en el arte difícil de la dialéctica; conducidos por grados de las ciencias abstractas, la geometría, la astronomía, la música, á la ciencia ideal de lo bello, del sér, del bien; encargados de hacer que las cosas, los sucesos, las costumbres, las almas y los hombres sean á semejanza de los modelos divinos que ellos contemplan? Los magistrados ¿no presiden á la union de los sexos, atentos á engrandecer los caracteres y á suavizarlos mediante la mez-

cla de los contrarios? Y si la teoría de las diversas formas de gobierno no es idéntica, ¿no son tratadas con la misma severidad la tiranía y la democracia? En fin, ¿cuál es el objeto de las *Leyes*, sino trazar la imágen del gobierno mejor despues del perfecto, es decir, el que más se le parezca? En vista de estos rasgos y de muchos otros, ¿no es fácil reconocer el mismo pensamiento en camino de formacion y de desenvolvimiento?

El Politico contiene el gérmen que se ha de desarrollar en la *República* y en las *Leyes*; y esto es lo que constituye su principal interés.

EL POLÍTICO

6

DE LA SOBERANÍA.

SÓCRATES.—TEODORO.—EL EXTRANJERO.
SÓCRATES EL JÓVEN.

SÓCRATES.

En verdad, te estoy sumamente reconocido, Teodoro (1), por haberme puesto en relacion con Teetetes (2), así como con el extranjero (3).

TEODORO.

¿Y quién sabe, Sócrates, si me deberás tres veces más reconocimiento, cuando te hayan explicado la política y la filosofía? (4).

SÓCRATES.

Perfectamente, mi querido Teodoro; pero ¿es ese el lenguaje que corresponde á un hombre, que sobresale en el cálculo y en la geometría?

(1) El mismo del *Sofista*.

(2) El mismo que en el *Sofista*, donde replica al extranjero: aquí es un personaje mudo.

(3) El mismo que en el *Sofista*.

(4) Es indudable que Platon tuvo intenciones de escribir un tercer dialogo titulado *El Filósofo*, y en el que habria sido el principal personaje el extranjero.

TEODORO.

¿Qué quieres decir con eso, Sócrates?

SÓCRATES.

¿Qué? Que pones en igual lugar á dos hombres, que difieren por su mérito mucho más allá de las proporciones conocidas en nuestro arte.

TEODORO.

Muy bien, Sócrates, ¡por nuestro Dios, por Ammon! (1) Con razon y con justicia me echas en cara una falta de cálculo; pero tranquilízate, porque día vendrá en que tome yo mi desquite. Con respecto á tí, ¡oh, extranjero! no te esfuerces en nuestro obsequio, y ya prefieras hablar de política ó de filosofía, escoge inmediatamente y prosigue tu discurso.

EXTRANJERO.

Eso es, en efecto, Teodoro, lo que conviene hacer. Puesto que hemos puesto manos á la obra, no debemos detenernos hasta no haber llegado al término de nuestras indagaciones (2). Pero en cuanto á Teetetes que está presente, ¿cómo me conduciré con él?

TEODORO.

¿Qué quieres decir con eso?

EXTRANJERO.

¿Le dejaremos descansar, y pondremos en su lugar á este apreciable Sócrates (3), su compañero de ejercicios? ¿Ó eres tú de otra opinion?

TEODORO.

Hagamos lo que dices, y pongámosle en su lugar.

(1) *Nuestro dios Ammon*, es decir, Júpiter, que nosotros, los habitantes del litoral del Africa, adoramos bajo el nombre de Ammon. Ammon significa arena. Es preciso tener presente que Teodoro era de Cirene.

(2) Es decir, sin que hayamos añadido á la definicion del sofista, la del politico y la del filósofo.

(3) Sócrates el jóven, de quien no se tiene ninguna noticia.

Como son jóvenes, pueden soportar fácilmente toda especie de trabajo, con tal que de tiempo en tiempo se les deje descansar.

SÓCRATES.

Por otra parte, ¡oh, extranjero! parece que hay entre ellos y yo una especie de parentesco. Respecto del uno, ya me decis que se parece á mí por los rasgos del semblante; en cuanto al otro, la identidad de nombre crea entre nosotros como un vínculo de familia. Si somos parientes, ellos y yo debemos desear estrechar nuestras relaciones, conversando juntos. Con respecto á Teetetes, he tenido ayer con él una larga conversacion, y vengo, despues de escucharle, á responderte (1); pero Sócrates no nos ha dicho aún nada ni al uno, ni al otro. Sin embargo, es preciso que le examinemos tambien. Otra vez será á mí; hoy que sea á tí á quien responda.

EXTRANJERO.

Así es. Y bien, Sócrates, ¿te haces cargo de lo que dice Sócrates?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

¿Estás conforme con lo que ha dicho?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Por tu parte no parece que haya obstáculo, y conven-dría ménos aún que le hubiera por la mia. Despues del sofista, á mi juicio, debe tratarse del hombre político.

(1) Conforme al testimonio del mismo Platon, el diálogo titulado *Teetetes* ha precedido al *Sofista*, al que ha seguido el *Político*, que debia á su vez ser seguido por el *Filósofo*. En vista de estos textos, ¿que significa la conjetura de *Así*? Véase el principio del *Sofista*.

Díme, pues; ¿le incluiremos tambien en el número de los sabios ó nó?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Le incluiremos.

EXTRANJERO.

Necesitamos dividir las ciencias, como lo hicimos cuando examinamos el primer punto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Quizá.

EXTRANJERO.

Pero, Sócrates, no es preciso el mismo sistema de division.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

Debe seguirse otro.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así me parece.

EXTRANJERO.

¿Cómo encontraremos el camino que conduce á la ciencia política? Necesitamos, en efecto, encontrarlo; y despues de separarle de los otros, es preciso caracterizarle mediante una sola y única idea, y luego, marcando los otros senderos que se alejan de ésta por seguir otra idea, tambien única, inclinar nuestro espíritu á que conciba todas las ciencias como formando dos especies.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso, extranjero, te toca á tí y no á mí.

EXTRANJERO.

Tambien será preciso que te toque á tí cuando lo veamos claro.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien dicho.

EXTRANJERO.

Y bien, ¿la aritmética y algunas otras ciencias del

mismo género no son independientes de la acción, y no se refieren únicamente al conocimiento?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

La arquitectura, por el contrario, y todas las artes manuales implican una ciencia, que tiene, por decirlo así, su origen en la acción; y producen cosas, que sólo mediante ellas existen y que ántes no existían.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Conforme á esto, es preciso dividir todas las ciencias en dos categorías, y denominar las unas prácticas, las otras exclusivamente especulativas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sea así; distingamos en la ciencia en general estas dos especies.

EXTRANJERO.

Pues bien; el hombre político, el rey, el dueño de esclavos y aún el jefe de familia, ¿los abrazaremos todos á la vez en una unidad, ó contaremos tantas artes diferentes como nombres hemos citado? Pero mejor es que me sigas por este otro lado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por dónde?

EXTRANJERO.

Por aquí. Si encontrásemos un hombre en estado de dar consejos á un médico que estuviera ejerciendo públicamente su arte, aunque aquel fuera un simple particular, ¿no seria preciso dar á este hombre el mismo nombre que al que él aconseja y tomarlo del mismo arte?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Pero el que es capaz de dirigir al rey de un país cualquiera, áun cuando sea un simple particular, ¿no diremos que tiene la ciencia, que debería poseer el que ejerce el mando?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, lo diremos.

EXTRANJERO.

La ciencia de un verdadero rey ¿no es una ciencia real?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

El que la posee, por consiguiente, jefe ó particular, deberá por completo á esta ciencia el ser llamado con razon persona real.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es exacto.

EXTRANJERO.

Y el jefe de familia y el dueño de esclavos igualmente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

¿Pero el estado de una gran casa y el de una pequeña ciudad son diferentes respecto al gobierno?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nada de eso.

EXTRANJERO.

Por consiguiente, con relacion al objeto de nuestro exámen, es evidente que una sola ciencia abraza todas estas cosas; y nos importa poco que se la llame real, política ó económica.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

Tambien es evidente, que á un rey le sirven poco las

manos y el cuerpo para retener el mando, al contrario de lo que sucede con la inteligencia y la fuerza de alma.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es claro.

EXTRANJERO.

¿Quieres que digamos, que el rey ó la ciencia real se aproximan más á la ciencia especulativa, que á las artes manuales y á la práctica en general?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin dificultad.

EXTRANJERO.

Entonces ¿reuniremos todo esto, la ciencia política y la política, la ciencia real y el rey, en una sola y misma cosa?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

EXTRANJERO.

¿No procederemos con orden si dividimos ahora la ciencia especulativa?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Fija tu atención y mira si podemos descubrir alguna distinción natural.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué distinción?

EXTRANJERO.

Esta. ¿Hay una ciencia del cálculo?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Y á mi juicio, es una de las ciencias especulativas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo negarlo?

EXTRANJERO.

Teniendo por objeto el cálculo conocer la diferencia

respecto de los números, ¿le atribuiremos otra función que la de juzgar sobre lo que conoce?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

Pero un arquitecto no trabaja él mismo, sino que manda á los operarios.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Lo que presta es su ciencia, no sus brazos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Por consiguiente, es exacto decir que la ciencia del arquitecto es una ciencia especulativa.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

EXTRANJERO.

Pero cuando ha formado su juicio, no creo que por esto debe considerarse como concluida su tarea, ni puede retirarse, como sucede con el calculador; sino que es preciso que ordene aún á cada uno de los operarios lo que conviene hacer hasta que hayan ejecutado sus órdenes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es verdad.

EXTRANJERO.

¿No resulta de aquí, por lo tanto, que si todas las ciencias en este concepto son especulativas, lo mismo que las que dependen del cálculo, hay, sin embargo, dos especies de ciencias, que difieren en cuanto las unas juzgan y las otras ordenan ó mandan?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

Si dividimos por lo mismo la ciencia especulativa en general en dos partes, llamando á la una ciencia de mandato y á la otra ciencia de juicio, nos podremos lisonjear de haber hecho la division perfectamente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

A mi parecer, sí.

EXTRANJERO.

Bien; á los que hacen alguna cosa en comun, como cuando discuten, basta que haya acuerdo entre ellos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente.

EXTRANJERO.

Así, pues, en tanto que nosotros estemos de acuerdo, ningun cuidado deben darnos las opiniones de los demás.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Exacto.

EXTRANJERO.

Veamos ahora en cuál de estas dos clases incluiremos al rey. ¿Será en la del juicio, como si fuera un simple teórico? ¿Ó le colocaremos más bien en la del mandato puesto que ejerce imperio?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En esta última, sin duda.

EXTRANJERO.

Examinemos ahora, si la ciencia que manda, admite alguna division. A mi juicio admite una y es la siguiente. La misma diferencia, que hay entre el oficio del revendedor y el del fabricante, hay entre la especie de los reyes y la especie de los heraldos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Los revendedores, despues de haberse proporcionado

los productos de los que se los han vendido, los venden á su vez.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, ciertamente.

EXTRANJERO.

Del mismo modo los heraldos, tomando las órdenes de un superior y recibiendo el pensamiento de otro, dan en seguida órdenes á los demás á su vez.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente exacto.

EXTRANJERO.

¡Pero qué! ¿Confundiremos la ciencia real con la del intérprete, la del ordenador, la del adivino, la del heraldo y con otras muchas de la misma clase, que se refieren al mando? ¿Ó ántes bien quieres que demos un nombre nuevo al rey y á todos los que se le parecen, puesto que los que mandan por sí mismos no tienen aún nombre; que mediante una nueva division, pongamos la especie real en la categoría del mando directo; y que, sin cuidarnos de lo demás, dejemos (1) al primero que llegue el cuidado de darle nombre? Porque el objeto de nuestras indagaciones es el que gobierna y no su contrario.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda alguna.

EXTRANJERO.

Ahora que hemos distinguido claramente esta clase de las demás, y que, separando de ella lo que le es extraño, hemos fijado su propia esencia, ¿será necesario volverla á dividir, por si es en sí misma aún un todo complejo?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

(1) Es decir, de las artes de aquellos que no mandan por sí mismos.

EXTRANJERO.

Ahora bien, me parece que así sucede. Sígueme, pues, y dividámosla juntos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Representémonos todos los jefes posibles en el ejercicio del mando. ¿No es cierto que si ellos mandan, es para crear alguna cosa?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es imposible negarlo.

EXTRANJERO.

Se puede sin dificultad dividir en dos especies las cosas que se crean.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Las unas son necesariamente inanimadas y las otras animadas.

SÓCRATES.

En efecto.

EXTRANJERO.

Pues bien, si queremos dividir la parte de la ciencia especulativa, que tiene por objeto el mando, lo haremos de esta manera.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué manera?

EXTRANJERO.

Refiriendo una de sus especies á la produccion de los séres inanimados, y otra á la de los séres animados; y de este modo el todo aparecerá dividido en dos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Dejemos una de estas especies y tomemos la otra; y

despues de esto, dividamos en dos partes este nuevo todo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál quieres que tomemos?

EXTRANJERO.

Seguramente la que manda á los séres animados. La ciencia real no ejerce su imperio sobre la simple materia, como la arquitectura; más grande y más noble, tiene por objeto los séres animados, y en esta esfera es donde ejerce su poder.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Pero en la formacion y educacion de los séres animados, debe distinguirse la educacion individual de la educacion comun de los que viven en rebaño.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Pero no parece que el político se dedique á la educacion de un individuo, como el que educa un solo buey ó un solo caballo; sino que se parece más bien al que dirige una vacada ó una yeguada.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Me parece que es cierto lo que acabas de decir.

EXTRANJERO.

Y bien; esta parte del arte de educar los séres animados, que consiste en la educacion en comun de muchos de ellos, ¿la llamaremos educacion de rebaños ó educacion en comun?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Usaremos uno ú otro término, segun ocurra la palabra en el discurso.

EXTRANJERO.

Perfectamente, mi querido Sócrates. Si evitas fijarte

demasiado en las palabras, te harás más rico en sabiduría en tu ancianidad. Por ahora es preciso hacer lo que aconsejas. ¿Te parece posible que, despues de haber demostrado que el arte de cuidar rebaños tiene dos partes, pudiera suceder que lo que ántes se buscaba en las dos mitades confundidas, se quisiera buscar ahora en una de ellas tan solamente?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ayudaré á ese fin con todas mis fuerzas. Yo pondria de una parte la educacion de los hombres, y de otra la de las bestias.

EXTRANJERO.

No es posible dividir con más prontitud y resolucion. Sin embargo, evitemos caer, si es posible, una segunda vez en la misma falta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué falta?

EXTRANJERO.

No separemos una pequeña parte para oponerla á otras grandes y numerosas, sin que forme una especie, sino de modo que cada parte constituya al mismo tiempo una especie. Nada más precioso, en efecto, que distinguir desde luego de todo lo demás lo que se busca, cuando se hace con acierto. Esto te ha sucedido á tí hace un instante, cuando creyendo hacer una verdadera division, te has apurado á decidir, al ver que el discurso iba derecho á los hombres. Pero, querido mio, no es seguro proceder por pequeñas porciones; lo mejor es dividir por mitades; así se encuentran mejor las especies; esto es lo esencial en nuestras indagaciones.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Extranjero, ¿qué quieres decir con eso?

EXTRANJERO.

Me explicaré con más claridad por amor á tí, mi querido Sócrates. Al presente es imposible aclarar este ob-

jeto de manera que no deje nada que desear. Es preciso dar algunos pasos adelante, para encontrar la luz que nos falta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues ¿en qué es, á tu juicio, defectuosa nuestra division?

EXTRANJERO.

En esto. Hemos procedido como aquel que, proponiéndose dividir en dos el género humano, obrase á la manera de las gentes de este país (1), que distinguen los griegos de todos los demás pueblos como una raza aparte, despues de lo que, reuniendo todas las demás naciones, aunque son numerosas é infinitas, sin contacto ni relaciones entre sí, las designan con el solo nombre de bárbaros; imaginándose que porque hacen esta designacion, valiéndose de un solo término, forman una sola raza. Ó como un hombre, que creyese dividir el número en dos especies, poniendo de una parte diez mil, considerándole como una especie, y dando á todo lo demás un solo nombre, persuadido de que mediante este solo nombre, tiene ya una segunda especie diferente de la anterior, y única tambien. ¡Con cuánta más sabiduría y verdad se dividiria por especies y por mitades, si se dividiese el número en par é impar, y la raza humana en varones y hembras; no distinguiendo los lidios y los frigios ó cualquiera otro pueblo, ni oponiéndolos á todos los demás, sino cuando no hubiese medio de dividir á la vez por especies y por partes!

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente. Pero eso mismo, ¡oh extranjero! que tú llamas parte y especie; ¿cómo reconocer, que no es una misma cosa, sino dos cosas diferentes?

EXTRANJERO.

¡Excelente hombre! ¿Sabes, que no es fácil lo que

(1) El Atica.

ahora me preguntas, Sócrates? Estamos demasiado extraviados ya del objeto que proseguimos, y quieres que nos extraviemos aún más. No; volvamos al camino. En otra ocasion, cuando tengamos tiempo, seguiremos estos rastros hasta el fin; pero no te imagines, Sócrates, que me has oido explicarme con claridad sobre este punto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué punto?

EXTRANJERO.

Que la especie y la parte son cosas muy diferentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

La especie es necesariamente una parte de la cosa, de que se dice que es una especie; pero no es necesario que la parte sea al mismo tiempo una especie. Sabes muy bien, Sócrates, que yo procedo por el primer método, más bien que por el segundo (1).

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo tendré presente.

EXTRANJERO.

Expílicate ahora.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres que diga?

EXTRANJERO.

De qué punto hemos partido, para venir á extraviarnos hasta aquí en esta digresion. Yo creo que ha sido del siguiente. Te habia preguntado cómo convendria dividir la educacion de los rebaños, y me contestaste, con tu ardor precipitado, que hay dos especies de seres animados: una, que no comprende más que los hombres; y otra, que abraza todas las bestias en general.

(1) El primer método, es decir, la division por especies, que son al mismo tiempo partes; el segundo, es decir, la division por partes, que pueden muy bien no ser especies.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Tú crees, á mi parecer, que una vez separada una parte, todo lo que queda debe formar una sola especie; porque sólo das á este resto un solo nombre, el de bestias.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así es la verdad.

EXTRANJERO.

Pero, ¡oh tú, el más arrojado de los hombres! Has obrado como obraría cualquier animal dotado de razon. La grulla, por ejemplo, haría lo que tú, si distribuyendo los nombres segun tu procedimiento, designase las grullas como una especie distinta de todos los demás animales, honrándose á sí misma; y al mismo tiempo, envolviendo á todos los demás séres en una misma categoría, incluso los hombres, confundiese todos bajo el nombre de bestias. Procuremos en lo sucesivo no incurrir en semejantes errores.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

No dividiendo el género animal todo entero; no sea que vayamos á engañarnos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues no lo hagamos así.

EXTRANJERO.

Esa es, sin embargo, la falta que hemos cometido.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Toda la parte de la ciencia especulativa que se refiere al mando, ya hemos dicho, que tiene por objeto la educacion de los animales, de los que viven en rebaño. ¿No es cierto?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Con esto, pues, ya hemos dividido todo el género animal, poniendo á un lado los animales salvajes, y á otro los que se amansan; porque á los que son susceptibles de este amansamiento se llama animales domesticados y á los otros salvajes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Pero la ciencia que buscábamos, se ocupaba y ocupa de los animales que se domestican; y donde debe buscarse es en los animales que viven en rebaño.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

No hagamos, por tanto, como ántes hicimos, una sola division del todo, y no nos apuremos por llegar luego á la ciencia política; porque de aquí ha resultado que ahora nos sucede lo que dice el proverbio.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Que por habernos apresurado demasiado al hacer nuestra division, llegamos más tarde al fin.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien merecido lo tenemos, extranjero.

EXTRANJERO.

Sea así. Intentemos ahora dividir la educacion, tomándola desde su principio. Quizá el discurso, en su desenvolvimiento, mostrará naturalmente con mayor claridad lo que deseas saber. Dime...

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Una cosa que has debido oír muchas veces. Porque si bien no sé que hayas concurrido en persona á las operaciones de los que domestican los pescados en el Nilo y en los estanques del gran rey, has debido ver por tí mismo una cosa parecida en las fuentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

He observado, en efecto, lo que pasa en las fuentes, y lo demás lo he aprendido oyendo á muchos.

EXTRANJERO.

Y de las bandadas de patos y de grullas habrás oído hablar, áun cuando no hayas recorrido las llanuras de Tesalia; y creerás que existen.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Te he hecho estas preguntas, porque de los animales, que se reúnen en grupos, los unos viven en el agua y otros en tierra firme.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así es.

EXTRANJERO.

¿No te parece que es preciso dividir en dos, la ciencia que se refiere á la educacion en comun, y asignando á cada una de estas partes un objeto particular, llamar á la una educacion de los animales acuáticos, y á la otra educacion de los animales terrestres?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

No indagaremos á cuál de estas dos ciencias se refiere la ciencia real, porque es una cosa demasiado clara para todo el mundo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente.

EXTRANJERO.

Y todo el mundo dividirá igualmente la parte de la educacion comun, que hemos llamado educacion de los animales terrestres...

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Distinguiendo los que vuelan de los que andan.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nada más cierto.

EXTRANJERO.

¿Y seria posible someter á discusion si la ciencia política se refiere á los animales que andan? ¿No te parece que no puede haber hombre, por insensato que sea, que piense de otra manera?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Pero es preciso dividir, como si se tratara del número (1), la educacion de los animales que andan, y señalar sus dos partes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Evidentemente.

EXTRANJERO.

Creo percibir dos caminos, que conducen igualmente á la parte á que tiende nuestra indagacion. El uno, más corto, opone una parte grande á una pequeña; y otro, que satisface mejor á la regla que hemos sentado de dividir, en cuanto es posible, por la mitad; pero éste es más largo. A gusto nuestro podemos tomar el uno ó el otro.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¡Pero qué! ¿Es imposible seguirlos ambos?

(1) Como el número, que se divide en par é impar.

EXTRANJERO.

A la vez, sí, es imposible, mi maravilloso amigo; pero uno en pos de otro, no lo es ciertamente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues tomo ambos caminos, uno en pos de otro.

EXTRANJERO.

Eso es fácil, porque lo que resta por andar es muy corto. Al principio, y lo mismo cuando estábamos á medio viaje, tu peticion hubiera podido embarazarnos, pero ahora siendo éste tu deseo, nos lanzaremos por el camino más largo. Tranquilos y dispuestos como estamos, le recorreremos sin dificultad. Hé aquí cómo es necesario proceder.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ya escucho.

EXTRANJERO.

Todos los animales que andan, entre los cuales están los domesticados y que viven en grey, se dividen naturalmente en dos especies.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuáles?

EXTRANJERO.

Los unos tienen cuernos; los otros no los tienen.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

En estas divisiones de la educacion de los animales que andan, es preciso valerse de perífrasis para designar las diversas partes; porque querer dar á cada una un nombre propio, seria tomarse un trabajo innecesario.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Pues cómo debe decirse?

EXTRANJERO.

De esta manera. Dividida en dos partes la educacion de los animales que andan, la una se refiere á la especie de

animales que viven en grupos y que tienen cuernos, y la otra á la especie que no los tiene.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Téngase eso por sentado, y no es preciso volver á hablar de ello.

EXTRANJERO.

Ahora bien; es claro que el rey conduce un rebaño desprovisto de cuernos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo no ha de ser eso claro?

EXTRANJERO.

Descompongamos esta especie, y hagamos de manera que le designemos lo que le pertenece.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Conforme.

EXTRANJERO.

¿Quieres que la dividamos segun que los animales tienen ó nó la pata hendida; ó bien, segun que la generacion se verifica entre especies diferentes ó sólo entre los de la misma especie? ¿Me comprendes?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Por ejemplo, los caballos y los asnos engendran naturalmente entre sí.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Por el contrario; los demás animales domesticados, que viven en rebaño, engendran cada uno en su especie y no se mezclan con las otras.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es preciso convenir en ello.

EXTRANJERO.

¿Pero te parece que el político se cuida de una especie

que engendra en comun con otras, ó de una especie que no se mezcla con las demás?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Evidentemente de una especie que no se une con las otras.

EXTRANJERO.

Ahora bien, es preciso dividir en dos partes esta especie, como hicimos ántes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es preciso, en efecto.

EXTRANJERO.

Hé aquí, pues, todos los animales domesticados y que viven en rebaño, á excepcion de dos especies (1), completamente divididos. Porque los perros no deben ser incluidos entre los animales que viven en sociedad.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente. ¿Pero cómo obtendremos nuestras dos especies?

EXTRANJERO.

Procediendo, como hariais vosotros; Teetetes y tú, puesto que os ocupais de geometría.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué manera?

EXTRANJERO.

Mediante la diagonal; y despues mediante la diagonal de la diagonal.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres decir?

EXTRANJERO.

La naturaleza propia de la especie humana, en lo relativo á su marcha, ¿no consiste en ser como la diagonal, sobre la que puede construirse un cuadrado de dos piés?

(1) Es decir, de las dos partes en que es preciso dividir la especie que no se mezcla.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Y la naturaleza de la otra especie, relativamente al mismo objeto, ¿no es como la diagonal del cuadrado de nuestro cuadrado, puesto que tiene dos veces dos piés?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo puede ser de otra manera? Comprendo poco más ó ménos lo que quieres demostrarme.

EXTRANJERO.

Está bien; pero no advertimos, Sócrates, que en nuestra division hay algo que es ridículo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Hé aquí nuestra especie humana al lado y en compañía con la más noble á la vez que la más ágil (1) de las especies.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es, en efecto, ya lo veo, una consecuencia absurda.

EXTRANJERO.

¿No es lo más natural que lo más lento llegue más tarde?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, sin duda.

EXTRANJERO.

¿Y no nos ha de parecer más ridículo aún presentar al rey corriendo con su rebaño, y luchando á la carrera con el hombre más ejercitado en el oficio de corredor?

(1) Es el sentido de la version latina de Ficino, adoptado por M. Cousin, y creo sea el verdadero de este pasaje, en el que los críticos han agotado su ingenio para encontrar su significacion enigmática. La expresion de lo noble y lo ágil se toman en sentido irónico. Este animal, que ni es noble ni ágil, es sin duda, segun conjetura Schleiermacher, el cerdo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No puede darse cosa más ridícula, en efecto.

EXTRANJERO.

Ahora aparece en claro, Sócrates, lo que ya se ha dicho con motivo del sofista.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Que este método no hace caso ni de lo que es noble ni de lo que no lo es, y sin cuidarse de si el camino es corto ó largo, se dirige con todas sus fuerzas á procurarse la verdad.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

Pues bien; despues de todo esto, y ántes de que te vengas preguntándome cuál era este camino más corto de que hablabas ántes, que conduce á la definicion del rey, me adelantaré yo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

Digo, pues, que hubiera sido preciso comenzar por dividir los animales que andan, en bípedos y cuadrúpedos; y despues, como que la primera categoría sólo comprende los pájaros además del hombre, dividir la especie de bípedos en bípedos desnudos y bípedos con pluma (1); y por último, hecha esta operacion, y puesto en claro el arte

(1) Este pasaje dió origen sin duda á la famosa chuscada de Diógenes el Cínico. En la noticia biográfica que Diógenes Laercio da de este filósofo, se lee lo siguiente: «Había oido defender la definicion que Platon daba del hombre, diciendo que era un animal de dos piés, sin plumas; y tomando un gallo y quitándole la pluma, le llevó á la escuela de Platon, y presentándole, dijo: Hé aquí el hombre de Platon.»

de educar ó de conducir los hombres, colocar al político y al rey á la cabeza de este arte, confiándole las riendas del Estado, como legítimo poseedor de esta ciencia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Excelente discusion, ¡oh extranjero! con la que te has desquitado respecto á mí como de una deuda, añadiendo una excelente digresion á guisa de intereses.

EXTRANJERO.

Pues bien, resumamos nuestro discurso desde el principio hasta el fin, y demos así la explicacion de esta palabra: la ciencia del político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Conforme.

EXTRANJERO.

En la ciencia especulativa hemos distinguido, por lo pronto, la parte que manda, y hemos llamado á una porcion de esta ciencia de mandato directo. El arte de educar los animales nos ha parecido que era una especie importante de la ciencia de mandato directo. En el arte de educar los animales, hemos considerado el arte de educar los que viven en rebaño; y en éste, el arte de educar los que andan; y en éste, el arte de educar los animales desprovistos de cuernos. En este último arte es preciso coger de una sola vez una parte, que es nada ménos (1) que triple, si se la quiere comprender bajo un solo nombre, llamándola el arte de conducir las razas que no se mezclan (2). Otra division más, y nos encontramos con esta parte de la educacion de los bípedos, que es el arte de conducir la especie humana. Esto es precisamente lo que buscábamos, y á lo que hemos llamado á la vez la ciencia real y política.

(1) Es decir, en cuya determinacion no entran ménos de tres ideas.

(2) Platon considera las tres palabras γενέσεως ἀμικτου νομευτικῆ como si formaran una sola palabra compuesta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Pero ¿estás bien seguro, Sócrates, de que realmente hemos hecho lo que acabas de decir?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Pues qué falta?

EXTRANJERO.

¿Hemos resuelto completamente la cuestion? ¿ó acaso esta indagacion tiene el defecto de que aunque hemos definido bien el político, no lo hemos hecho de una manera completa y perfecta?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres decir?

EXTRANJERO.

Veamos: voy á explicarte con mayor claridad lo que tengo en mi pensamiento.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Habla.

EXTRANJERO.

¿No era la política una de estas artes de educar los numerosos rebaños que hemos considerado, y no se ocupaba de una especie particular de rebaños?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Y por esta razon la hemos definido el arte de educar en comun, no caballos ú otras bestias, sino hombres.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así es.

EXTRANJERO.

Pues bien; examinemos en qué se diferencian los reyes de los demás pastores.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿En qué?

EXTRANJERO.

¿No encontraremos algún personaje, que tomando su nombre de otro arte, pretenda concurrir en alto grado al sostenimiento de la grey?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué es lo que dices?

EXTRANJERO.

Por ejemplo; los mercaderes, los labradores, los que suministran al público los comestibles y aún los maestros de gimnasia, la clase entera de los médicos; ¿no sabes que todos estos son capaces de combatir con los pastores de hombres, que hemos llamado políticos, y demostrar que son ellos los que tienen cuidado de la vida humana, y que vigilan no sólo sobre la multitud y la grey sino también sobre los jefes mismos?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y no tendrían razón?

EXTRANJERO.

Quizá. Sin embargo, lo examinaremos; pero por lo menos sabemos que nadie entra en contestaciones con el vaquero en lo relativo á sus funciones. Él es el que provee al sostenimiento del rebaño y el que le mantiene; es su médico; corre con los cruzamientos; y versado en el arte de partear, vigila los partos y cuida de las crias. Y en cuanto á los juegos y á la música al alcance de las crias que él educa, nadie es más entendido para darles gusto, ni tan capaz de domesticarlas con el halago; tan ducho está en el arte de ejecutar, ya valiéndose de instrumentos, ya de la boca sola, la música apropiada á su ganado. Ahora bien, lo mismo puede decirse de otros pastores; ¿no es así?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy cierto.

EXTRANJERO.

Por consiguiente, no habia exactitud ni verdad en lo

que decíamos del rey, cuando le proclamábamos pastor y alimentador de la grey humana, poniéndole solo y aparte, entre otros mil que aspiran al mismo título.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, de ninguna manera.

EXTRANJERO.

¿No eran fundados nuestros temores de hace un instante, cuando sospechábamos que, áun cuando encontrásemos algunos rasgos de carácter real, no por eso conseguiríamos dar una definición completa del político, ínterin no le separáramos de los que le rodean y que pretenden concurrir con él á la educacion de los hombres, para mostrarle solo y en toda su pureza?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

EXTRANJERO.

Hé aquí, Sócrates, lo que es preciso hacer, si no queremos, cuando llegemos al fin, avergonzarnos de nuestro discurso.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues bien; evitemos que suceda eso.

EXTRANJERO.

Necesitamos entónces tomar otro punto de partida, y seguir un camino diferente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

Introduzcamos aquí una especie de historieta agradable. Tomemos una buena parte de una extensa fábula, y en seguida, separando siempre, como en las indagaciones precedentes, una parte de otra parte, hagamos de manera que encontremos al último el objeto de nuestra indagacion. ¿No es así como debemos proceder?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente.

EXTRANJERO.

Pues bien, escucha atentamente mi fábula, como hacen los niños. Así como así, no estás muy distante de la infancia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Habla.

EXTRANJERO.

Una de las antiguas tradiciones, que se recuerda aún y se recordará por mucho tiempo, es la del prodigio, que apareció en la querella de Atreo y Tieste. Tú lo has oído referir, y recordarás lo que se dice que sucedió entónces.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es quizá la maravilla de la oveja de oro* (1) de lo que quieres hablar.

EXTRANJERO.

Nada de eso, sino del cambio de la salida y de la puesta del sol y de los demás astros, los cuales se ponían entónces en el punto mismo donde ahora salen, y salían por el lado opuesto. Queriendo el dios atestiguar su presencia á Atreo, por un cambio repentino, estableció el órden actual.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así se cuenta, en efecto.

EXTRANJERO.

Tambien hemos oído referir muchas veces otra historia, que es la del reinado de Saturno.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, muchas veces.

EXTRANJERO.

Pero ¿no se dice todavía que los hombres de otro tiempo

(1) *De la oveja de oro*, es decir, de la oveja del vellon de oro. Véase en *El Orestes* de Eurípides, verso 809, una alusion á la querella ocasionada por un vellon de oro entre los descendientes de Tántalo.

eran hijos de la tierra, y que no nacian los unos de los otros?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, esa es tambien una de nuestras antiguas tradiciones.

EXTRANJERO.

Todos estos prodigios se refieren á un mismo órden de cosas, y con ellos otros mil aún más maravillosos; pero el largo trascurso del tiempo ha hecho olvidar los unos, y ha desprendido del conjunto otros, que dan lugar en adelante á otras tantas historias separadas. En cuanto al órden de cosas, que es la causa comun de todos estos fenómenos, nadie ha hablado de él, y hay necesidad de exponerlo ahora. Esto nos servirá de gran auxilio para hacer conocer lo que es el rey.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No es posible hablar mejor; cuenta, pues, sin omitir nada.

EXTRANJERO.

Escucha. Este universo es unas veces dirigido en su marcha por Dios mismo, que le imprime un movimiento circular; y otras le abandona, como cuando sus revoluciones han llenado la medida del tiempo marcado. El mundo entónces, dueño de su movimiento, describe un círculo contrario al primero, porque es un sér vivo y ha recibido la inteligencia de aquel que desde el principio le ordenó con armonía. La causa de esta marcha retrógrada es necesaria é innata en él mismo, y es la siguiente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Veamos.

EXTRANJERO.

Ser siempre de la misma manera, en igual forma y el mismo sér, es privilegio de los dioses por excelencia. La naturaleza del cuerpo no pertenece á este órden. El sér á que llamamos cielo y mundo, ha sido dotado, desde su

principio, de una multitud de cualidades admirables, pero participa al mismo tiempo de la naturaleza de los cuerpos. De aquí procede que le es absolutamente imposible escapar á toda especie de mudanza; pero por lo ménos, en cuanto es posible, se mueve en el mismo lugar, en el mismo sentido y siguiendo un solo movimiento. Hé aquí por qué el movimiento circular es en él el propio, porque es el que se aleja ménos del movimiento de lo que se mueve por sí mismo. Moverse por sí mismo por toda una eternidad sólo puede hacerlo aquel que conduce todo lo que se mueve, y este sér no puede mover tan pronto de una manera como de otra contraria. Todo esto prueba que ni se puede decir que el mundo se da á sí mismo el movimiento de toda eternidad, ni que recibe de la divinidad dos impulsos y dos impulsos contrarios, ni que es puesto alternativamente en movimiento por dos divinidades de opiniones opuestas. Sino que como decíamos ántes, y es la única hipótesis que nos queda, tan pronto es dirigido por un poder divino, superior á su naturaleza, recobra una nueva vida y recibe del supremo artífice una nueva inmortalidad; como, cesando de ser conducido, se mueve por sí mismo y se ve de este modo abandonado durante todo el tiempo necesario para realizar miles de revoluciones retrógradas; porque su masa inmensa, suspendida igualmente por todas partes, gira sobre un punto de apoyo muy estrecho.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Todo lo que acabas de decir me parece muy verosímil.

EXTRANJERO.

Prosigamos, pues, considerando, entre los hechos que acaban de referirse, el fenómeno que, segun hemos dicho, es la causa de todos los prodigios. Es el siguiente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

El movimiento del mundo, que tan pronto describe un círculo en el sentido actual, como en sentido contrario.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Es preciso convencerse de que este cambio constituye la más grande y completa de las revoluciones celestes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Me parece probable.

EXTRANJERO.

Es preciso, pues, pensar que entónces es tambien cuando se verifican los cambios más trascendentales para los que habitamos en este mundo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Tambien eso es probable.

EXTRANJERO.

Pero ¿no sabemos que la naturaleza de los animales soporta dificilmente el concurso de cambios graves, numerosos y de diversa índole?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Quién no lo sabe?

EXTRANJERO.

Entónces necesariamente hay gran mortandad entre los demás animales, y de los hombres son pocos los que sobreviven. Estos últimos experimentan mil fenómenos sorprendentes y nuevos; pero el más extraordinario es el que resulta del movimiento retrógrado del mundo, cuando al curso actual de los astros sucede otro contrario.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

En tales circunstancias se vió desde luego que la edad de los diversos séres vivos se detuvo repentinamente; que todo lo que era mortal dejó de caminar hácia

la vejez, y que mediante una marcha contraria se hizo más delicado y más jóven. Los cabellos blancos de los ancianos se volvieron negros; las mejillas de los que no tenían barba, al recobrar su tersura, restituían á cada cual su pasada juventud; los miembros de los jóvenes, haciéndose más tiernos y más reducidos de día en día y de noche en noche, tomaron la forma de los de un recién nacido; y el cuerpo y el alma á la par se metamorfosearon. Al término de este progreso todo se desvaneció y entró en la nada. En cuanto á los que perecieron violentamente en el cataclismo, sus cuerpos pasaron por las mismas transformaciones, con una rapidez que no permitía distinguir nada, y desaparecían completamente en pocos días.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y cómo, extranjero, tenía entónces lugar la generacion, y cómo se reproducían los seres animados?

EXTRANJERO.

Es claro, Sócrates, que la reproduccion de los unos por los otros no existía entónces en la naturaleza; sino que, segun lo que se cuenta, hubo en otro tiempo una raza de hijos de la tierra, y los hombres salían del seno de la misma que los había recibido; y el recuerdo de estas cosas nos ha sido trasmitido por nuestros primeros antepasados, vecinos á la revolucion precedente, y nacidos en los principios de ésta. A ellos debemos esta tradicion, que muchos, sin motivo, se niegan á creer á pesar de lo racional y consecuente que es en mi opinion. Porque es necesario hacerse esta reflexion. Si los ancianos volvían á las formas de la juventud, era natural que los que habían muerto y estaban enterrados resucitaran, volvieran á la vida y siguieran el movimiento general, que renovaba en sentido contrario la generacion; y estos desde su origen fueron llamados hijos de la tierra, por lo ménos todos aquellos, que los dioses no reservaron para un más alto destino.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto, todo eso concuerda perfectamente con lo que precede. Pero este género de vida que refieres al reinado de Saturno, ¿pertenece á las otras revoluciones del cielo ó á las actuales? Porque con respecto á la mudanza en el curso de los astros y del sol, es evidente que ha debido realizarse en una y otra época.

EXTRANJERO.

Has seguido perfectamente mi razonamiento. En cuánto al tiempo á que te refieres, en el que todas las cosas nacian por sí mismas para los hombres, no pertenece al estado actual del universo, porque corresponde tambien al que le ha precedido. Entónces Dios, vigilando sobre el universo entero, presidia á su primer movimiento. Como hoy, las diferentes partes del mundo estaban divididas por regiones entre los dioses, que las dirigian. Los animales, divididos en géneros y en grupos, eran dirigidos por demonios, que, como pastores divinos, sabian proveer á todas las necesidades del rebaño, que les estaba encomendado; de suerte, que ni se veian bestias feroces, ni los animales se devoraban unos á otros, ni habia guerra ni riña de ninguna clase. Todos los demás bienes, que resultan de este orden de cosas, serian infinitos si se fueran á contar. Por lo que hace á la facilidad que los hombres tenian para proporcionarse el alimento, hé aquí el origen. Dios mismo conducia y vigilaba á los hombres; en la misma forma que hoy los hombres, á título de animales de una naturaleza más divina, conducen las especies inferiores. Bajo este gobierno divino no habia ni ciudades, ni matrimonios, ni familia. Los hombres resucitaban todos del seno de la tierra sin ningun recuerdo de lo pasado. Extraños á nuestras instituciones, recogian en los árboles y en los bosques frutas abundantes, no debidas al cultivo y que la tierra producía por su propia fecundidad. Desnudos y sin abrigo, pasaban casi toda su vida

al aire libre; las estaciones, templadas entónces, les eran agradables; y el espeso césped con que se cubria la tierra les proporcionaba blandos lechos. Hé aquí, Sócrates, ya lo oyes, la vida que pasaban los hombres bajo Saturno. La que, segun se dice, es presidida por Júpiter, la de nuestros dias, ya la conoces por tí mismo. ¿Podrias y querrias decidir ahora cuál de las dos es la más dichosa?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Verdaderamente no.

EXTRANJERO.

¿Quieres que ocupe tu lugar, y que de algun modo lo decida?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No puedes darme mayor gusto.

EXTRANJERO.

Si las hechuras de Saturno, con tanto tiempo libre, con la facultad de comunicar por la palabra no sólo entre sí, sino con los animales, utilizaban todas estas ventajas en el estudio de la filosofía, viviendo en relacion con los animales y con sus semejantes, informándose, si alguno de ellos, gracias á esta ó aquella facultad particular, hacia algun descubrimiento que pudiese contribuir al adelantamiento de la ciencia, es fácil comprender que los hombres de entónces gozarian de una felicidad mil veces más grande que la nuestra. Pero si, por el contrario, esperaban á hartarse comiendo y bebiendo, para conversar entre sí y con los animales, segun las fábulas que hoy mismo se nos refieren, la cuestion es tambien á mi parecer muy sencilla de resolver.—Pero dejemos esto hasta que se nos presente un mensajero, que pueda decirnos por cuál de estas dos maneras los hombres de aquel tiempo manifestaban su gusto por la ciencia y la discusion. Ahora debemos decir la razon que nos ha movido á traer á cuento esta fábula, para que podamos caminar adelante. Cuando terminó la época que comprende todas estas cosas, y sobre-

vino una revolucion, y la raza nacida de la tierra hubo perecido toda entera, y cada alma hubo pasado por todas las generaciones, y entregado á la tierra las semillas que la debia, sucedió que el señor de este universo, á la manera del piloto que abandona el timon, se echó fuera ocupando como un punto de observacion; y la fatalidad, y tambien su propio impulso, arrastraron al mundo siguiendo un movimiento contrario. Todos los dioses, que de acuerdo con la divinidad suprema, gobernaban las diversas regiones, testigos de estos hechos, abandonaron á su vez las partes del universo que les habian sido confiadas. Éste, reobrando sobre sí mismo en un movimiento retrógrado, arrastrado en dos direcciones opuestas, la del orden de cosas que comenzaba y la del que concluia, y agitándose con sacudimientos continuos sobre sí mismo, fué causa de una nueva destruccion de los animales de toda especie. En seguida, después de un suficiente intervalo de tiempo, la turbacion, el tumulto y la agitacion cesaron; la paz se restableció, y el mundo comenzó de nuevo y ordenadamente su marcha acostumbrada, atento á sí mismo y á todo lo que encierra, y recordando, en cuanto le era posible, las lecciones de su autor y de su padre. En un principio se ajustaba á estas con exactitud; pero después ya con negligencia. La causa de esto era el elemento material de su constitucion, que tiene su origen en la antigua naturaleza, entregada durante largo tiempo á la confusion, ántes de llegar al orden actual. En efecto, todo lo que el mundo tiene de bello, lo ha recibido de aquel que le ha creado; y todo lo malo é injusto, que sucede en la extension de los cielos, procede de su estado anterior, del cual lo recibe para transmitirlo á los animales. Mientras que el mundo dirige, de concierto con su guía y señor, los animales que encierra en su seno, produce poco mal y mucho bien. Mas cuando llega á separarse del guía, en el primer instante de su aislamiento gobierna aún con sa-

biduría; pero á medida que el tiempo pasa y que el olvido llega, el antiguo estado de desórden reaparece y domina; y por último, el bien que produce es de tan poco precio y la cantidad de mal, que se mezcla con él, es tan grande, que él mismo, con todo lo que encierra, se pone en peligro de perecer. Entónces es cuando el dios, que ha ordenado el mundo, al verle en este peligro, y no queriendo que sucumba en la confusion y vaya á perderse y disolverse en el abismo de la desemejanza, entónces, repito, es cuando, tomando de nuevo el timon, repara las alteraciones que ha sufrido el universo, restableciendo el antiguo movimiento por él presidido, protegiéndole contra la caducidad, y haciéndole inmortal. Hé aquí todo lo que se cuenta, y que es lo bastante para definir al rey, si se tiene en cuenta todo lo que precede. Porque habiendo entrado el mundo en el camino de la actual generacion, la edad se detuvo de nuevo y se vió que reaparecia la marcha contraria. Aquellos animales, que por su pequeñez estaban casi reducidos á la nada, empezaron á crecer; y los que habian salido de la tierra encanecieron de repente, murieron y volvieron á la tierra misma. Todo lo demás sufrió la misma mudanza, imitando y siguiendo todas las modificaciones del universo. La concepcion, la generacion, la nutricion, se acomodaron necesariamente á la revolucion general. No era ya posible que un animal se formase en la tierra por la combinacion de elementos diversos, y así como se habia ordenado al mundo que moderara por sí mismo su movimiento, así se ordenó á sus partes que se reprodujeran por sí mismas en cuanto las fuese posible y que engendrasen y se alimentasen mediante un procedimiento análogo. Hé aquí que hemos llegado al punto á que se encamina todo este discurso. Porque en lo relativo á los demás animales, habria no poco que decir, y se necesitaria mucho tiempo para explicar el punto de partida y las causas de sus cambios;

pero con respecto á los hombres, el camino es más corto, y está en una relacion más directa con nuestro objeto. Privados de la proteccion del demonio, su pastor y señor, entre animales naturalmente salvajes y que se habian hecho feroces, los hombres débiles y sin defensa eran despedazados por ellos. Se vieron desprovistos además de las artes y de la industria en estos primeros tiempos, porque la tierra habia cesado de suministrarles espontáneamente el alimento, sin que tuviesen medios de procurárselo, pues ántes nunca habian sentido esta necesidad. Por esta causa vivian en la mayor estrechez, hasta que los dioses nos proporcionaron, con la instruccion y las enseñanzas necesarias, estos presentes de que hablan las antiguas tradiciones: Prometeo, el fuego; Vulcano y la diosa que le acompaña en los mismos trabajos (1), las artes; otras divinidades, las semillas y las plantas. Hé aquí cómo aparecieron todas las cosas que prestan auxilio al hombre para vivir, cuando los dioses, como hemos dicho, cesaron de gobernarlos y protegerlos directamente; cuando les fué preciso conducirse y protegerse á sí mismos, como hace este universo, que imitamos y que seguimos, naciendo y viviendo tan pronto de una manera como de otra. Pongamos fin á nuestra historia, y que nos sirva para reconocer hasta qué punto nos hemos engañado ántes al definir al rey y al político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Engañados! ¿Cómo? ¿Dónde está ese gran error de que hablas?

EXTRANJERO.

En un sentido es insignificante, pero en otro es mucho más grave y de más consecuencia que el de ántes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

(1) Minerva.

EXTRANJERO.

Se deseaba saber de nosotros qué son el rey y el político de la revolucion y de la generacion actual, y haciendo indagaciones en la época contraria, hemos mostrado el pastor de la raza humana de entónces, es decir, un dios en lugar de un mortal ; con lo cual no nos hemos extraviado poco. Además, atribuyéndole el gobierno del Estado entero, sin explicar qué gobierno, hemos dicho la verdad, pero no la hemos dicho completa y claramente. Tambien es esta una falta, aunque ménos importante que la precedente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

A mi parecer, sólo cuando se haya determinado la naturaleza del gobierno del Estado, será cuando nos venceremos de que está completamente definido el hombre político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

Al introducir aquí esta fábula, no ha sido nuestro único objeto probar que todo el mundo disputa la educacion de los rebaños al que es objeto de la presente indagacion; sino que hemos querido presentar con mayor claridad á aquel que, cuidando él sólo de la salud de la especie humana á la manera de los pastores y vaqueros, es el único digno del título de político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Pero yo creo, Sócrates, que es demasiado elevada para un rey esta imágen del divino pastor ; y que los políticos de nuestros dias se parecen más por su naturaleza á sus subordinados, así como se aproximan más á ellos por su instruccion y por su educacion.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy exacto.

EXTRANJERO.

Pero debemos indagar su verdadero carácter, cualquiera que él sea, ni más ni ménos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Volvamos á tomar el hilo del discurso. Al arte que, segun hemos dicho, consiste en mandar por sí mismo á los animales, y que se ocupa, no de individuos aislados, sino de muchos reunidos, hemos llamado sin vacilar el arte de educar rebaños. No te habrás olvidado de esto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

Pero en esto hemos cometido un error. Porque no hemos hecho mencion ni nombrado al político, y no nos hemos apercebido de que se nos ocultaba bajo el nombre que le dábamos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Alimentar su ganado es un deber de todos los pastores, pero no del político, al cual hemos atribuido así un nombre que no le conviene; y lo que debia hacerse era escoger uno que fuese comun á todos los pastores á la vez.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Dices verdad, si existe tal nombre.

EXTRANJERO.

El cuidar, sin especificar ni el alimento ni ninguna otra accion particular, ¿no es una cosa comun á todos los pastores? Y diciendo el arte de conducir los rebaños ó de servirlos, ó de tener cuidado de ellos, expresiones que convienen á todos, ¿no estariamos seguros de com-

prender al político con todos los demás, como la discusión ha probado que debe hacerse?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien. Pero, ¿cómo debe procederse, para hacer la división?

EXTRANJERO.

Lo mismo que ántes distinguimos en el arte de alimentar los ganados el de alimentar los animales terrestres, los animales sin plumas, los animales sin cuernos, los animales que no se mezclan con otras especies; así también dividiendo de un modo semejante el arte de conducir los rebaños, habríamos comprendido igualmente en nuestro discurso, el reinado actual y el del tiempo de Saturno.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo creo; ¿pero despues?

EXTRANJERO.

Es evidente que definiendo el reinado el arte de conducir los rebaños, nadie se hubiera atrevido á negar que el reinado tiene cuidado de algo; así como ántes se nos objetaba con razon que no hay entre los hombres arte que merezca llamarse alimenticia, y que si la hubiera, pertenecería este título á otros muchos con más razon que al del rey.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

Relativamente al cuidado que debe tomarse de la sociedad humana, no hay arte que pueda rivalizar con el reinado, ya sea bajo el punto de vista de la dulzura, ya bajo el del poder.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No se puede hablar mejor.

EXTRANJERO.

¿No ves ahora, Sócrates, cuánto nos hemos engañado al hacer las últimas divisiones?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿En qué?

EXTRANJERO.

En lo siguiente. Aun cuando hubiésemos sentado que existe un arte de alimentar los rebaños de animales de dos piés, no seria esta una razon para declarar que tal arte fuese verdaderamente el arte real y político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué?

EXTRANJERO.

Porque era preciso, cómo ya hemos dicho, mudar por lo pronto el nombre, y sustituir á la palabra «alimento» la palabra «cuidado»; porque era necesario despues dividir el arte de tener cuidado, puesto que no comprende en verdad pocas divisiones.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuáles?

EXTRANJERO.

Es preciso poner de un lado el pastor divino y de otro el simple mortal, que tiene cuidado de su ganado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

En seguida, este arte humano de tener cuidado hay que dividirlo en dos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Segun que se impone con violencia, ó que libremente se acepta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué dices?

EXTRANJERO.

Que hemos incurrido inocentemente en el mismo error que ántes; esto es, hemos confundido al rey con el tirano,

que son tan diferentes, ya se los considere en sí mismos, ya en su manera de gobernar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Impongámonos la pena de corregirnos, conforme á lo que acabo de decir, y dividamos en dos el arte humano de tener cuidado, segun que hay violencia ó acuerdo mútuo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Enhorabuena.

EXTRANJERO.

Llamemos, pues, al arte de gobernar mediante la violencia, tiranía; y al arte de gobernar voluntariamente á animales bípedos, que se prestan á ello con gusto, política; y proclamemos que el que posee este arte, es el verdadero rey y el verdadero político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Me complazco, Sócrates, en que hayamos expuesto completamente el carácter del hombre político.

EXTRANJERO.

Ojalá fuera así, Sócrates. Pero no basta que te des tú por satisfecho; es preciso que también me dé yo. Porque no creo, que la figura del rey esté bastantemente delineada. Así como los estatuarios, á veces, por una precipitación intempestiva, hacen ciertas partes demasiado grandes y otras demasiado pequeñas, retrasándose así por apresurarse más de lo debido; así nosotros, queriendo demostrar con harta ligereza y de una manera evidente el error de nuestra precedente división, y creyendo que convenia comparar el rey con los modelos más notables, hemos puesto en acción la masa inmensa de esta fábula, y nos hemos visto precisados á emplear una parte de ella más grande que la que se necesitaba. De esta manera, la exposición se ha hecho demasiado larga, y no hemos podido poner término á nuestra historia. Este discurso se parece

verdaderamente á la imágen de un animal, cuyos contornos apareciesen suficientemente delineados, pero que careciese de relieve y de la distincion que da la combinacion de las tintas y de los colores. Notad, que el dibujo y los procedimientos manuales, cuando se trata de representar un animal, están distantes de valer lo que la palabra y el discurso, por lo ménos respecto á aquellos que saben manejarlos, porque en cuanto á los demás, los procedimientos manuales son preferibles.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¡Perfectamente! Pero dinos lo que no ha sido suficientemente aclarado.

EXTRANJERO.

Es difícil, querido mio, explicar con claridad las cosas grandes sin acudir á ejemplos. Porque, á mi parecer, lo que sabemos es como en sueños, y no al modo del que está despierto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué dices eso?

EXTRANJERO.

Ciertamente que soy muy necio al remover ahora la cuestion de la manera cómo se forma la ciencia en nosotros.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué?

EXTRANJERO,

Mi mismo ejemplo, querido Sócrates, tiene necesidad de otro ejemplo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo? Habla, te lo suplico, y no omitas nada por mi causa.

EXTRANJERO.

Voy á hablar porque estás pronto á seguirme. Ya sabemos que los niños cuando apenas han comenzado á leer...

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Saben muy bien reconocer cada una de las letras en las sílabas más cortas y más fáciles, y son capaces de designarlas con exactitud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

Pero, por el contrario, vacilan acerca de estas mismas letras, cuando las ven en otras sílabas, y se engañan y se equivocan.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy cierto.

EXTRANJERO.

¿No sería muy fácil y muy bueno conducirles de esta manera hácia aquello que ignoran?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué manera?

EXTRANJERO.

Primero, llamándoles la atención sobre las sílabas, en las que han sabido reconocer estas mismas letras, y colocando al lado, en el mismo instante, las sílabas, que ellos no conocen aún; hacerles ver mediante la comparación, que las letras tienen la misma forma y la misma naturaleza en unas que en otras sílabas; de manera que, colocadas las palabras conocidas cerca de las desconocidas, aparezcan con toda claridad, y apareciendo claramente, sean como otros tantos ejemplos, que les enseñarán en toda clase de sílabas á enunciar como diferentes las letras que son diferentes, y como idénticas las que son idénticas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Haz la aplicación á lo presente, puesto que tenemos

un ejemplo; y así, cuando, encontrándose lo mismo en dos cosas separadas, nosotros lo reconozcamos como lo mismo concibiendo su unidad en medio de la misma diversidad, entónces formamos una sola opinion y una opinion verdadera.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

¿Extrañaremos, pues, que nuestra alma, que está naturalmente en el mismo estado con relacion á los elementos (1) de todas las cosas, encuentre tan pronto la verdad en ciertos compuestos de estos elementos, como se extra-
víe, desconociéndolos, cuando recaen en otros objetos? ¿Extrañaremos que forme una opinion exacta sobre determinados elementos, cuando los encuentra en ciertos todos, y que los desconozca enteramente, cuando aparecen en otras composiciones, ó por decirlo así, en las sílabas largas y difíciles, que constituyen los cosas?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, no hay que extrañarlo.

EXTRANJERO.

En efecto, querido mio, ¿cómo será posible, cuando se parte de una opinion falsa, aspirar á la menor partícula de verdad, ni adquirir tampoco la sabiduría?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es casi imposible.

EXTRANJERO.

Así es, y no obraremos mal tú y yo, si procedemos de la manera siguiente: estudiemos primero la naturaleza del tipo del rey en general en cualquier ejemplo particular; despues elevémonos desde aquí á la idea de rey, que

(1) El griego tiene la ventaja de emplear dos veces la misma palabra στοιχεῖον, que nos vemos precisados á traducir por los dos términos: *letras* y *elementos*.

por grande que sea, no difiere de la que hayamos examinado en menores proporciones, y de este modo llegaremos á reconocer regularmente en qué consiste el cuidado de los asuntos del Estado; y pasaremos así del sueño á la vigilia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No es posible explicarse mejor.

EXTRANJERO.

Es preciso retroceder á lo que dijimos ántes; esto es, que disputando muchos á la raza de los reyes el cuidado de las ciudades, es preciso descartar á todos, y dejar sólo aparte al rey. Y para hacer esto, ya sabemos que tenemos necesidad de un ejemplo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

¿De qué ejemplo nos valdremos, que, encerrando en muy limitadas proporciones los mismos elementos que el arte político, nos haga conocer claramente el objeto de nuestra indagacion? ¿Quieres, ¡por Júpiter! Sócrates, que si no tenemos á la mano otra cosa mejor, tomemos como ejemplo el arte del tejedor, y aún si te parece, el arte en toda su extension? Creo que el arte de tejer la lana nos bastará, y sin duda esta parte, que preferimos á todas las demás, nos enseñará lo que queremos saber.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué no?

EXTRANJERO.

Si antes hemos dividido nuestro asunto y distinguido las partes y las partes de las partes, ¿por qué no hemos obrado lo mismo respecto al arte de tejer? ¿Por qué no hemos de recorrer toda la extension de este arte, lo más rápidamente posible para ir á parar en lo que puede servirnos para descubrir la verdad?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué es lo que dices?

EXTRANJERO.

Comenzando á hacer lo que digo es como voy á responderte.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

Todas las cosas que nosotros hacemos ó que poseemos, son instrumentos para obrar, ó preservativos para no sufrir. Los preservativos son remedios divinos ó humanos, medios de defensa. Los medios de defensa son armas para la guerra ó antemurales. Los antemurales son velos para impedir la luz, ó abrigos contra el frio y el calor. Los abrigos son techos ó telas. Las telas son tapices ó trajes. Los trajes son de una sola pieza ó compuestos de muchas partes. Los que son compuestos de muchas partes, son abiertos ó ajustados y sin abertura. Los que no tienen abertura están hechos con las fibras de las plantas de la tierra ó con pelo. Los que están hechos con pelo, están pegados con agua y tierra, ó unidos hilo á hilo. Ahora bien, á estos preservativos y á estas telas, así formados por el simple trabazon de los hilos, hemos dado el nombre de vestido; y en cuanto al arte, que se refiere á la hechura de los vestidos, á la manera que ántes dimos el nombre de política (1) á lo que se refiere al gobierno de los pueblos, así llamamos á esto, valiéndonos del nombre de la cosa misma, el arte de vestir (2). Digamos, en fin, que el arte del tejedor, abrazando la porcion más considerable del arte de hacer vestidos, no difiere de éste sino en el nombre, absolutamente en lo mismo que, segun dijimos, el arte del rey difiere del del político.

(1) Πόλις πολιτική.

(2) Ἰμάτια ἱματιουργική.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Fijémonos ahora en que el arte de tejer los vestidos, así definido, sólo parecería estarlo suficientemente á los que no sean capaces de percibir que por haberle separado de muchas artes de la misma familia, no le hemos distinguido aún de otras artes, que le prestan su concurso.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué artes lo hemos separado?

EXTRANJERO.

No has seguido mi razonamiento al parecer. Es preciso, si no me engaño, volver atrás, comenzando por el fin; porque si reflexionas en el parentesco de las especies, ve aquí una que acabamos de separar del arte de tejer los trajes, á saber, la de fabricacion de las alfombras, distinguiendo lo que se aplica á las personas de lo que se pone en el suelo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Entiendo.

EXTRANJERO.

Tambien hemos separado las artes, que emplean el lino, el esparto, y generalmente todo lo que hemos llamado con razon los filamentos de las plantas. El arte de abatanar ha sido eliminado á su vez, así como el arte de fabricar, agujereando y cosiendo, y cuya principal parte es el arte del zapatero.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

El arte del manguitero, que prepara las cubiertas de una sola pieza, la construccion de abrigos, todas las artes, que en la arquitectura y en el arte de construir en general tienen por objeto preservarnos del agua y de la humedad, todas estas las hemos descartado de una vez; y asimismo

las artes que, por medio de cerramientos, nos defienden de robos y violencias; las que nos enseñan á construir coberturas; y las que reúnen sólidamente las diferentes piezas de las puertas, y que forman parte del arte de clavar. Tambien hemos separado la fabricacion de armas, que es una parte del arte tan vasto y tan diverso de preparar los medios de defensa; lo mismo hemos hecho desde luego con la magia, que tiene por objeto la preparacion de remedios; de suerte, que no hemos conservado, á lo que parece, más que el arte reservado por nosotros, para preservarnos de la intemperie del aire con un muro de lana, y que se llama arte del tejedor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece, en efecto.

EXTRANJERO.

Sin embargo, querido mio, lo que he dicho no es aún completo, porque evidentemente el que pone la primera mano en la fabricacion de los vestidos hace todo lo contrario que un tejedor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Tejer es entrelazar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Ahora bien, la otra operacion consiste en separar lo que está unido y entrelazado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué operacion?

EXTRANJERO.

La de cardar. ¿O nos atreveremos á llamar al arte de cardar arte de tejer, y al cardador tejedor?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

La elaboracion de la urdimbre y de la trama, ¿puede llamarse arte de tejer? ¿No seria servirse de una denominacion falsa é impropia?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, sin duda.

EXTRANJERO.

¿Pero negaremos que el arte del batanero en general y el arte de coser se ocupan y hacen relacion á los vestidos, ó bien diremos que son todos artes de tejer?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nada de eso.

EXTRANJERO.

No es ménos cierto, que estas disputarán al arte del tejedor el cuidado y la fabricacion de los vestidos; y que aún concediendo á la última la parte principal, se atribuirán á sí propias una buena parte.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

Además de todas estas artes, téngase entendido, que todos los que fabrican los instrumentos que emplea el arte de tejer, no dejarán de pretender, que tambien concurren á la formacion de los vestidos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Esa observacion es muy justa.

EXTRANJERO.

Y bien, ¿la definicion del arte del tejedor ó de la parte que hemos escogido quedará suficientemente deslindada, si la declaramos la más bella y la más grande de todas las artes relativas á los vestidos de lana? ¿Ó mas bien, nuestras palabras, aún cuando sean exactas, serán oscuras é imperfectas, hasta que hayamos distinguido las demás artes de ésta?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

¿No es esto precisamente lo que tenemos que hacer, si queremos proceder en nuestra discusion con orden?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Luego debemos distinguir desde luego en todo lo que hacemos dos artes diferentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuáles?

EXTRANJERO.

La que ayuda á producir y la que produce.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Las artes, que no fabrican la cosa misma, pero que proporcionan á los que fabrican los instrumentos, sin los cuales ningun arte llenaria su cometido, no son más que artes auxiliares; y las que ejecutan la cosa misma son artes productoras.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es muy razonable.

EXTRANJERO.

A las artes que construyen los usos, las lanzaderas y todos los instrumentos, que se refieren á la fabricacion de los vestidos, las llamaremos artes auxiliares; y á las que tienen por objeto la confeccion de los vestidos, artes productoras.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Entre las artes productoras conviene comprender las artes de lavar, remendar, y todas las que se ocupan de

operaciones análogas, que forman parte del arte tan vasto del adorno, y llamarlas á todas con el nombre comun de arte de abatanar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Y las artes de cardar, hilar, y todas aquellas que tienen relacion con esta fabricacion de los vestidos de que se trata, forman en conjunto un arte único, al cual todo el mundo llama arte de trabajar la lana.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo negarlo?

EXTRANJERO.

Pero el arte de trabajar la lana tiene dos divisiones, cada una de las cuales forma por sí misma parte de dos artes diferentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Por una parte el arte de cardar, la mitad del arte de tejer, el de los que separan lo que estaba reunido, todo esto, para designarlo con una sola palabra, forma parte del arte de trabajar la lana; y hay para nosotros en todas las cosas dos artes muy vastas, la que divide y la que reune.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Al arte de dividir pertenecen el arte de cardar y todas las que acabamos de nombrar; porque cuando se trabaja sobre la lana y los hilos, sea abatanando, sea con la mano sola, recibe el arte, que divide, todos los diferentes nombres que enunciamos ántes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Por otra parte, tenemos ahora una parte del arte de reunir, que está al mismo tiempo comprendida en el arte de trabajar la lana. Despreciemos todas las demás partes del arte que divide, y distingamos en el arte de trabajar la lana, el que divide y el que reúne.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, hagamos esta distincion.

EXTRANJERO.

Y bien, Sócrates, en el arte de trabajar la lana es preciso que distingamos el arte que reúne, si queremos llegar á concebir claramente este arte del tejedor, que nos hemos propuesto por ejemplo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es preciso.

EXTRANJERO.

Sin duda lo es. Digamos, pues, que el arte, que reúne, comprende el arte de torcer y el arte de entreteter.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Te he comprendido bien? Me parece que refieres al arte de torcer la preparacion del hilo de la urdimbre.

EXTRANJERO.

No sólo la preparacion del hilo de la urdimbre, sino tambien la de la trama misma. ¿Habria medio de formar la trama sin torcerla?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

Divide aún estas dos partes (1), porque quizá esta division te será útil para algo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

(1) Es decir, la trama y la urdimbre.

EXTRANJERO.

De la manera siguiente: ¿lo que produce el arte de cardar, y que tiene largura y anchura, lo llamaremos hilaza?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Y bien, á esta hilaza puesta en el huso y convertida en hilo sólido, llámala hilo de la urdimbre; y al arte que preside á esta operacion llámale arte de formar el hilo de la urdimbre.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Por otra parte, todos los hilos que son objeto de una débil torcedura, y que entrelazados en la urdimbre, se hacen, mediante la operacion del batan, suaves y lisos hasta cierto punto, llamémoslos trama cuando están yustapuestos; y al arte, que precede á este trabajo, llamémosle el arte de formar la trama.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

La parte del arte del tejedor, que hemos intentado examinar, aparece ya con toda claridad. En efecto, cuando la porcion del arte de reunir, que se refiere al arte de trabajar la lana por el enlace perpendicular de la trama y de la urdimbre, forma un tejido, llamamos á este tejido un vestido de lana; y al arte de fabricarlo, arte del tejedor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

En buen hora. Pero, ¿por qué en lugar de responder desde luego, que el arte del tejedor es el de entrelazar la

trama y la urdimbre, hemos dado estas vueltas, y hecho mil divisiones inútiles?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Me parece, extranjero, que nada de cuanto hemos dicho es inútil.

EXTRANJERO.

No me sorprende de que así te parezca; pero quizá en otra ocasion, querido mio, no pensarás como ahora. Quizá con el tiempo este mal pueda acometerte más de una vez, lo que no me sorprenderia; y así, por si llega el caso, escucha un razonamiento, que se aplica á todos los casos de esta especie.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Veamos, habla.

EXTRANJERO.

Comencemos por considerar de una manera general el exceso y el defecto, para aprender á alabar ó vituperar con razon lo que peca por demasiado largo ó por demasiado corto en las discusiones de esta clase.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es lo que debemos hacer.

EXTRANJERO.

Un razonamiento, que recaiga sobre esta materia, no puede ser, á mi juicio, un razonamiento supérfluo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Sobre qué materia?

EXTRANJERO.

La extension y la brevedad, y en general el exceso y el defecto; porque todas estas cosas pertenecen al arte de medir.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Dividámoslo en dos partes, porque esto es indispensable para llegar al objeto que nos proponemos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pero, ¿cómo se hace esta division? Habla.

EXTRANJERO.

De la manera siguiente. La una considerará la magnitud y la pequeñez en sus relaciones recíprocas; la otra en su esencia necesaria, la que hace que sean lo que son.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué dices?

SÓCRATES.

¿No te parece natural, que lo más grande se diga que es más grande con relacion á lo que es más pequeño; y que lo más pequeño se diga más pequeño con relacion á lo que es más grande?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así me parece.

EXTRANJERO.

¿Pero podremos negar que lo que va más allá ó queda más acá del justo medio en los discursos y en las acciones existe verdaderamente, y que es lo que distingue entre nosotros principalmente los buenos de los malos?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

Nos es, pues, indispensable sentar esta doble naturaleza y este doble juicio de lo grande y de lo pequeño, y en lugar de limitarnos, como dijimos ántes, á observarlos en sus relaciones, compararlos á la vez, como decimos ahora, el uno con el otro y con el justo medio. ¿Por qué? ¿Quieres saberlo?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Si nos fuese posible considerar la naturaleza de lo más grande de otra manera que con relacion á lo más pequeño, no se tendria para nada en cuenta el justo medio. ¿No es así?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Si se procediera de esta manera, ¿no suprimiría mos las artes mismas y todas sus obras, y anonadaríamos la política, objeto al presente de nuestras indagaciones, y aún el arte de tejedor de que acabamos de hablar? Porque todas estas artes noniegan la existencia del más ni del menos del justo medio; por el contrario los admiten, si bien procuran en sus operaciones mirarlos como un peligro, y por este medio, es decir, manteniéndose en este justo medio, producen sus obras maestras.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Pero si suprimimos la política, ¿cómo podremos indagar despues en qué consiste la ciencia real?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto, no podríamos.

EXTRANJERO.

Pues bien; lo mismo que en el *Sofista* probamos que el no-ser existe, porque es el único medio de salvar el discurso, lo mismo probaremos ahora que el más y el menos son commensurables; no sólo entre sí, sino tambien con el justo medio. Porque es imposible admitir, que ni el hombre político, ninningun otro, muestren sabiduría y habilidad en sus acciones, si no se conviene desde luego en este punto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Entónces es necesario hacer esta explicacion ahora mismó.

EXTRANJERO.

Hé aquí, Sócrates, un nuevo asunto de más consideracion que el otro, aunque no hayamos podido olvidar cuán extenso fué éste. Pero, por lo ménos, es muy justo dar por respuesta una cosa.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué cosa?

EXTRANJERO.

Que no solamente podremos algun dia tener necesidad de lo que hemos dicho, para exponer en qué consiste la exactitud; sino que para llegar además á la demostracion clara y completa del objeto de nuestra indagacion presente, encontraremos un auxiliar maravilloso en esta idea de que no se puede admitir la existencia de ningun arte sin reconocer la de un más y la de un ménos, susceptibles de ser medidos, no solamente entre sí, sino tambien con relacion á un medio que existe realmente. Porque si este medio existe, el más y el ménos existen; y si estos existen, aquel existe igualmente; pero si uno ú otro de estos términos perece, entónces perecen ambos á la vez.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien dicho; pero y luego ¿qué haremos?

EXTRANJERO.

Es evidente que dividiremos el arte de medir conforme á lo que se ha dicho, separándole en tres partes; colocando en la una todas las artes, en las que el número, la longitud, la latitud, la profundidad y el espesor se miden por sus contrarias; y en la otra, las que toman por medida el justo medio, la conveniencia, la oportunidad, la utilidad y generalmente todo lo que está colocado á igual distancia de los extremos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Citas dos divisiones muy vastas y profundamente diferentes.

EXTRANJERO.

Sí, Sócrates, lo que muchos hombres hábiles declaran, en la persuasion de que enuncian una sábia máxima, á saber, que el arte de medir se extiende á todo lo que pasa en el universo (1), es precisamente lo que decimos aho-

(1) Alusion evidente á los pitagóricos.

ra. Todas las obras de arte, en efecto, participan en cierta manera de la medida. Pero como los que dividen no tienen el hábito de proceder teniendo en cuenta las especies, se apresuran á reunir las cosas más diversas, mezclándolas y juzgándolas semejantes; y por un error contrario, dividen en muchas partes cosas que no difieren entre sí. Para obrar bien, sería preciso, despues de haber reconocido en una multitud de objetos caracteres comunes, fijarse en ellos, hasta haber percibido, bajo esta semejanza, todas las diferencias que se encuentran en las especies; y sería preciso, con respecto á las diferencias que pueden percibirse en una multitud de objetos, que no se las deje de la mano hasta que se hayan reunido todos los objetos de una misma familia bajo una semejanza única, y se los haya encerrado en la esencia de un género. Basta lo dicho sobre estas cosas, así como sobre el exceso y el defecto. Tengamos, sí, presente que hemos encontrado dos especies del arte de medir, y procuremos recordar lo que se ha dicho.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nos acordaremos.

EXTRANJERO.

A estas reflexiones añadamos una última sobre el objeto que indagamos, y en general sobre lo que tiene lugar en todas las discusiones análogas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y qué es?

EXTRANJERO.

Si á propósito de los niños, que se reúnen para aprender las letras, nos preguntase cualquiera, si cuando se interroga á alguno de ellos sobre las letras de que se compone una palabra, no tendría este otro deseo que el de satisfacer á esta pregunta, ó si querría habilitarse para contestar á todas las preguntas análogas; ¿qué le responderíamos?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Que ha querido evidentemente hacerse capaz de responder á todas las preguntas análogas.

EXTRANJERO.

Y qué! ¿será posible que nos consagremos á esta indagacion sobre la política sólo para aprender la política, ó lo haremos para llegar á ser más hábiles dialécticos sobre todas las cosas?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Evidentemente para hacernos más hábiles dialécticos en todas las cosas.

EXTRANJERO.

Seguramente ningun hombre sensato querria estudiar la definicion del arte del tejedor sólo por ella misma. Lo que se ha ocultado á los más, á mi entender, es que cuando se trata de ciertas cosas fácilmente accesibles, existen imágenes sensibles, que fácilmente se muestran al que pregunta sobre cualquier cosa, cuando se intenta hacérsela comprender sin trabajo, sin indagacion y sin el auxilio del razonamiento; mientras que, por el contrario, para las cosas grandes y elevadas, no hay imagen que pueda llevar la evidencia al espíritu de los hombres, ni basta para satisfacer al interrogante, remitirle á tal ó cual de sus sentidos. Por esta razon es preciso trabajar, para adquirir la capacidad de explicar y de comprender una cosa por el mero razonamiento; porque las cosas incorpóras, por bellas y grandes que sean, sólo se las puede concebir por el simple razonamiento y no por otro medio; y á ellas se refiere cuanto aquí decimos. Pero es más fácil ejercitarse en las cosas pequeñas que en las grandes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien dicho.

EXTRANJERO.

¿Por qué hemos referido todo esto? Recordémoslo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué?

EXTRANJERO.

Ha sido principalmente á causa de la impaciencia, que en nosotros ha causado lo manoseado de nuestros razonamientos sobre el arte del tejedor, y ántes sobre la revolucion de los astros, y en el *Sofista* sobre la existencia del no-ser. Estamos persuadidos de que en todo esto nos hemos extendido demasiado, y nos hemos acusado á nosotros mismos, temiendo haber dicho cosas á la vez demasiado largas y supérfluas. Ten presente que para no volver á incurrir en lo sucesivo en el mismo error, acabamos de decir lo que precede.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo entiendo. Continúa.

EXTRANJERO.

Continúo, y digo, que debemos, tú y yo, acordarnos de lo que acaba de decirse, y tener cuidado en adelante de alabar ó censurar la brevedad ó extension de nuestros discursos, tomando como regla de nuestros juicios, no la extension relativa, sino esta parte del arte de medir, que, segun hemos dicho, debe estar constantemente presente en el espíritu, y que descansa en la consideracion de lo que es conveniente.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Sin embargo, no nos ceñiremos por completo á esta regla. No nos privaremos de ciertas digresiones que pueden ser agradables, á menos que sean extrañas á la cuestion. Y con respecto al medio de encontrar del modo más fácil y más prontamente posible la solucion del problema de que se trata, la razon nos aconseja ponerlo en segunda línea y no en primera. El honor del primer rango pertenece incontestablemente al método, que nos pone en estado

de dividir por especies, y nos enseña, si una discusion prolongada debe hacer al oyente más inventivo, á consagrarnos á ella sin impacientarnos por su extension; así como, si la discusion debe ser corta, nos enseña á preferir la brevedad. Añadamos que si se encuentra un hombre, que, en esta clase de discusiones, censura los discursos largos y no aprueba estos perpétuos rodeos y estas vueltas, es preciso no dejarle marchar á seguida de haber criticado la extension de lo que se dice, sino que debe exigírsele que pruebe claramente de qué modo una discusion más breve habria hecho á los que discuten mejores dialécticos y más hábiles para hallar la demostracion de las cosas mediante el razonamiento. En cuanto á los demás elogios ó censuras, no hay que cuidarse de ellos, ni áun mostrar que se oyen. Me parece que sobre este punto basta con lo dicho; y si piensas como yo, volvamos al hombre político, para aplicar al caso nuestro ejemplo del tejedor de que acabamos de hablar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien; hagamos lo que dices.

EXTRANJERO.

Hemos separado ya al rey de las artes numerosas, que tienen por objeto la educacion y el alimento, ó más bien, de todas las artes que se ocupan de los rebaños. Ahora sólo nos quedan, por decirlo así, en el Estado las artes auxiliares y productoras, y es preciso comenzar por distinguir unas de otras.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

¿Sabes que es difícil dividir las en dos clases? El por qué, se verá con más claridad, cuando haya avanzado más la discusion.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues avancemos.

EXTRANJERO.

× Dividámoslas por miembros, como las víctimas, ya que no podemos dividir las en dos; porque es preciso preferir siempre el número más próximo á éste.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y cómo lo haremos?

EXTRANJERO.

Como ántes, cuando colocamos todas las artes, que suministran instrumentos al tejedor, en la clase de artes auxiliares.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Lo que entónces hicimos, es más indispensable hacerlo ahora. Todos las artes, que fabrican para el Estado instrumentos, chicos ó grandes, es preciso considerarlas como artes auxiliares. Sin ellas, en verdad, no habria ni Estado, ni política; y sin embargo, ninguna de ellas forma parte de la ciencia real.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No, ciertamente.

EXTRANJERO.

Vamos á intentar una empresa difícil al ensayar distinguir esta especie de las otras; porque si alguno dijese que nada hay que no sea instrumento de otra cosa, enunciaría una proposición muy probable, y sin embargo entre las cosas que posee el Estado hay una, que no tiene este carácter.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

Una cosa que no tiene esta virtud. En efecto, ella no está formada, como un instrumento, para producir, sino sólo para conservar lo que ha sido producido y elaborado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál es?

EXTRANJERO.

Esta especie múltiple y diversa, compuesta de elementos secos y húmedos, calientes y frios, que llamamos con un solo nombre, con el de vasijas; especie muy extensa, y que no tiene, que yo sepa, ninguna relacion con la ciencia que buscamos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ninguna, seguramente.

EXTRANJERO.

Es preciso considerar tambien una tercera especie de objetos, diferente de los precedentes, muy variada, terrestre y acuática, móvil é inmóvil, noble y vil, pero que no tiene más que un nombre, porque tiene un solo destino, que es el de suministrarnos asientos para sentarnos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

Es lo que llamamos carruaje. Ciertamente no es obra de la política, sino más bien del arte del carpintero, del alfarero y del herrero.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Entiendo.

EXTRANJERO.

¿No procede tambien considerar una cuarta especie? ¿No es preciso decir, que hay una especie diferente de las precedentes, que comprende la mayor parte de las cosas, de que acaba de hablarse, vestidos de toda clase, un gran número de armas, los muros, las murallas y otros mil objetos análogos? Estando hechas todas estas cosas para protegernos, seria muy justo designarlas en general con el nombre de abrigos; y seria mucho más exacto referirlas en su mayor parte al arte del arquitecto y del tejedor más bien que á la ciencia política.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

¿No colocaremos en una quinta especie el arte de la ornamentacion, la pintura, la música, todas las imitaciones que se realizan con el concurso de estas artes, que tienen por único objeto el placer, y que con razon se las podria reunir bajo una sola denominacion?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

Las artes de recreo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Hé aquí el nombre que conviene á todas estas cosas y por el que es preciso designarlas, porque ninguna tiene un objeto serio, y lo único que se proponen es la distraccion.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Tambien comprendo eso.

EXTRANJERO.

¿Pero no formaremos una sexta especie con esta otra que suministra á cada una de las artes, de que acabamos de hablar, los cuerpos, con los cuales y sobre los cuales ellas operan, especie muy variada y que procede de otras muchas artes?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres decir?

EXTRANJERO.

El oro, la plata y todos los metales que se extraen de las minas; todo lo que el arte de cortar y tallar los árboles suministra á la carpintería y á la ebanistería; el arte que arranca á las plantas su corteza; el del zurrador que despoja los animales de su piel; todas las artes aná-

logas que nos preparan el corcho, el papel y las maromas; todo esto suministra especies simples de trabajo con los que podemos formar especies compuestas. Llame-mos á todo esto junto propiedad primitiva del hombre, por naturaleza simple y completamente extraña á la ciencia real.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Con la posesion de los alimentos y con todo lo que, al mezclarse con nuestro cuerpo, tiene la virtud de fortificar con sus partes las partes de este cuerpo, hagamos una sétima especie y designémosla en toda su extension con el nombre de abastecimiento, si no encontramos otro mejor que darle. Ahora bien, á la agricultura, á la caza, á la gimnasia, á la medicina y á la cocina referiremos esta especie con más razon que á la política.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es imposible negarlo.

EXTRANJERO.

Todo lo que se puede poseer, á excepcion de los animales domesticados, me parece estar comprendido en estas siete especies. Examínalo en efecto. Desde luego las materias primeras procedia colocarlas al principio; y despues de esto los instrumentos, las vasijas, los carruajes, los abrigos, los adornos y la alimentacion. Omitamos lo que ha podido olvidársenos, que es de poca importancia y entra en las precedentes divisiones; por ejemplo, las monedas, los sellos y en general las estampas; porque todas estas cosas no se unen entre sí, de manera que formen un nuevo género. Las unas se refieren á los adornos, y las otras á los instrumentos, no sin resistencia quizá, pero empujándolas con energía hácia una ú otra de estas especies, concluyen por acomodarse en ellas. En cuanto á la posesion de los animales domesticados, no contando los esclavos, el

arte de educar los ganados, que hemos distinguido precedentemente, los abraza todos de una manera indudable.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es incontestable.

EXTRANJERO.

Sólo nos falta la especie de los esclavos, y en general de los servidores, entre los cuales, á lo que sospecho, van á aparecer los que disputan al rey la elaboracion del tejido mismo que está llamado á formar; á la manera que vimos ántes, que los que hilan, los que cardan y los que hacen alguna de las operaciones de que ántes hablamos, disputaban el título á los tejedores. En cuanto á todos los demás, que hemos llamado auxiliares, los hemos descartado con todas las obras de que acaba de hablarse, y les hemos rehusado positivamente las funciones de rey y de político.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Por lo ménos así me parece.

EXTRANJERO.

Pues bien; examinemos los que restan, aproximándonos más á ellos para verlos mejor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, hagamos lo que dices.

EXTRANJERO.

Por lo pronto encontramos que los servidores más notables, á juzgar desde este punto, tienen ocupaciones y una condicion del todo contrarias á lo que nosotros hemos creído.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué servidores?

EXTRANJERO.

Los que se adquieren y compran por dinero. Sin dificultad podemos llamarlos esclavos, y decir que no participan absolutamente nada de la ciencia real.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es incontestable.

EXTRANJERO.

Pero todos esos hombres libres, que voluntariamente se afilian con los anteriores en la clase de servidores, trasportando y distribuyendo entre sí los productos de la agricultura y de las demás artes; fijándose estos en las plazas públicas; comprando y vendiendo aquellos de ciudad en ciudad, por mar ó por tierra; cambiando unos objetos por moneda, y moneda por moneda otros; los cambistas, los comerciantes, los patronos de naves, los traficantes, como nosotros los llamamos; todas estas gentes ¿tienen pretensiones de aspirar á la ciencia política?

SÓCRATES EL JÓVEN.

A la ciencia mercantil, quizá sí.

EXTRANJERO.

Pero los mercenarios que reciben gajes y que están dispuestos á servir al primero que reclame sus servicios, ¿creeremos que participan en algo de la ciencia política?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No es posible que puedan pretenderlo.

EXTRANJERO.

¿Y los que incesantemente llenan por nosotros ciertas funciones?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué funciones y qué hombres son esos?

EXTRANJERO.

La clase de los heraldos, los hombres hábiles en redactar escritos, y que frecuentemente nos prestan su ministerio, y otros tantos muy versados en el arte de desempeñar ciertas funciones cerca de los magistrados; ¿qué diremos de todos estos?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo que tú dijiste ántes; que estos son servidores, pero no jefes del Estado.

EXTRANJERO.

Sin embargo, no he sido, que yo sepa, juguete de un sueño, cuando he dicho que en esta categoría veríamos aparecer los que tienen las mayores pretensiones á la ciencia política; y eso que parecerá extraño en verdad, que los busquemos en la clase de los servidores.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es extraño, en efecto.

EXTRANJERO.

Aproximémonos, y miremos más de cerca á aquellos que no hemos sometido aún á la piedra de toque. Encontramos los adivinos, que tienen una parte de la ciencia del servidor, porque se los considera como los intérpretes de los dioses cerca de los hombres.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Tenemos tambien la clase de los sacerdotes, que, segun opinion recibida, saben presentar en nuestro nombre ofrendas á los dioses en los sacrificios de manera que les sean agradables, y saben tambien pedir por nosotros á los mismos dioses los bienes que deseamos. Ahora bien, estas son verdaderamente las dos partes de la ciencia del servidor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso parece claro.

EXTRANJERO.

Si no me engaño, hemos al fin dado con un rastro, que podemos seguir. En efecto, el órden de los sacerdotes y el de los adivinos tienen una alta opinion de sí mismos é inspiran un profundo respeto á causa de lo elevado de sus funciones. En Egipto nadie puede reinar sin pertenecer á la clase sacerdotal; y si un hombre de una clase inferior se apodera del trono por la violencia, necesariamente tiene que concluir por entrar en este órden. Entre los griegos,

en muchas partes, son los primeros magistrados y presiden á los principales sacrificios. Y entre vosotros (1), precisamente se observa con más claridad lo que estoy diciendo; porque, segun se asegura, al que es designado rey por la suerte (2) se confia el cuidado de ofrecer los más solemnes sacrificios antiguos, especialmente los que datan de vuestros antepasados.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Estos reyes sacados á la suerte, estos sacerdotes y sus servidores, hé aquí lo que es preciso considerar al presente; así como otro grupo muy numeroso, que nos aparece manifiestamente despues de las eliminaciones precedentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿A quiénes te refieres?

EXTRANJERO.

A séres grandemente maravillosos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Segun á primera vista me parece, es un género múltiple y muy variado. Muchos de estos hombres se parecen á leones, á centauros y á otros animales semejantes; muchos más á sátiros, á bestias sin fuerza, pero llenas de astucia; en un abrir y cerrar de ojos mudan entre sí de formas y de atributos. En fin, me parece, Sócrates, que estoy viendo á estas gentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Habla, porque tienes trazas de ver algo muy sorprendente.

(1) Es decir, los atenienses, puesto que la escena pasa en Atenas, y los que hablan con el extranjero son los atenienses.

(2) Uno de los arcontes.

EXTRANJERO.

En efecto, sorprende siempre lo que no se conoce. Esto es lo que á mí me sucede. Tuve un momento de estupor la primera vez que ví el grupo que se ocupa de los negocios públicos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué grupo?

EXTRANJERO.

El mayor mágico de todos los sofistas, el más habil en este arte, y que es preciso distinguir, por más que sea difícil, del verdadero político y del verdadero rey, si queremos ver en claro el objeto de nuestras indagaciones.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues manos á la obra.

EXTRANJERO.

Ese es tambien mi dictámen. ¿Dime?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

La monarquía, ¿no es uno de los gobiernos políticos?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Despues de la monarquía, puede citarse, á mi juicio, la dominacion de los ménos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente.

EXTRANJERO.

¿No es una tercera forma de gobierno el mando de la multitud, ó la democracia, como se la llama?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Pero estas tres formas ¿no son en cierto modo cinco, puesto que dos de ellas se crean á sí mismas otros nombres?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué nombres?

EXTRANJERO.

Considerando estos gobiernos con relacion á la violencia ó al libre consentimiento, á la pobreza ó á la riqueza, á las leyes ó á la licencia, que en ellos aparecen, se les divide en dos; y como se encuentran dos formas en la monarquía, se las designa con dos nombres: la tiranía y el reinado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

En la misma forma, todo Estado gobernado por unos pocos se llama aristocracia y oligarquía.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Enhorabuena.

EXTRANJERO.

En cuanto á la democracia, que la multitud gobierne por fuerza ó con consentimiento de los demás, que los que la ejercen observen escrupulosamente las leyes ó nó, nunca ha habido costumbre de darla nombres diferentes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Pero dime; ¿debemos creer que el verdadero gobierno se encuentra entre los que acabamos de definir por estos caracteres: un solo hombre, un pequeño número, la multitud, la riqueza ó la pobreza, la fuerza ó el libre consentimiento, el uso de las leyes escritas ó la falta de leyes?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué nó?

EXTRANJERO.

Reflexiona, y para mayor claridad sígueme.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por dónde?

EXTRANJERO.

¿Nos atenderemos á lo que dijimos al principio ó nos desentenderemos de ello?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué se trata?

EXTRANJERO.

Creo que hemos dicho que el gobierno real es una ciencia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Pero no una ciencia cualquiera, sino que hemos distinguido entre todas una ciencia de juicio y una ciencia de mando.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Y en esta última hemos distinguido una ciencia que manda á cuerpos sin vida, y otra que manda á los animales; y procediendo siempre segun este método de division, hemos llegado hasta el punto en que nos encontramos, sin perder nunca de vista nuestra ciencia, pero tambien sin habernos puesto en situacion de poder determinar suficientemente su naturaleza.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No es posible hablar mejor.

EXTRANJERO.

¿No deberemos comprender ahora, que ni en el pequeño número, ni en el gran número, ni en el libre consentimiento ó en la coaccion, ni en la pobreza ó en la riqueza, debemos buscar nuestra definicion, y que sólo la hallaremos en la ciencia, si queremos ser consecuentes?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente no podemos obrar de otra manera.

EXTRANJERO.

Es necesario examinar ahora en cuál de estos gobiernos se encuentra la ciencia de mandar á los hombres, ciencia acaso la más difícil y la más preciosa de todas las que pueden adquirirse. En esta ciencia, en efecto, debe fijarse nuestra atención, para ver qué hombres, entre los que aspiran á ser políticos y lo quieren hacer creer á los demás sin serlo realmente, debemos distinguir del rey sabio.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es lo que debe hacerse en vista de lo que hemos dicho ántes.

EXTRANJERO.

Y bien, ¿te parece que en un Estado la multitud será capaz de adquirir esta ciencia?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Y ¿por qué medio?

EXTRANJERO.

Pero en una ciudad de mil hombres ¿será posible que ciento, ó solamente cincuenta, la posean de una manera suficiente?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En ese caso, de todas las artes sería esta la más fácil. Sabemos positivamente que de mil hombres no encontraremos cien jugadores de ajedrez superiores á todos los de la Grecia, y ¿podrían encontrarse cien reyes! Porque al que posee la ciencia real, gobierne ó no gobierne, debe llamársele rey, conforme á lo que ya hemos dicho.

EXTRANJERO.

Hé aquí un recuerdo oportuno. Se sigue de lo dicho, si no me engaño, que sólo en un hombre ó en dos, ó á lo más, en un pequeño número, puede buscarse el verdadero gobierno, si es que existe gobierno verdadero.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es evidente.

EXTRANJERO.

Y es preciso creer, á lo que parece en este momento, que estos jefes del Estado, ya manden sin coaccion ó por fuerza, con ó sin leyes escritas, ya sean ricos ó pobres, ejercen el mando segun cierto arte. Del mismo modo hacemos con los médicos; que curen sus enfermos de grado ó por fuerza, cortando, quemando ó produciendo cualquier otro dolor, segun reglas escritas ó sin ellas; sean ricos ó pobres; nosotros no podemos menos de llamarlos médicos; y esto mientras procediendo con arte, purgando, disminuyendo ó aumentando la gordura, procurando lo que interesa al cuerpo y haciéndole mejor de peor que era, alivien ellos mediante sus cuidados los males que se proponen curar. Por este camino y no por otro, salvo error, es como encontraremos la verdadera definicion de la medicina y de cualquiera otra ciencia de mando ó de precepto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Lo mismo sucede con los gobiernos. El más completo y único verdadero será aquel, en el que se encuentren jefes instruidos en la ciencia política, no sólo en la apariencia, sino en la realidad, sea que reinen con leyes ó sin leyes, con la voluntad general ó á pesar de esta voluntad, y ya sean ricos ó pobres; porque ninguna de estas cosas añade ni quita nada á la perfeccion de la ciencia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Exactamente.

EXTRANJERO.

Y ya sea que estos jefes purguen al Estado para su bien, condenando á muerte ó desterrando á algunos ciudadanos; ó que lo aminoren, enviando fuera colonias á manera de enjambres de abejas; ó que lo aumenten, llamando á su seno extranjeros, que convierten en ciudada-

nos; desde el momento que conservan el Estado con el auxilio de su ciencia y de la justicia, haciéndole mejor de peor que era, en cuanto de ellos ha dependido, debemos de proclamar, que este es el único gobierno verdadero, y que así es como se define. En cuanto á las demás formas, que conocemos con el mismo nombre, no son legítimas ni reales; no hacen más que imitar al verdadero gobierno; cuando están organizadas con prudencia, le imitan en lo que tiene de mejor; cuando nó, en lo que tiene de peor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En todo lo demás, extranjero, tu lenguaje me parece muy exacto; pero eso de gobernar sin leyes es lo que no puedo escuchar en silencio.

EXTRANJERO.

Te has anticipado, Sócrates, con tu observacion, porque iba á preguntarte si aceptas todo lo que se ha dicho, ó si hay algo que te sorprenda. Pero ahora es claro que lo que deseamos saber es cuál puede ser el valor de un gobierno sin leyes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así es.

EXTRANJERO.

En cierto sentido es evidente que el legislar es una de las atribuciones del reinado. El ideal, sin embargo, no es que la autoridad resida en las leyes, sino en un rey sabio y hábil. ¿Sabes por qué?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres decir?

EXTRANJERO.

Que no pudiendo la ley abrazar nunca lo que es verdaderamente mejor y más justo en todas ocasiones, no puede tampoco ordenar lo más excelente. Porque las diferencias que distinguen á todos los hombres y á todas las acciones, y la incesante variacion de las cosas humanas,

que siempre están en movimiento, no permiten á un arte, cualquiera que él sea, establecer una regla sencilla y única, que convenga en todos tiempos y á todos los hombres. ¿Convenimos en esto?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Este es, sin embargo, segun vemos, el carácter de la ley, igual al de un hombre obstinado y sin educacion, que no sufre que nadie haga cosa alguna contra su voluntad, ni inquiete nada, áun cuando á alguno se le ocurra una idea nueva y preferible á lo que él tiene resuelto.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto; la ley obra realmente respecto de cada uno de nosotros, como acabas de decir.

EXTRANJERO.

¿No es imposible que lo que es siempre lo mismo, convenga á lo que no es siempre lo mismo?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así me lo temo.

EXTRANJERO.

¿Cómo, pues, puede ser necesario hacer leyes, si las leyes no son lo mejor posible? Busquemos la causa.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Busquémosla.

EXTRANJERO.

En vuestra ciudad, lo mismo que en todas las demás, ¿no hay hombres que se ejercitan en comun, ya en la carrera, ya en otras luchas, con la esperanza de conseguir la victoria?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, y mucho que los hay.

EXTRANJERO.

Pues bien, traigamos á la memoria las prescripciones

de los que dirigen estos ejercicios segun los principios del arte, y ejercen esta especie de gobiernos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

No creen posible tener en cuenta á cada uno en particular, ni prescribir á cada cual lo que le conviene especialmente. Creen que es preciso considerar á los hombres en masa, y ordenar lo que es útil al cuerpo en la mayor parte de los casos y para el mayor número de ellos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Por esta razon, señalando los mismos trabajos á todos los que se presentan, quieren que todos comiencen juntos y descansen á la par en la carrera, en la lucha, y en todos los ejercicios corporales.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así pasan las cosas.

EXTRANJERO.

Admitamos, pues, que el legislador, que debe obligar á rebaños de hombres á respetar la justicia y arreglar sus relaciones recíprocas, nunca será capaz, al mandar á la multitud entera, de prescribir precisamente á cada uno lo que le conviene.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy probable.

EXTRANJERO.

Pero lo que conviene al mayor número de individuos y de circunstancias será lo que constituirá la ley, y el legislador lo impondrá á toda la multitud, sea que lo formule por escrito, ó que lo haga consistir en las costumbres no escritas de los antepasados.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Sí, ciertamente. ¿Cómo el legislador, mi querido Sócrates, podría pasar su vida al lado de cada uno, para prescribirle á cada momento lo que pudiera convenirle? Porque si esto estuviera en poder de alguno de los que poseen la verdadera ciencia real, no creo que voluntariamente se hubiera impuesto trabas, escribiendo estas leyes, de que se ha hablado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es, extranjero, una consecuencia de lo que acabamos de decir.

EXTRANJERO.

Y aún más, mi excelente amigo, de lo que vamos á decir ahora.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y qué es?

EXTRANJERO.

Lo siguiente. ¿No deberemos creer, que un médico, y lo mismo un maestro de gimnasia, en el acto de emprender un viaje y de dejar por un tiempo, quizá largo, sus enfermos y discípulos, si tiene razones para temer, que si no les deja sus prescripciones por escrito, las olvidarán indudablemente; ¿se las dejará en esta forma, ó bien obrará de otra manera?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No; no obrará de otro modo.

EXTRANJERO.

Pero si vuelve más pronto de lo que habia creído, ¿no se atreverá á reemplazar las prescripciones, que habia dejado por escrito, con otras nuevas, si encuentra que son estas más saludables á los enfermos á causa de los vientos ó de cualquier otro cambio de temperatura, ocurrido sin poder preverlo en el curso ordinario de las estaciones? ¿O bien, persuadido de que no debe alterarse nada de lo que habia dejado ordenado, persistiría en que no deben pres-

cribirse otros remedios, y que el enfermo no debe separarse de lo que se le dió escrito, como si tales preceptos fuesen los únicos saludables y conformes á la medicina, y todo lo demás insalubre y contrario al arte? Si tal cosa sucediese en una ciencia ó en un arte verdadero, ¿no se recibiría con carcajadas semejante procedimiento?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda alguna.

EXTRANJERO.

Y el que ha escrito estas prescripciones sobre lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo, ó que, sin escribirlas, ha impuesto leyes á las agrupaciones de hombres, que son gobernados en cada Estado conforme á las leyes escritas; este mismo que las ha redactado con arte, ú otro semejante á él, despues de una ausencia, ¿no podrá establecer otras leyes contrarias á las primeras? Una prohibicion de esta clase ¿no seria tan ridícula como la anterior?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Y bien, ¿sabes cómo se explican la mayor parte de los hombres sobre este punto?

SÓCRATES EL JÓVEN.

En este momento no lo sé.

EXTRANJERO.

De una manera muy especial. Dicen que si alguno conoce leyes mejores que las existentes, debe darlas á su patria, pero á condicion de convencer de su bondad á cada uno de sus conciudadanos; y si no, que nó.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Pues qué, ¿no dicen bien?

EXTRANJERO.

Quizá. Si alguno, sin haber convencido á los demás, les impone por fuerza lo que es mejor, dime, ¿qué nombre

daremos á esta violencia? Pero nó, aguarda, consideremos ántes lo que precede.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Si un médico, sin haber apelado á la persuasion, en virtud de su arte que conoce á fondo precisa al enfermo, niño, hombre ó mujer, á tomar un remedio mejor que el que estaba ordenado por escrito, ¿qué nombre se dará á esta violencia? Cualquiera menos el de falta contra el arte ó el de atentado á la salud? Y el que ha sufrido esta violencia, podrá decir todo lo que quiera, menos que tal tratamiento es dañoso á su salud y contrario al arte.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No puede ser más exacto lo que dices.

EXTRANJERO.

Pero ¿cómo llamamos á lo que constituye una falta en el arte de la política? ¿No es, á decir verdad, lo que es vergonzoso, malo é injusto?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda alguna.

EXTRANJERO.

En cuanto á los que, á pesar de las leyes escritas y de las costumbres de los antepasados, se ven obligados por fuerza á hacer cosas más justas, mejores y más bellas, dime, ¿no seria el colmo del ridículo criticar esta violencia, de la que podrá decirse cuanto se quiera, pero nunca que se les ha obligado á ejecutar cosas vergonzosas, injustas y malas?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es perfectamente cierto.

EXTRANJERO.

Y la violencia, ¿es justa si su autor es rico, é injusta si es pobre? Ó más bien si un hombre, valiéndose ó nó de la persuasion, rico ó pobre, con ó contra las leyes escri-

tas, hace lo que es útil, ¿no debe decirse, que esta es la verdadera definición del buen gobierno, y que según ella se dirigirá el hombre sabio y virtuoso, que consulta el interés de los gobernados? Así como el piloto, preocupado constantemente con la salvación de su nave y de la tripulación, sin escribir leyes, sino formando una ley de su arte, conserva sus compañeros de viaje; en igual forma el Estado se vería próspero, si fuese administrado por hombres que supieran gobernar de esta manera, haciendo prevalecer el poder supremo del arte sobre las leyes escritas. Y hagan lo que quieran estos jefes prudentes, no se les puede hacer cargo alguno, en tanto que cuiden de la única cosa que importa, que es hacer reinar con inteligencia y con arte la justicia en las relaciones de los ciudadanos, y en tanto que sean capaces de salvarlos, y de hacerlos en lo posible mejores de lo que ántes eran.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nada tengo que decir á tus palabras.

EXTRANJERO.

¿No tienes nada que reponer á esto?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Á qué?

EXTRANJERO.

Que ni la multitud ni un cualquiera poseerán nunca semejante ciencia, ni serán jamás capaces de gobernar con inteligencia un Estado; que sólo en un pequeño número, ó en algunos, ó en uno sólo puede encontrarse esta ciencia única del verdadero gobierno; y que los demás gobiernos no son más que imitaciones de este, como ya hemos dicho; imitaciones, que reproducen á aquel unas veces mejor, otras ménos mal.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo entiendes esto? Porque yo no he comprendido bien ántes lo que has dicho de estas imitaciones.

EXTRANJERO.

Después de haber suscitado esta cuestión, será prudente dejarla en este estado y no caminar adelante, antes de haber patentizado un error, que acaba de deslizarse en nuestro discurso.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y cuál es?

EXTRANJERO.

Lo que es preciso indagar ahora no está en nuestros hábitos, ni es fácil de ver. Hagamos, sin embargo, un esfuerzo para comprenderlo. Dime, puesto que á nuestros ojos no hay más gobierno perfecto que el que hemos dicho, ¿no comprendes que los otros gobiernos no pueden conservarse sin tomar de éste sus leyes, haciendo lo que se aprueba en nuestro tiempo, aunque con bien poca razón?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Que ningún miembro del Estado se atreva á hacer nada contra las leyes; y si alguno se atreviera, sería castigado con pena de muerte y con los mayores suplicios. Esta regla es muy justa y muy bella, puesta en segunda línea, y cuando no se tiene en cuenta la primera, de que ántes hablamos. Expliquemos de qué manera se establece esta regla, que, en nuestra opinión, sólo puede ocupar la segunda línea. ¿No es este tu dictámen?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Volvamos otra vez á estas imágenes, con las que es preciso constantemente comparar á los jefes de Estado y á los reyes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué imágenes?

EXTRANJERO.

El piloto hábil y el médico, que vale por mil ejemplos. Figurémosnoslos en un caso particular y observémoslos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿En qué caso?

EXTRANJERO.

Supongamos que estemos todos en la creencia de que debemos sufrir de su parte los más indignos tratamientos; por ejemplo, que conserven entre nosotros al que quieran conservar, que atormenten al que se hayan propuesto atormentar, cortando ó quemando sus miembros, y obligando á que se les entreguen, á manera de impuesto, sumas de dinero, destinando poco ó nada en provecho del enfermo, y el resto á sí mismos y á sus servidores; en fin, que reciban de los parientes y de los enemigos del enfermo un salario y luego le hagan morir. De otro lado, supongamos que los pilotos cometan mil acciones semejantes, como dejar en tierra con intencion los pasajeros en el acto de levar anclas, cometer toda clase de faltas en la navegacion, arrojando los hombre al mar, ó haciéndolos pasar por toda especie de sufrimientos. Supongamos ahora que, imbuido el espíritu en estas ideas, determináramos, después de una madura deliberacion, que no se permitiera ni al arte del médico ni al arte del piloto mandar, como dueños absolutos, ni en los esclavos ni en los hombres libres; que se formara una asamblea, ya con nosotros solamente, ya con el pueblo entero, ya con los ricos; y que los ignorantes y los artesanos tuvieran el derecho de emitir su dictámen sobre la navegacion y sobre las enfermedades, sobre la manera como deben usarse las medicinas y los instrumentos médicos para bien de los enfermos, y de las naves é instrumentos de mar para la navegacion; sobre lo que debe hacerse en los momentos de peligro, ya proceda éste de los vientos y de las olas, ó de encuentros con los piratas; y si conviene en una batalla naval oponer á buques largos otros

semejantes. Y despues de esto, lo que haya parecido bueno á la multitud, sea que proceda de proposicion de los médicos y de los pilotos, ó de los ignorantes en estas artes, inscribámoslo en tablas triangulares y en columnas, ó consagrémoslo como costumbres no escritas de nuestros antepasados, y que en lo sucesivo que se navegue y se trate á los enfermos conforme á todas estas reglas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Hé ahí una suposicion perfectamente absurda.

EXTRANJERO.

Cada año sacaremos á la suerte jefes entre los ricos ó entre el pueblo entero, y los jefes elegidos así, arreglando su conducta á las leyes establecidas como hemos dicho, dirigirán las naves y cuidarán los enfermos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es más difícil de admitir.

EXTRANJERO.

Atiende á lo que sigue. Cuando estos magistrados hayan terminado el año, es preciso crear tribunales, escogiendo los jueces entre los ricos, ó sacándolos á la suerte de todo el pueblo, y hacer comparecer á los magistrados para que respondan de su conducta. Todo el que quiera podrá acusarles por no haber dirigido las naves durante el año segun las leyes escritas ó segun las antiguas costumbres de los antepasados. Lo mismo puede suceder respecto á los enfermos. En cuanto á los que hayan de ser condenados, los mismos jueces decidirán qué pena deberán sufrir ó qué multa pagar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

El que con plena voluntad hubiera ejercido magistratura semejante, seria muy justamente castigado, cualquiera que fuera la pena ó la multa que se le impusiera.

EXTRANJERO.

Será preciso además establecer una ley ordenando que si hay alguien que, independientemente de las le-

yes escritas, estudia el arte del piloto y de la navegacion, el arte de curar y la medicina, relativamente á los vientos ó á lo caliente y á lo frio, y se dedica á indagaciones profundas sobre esto, debe comenzarse por declararle, no médico ni piloto, sino visionario extravagante é inútil sofista. En seguida, el que quiera podrá acusarle porque corrompe á los jóvenes, enseñándoles á practicar el arte del piloto y el arte del médico sin tener en cuenta las leyes escritas, y porque dirige á su voluntad naves y enfermos; y se los citará delante de un tribunal de justicia. Y si resulta que da, sea á los jóvenes, sea á los ancianos, consejos opuestos á las leyes y á los reglamentos escritos, será castigado con los más terribles suplicios. Porque nada debe haber más sabio que las leyes, y porque nadie debe ignorar lo que concierne á la medicina y á la salud ó al arte de conducir una nave y de navegar, puesto que es posible á todo el mundo aprender las leyes escritas y las costumbres de los antepasados. Si las cosas, Sócrates, respecto á estas ciencias, sucediesen como acabamos de decir y lo mismo respecto del arte militar, del de la caza en general, del de la pintura, así como respecto de las diversas partes del arte de imitacion, del arte de carpintero, y en general de la fabricacion de utensilios, de la agricultura y de todas las artes que se refieren á los frutos de la tierra; si viéramos practicar, conforme á las leyes escritas, el arte de educar los caballos y los ganados de todas clases, el de la adivinacion, todas las partes que abraza el arte de los servidores, el juego de ajedrez, la aritmética toda, lo mismo la pura que la que se aplica á los planos, á las profundidades y á los sólidos; ¿qué juicio formaríamos de todas estas cosas, tratadas de esta manera, es decir, segun las leyes escritas, y de ninguna manera conforme al arte?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es claro que acabarían todas las artes, y desaparecerían

de entre nosotros, sin que pudieran renacer jamás, efecto de esta ley, que prohibiese toda indagacion; y la vida humana, penosa de suyo, se haria bajo tal régimen insoportable.

EXTRANJERO.

¿Pero qué dices á esto? Si exigiésemos que todas las cosas, que acabamos de decir, se verificasen conforme á reglas escritas, y si encargáramos su ejecucion á un hombre, escogido por el sufragio, ó designado por la suerte; y si este hombre por codicia ó por favor se propusiese obrar enteramente en contra, despreciando dichas reglas, desconociéndolas todas, ¿no resultaria un mayor mal que el mal precedente?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es muy cierto.

EXTRANJERO.

Porque, si no me engaño, cuando se establecen leyes inspiradas por una larga experiencia ó por los consejos de personas entendidas, que convencen á la multitud de lo que conviene hacer, el que se atreve á quebrantarlas, comete cien faltas en lugar de una; y turba y pervierte la práctica de las artes más gravemente que lo hacen las leyes escritas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es indudable.

EXTRANJERO.

Por esta razon, los que hacen leyes y dan reglas escritas, cualquiera que sea el objeto, no tienen más que un segundo medio de arribar á puerto seguro, que es el no permitir ni á un solo hombre, ni á la multitud, ni á nadie intentar nada que sea contrario á ellas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

¿Y no serian imitaciones de la verdadera naturaleza de

cada cosa las leyes que los hombres instruidos hubiesen redactado como mejor pudieran?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Necesariamente.

EXTRANJERO.

Pero el hombre instruido, hemos dicho, (si no nos engaña la memoria) el verdadero político no dejará de obrar segun su arte, sin cuidarse de los reglamentos, siempre que una disposicion le parezca mejor que lo que él mismo habia establecido y formulado para sus conciudadanos alejados de él.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así lo hemos dicho.

EXTRANJERO.

Pero si un ciudadano cualquiera ó un pueblo, teniendo leyes establecidas, intentasen realizar, en oposicion con estas leyes, alguna cosa que valga mas que ellas, no obrarán, en cuanto de ellos depende, á la manera de este verdadero político?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

¿Son ignorantes los que tal hacen? Entonces ensayan imitar la verdad, pero la imitan muy mal. ¿Son hábiles? Entonces no es una simple imitacion, sino la realidad misma.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Pero há tiempo, que es cosa convenida entre nosotros que la multitud no puede poseer nunca ningun arte.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto, es cosa convenida.

EXTRANJERO.

Luego si existe algun arte real, ni todos los ricos ni el

pueblo entero pueden poseer nunca esta ciencia política.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Imposible.

EXTRANJERO.

Es preciso, por consiguiente, á mi parecer, que estos gobiernos, si deben imitar felizmente, en cuanto de ellos dependa, al verdadero gobierno, al de uno solo, inspirándose en su arte, es preciso, repito, que una vez establecidas las leyes, se abstengan con el mayor cuidado de hacer nada contra las reglas escritas y las costumbres de los antepasados.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No es posible hablar mejor.

EXTRANJERO.

Cuando los ricos imitan al verdadero gobierno, llamamos al suyo aristocracia; y cuando se burlan de las leyes, oligarquía.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Conforme.

EXTRANJERO.

Cuando manda uno solo conforme á las leyes, á imitación del que posee la ciencia, le llamamos rey, sin distinguir con nombres diferentes al jefe que reina mediante la ciencia y al que reina mediante la opinion formulada en las leyes.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Resulta, pues, que si uno solo, poseyendo verdaderamente la ciencia política, gobierna, le daremos este mismo nombre de rey y no otro; y los cinco nombres de los gobiernos precitados no constituirán relativamente á él más que uno.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Aprobado.

EXTRANJERO.

Pero si el monarca no obra conforme á las leyes, ni segun las costumbres de los antepasados, y finge preferir, como hace el verdadero sabio, á las leyes escritas lo que le parece mejor, siendo así que en esta imitacion no tiene otros guías que la pasion y la ignorancia, ¿no es acreedor á que se le dé el nombre de tirano?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda alguna.

EXTRANJERO.

Tenemos, pues, segun vemos, el tirano, el rey, la oligarquía, la aristocracia y la democracia; porque los hombres no consienten con gusto el ser gobernados por uno solo, por un monarca, pues tienen perdida la esperanza de que se encuentre nunca un hombre, digno de ejercer este poder, que á la vez tenga voluntad y fuerza para mandar con la virtud y con la ciencia, y para dar equitativamente á cada uno lo que sea justo, que es lo que se llama bien; debiendo presumirse que se verá arrastrado más bien á maltratarnos, degollarnos, y causarnos daño segun su capricho. En efecto, si se encontrase un monarca tal como nosotros le hemos descrito, se le amaria, y se consideraria uno dichoso viviendo bajo tan excelente forma de gobierno, única conforme con la razon.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es evidente.

EXTRANJERO.

Pero hoy dia, ya que no se ve aparecer en las ciudades, como en los enjambres de abejas, un rey tal como le hemos pintado, que sobresalga desde luego sobre todos los demás por el alma y por el cuerpo, no queda otro recurso que el de reunirse en consejo para escribir las leyes, siguiendo las huellas del verdadero gobierno.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Conforme.

EXTRANJERO.

¿Nos sorprenderemos, Sócrates, al ver los males que suceden y sucederán en semejantes gobiernos, cuando por principios y por condicion tienen que seguir en sus procedimientos, no la ciencia, sino las leyes escritas y las costumbres de los antepasados, siendo así que en cualquiera otro negocio semejante conducta sería evidentemente una causa de ruina? ¿No debemos más bien admirar que un Estado con tales condiciones sea una cosa sólida y poderosa? Porque hace mucho tiempo, que los Estados son víctimas de estos males; y, sin embargo, permanecen en pié, estables y firmes. Muchos, es verdad, sumergidos, como las naves anegadas, perecen, han perecido y perecerán por la necedad de los pilotos y de los tripulantes, que acerca de las cosas más importantes no tienen sino una grande ignorancia; y que, siendo por completo extraños á la política, creen que de todas las ciencias es esta la que poseen mejor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Nada más cierto.

EXTRANJERO.

Entre estos gobiernos, que la razon desaprueba y bajo los cuales es difícil vivir, ¿en cuál de ellos es la vida ménos penosa, y en cuál es más insoportable? ¿Es preciso que nos ocupemos de esta cuestion, aunque sea extraña á nuestro objeto? Sin embargo, en su fondo tiende verdaderamente á él.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué no hemos de discutirlo?

EXTRANJERO.

Pues bien, habrás de reconocer que las tres formas de gobierno hacen una, que es á la vez la más difícil y la más fácil.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué dices?

EXTRANJERO.

Ninguna otra cosa, sino que el gobierno monárquico, el de los pocos y el de la multitud son los tres de que hemos tratado desde el principio de este discurso.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto.

EXTRANJERO.

Dividamos cada uno de ellos en dos, de manera que formemos seis y pongamos á parte, haciendo el sétimo, el verdadero gobierno.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

De la monarquía hemos dicho, que nacen el reinado y la tiranía; del gobierno de pocos, la aristocracia, que es nombre de buen agüero, y la oligarquía; y en cuanto al gobierno de la multitud, le hemos llamado simplemente solo con el nombre de democracia, pero ha llegado el caso de dividirlo en dos á su vez.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo le dividiremos?

EXTRANJERO.

Lo mismo absolutamente que los demás, áun cuándo no tengamos un doble nombre que darle; porque se puede mandar segun las leyes ó con desprecio de ellas en este gobierno como en los demás.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es cierto.

EXTRANJERO.

Cuando buscábamos el gobierno perfecto, esta division no ofrecia utilidad, como hemos hecho ver; pero ahora que hemos puesto éste á un lado, y que hemos asentado la necesidad de los otros gobiernos, conviene dividir cada uno de estos en dos especies, segun que las leyes son respetadas ó violadas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Efectivamente, eso se sigue de lo que precedentemente hemos asentado.

EXTRANJERO.

Ahora bien, encadenada por estos sabios reglamentos, que llamamos leyes, la monarquía es el mejor de los seis gobiernos; sin leyes, es el más duro y el más insoponible.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien podrá suceder.

EXTRANJERO.

En cuanto al gobierno de algunos, como *algunos* es un término medio entre uno solo y la multitud, debe creerse que este gobierno es intermedio entre los otros dos. Y en cuanto al de la multitud, todo es en él débil, y no es capaz de ningún gran bien ni de ningún gran mal comparativamente á los otros; porque el poder está dividido en mil partes entre mil individuos. Y por esta razón es el peor de estos gobiernos, cuando los otros obedecen á las leyes; y el mejor cuando las violan. Cuando los otros se entregan á la licencia, entónces es mejor vivir bajo la democracia; pero si impera el orden, no es en éste donde debe vivirse mejor, sino en el primero que hemos nombrado, exceptuando siempre el sétimo, porque este se distingue de los otros gobiernos como un dios de los hombres.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Parece, en efecto, que las cosas son y suceden de esa manera y es preciso hacer lo que dices.

EXTRANJERO.

Es necesario, por tanto, descartar á los que toman parte en estos gobiernos, excepto el que se funda en la ciencia; puesto que no son verdaderos políticos sino facciosos, consagrados á vanos artificios, artificios ellos también, como que son los primeros entre los imitadores y

mágicos, y, en fin, los más grandes sofistas entre los sofistas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Hé aquí nombres, que á mi juicio pueden con razon aplicarse á los políticos.

EXTRANJERO.

En buen hora. Esto á nuestros ojos es un drama, donde se ve, ya lo hemos dicho, un coro de centauros y de sátiros, que importaba distinguir de la ciencia política; y hé aquí que, áun quando con dificultad, hemos podido hacer esta distincion.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

Falta otro punto aún más trabajoso; falta descartar una especie, tanto más difícil de separar de la especie real, quanto tiene con ella más estrecho parentesco. Me parece que á nosotros nos sucede lo mismo que á los que purifican el oro.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Estos operarios separan primero la tierra, las piedras y mil cosas semejantes; pero despues de esta operacion, queda el oro mezclado con lo que es de la misma familia y que sólo pueden separarse con el fuego, como los metales preciosos, el cobre, la plata, algunas veces el acero, los cuales separados no sin dificultad, gracias al refino y accion del fuego, nos permiten ver el oro puro y sin mezcla.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así se dice, en efecto, que se hace eso.

EXTRANJERO.

Siguiendo el mismo razonamiento, resulta que hemos separado de la ciencia política todo lo que difiere de ella

esencialmente y no tiene con ella ninguna afinidad, y sólo han quedado las cosas preciosas de la misma familia. Tales son la ciencia militar, la jurisprudencia y este arte de la palabra, que hace causa comun con el reinado, defendiendo la justicia y concurriendo con ella á administrar los negocios de los Estados. Sólo despues de haber puesto aparte, de una á otra manera, estas cosas, será fácil ver lo que buscamos, tal como es en sí mismo y en su pura esencia.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda, y hé aquí lo que es preciso averiguar.

EXTRANJERO.

Poniendo manos á la obra, podremos concebirlo claramente. Para ello fijémonos en la música. Dime...

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

La música exige un aprendizaje, y lo mismo en general todas las ciencias que reclaman el uso de las manos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Pero aquello que nos enseña si es preciso ó nó estudiar tal ó cual de estas ciencias, ¿diremos que es tambien una ciencia y en relacion con ellas ó nó?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo diremos.

EXTRANJERO.

¿No reconoceremos, sin embargo, que difiere de ellas?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

¿Y qué decidiremos? Que ninguna ciencia debe mandar á las demás, ó que las primeras deben mandar á esta úl-

tima, ó que esta última debe vigilar y reinar sobre todas las otras juntas?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Debe mandar la que enseña si es preciso ó nó aprender las demás.

EXTRANJERO.

¿Sostienes que debe ella mandar, ya se trate de aprender, ya de enseñar?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Exactamente.

EXTRANJERO.

Y la ciencia, que juzga si es preciso ó nó persuadir, debe mandar á la que tiene el poder de persuadir.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Sea así. ¿A qué ciencia referiremos el poder de persuadir á la multitud y á la generalidad mediante bellos discursos y no mediante la exposicion de la verdad?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es claro, si no me engaño, que ese es el privilegio de la retórica.

EXTRANJERO.

Pero decidir si es preciso recurrir á la persuasion ó á la fuerza, para con quién, y en qué casos, ó abstenerse enteramente de hacerlo, ¿á qué ciencia pertenece?

SÓCRATES EL JÓVEN.

A la que manda al arte de persuadir y de hablar.

EXTRANJERO.

¿Y qué ciencia será esta, sino la misma del político?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Eso es muy cierto.

EXTRANJERO.

De esta manera la retórica se distingue desde luego de

la política, y aparece como una especie diferente, pero subordinada á ésta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

¿Y qué diremos de este otro poder?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

El que enseña cómo debe hacerse la guerra á los que haya necesidad de hacerla; ¿es un arte ó no lo es?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo es posible concebirlo sino como un arte, cuando comprende toda la táctica del general y toda la práctica de la guerra?

EXTRANJERO.

Y al arte, que sabe examinar y decidir si es preciso declarar la guerra ó contraer una alianza, ¿le consideraremos como distinto del precedente ó como idéntico?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Como distinto; es una consecuencia necesaria de lo dicho.

EXTRANJERO.

¿No debemos reconocer tambien que es superior á él si hemos de ser consecuentes?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

EXTRANJERO.

¿Y á qué ciencia daremos la superioridad sobre el arte de la guerra, tan grande y tan poderoso, sino á la verdadera ciencia real?

SÓCRATES EL JÓVEN.

A ninguna otra, en efecto.

EXTRANJERO.

No confundiremos la ciencia del general con la del po-

lítico, puesto que ella no es más que auxiliar de ésta.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

Pues bien, consideremos el poder de los jueces, que administran justicia con equidad.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Conforme.

EXTRANJERO.

No tienen otro poder que el de aceptar del rey legislador las leyes establecidas sobre las relaciones sociales, y juzgar conforme á lo que ha sido declarado justo ó injusto, haciendo consistir su virtud en la firme resolución de decidir las pretensiones de las partes según las prescripciones del legislador y sin dejarse influir por los presentes, ni por el temor, ni por la compasión, ni por otro sentimiento hostil ó benévolo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto, la función del juez se reduce poco más ó menos á lo que acabamos de decir.

EXTRANJERO.

Nos encontramos, pues, con que el poder de los jueces no se confunde con el del rey, y que no es otra cosa que el guardian de las leyes y el servidor de aquel.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.-

Considerando todas las ciencias, que acabamos de citar, es preciso convenir en que ninguna de ellas nos ha parecido la ciencia política. En efecto, la verdadera ciencia real no debe obrar por sí misma, sino mandar á las que tienen el poder de obrar; á ella corresponde discernir las ocasiones favorables ó desfavorables, para comenzar y proseguir en el Estado las empresas vastas; y corresponde á las otras ejecutar lo que ella ha decidido.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Bien.

EXTRANJERO.

Así las ciencias, que acabamos de recorrer, no se mandan á sí mismas, ni las unas á las otras; cada una se refiere á una funcion que le es propia, y justamente toma su nombre particular de esta funcion tambien particular.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así parece.

EXTRANJERO.

Pero respecto de la ciencia, que manda á todas estas y á las leyes y dirige los intereses del Estado, y que de todas estas cosas forma un maravilloso tejido, ¿no seria procedente, á lo que parece, comprendiendo todo su poder bajo una denominacion comun, llamarla ciencia política?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin la menor duda.

EXTRANJERO.

¿Y no podriamos explicarla mediante el ejemplo del arte del tejedor, ahora que todas las clases de ciencias, que se pueden encontrar en el Estado, se nos han ido mostrando?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Ciertamente.

EXTRANJERO.

Por lo tanto, debemos exponer la operacion del rey cómo la ejecuta, y qué tejido forma.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Evidentemente.

EXTRANJERO.

Es una cosa difícil, pero estamos en la necesidad de hacer por comprenderla, á lo que parece.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No podemos menos de hacerlo así.

EXTRANJERO.

En efecto, que una parte de la virtud difiere en cierta manera de otra parte de la misma, es una idea contra la que los espíritus, que se complacen en disputar, se sublevarán con gusto apoyados en la opinion del vulgo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No comprendo.

EXTRANJERO.

Procedamos de otra manera. Yo supongo que consideras el valor como una parte de la virtud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí, ciertamente.

EXTRANJERO.

Y la templanza, como diferente del valor, pero siendo como él una parte de la virtud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Pues bien, con estas dos partes, templanza y valor, sucede una cosa muy extraña, que es preciso atreverse á declarar.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cuál?

EXTRANJERO.

Es que en muchas circunstancias hay entre ellas, si así puede decirse, gran discordia y enemistad.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué dices?

EXTRANJERO.

La cosa más extraordinaria del mundo. Dícese comunemente que todas las partes de la virtud concuerdan entre sí.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Examinemos, con todo el cuidado de que somos capa-

ces, si es esto absolutamente verdadero, ó si más bien tal ó cual parte está en guerra con sus hermanas.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí; ¿pero cómo hacerlo?

EXTRANJERO.

Es preciso buscar en todas las cosas lo que llamamos bello, y que lo dividamos en dos especies contrarias.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Habla con más claridad aún.

EXTRANJERO.

La prontitud y la vivacidad, sea en los cuerpos, sea en el espíritu, sea en la emision de la voz, sea en sí misma ó en las imágenes que producen la música y la pintura en sus imitaciones; ¿has hecho tú alguna vez el elogio de estas cualidades, ó las ha alabado otro delante de tí?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¡Ah! sin duda.

EXTRANJERO.

¿Y te acuerdas de la forma en que se alababa cada una de estas cualidades?

SÓCRATES EL JÓVEN.

No me acuerdo.

EXTRANJERO.

¿Seré yo capaz de explicarte con mis palabras cómo lo concibo yo?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Por qué no?

EXTRANJERO.

Te imaginas, á lo que veo, que es una cosa fácil. Considerémoslo en géneros que son casi contrarios. En las más de las circunstancias, cuando admiramos la vivacidad y la prontitud del pensamiento ó del cuerpo, y lo mismo de la voz, empleamos para alabarlas un solo término, el de fuerza.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Decimos vivo y fuerte, pronto y fuerte, y lo mismo vehemente y fuerte. Generalmente, dando á todas estas cualidades el nombre comun, que acabo de enunciar, es como hacemos su elogio.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sí.

EXTRANJERO.

Pero qué, ¿no hemos alabado muchas veces y en muchas ocasiones todo lo que se refiere á una naturaleza pacífica?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Seguramente.

EXTRANJERO.

¿No nos servimos de expresiones contrarias á las precedentes, cuando hablamos de ella?

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Llamamos á ciertas cosas tranquilas y moderadas, y las admiramos en su relacion con el pensamiento; admiramos igualmente en las acciones lo que es dulce y lento, y en la voz lo que es flúido y grave y todos los movimientos rítmicos; y en las artes, en general, lo que se verifica con una oportuna lentitud. Todo esto no lo llamamos fuerte, sino templado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es completamente exacto.

EXTRANJERO.

Pero si, por el contrario, estas dos maneras de ser se verifican inoportunamente, llevamos á mal una y otra; y, mudando de expresion, las designamos con nombres opuestos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Lo que es más vivo, más rápido y más rudo que lo que pide en aquel momento la razón, lo declaramos violento é insensato; y lo que es demasiado blando ó demasiado lento, lo declaramos flojo y torpe. Y en general la mayor parte del tiempo estas cualidades, así como la moderación y la fuerza, nos aparecen como ideas contrarias, hostiles, que se hacen la guerra, sin poder asociarse jamás las unas con las otras; y los que llevan estas cualidades en su alma, los veremos en lucha entre sí, por poco que los sigamos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Y á dónde seguirlos?

EXTRANJERO.

En todas las circunstancias que acabamos de referir, y probablemente en muchas otras. Me parece, en efecto, que dejándose llevar de la pendiente de su naturaleza, ellos alaban las cosas que les son propias y personales; y vituperan las demás, porque les son extrañas; y por esto se originan con frecuencia muchas enemistades entre los hombres.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Temores tengo de eso.

EXTRANJERO.

Podría creerse que la oposición de estas ideas no es más que un juego, pero en las cosas importantes es la mayor enfermedad que puede sobrevenir á un Estado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿A qué cosas te refieres?

EXTRANJERO.

A mi juicio, á toda la economía de la vida humana. Los unos son de un natural extremadamente moderado, inclinados á pasar una vida pacífica, dirigiendo solos y por sí mismos sus negocios, obrando en sus relaciones interiores y exteriores del modo más propio para conservar

la paz entre los suyos y los Estados vecinos. Engañados por este amor excesivo al reposo y por la satisfaccion de sus deseos, no se hacen cargo de que se incapacitan para hacer la guerra, que educan á los jóvenes en la misma molicie, y que se ponen á merced del enemigo; de manera que al cabo de pocos años, ellos, sus hijos y el Estado entero, de libres que eran, caen, sin sentirlo, en la esclavitud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Hablas de una lamentable y terrible disposicion.

EXTRANJERO.

¿Y qué diremos de los otros, que se inclinan más del lado de la fuerza? ¿No lanzan sin cesar á su patria en nuevas guerras, efecto de su pasion inmoderada por este género de vida; y, á fuerza de suscitar enemigos, no la conducen á su ruina total ó á la pérdida de su libertad?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Así sucede.

EXTRANJERO.

¿Cómo no confesar que entre estas dos especies hay una profunda enemistad y una inmensa discordia?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es imposible no reconocerlo.

EXTRANJERO.

¿No hemos encontrado lo que buscábamos al principio, á saber, que ciertas partes de la virtud, las más importantes, están naturalmente opuestas entre sí, y que dan lugar á la misma oposicion entre los que las poseen?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Lo creo.

EXTRANJERO.

Examinemos, pues...

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué?

EXTRANJERO.

Veamos si entre las artes que juntan, hay alguna, que con propósito deliberado componga su obra, por humilde que sea, con elementos buenos y malos; ó si todo arte, por el contrario, desecha, en cuanto es posible, lo que es malo, para escoger lo que es bueno y conveniente, y, reuniendo en un todo estos elementos diversos, semejantes y desemejantes, producir una sola y misma cosa, una sola y misma idea.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¡Ah! sin duda.

EXTRANJERO.

Entónces tampoco la política, la verdadera por lo ménos y la más conforme con la naturaleza, consentirá que un Estado se componga de ciudadanos buenos y malos; sino que, por el contrario, primero los probará mediante la educacion, y despues de esta prueba los confiará á hombres capaces de instruirles bajo su propia direccion. Ella lo vigilará todo, presidirá á todo, como el arte del tejedor vigila á los que urden y preparan los objetos necesarios para sus telas, y preside á sus trabajos, señalando á cada uno su tarea, y disponiendo todo para lo mejor en vista del resultado definitivo.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Muy bien.

EXTRANJERO.

En la misma forma, á mi parecer, la ciencia real, teniendo el poder de mandar, no permitirá á ninguno de los que en nombre de la ley tienen á su cargo la instruccion y la educacion, establecer ejercicios que no produzcan hábitos convenientes para la combinacion que medita, y que los que tal hagan serán los únicos que autorizará al efecto. Y en cuanto á los que no pueden formarse como los demás adquiriendo estos hábitos de valor, de templanza y en general de virtud, y á quienes un natural violento

y perverso arrastra á la impiedad, á la injusticia y al desórden, se desembaraza de ellos, imponiéndoles la muerte, el destierro y los más terribles castigos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Por lo ménos así se dice generalmente.

EXTRANJERO.

A lós que se arrastran en la ignorancia y en la abyeccion los somete al yugo de la esclavitud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

En cuanto á los otros, cuya naturaleza es capaz de acciones generosas, á poco que les ayude la educacion, y que con el auxilio del arte pueden entrar en una mezcla conveniente, la ciencia real los conserva; toma el carácter firme y sólido de los que aman la fuerza, para formar como una especie de cadena; y con respeto á los que se inclinan hácia la moderacion y que muestran un carácter dulce y afable, semejante al hilo de la trama, pero que se encuentran por sus tendencias en oposicion con los primeros, hé aquí la manera como trata de ligar y enlazar á los unos con los otros.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿De qué manera?

EXTRANJERO.

En primer lugar, uniendo con un lazo divino la parte inmortal de sus almas; y en seguida, la parte animal mediante lazos humanos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Explicame más lo que quieres decir.

EXTRANJERO.

A la opinion verdadera sobre lo bello, lo justo, el bien y sus contrarias, cuando radica sólidamente en las almas, la llamo divina, si se encuentra en una especie de la naturaleza de los demonios.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Ahora bien, ya sabemos que sólo el hombre político y el buen legislador, auxiliados por la musa de la ciencia real, son capaces de producir esta disposicion en los ciudadanos, que han recibido una buena educacion, como hace un instante deciamos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Tienes razon.

EXTRANJERO.

En cuanto al que es incapaz de obtener este resultado, no le apliquemos nunca los nombres, cuya definicion intentamos averiguar ahora.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Perfectamente.

EXTRANJERO.

Y bien; ¿el alma fuerte, penetrada así de la verdad, no se dulcificará y no querrá para lo sucesivo entrar en relacion con la justicia? Y por el contrario, si no participa de este elemento de verdad, ¿no tenderá á hacerse más y más salvaje?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es imposible que suceda de otra manera.

EXTRANJERO.

El carácter moderado, al participar á su vez de la opinion verdadera, ¿no se hará más sabio y prudente, como conviene al Estado? Y si está privado de tal elemento, ¿no adquirirá y no merecerá la vergonzosa reputacion de necio y simple?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Completamente.

EXTRANJERO.

¿No deberemos añadir que ningun tejido, ningun lazo sólido y durable puede nunca unir á los malos con los ma-

los, ni los buenos con los malos, y que no hay ciencia que pueda intentar jamás empresa semejante?

SÓCRATES EL JÓVEN.

Sin duda.

EXTRANJERO.

Sólo los hombres, que nacen con instintos generosos y cuya educacion es conforme á la naturaleza, pueden ser formados de esta suerte por las leyes; y en esto consiste el remedio que procuran el arte y la ciencia; este es el lazo divino, que segun hemos dicho, pone en armonía las partes desemejantes y contrarias de la virtud.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy cierto.

EXTRANJERO.

Con respecto á los otros lazos, á los humanos, una vez establecido el lazo divino, no es difícil concebirlos; y, despues de concebirlos, formarlos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo y qué lazos?

EXTRANJERO.

La union de los sexos, la propagacion de los hijos, los casamientos y los matrimonios. Porque los más de los hombres y de las mujeres no se unen convenientemente bajo el punto de vista de la generacion de los hijos.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Qué quieres decir con eso?

EXTRANJERO.

En cuanto á los que buscan en este asunto el dinero y el poder, ¿merecen que tomemos el trabajo de vituperarlos seriamente?

SÓCRATES EL JÓVEN.

De ninguna manera.

EXTRANJERO.

Importa más hablar de los que fijan su atencion en los caracteres, y ver si hacen algo contra la razon.

SÓCRATES EL JÓVEN.

En efecto, importa más esa indagacion.

EXTRANJERO.

Ahora bien, ellos se conducen contra el buen sentido, al dejarse llevar del placer del momento buscando á los que se les parecen, huyendo de los que difieren de ellos, y al preocuparse demasiado con el modo de evitar las dificultades.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Los hombres moderados buscan en los demás su propio carácter; se casan, én cuanto es posible, con mujeres de las mismas condiciones y casan en la misma forma á sus hijas; y los hombres fuertes y enérgicos hacen lo mismo: buscan en los demás su propio carácter; cuando lo conveniente seria que estas dos clases de hombres hiciesen todo lo contrario.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo y por qué?

EXTRANJERO.

Porque es tal la naturaleza del carácter fuerte y enérgico, que, lleno de vigor en un principio, si se reproduce sin mezcla durante muchas generaciones, concluye por dejarse arrastrar á verdaderos accesos de furor.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Es muy probable.

EXTRANJERO.

De otro lado, el alma que se deja llevar de un pudor excesivo, que no se asocia á una audacia varonil, y que se reproduce así durante muchas generaciones, se hace más débil que lo que es de razon, y concluye por caer en un completo desfallecimiento.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Tambien es probable que así suceda.

EXTRANJERO.

Hé aquí por qué lazos, diría yo, que no es difícil ligar estas dos especies de hombres, siempre que sus naturalezas tengan una misma opinión sobre lo bello y sobre el bien. Porque esta es la única tarea, y al mismo tiempo toda la tarea del tejedor real; no permitir jamás que el carácter prudente se divorcie del carácter fuerte y enérgico; unirlos mediante la comunidad de sentimientos, honores, penas, opiniones, así como por un cambio de uniones y compromisos; componer un tejido suave y sólido según hemos dicho; y confiar á todos en común los diferentes poderes en el Estado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

¿Cómo?

EXTRANJERO.

Donde se requiera un solo jefe, escogiendo un hombre que reúna en su persona estos dos caracteres; y donde se requieran muchos, mezclándolos por partes iguales. Los jefes moderados tienen, en efecto, costumbres prudentes, justas y conservadoras, pero carecen de energía y de la audacia que reclama la acción.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Todo eso me parece muy exacto.

EXTRANJERO.

Los jefes fuertes y enérgicos, á su vez, dejan algo que desear del lado de la justicia y de la prudencia, pero sobresalen en la acción. Es imposible que todo marche bien en los Estados, así respecto de los particulares, como respecto del público, sin la combinación de estos dos caracteres.

SÓCRATES EL JÓVEN.

Evidentemente.

EXTRANJERO.

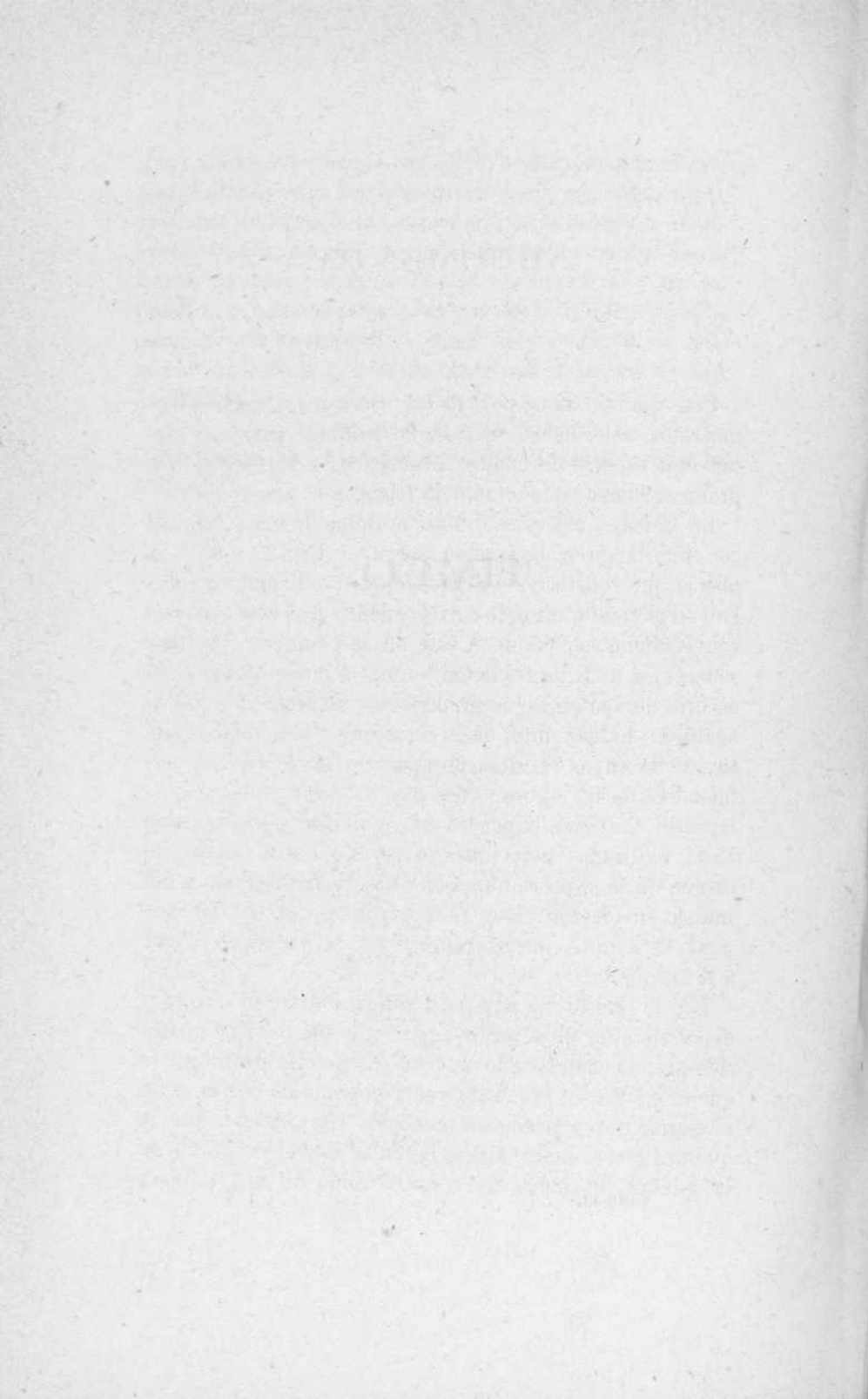
Digamos, pues, que la acción política ha conseguido su fin legítimo, que es cruzar los caracteres fuertes con

los moderados formando un sólido tejido, cuando el arte real, uniendo estos hombres diversos en una vida comun mediante los lazos de la concordia y de la amistad, realizando el más magnífico y el mejor de los tejidos hasta formar un todo, y abrazando á la vez cuanto hay en los Estados, lo mismo los esclavos que los hombres libres, lo estrecha todo en sus mallas, y manda y gobierna sin despreciar nada de lo que puede contribuir á la prosperidad del Estado.

SÓCRATES EL JÓVEN.

No era posible, extranjero, definir mejor al rey y al político.

TIMEO.



ARGUMENTO.

Este diálogo tiene poco de tal. Sócrates, Critias, Hermócrates, sólo hacen uso de la palabra para presentar una especie de cuadro dramático, y la ceden bien pronto á Timeo, que no la deja hasta la conclusion.

La víspera, Sócrates habia entretenido á sus amigos con una larga conversacion sobre el Estado, que es la misma que constituye *La República*; y sus amigos estaban en el compromiso de corresponderle á su vez con otra conversacion semejante. A este fin se reunieron. Critias refiere una antigua tradicion, segun la cual, Atenas tuvo en otro tiempo un gobierno perfecto, tal como del que se acaba de hablar ántes de la catástrofe y del temblor de tierra, de cuyas resultas desapareció la Atlántida, sumiéndose en las aguas. Otro dia, es decir, en otro diálogo (el *Critias*), expondrá este gobierno perfecto, este ideal realizado; pero ántes es preciso hacer conocer el origen de la especie humana y de la naturaleza, y del mundo en general. Este es el verdadero objeto del discurso de Timeo, que en resúmen y en sustancia se reduce á lo siguiente.

Por lo pronto, es preciso distinguir entre lo que es y existe siempre sin devenir jamás, y lo que deviene ó pasa siempre, sin subsistir lo mismo. Es preciso decir que lo que es y subsiste lo mismo, es comprendido por el puro pensamiento, y puede ser conocido con certeza; que lo que deviene siempre, objeto mudable de los sentidos y de la opinion, no puede ser conocido sino de una manera

conjetural. De aquí se sigue que no hay ciencia posible de la naturaleza y en general del mundo; y no será poca fortuna, si se llega á dar una explicacion probable de la formacion del universo inmenso.

Dios es bueno y no conoce la envidia. Hé aquí por qué ha hecho el mundo y el mejor posible. Hé aquí por qué ha puesto en el cuerpo del mundo un alma para animarle, y en esta alma una inteligencia para iluminarle. Hé aquí por qué ha querido que el mundo fuese un animal racional. Un animal racional era el único digno de la Providencia divina.

¿Pero este sér racional, este mundo, segun qué modelo ha sido formado? Este modelo es el animal perfecto, es decir, no tal ó cuál animal inteligible, sino el que comprende todos los animalos inteligibles particulares. Por esta razon no hay más que un mundo, que lo abarca todo; y no hay más que un animal racional visible, que comprende todos los animales visibles particulares.

El cuerpo del mundo, habiendo comenzado á existir, es necesariamente visible y tangible. Es visible, luego se compone de fuego; es tangible, luego se compone de tierra. Pero dos cosas no pueden estar unidas sino mediante una tercera, que les sirve de término medio, y si estas dos cosas deben formar un sólido, no pueden estar unidas sino por dos términos medios. Fué, por lo tanto, indispensable colocar el agua y el aire entre la tierra y el fuego. De suerte que el cuerpo del mundo comprende estos cuatro cuerpos particulares. Los comprende en su totalidad. No se trata del fuego, de la tierra, del aire, del agua, sino de todo el fuego, de toda la tierra, de todo el agua, de todo el aire. Fuera de él no hay nada. A esto debe el ser completo, el ser único; y á esto debe tambien el verse libre de enfermedades, de la ancianidad, de la muerte; porque nada exterior puede obrar sobre él, para alterarlo ó disolverlo. Es esférico, porque es la forma

más conveniente, tratándose de un cuerpo que comprende todos los cuerpos, y en sí la más hermosa; completamente liso en su superficie, porque no teniendo nada que ver, nada que escuchar, nada que coger, no tiene necesidad de ojos, ni de oídos, ni de manos, ni de ningún órgano ni sentido. Como es esférico, se mueve uniforme y circularmente, girando sobre sí mismo, es decir, según el movimiento por excelencia.

Antes del cuerpo del mundo, Dios había formado ya el alma del mismo, esta alma racional de que ya se ha hablado; porque ella es primera por su nacimiento, así como por su virtud. De la esencia indivisible y de la esencia divisible mezcladas, formó una tercera esencia intermedia; después mezcló esta esencia intermedia con las otras dos, con lo mismo y con lo otro; después dividió esta esencia en partes, compuestas todas de lo mismo y de lo otro y de la esencia intermedia; después combinó estas partes en proporciones numéricas; después cortó la mezcla definitiva en dos bandas, cruzó estas dos bandas, dobló sus extremidades en círculos, imprimió al círculo exterior el movimiento de la naturaleza de lo mismo, y al círculo interior el movimiento de la naturaleza de lo otro, y dió la supremacía al primero de estos movimientos. Y esta fué el alma del mundo. Según que encuentra en su doble movimiento las cosas que subsisten ó las cosas que pasan, y expresa su opinión sobre las unas ó las otras, tiene opiniones sólidas y verdaderas, ó la inteligencia y la ciencia perfecta. Ahora bien, Dios puso esta alma en el cuerpo del universo, ó más bien, puso el cuerpo del universo en esta alma, haciendo que sus centros coincidieran; y de esta manera resultó acabado y completo el animal racional, que es el mundo.

Pero siendo el modelo del mundo un animal eterno, faltábale al mundo participar de esta eternidad, en la proporción que permite su naturaleza. Dios le dió el

tiempo, móvil imágen de la inmóvil eternidad, y colocó en el cielo, en el círculo de la naturaleza de lo otro, el sol, la luna y los otros cinco astros errantes, destinados á fijar y mantener los números que le miden.

Pero siendo el modelo del mundo un animal inteligible, que comprende todos los animales inteligibles particulares, faltaba al mundo todavía comprender todos los animales visibles particulares. Los hay de cuatro especies; la raza celeste de los dioses, la raza que vuela por los aires, la raza que nada en las aguas, la raza que marcha sobre la tierra. Dios dió sucesivamente al mundo estas cuatro razas. Formó primero la especie divina, y la formó del fuego principalmente, para que fuese brillante y bella; la hizo perfectamente redonda, para que se pareciese al universo; y la concedió la inteligencia del bien, para que marchase de acuerdo con este mismo universo. Estos dioses, dotados de un doble movimiento de rotacion y de traslacion, fueron dispersados por toda la extension de los cielos; animales divinos que se distinguen entre los astros por la regularidad de su carrera. En cuanto á las tres especies mortales, no pudiendo formarlas con sus propias manos, sin hacerlas iguales á los dioses, encomendó á éstos ese cuidado. Como los hombres debian unir á una parte mortal otra inmortal y divina, Dios confió la semilla de esta última á los dioses subalternos. Los dioses subalternos se pusieron á la obra. Tomaron del mundo partículas de fuego, de tierra, de agua y de aire, y uniéndolas, compusieron el cuerpo humano. Redondearon la cabeza, para hacerla estancia del alma, ó por lo ménos, de la inteligencia, y la colocaron á la cima del cuerpo, para que la condujera como si fuera un carro. En la parte anterior de la cabeza, en el semblante, acomodaron los principales órganos de los sentidos, y singularmente los ojos, portadores de la luz; porque los ojos encierran un fuego interior que no quema, y que es propiamente

la luz; y del choque de la luz de dentro con la luz de fuera resulta la sensacion de la vista. ¡La vista, sentido maravilloso, que nos permite contemplar en los cielos las revoluciones de la inteligencia, y arreglar por este medio las revoluciones interiores de nuestro propio pensamiento! El oido, haciéndonos sensibles á la armonía, nos procura la misma ventaja.

Tal es el universo en toda la perfeccion de que es susceptible, y tal es su verdadero origen.

Sí, estos son el universo y su origen, pero sólo bajo el punto de vista de la inteligencia que ha presidido á su formacion. Pero la inteligencia no obra sola; hay que dar su parte á la necesidad. Es preciso, pues, tomar las cosas desde el principio, para dar una nueva y más completa explicacion.

Por lo pronto no se han distinguido mas que dos cosas, el modelo, que es inteligible, y la imitacion, que es visible; en otros términos, el sér y la generacion; y ahora hay que añadir un tercero, que es como el receptáculo y la nodriza de todo lo que pasa ó deviene. En efecto, el fuego, el agua, el aire, la tierra, todos los cuerpos mudan y pasan sin cesar de un estado á otro estado. Estas perpétuas trasformaciones se realizan necesariamente en un medio que permanece idéntico, que no es ningun cuerpo, pero que puede hacerse sucesivamente todos los cuerpos; que no tiene ninguna cualidad, pero que puede adquirir sucesivamente todas las cualidades; naturaleza invisible, sin forma, que no cae bajo los sentidos; perceptible sólo á una especie de razon bastarda, y que puede llamarse el espacio, el espacio eterno. De este lugar eterno es de donde han salido todas las cosas particulares. Hé aquí cómo.

Los cuerpos que nos rodean nacen ciertamente del fuego, de la tierra, del agua y del aire; pero el fuego, la tierra, el agua y el aire son á su vez cuerpos compuestos, cuyos elementos es preciso determinar. Los elementos son

triángulos de una infinita pequeñez. Los triángulos son escalenos ó isósceles. Los escalenos, mediante sus combinaciones, engendran tres sólidos, á saber: la pirámide, el octaedro y el icosaedro. Los isósceles no engendran más que uno: el cubo. Estos sólidos, mediante otras combinaciones, engendran á su vez cuatro cuerpos elementales, de donde salen en seguida como hemos dicho, los cuerpos particulares.

De la relacion de los cuerpos particulares con el nuestro nacen las impresiones acompañadas ó nó de sensacion, y desde luego las impresiones comunes al cuerpo entero, (las del tacto).

La impresion de lo caliente se explica á su vez por la naturaleza del fuego, que es su principio, y por el efecto producido sobre los órganos, que son su instrumento. Nada más sutil que las partes del fuego, ni nada tan rápido como su movimiento; nada tan fino como sus espigas, ni tan agudo como sus puntas. Su impresion es como la de un cuerpo acerado. Corta, trincha y divide los órganos; y esta accion, sentida por el alma, es á lo que, con admirable propiedad, se llama calor.

Los elementos húmedos, que rodean nuestro cuerpo, se esfuerzan por penetrar en él. El humor derramado en los órganos se encuentra comprimido y resiste. De este contacto y de la conmocion que se sigue, nace el temblor, y de éste la sensacion del frio.

Cuando los cuerpos, que están en contacto con el nuestro, son muy densos, es decir, están formados de partes que tienen bases triangulares, nuestra carne se ve forzada á ceder á su accion, y la impresion sentida es la de la dureza. Pero si se forman, por el contrario, de pequeñas bases, entónces ceden á nuestra presion, y tiene lugar la sensacion de la blandura.

No se comprenderia lo que son la pesantez y la ligereza, si no supiésemos con precision lo que debe entenderse

por lo alto y lo bajo. Lo cierto, ó por lo ménos lo probable, es que en el mundo cada uno de los elementos ocupa un puesto aparte; que las cosas de la misma naturaleza se atraen mutuamente; que si se intenta arrancar á la masa de fuego, ó á la del aire, ó á la de la tierra, dos partes, una más grande, otra más pequeña, ambas resistirán en virtud de la atraccion de los semejantes; pero la primera más, la segunda ménos. Ahora bien; la mayor resistencia de la primera la obliga á tender hácia bajo (es decir, hácia la masa de la misma naturaleza) y hé aquí la pesantez; la menor resistencia de la segunda la obliga á elevarse á lo alto, (es decir hácia una masa heterogénea) y hé aquí la ligereza.

En cuanto á las impresiones de lo áspero y de lo liso, que nos hacen experimentar ciertos cuerpos, son producidas, aquellas por la dureza unida á la desigualdad de las partes, y éstas por la uniformidad unida á la densidad.

Es preciso decir por qué, entre estas impresiones comunes al cuerpo entero, algunas van acompañadas de sensacion, y singularmente de placer y de dolor. No son todos los cuerpos igualmente favorables al movimiento. Si un cuerpo fácil de mover recibe una impresion, aunque sea ligera, cada parte la comunica á las que forman un círculo en torno de ella, produciendo sobre estas partes la misma impresion que ella ha recibido, hasta que el movimiento, llegando á la inteligencia, la advierte del poder del agente. Entónces tiene lugar la sensacion. Pero si el cuerpo es firme y estable, no produce ninguna trasmision circular y concentra la afeccion en la parte afectada; entónces no hay sensacion. Si la sensacion es violenta y brusca, si encuentra resistencia en los órganos, si es contraria á su naturaleza, es un dolor. Si, áun siendo violenta y brusca y encontrando resistencia en los órganos, los restablece en su estado nor-

mal, es un placer. La sensacion no es agradable ni penosa, cuando se verifica con facilidad.

Las impresiones propias de tal ó cual parte del cuerpo (las de los otros cuatro sentidos) se verifican de una manera análoga. Las impresiones del gusto: lo agrio, lo amargo, lo acedo, etc., son producidas, como la mayor parte de las otras, por contracciones y dilataciones, en las que lo áspero y lo liso desempeñan el principal papel. Las del olor no tienen especies determinadas. La razon de esto es, porque el olor es cosa imperfecta. Como las venas afectadas por el olor, son demasiado estrechas para las partes de tierra y agua, y demasiado anchas para las de fuego y aire, sólo pueden exhalarse olores de los cuerpos corrompidos, fundidos, ó volatilizados. En general, el sonido es un impulso trasmitido por el aire, al través de los oidos, del cerebro y la sangre, hasta el alma. El sonido es grave, si el movimiento es lento; agudo, si es rápido; dulce, si es igual y uniforme, etc. En general, el color es el fuego que se introduce en los cuerpos, y cuyas partículas, proporcionadas al fuego de la vista, se unen en ésta. Si las partículas exteriores son iguales á las del fuego visual, se produce el color trasparente; si más gruesas ó más pequeñas, contraen ó dilatan el fuego visual, el blanco y el negro; si, dividiendo el fuego visual hasta los ojos mismos, hacen derramar lágrimas, el brillante; si se mezclan con el líquido contenido en los ojos, el encarnado. De estos colores combinados, nacen todos los demás.

Tal es el universo y tal su origen bajo el punto de vista de la necesidad. Es preciso ahora, teniendo en cuenta á la vez la necesidad y la inteligencia, acabar de exponer la formacion del hombre y de los animales inferiores.

Los dioses subalternos no se limitaron á encerrar en la cabeza el alma inmortal que habian recibido de su padre; compusieron además un alma mortal, y la colocaron en el tronco del cuerpo, separado de la cabeza por el

istmo del cuello. Y como esta alma mortal era doble, dividieron el tronco en dos cavidades con el tabique del diafragma, y la colocaron en estas dos cavidades. La parte viril de esta segunda alma ocupó el tórax, próximo á la cabeza, para estar en mejor posicion de prestar apoyo á la razon contra las exigencias de los deseos y apetitos. El corazon, nudo de las venas y origen de la sangre, fué puesto cerca, para trasmitir las órdenes y las impresiones á toda la máquina; y el pulmon se ingertó en el corazon para refrescar y dulcificar las palpitations de éste. La parte que desea comer, beber y demás, la colocaron á su vez entre el diafragma y el ómblico, y allí la adhirieron para que pudiera alimentarse y alimentar el cuerpo. Al hígado denso, liso y brillante se le dió la mision de reflejar los pensamientos de la inteligencia, y presentar, como en un espejo imágenes de los mismos, á esta alma irracional; y el bazo no tuvo otro objeto que conservar limpia y resplandeciente la superficie del hígado. El vientre bajo debió recibir el sobrante de los alimentos, reteniéndolo por largo tiempo mediante las numerosas circunvoluciones de los intestinos, á fin de que pudiesen ser renovadas aquellos ménos veces.

Tambien en vista del alma se formaron las demás partes del cuerpo y se añadieron á las precedentes. Los dioses hicieron desde luego la médula para ligar mediante ella los lazos vitales, que unen el alma al cuerpo; redondeando la parte superior de la misma, el encéfalo, y allí se depositó la semilla divina, es decir, el alma inmortal; dividieron en formas redondas y prolongadas el resto de la médula, que conserva este nombre, y encadenaron con ellas como con anclas el alma mortal. En seguida hicieron los huesos y la carne; los nervios, para ligar todos los miembros, y dar á las articulaciones el poder de plegarse en tal ó cual sentido; la carne, para escudar el cuerpo contra lo caliente y lo frio, y para que hiciera en las cai-

das las veces de un vestido embutido de lana. Distribuyeron esta carne desigualmente segun el punto y uso á que pudiera destinarse; y así es que la cabeza apenas la tiene por interés de la sensibilidad y de la inteligencia para las que la carne hubiera sido un obstáculo. Hicieron, en fin, la piel, corteza de la carne, los cabellos y las uñas, como otros tantos medios de proteccion.

Formado el cuerpo de esta manera, necesitaba alimentarse. Para esto crearon los dioses una nueva especie de séres, análoga á la especie humana, pero con otras formas, otros sentidos animales; puesto que tienen alma, pero sólo tienen la tercera alma. Estas son las plantas, que viven inmóviles, arraigadas en el suelo.

Una vez asegurada la subsistencia del cuerpo humano, los dioses abrieron en él canales, como se hace en nuestros jardines, para regarle mediante el curso de esta especie de arroyo. Estos canales son las venas, que colocaron á lo largo de la espina dorsal, hácia la cabeza, y en general en todas las partes del cuerpo. Prepararon en seguida el líquido que debía recorrerlas. Este líquido es la sangre, formada de los alimentos, divididos en partículas en el vientre, y llevadas por la corriente de la respiracion á las venas, donde se convierten en jugo nutritivo. Nuestro cuerpo, en su contacto con las cosas exteriores, experimenta pérdidas perpétuas; que son constantemente reparadas por la sangre, cuyas partes llenan el vacío á medida que se verifica en los órganos. Si las pérdidas superan á la reparacion, el animal perece; si, por el contrario, ésta supera, el animal crece. Es fácil por este medio explicar el crecimiento progresivo de la juventud, el decrecimiento progresivo de la ancianidad, las enfermedades y la muerte, su fatal resultado.

La primera clase de enfermedades tiene por causa el exceso ó defecto, el desarreglo, y en fin las alteraciones de los cuatro géneros de sustancias que entran en la cons-

titucion del cuerpo: el aire, el fuego, el agua y la tierra. Estas enfermedades, entre las que se encuentran las fiebres, son desde luego las más numerosas. La segunda clase de enfermedades, ménos frecuentes, pero más graves y dolorosas, tiene su origen en las composiciones secundarias, es decir, en las sustancias animales, la carne, la sangre, los huesos, la médula etc. Tienen lugar, cuando estas sustancias, léjos de producirse unas y otras en su estado natural, se descomponen, y vuelven cada una á la sustancia de donde procede. Así es que de la corrupcion de la carne y de la sangre nacen la bilis y la flema. La más terrible de estas enfermedades es la que ataca la médula. En fin, la tercera clase comprende las enfermedades, que proceden del aire respirado, de la flema y de la bilis. Una de ellas es la enfermedad sagrada.

Tales son las enfermedades corporales. El alma tiene tambien las suyas, que dependen del estado del cuerpo. No hay mayor desgracia para el alma, que la ignorancia y la sinrazon. Y así nada más funesto que el exceso de placer y de dolor, que llevan la turbacion á nuestros pensamientos. Si la médula engendra el semen en demasiada abundancia, el alma es presa de los desarreglos del amor, y se ve igualmente turbada. Lo mismo sucede, cuando la bilis, la flema y los humores, no encontrando salida al exterior, inundan con sus vapores las revoluciones del alma entorpeciéndolas. De aquí nacen la sombría tristeza, la audacia ó la cobardía, la estupidez ó el olvido. El vicio es involuntario; resulta fatalmente de la influencia del cuerpo ó de una mala educacion. El vicioso es un enfermo, que tiene derecho á ser compadecido y á quien nosotros no tenemos derecho á maldecir.

¿Cómo curar ó más bien evitar estas enfermedades?
 ¿Cómo conservar la salud física y moral? Manteniendo por lo pronto la armonía entre el cuerpo y el alma. La

desigualdad de las piernas de un cojo, no es mas chocante, ni más funesta, que la desproporcion del cuerpo y del alma en la naturaleza humana. El alma es mejor que el cuerpo; se irrita al verse en él encerrada; conmueve todo el interior y le llena de enfermedades. Por el contrario, un cuerpo demasiado poderoso hace estúpida al alma. De aquí el precepto de ejercitar á la vez el cuerpo y el alma; el cuerpo con la gimnasia, el alma con la música; debiendo cuidarse igualmente estas dos partes de nosotros mismos, consideradas aisladamente, para producir una armonía análoga á la del universo. El cuerpo sólo se puede librar de las influencias extrañas, mediante el movimiento. El más saludable es el de la gimnasia; el segundo, el del paseo, embarcado ó en carruaje; el tercero, la purga. En general, es preciso usar de los medicamentos con una extrema sobriedad. Pero como la que gobierna es el alma, ésta es la que principalmente debe ser vigilada. El alma comprende tres almas. Es preciso hacer empeño en que se ejerciten todas tres con armonía, dando á cada una los movimientos y las conversiones que le sean propios. Honremos sobre todo al alma inmortal, que es para nosotros como un genio divino. Así llegaremos al soberano bien; y obtendremos la inmortalidad, que permite nuestra naturaleza.

Despues de los hombres vienen los animales. Pero los animales no son más que hombres castigados y degradados. Las mujeres mismas no son más que hombres que fueron cobardes, y pasaron su vida faltando á la justicia. La raza de los pájaros proviene de esta clase de hombres ligeros, exentos de malicia, grandes anunciadores de las cosas celestes, de las que sólo juzgan por lo que ven con sus ojos. La raza de los animales terrestres proviene de los hombres extraños á la filosofía, esclavos de sus pasiones. Los más estúpidos han recibido cuatro piés para estar más firmemente adheridos á la tierra; los todavía más es-

túpidos se arrastran bajamente por el suelo. La raza de los animales acuáticos representa hombres enteramente desprovistos de inteligencia, juguete de los más groseros apetitos; indignos de respirar un flúido puro, están condenados á vivir en el fondo de las aguas.

Tal es en sus elementos y en su variedad, en su origen y en su estado actual, el universo, animal visible que encierra todos los demás; Dios sensible á semejanza de la inteligencia; Dios muy grande, muy bello, muy bueno y muy perfecto, que vemos por todas partes, bajo nuestros piés, sobre nuestras cabezas, el cielo, en fin.

Este es en resúmen el contenido del *Timeo*, que difiere notablemente de todos los demás diálogos por muchos conceptos. Por lo pronto, nos presenta, en el discurso de *Timeo*, una verdadera exposicion didáctica, extraña absolutamente á los hábitos de Platon, y que convierte este escrito, uno de los últimos que compuso (1), en un tratado á la manera de los de Aristóteles. Este cambio en la forma lleva consigo otro en el fondo. Las ideas se ligan aquí con un rigor, se encadenan con un método, que en vano se buscarian en las otras partes de la obra platoniana. El desórden de que habla M. Martin (2), es más aparente que real. Si Platon parece volver al mismo asunto dos y tres veces, en realidad no es así. Su objeto es el universo. Le estudia sucesivamente bajo el punto de vista de la inteligencia que le ha formado, de la materia de que ha sido hecho, y de los séres que comprende. Este plan no puede ser rechazado por la lógica más exigente. Y si Platon describe por extenso al hombre, alma y cuerpo, uniendo á ello lo que creyó oportuno decir de los vegetales y de los animales inferiores, no olvidemos que el *Timeo* no es en su pensamiento más que una transicion de la

(1) Véase *Galieno*, t. II, p. 326, edicion de Basilea.

(2) *Estudios sobre el Timeo*, t. I, p. 2.

República al Critias, y que en él se propone principalmente, remontándose al origen del mundo, explicar el origen de la especie humana.

Este diálogo tiene además un carácter de universalidad filosófica, que falta á los otros. Para dar razon de la naturaleza, para exponer la formacion de los séres particulares, Platon se ve obligado á subir hasta las ideas, que son los modelos; hasta la inteligencia, que es la causa; hasta Dios, que es el autor. La cosmogonía implica la teología, y como ella tiene allí sus principios, tiene su luz propia. De suerte que el *Timeo* encierra hasta cierto punto toda la doctrina platoniana, sus diversas partes en sus relaciones naturales, y tales como Platon las concebía al fin de su carrera, despues de una dilatada vida consagrada á la indagacion de la verdad y á la meditacion.

En fin, el carácter ecléctico, que es uno de los rasgos principales de la filosofia de Platon, así como de cada uno de sus diálogos, aparece aquí con más claridad. Platon acude á todos los orígenes de la tradicion filosófica. Se aprovecha ámpliamente de las doctrinas de Anaxágoras y de la escuela jónica, de Parménides y de los eleatas, de Leusipo y de los atomistas, de Empedocles, y sobre todo de los pitagóricos. Pero precisamente en medio de todos estos elementos prestados, es donde brilla notablemente su gran poder de asimilacion. No es, ni por un solo instante, jónico, eleata, pitagórico; Platon es siempre el mismo. De los descubrimientos de los demás hace una obra nueva á la que imprime el sello de su genio, y que es incontestablemente suya. No se puede menos de compararle á las abejas de que habla Montaigne «que pican acá y allá las flores, pero despues hacen la miel, que es obra suya.»

¿Qué valor tiene esta doctrina compuesta de mil doctrinas diversas? No es este el lugar de apreciar las ideas cosmogónicas de Platon, y de deslindar la verdad del

error. Sólo diremos, que todos los errores están dominados por un error capital, que consiste en declarar que no siendo la naturaleza mas que una oleada de apariencias fugitivas, no puede ser científicamente conocida; que sobre todas las verdades que encierra, hay una verdad suprema, la que Platon expresa en esta forma: «Dios es bueno, extraño á la envidia; y lo que ha hecho, lo ha hecho lo mejor posible.»

TIMEO
ó
DE LA NATURALEZA.

SÓCRATES.—CRITIAS.—TIMEO.—HERMÓCRATES.

SÓCRATES.

Uno, dos, tres. Pero, mi querido Timeo (1), ¿dónde está el cuarto de los que fueron ayer mis convidados y que se proponen hoy obsequiarme?

TIMEO.

Precisamente debe estar indispuerto, Sócrates, porque voluntariamente de ninguna manera hubiera faltado á esta reunion.

(1) Timeo era de Locres, en la Gran Grecia, y pertenecía á la secta de los pitagóricos; debió florecer ya en tiempo de Sócrates, puesto que Platon presenta á ambos en este diálogo, y vivia aún en tiempo de Platon del que quizá fué maestro, pues Ciceron afirma que tenian muy estrechas relaciones. Era un gran astrónomo, segun resulta del mismo diálogo. El escoliasta dice que escribió libros de matemáticas y un tratado *de la naturaleza* á la manera de Pitágoras. El tratado *del alma del mundo y de la naturaleza*, que Proclo le atribuye, es de un discípulo, ó más bien de un plagiario de Platon. Véase á Th. H. Martin, *Estudios sobre el Timeo*. T. I, p. 50, y el artículo sobre este diálogo del *Diccionario de las Ciencias filosóficas*.

SÓCRATES.

A tí, pues, y á todos vosotros os corresponde ocupar su lugar, y desempeñar su papel á la par que el vuestro.

TIMEO.

Sin dificultad; y haremos todo lo que de nosotros dependa. Porque no seria justo que, despues de haber sido tratados ayer por tí como deben serlo los que son convidados, no lo tomáramos con calor nosotros, los que aquí estamos, para pagarte obsequio con obsequio.

SÓCRATES.

¿Recordareis qué cuestiones eran y qué importantes, las que comenzamos á examinar?

TIMEO.

Sólo en parte; pero lo que hayamos podido olvidar, tú nos lo traerás á la memoria. O más bien, si esto no te desagrada, comienza haciendo un resúmen en pocas palabras, para que nuestros recuerdos sean más precisos y más exactos.

SÓCRATES.

Conforme. Ayer os hablé del Estado, y quise exponeiros muy particularmente lo que debe ser, y de qué hombres debe componerse, para alcanzar lo que, en mi opinion, es lo más perfecto posible (1).

TIMEO.

Es, en efecto, eso mismo lo que dijiste, y que nos satisfizo cúmplidamente.

SÓCRATES.

¿No separamos en el Estado desde luego la clase de labradores y de artesanos de la gente de guerra?

TIMEO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y no hemos atribuido á cada uno, segun su naturaleza,

(1) Todo lo que sigue es un resúmen libre de los libros II, III, IV, y V de la *República*.

una sola profesion y un solo arte? ¿No hemos dicho, que los que están encargados de combatir por los intereses públicos, deben de ser los únicos guardadores del Estado, y que si algun extranjero ó los mismos ciudadanos producen algun desórden, deben tratar con dulzura á los que están bajo su mando, por ser sus amigos naturales, y herir sin compasion en la pelea á todos los enemigos que se pongan á su alcance?

TIMEO.

Seguramente.

SÓCRATES.

Hé aquí, por qué hemos dicho, que estos guardadores del Estado debian unir á un gran valor una grande sabiduría, para mostrarse, como es justo, suaves para con los unos y duros para con los otros.

TIMEO.

Sí.

SÓCRATES.

Y en cuanto á su educacion, ¿no hemos resuelto, que debia educárseles en la gimnasia, en la música y en todos los conocimientos que puedan serles convenientes?

TIMEO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Además hemos añadido, que una vez educados de esta manera, no deben mirar como propiedad suya particular ni el oro, ni la plata, ni cosa alguna; sino que, recibiendo estos defensores de los que protegen un salario por su vigilancia, salario modesto, cual conviene á sabios, deben gastarle en comun, porque en comunidad tienen que vivir, sin correr con otro cuidado que el cumplimiento de su deber, y despreciando todo lo demás.

TIMEO.

Es lo mismo que dijimos, y de la manera que lo dijimos.

SÓCRATES.

Respecto á las mujeres, declaramos, que seria preciso poner sus naturalezas en armonía con la de los hombres, de la que no difieren, y dar á todas las mismas ocupaciones que á los hombres, incluso las de la guerra, y en todas las circunstancias de la vida.

TIMEO.

Sí, tambien eso se dijo, y de esa misma manera.

SÓCRATES.

¿Y la procreacion de los hijos? ¿No es fácil retener lo que se dijo á causa de su novedad: que todo lo que se refiere á los matrimonios y á los hijos sea comun entre todos; que se tomen tales precauciones, que nadie pueda conocer sus propios hijos, sino que se consideren todos padres, no viendo más que hermanos y hermanas en todos los que puedan serlo por la edad, padres y abuelos en los que hayan nacido ántes, hijos y nietos en los que han venido al mundo más tarde?

TIMEO.

Sí, y todo eso es fácil retenerlo, por la misma razon que tú das.

SÓCRATES.

Y para conseguir en todo lo posible hijos de un carácter excelente, ¿no recordamos haber dicho, que los magistrados de ambos sexos, deberian, para la formacion de los matrimonios, combinarse secretamente, de manera que, haciéndolo depender todo de la suerte, se encontrasen los malos de una parte, los buenos de otra, unidos á mujeres semejantes á ellos, sin que nadie pudiese experimentar sentimientos hostiles hácia los gobernantes, por creer todos que los enlaces eran obra de la suerte?

TIMEO.

De todo eso nos acordamos.

SÓCRATES.

¿Y no hemos dicho tambien, que seria preciso edu-

car (1) los hijos de los buenos, y trasladar, por el contrario, en secreto á una clase inferior los de los malos? ¿Después, cuando se hayan desarrollado, examinar con cuidado á unos y á otros, para exaltar á los que sean dignos, y enviar á donde convenga á los que se hiciesen indignos de permanecer entre vosotros (2)?

TIMEO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Y bien, todo lo que ayer se expuso, ¿no lo hemos recorrido ahora, aunque sumariamente? ¿Ó acaso, mi querido Timeo, se nos ha olvidado algo?

TIMEO.

De ninguna manera; hemos recordado toda la discusión, Sócrates.

SÓCRATES.

Escuchad ahora cuál es mi parecer y lo que creo respecto del Estado, que acabamos de describir. Mi opinión es poco más ó ménos la misma que se experimenta, cuando, considerando preciosos animales representados por la pintura, ó si se quiere, reales y vivos, pero en reposo, se desea verlos ponerse en movimiento, y entregarse á los ejercicios que requieren sus facultades corporales. Hé aquí precisamente lo que yo experimento respecto al Estado descrito. Tendría mucho gusto en oír contar, respecto á estas luchas que sostienen las ciudades, que el Estado que hemos descrito las arrostra contra los demás, marchando noblemente al combate, y mostrándose durante la guerra digno de la instrucción y de la educación dada á los ciudadanos, sea en acción sobre el campo de batalla, sea en los discursos y en las negociaciones con las ciudades vecinas. Seguramente, mis que-

(1) Para futuros guardadores del Estado.

(2) Entre los guerreros.

ridos Critias (1) y Hermócrates (2), me confieso incapaz para alabar dignamente, como se merecen, tales hombres y tal Estado. En mí no es esto extraño; pero me imagino que lo mismo sucede á los poetas de los antiguos tiempos y los poetas de hoy día. No es que desprecie yo la raza de los poetas; pero es una cosa sabida por todo el mundo, que la clase de imitadores imitará fácilmente y bien las cosas en que ha sido educada; mientras que respecto á las cosas extrañas al género de vida que ha observado, es difícil reproducirlas en las obras, y más difícil aún en los discursos. En cuanto á la raza de los sofistas, los tengo por gentes expertas en muchas clases de discursos y en otras cosas muy buenas; pero temo que, errantes como viven de ciudad en ciudad, sin domicilio fijo, no pueden dar su parecer sobre lo que los filósofos y los políticos deban hacer ó decir en la guerra y en los combates, y en las relaciones que tienen con los demás hombres, ya en cuanto á la accion, ya en cuanto á la palabra. Resta la raza de los hombres de vuestra condicion, que participan por su carácter y por su educacion de los unos y de los otros (3). ¿Hay en la culta Locres, en Italia (4), un ciudadano que supere por la fortuna ó el nacimiento á Timeo, que ha sido revestido con los más importantes cargos y

(1) Personaje que figura en el *Carmides*.

(2) Hijo de Hermon, general siracusano, que no fué extraño á la derrota de los generales atenienses Demóstenes y Critias. Desterrado de su patria á la sazón en que iba á prestar socorros á Esparta, quiso más tarde entrar en la ciudad á viva fuerza, y pereció en esta tentativa. Su hija, que estaba casada con Dionisio el Antiguo, se vió forzada á darse la muerte. No debe confundirsele ni con Hermócrates, padre del mismo Dionisio el Antiguo, ni con Hermócrates, discípulo oscuro de Sócrates, y que Jenofonte menciona en el cap. 2.º, l. I, de sus *Memorias*.

(3) De los filósofos y de los políticos.

(4) Es decir, en la Gran Grecia, célebre en la antigüedad por su legislador Zaleuco.

las mayores dignidades de su patria, y que en mi opinion ha subido tambien á la cima de la filosofia? Con respecto á Critias, ¿quién de nosotros ignora que está familiarizado con todos los asuntos de estas conversaciones? En cuanto á Hermócrates, su carácter y su educacion hacen que esté al alcance de todas estas cuestiones, y de ello tenemos numerosos testimonios. En esta persuasion accedí ayer con gusto á la súplica que me hicisteis de que hablara del Estado, convencido de que cada uno de vosotros podia, si queria, tomar parte en la discusion. Porque ahora que hemos puesto nuestra república en estado de hacer noblemente la guerra, sólo vosotros, entre todos los hombres de nuestro tiempo, podeis acabar de darle todo lo que la conviene. Ahora que he concluido mi tarea, á vosotros toca llevar á cabo la vuestra. Habeis convenido y concertado obsequiarme con un discurso en cambio del que yo os dirigí, y héme aquí pronto y completamente dispuesto á recibir lo que querais ofrecerme.

HERMÓCRATES.

Sin duda, como ha dicho Timeo, mi querido Sócrates, nosotros no buscamos falsos pretextos, ni queremos más que hacer lo que tú exijas. Desde ayer al salir de aquí, aún ántes de haber llegado á la casa de Critias, durante todo el camino, examinamos de nuevo esta cuestion. Critias nos refirió entónces una historia de los antiguos tiempos. Repítela, Critias, para que Sócrates vea si se refiere ó nó á nuestro asunto.

CRITIAS.

Lo haré, si Timeo, nuestro tercer compañero, opina lo mismo.

TIMEO.

Seguramente sí.

CRITIAS.

Escucha, Sócrates, una historia muy singular, pero completamente verdadera, que referia en otro tiempo el

más sabio de los siete sabios, Solon. Era á la vez padre y amigo de mi bisabuelo Dropido (1), como él mismo lo dice repetidas veces en sus versos (2). Refirió á Critias, mi abuelo, y éste en su ancianidad nos lo repetía, que en otro tiempo habian tenido lugar en esta ciudad (3) grandes y admirables cosas, que habian caido en el olvido por el trascurso de los tiempos y las grandes destrucciones de los hombres, y que entre tales cosas habia una más digna de consideracion que todas las demás. Quizá recordándola, podremos justamente atestiguarle nuestro razonamiento; y celebrar en esta asamblea del pueblo (4), de una manera conveniente á la diosa, como si la cantáramos un himno.

SÓCRATES.

Muy bien. Pero ¿qué suceso es este que Critias contaba, con referencia á Solon, no como una fábula, sino como un hecho de nuestra antigua historia?

CRITIAS.

Voy á referir esta historia, que no es nueva, y que oí á un hombre, que no era jóven. Critias, segun él mismo lo decia, tocaba entónces en los noventa años, cuando yo apenas contaba diez. Era el dia Cureotis de las fiestas Apaturias (5). En la fiesta tomamos parte los que éramos jóvenes, en la forma acostumbrada, y nuestros padres propusieron premios para los que sobresalieran entre nosotros en la declamacion de versos. Se recitaron mu-

(1) Véanse para la genealogía de Solon, de Dropido y de los dos Critias, las notas biográficas del *Carmides*.

(2) ¿Qué versos? Quizá las *Elegías á Critias*, mencionadas por Aristóteles, *Retórica*, I, 15.

(3) Atenas.

(4) Las pequeñas Panateneas.

(5) Las Apaturias, fiesta ateniense en honor de Baco. Duraba tres días, cada uno de los cuales tenia un nombre particular; el primero, *δέρπεια* se consagraba á los festejos; el segundo *ανάβρυσια*, á los sacrificios; y el tercero, *κουρπεωτικίς*, al canto y la declamacion.

chos poemas de varios poetas, y como entónces eran nuevas las poesías de Solon, muchos las cantaron. Alguno de nuestra tribu, fuera porque así lo creyese ó porque quisiera complacer á Critias, dijo, que Solon no sólo le parecia el más sabio de los hombres, sino tambien el más noble de los poetas. El anciano Critias, me acuerdo bien, se entusiasmó al oír esto, y dijo complacido: «Aminandro, si Solon, en lugar de hacer versos por pasatiempo, se hubiera consagrado sériamente á la poesía como otros muchos; si hubiera llevado á cabo la obra que trajo de Egipto; si no hubiera tenido precision de dedicarse á combatir las facciones y los males de toda clase, que encontró aquí á su vuelta; en mi opinion, ni Hesiodo, ni Homero, ni nadie le hubieran superado como poeta.

—¿Y qué obra era esa Critias? preguntó Aminandro.

—Es la historia del hecho más grande y de más nombradía, que fué realizado por esta ciudad, y cuyo recuerdo, á causa del trascurso del tiempo y de la muerte de sus autores, no ha llegado hasta nosotros.

—Repítenos desde el principio, replicó el otro, lo que contaba Solon, qué tradicion era esa, y quién se lo contó como una historia verdadera.

—Hay, dijo Critias, en Egipto, en el Delta, en cuyo extremo divide el Nilo sus aguas, un territorio llamado Saitico, distrito cuya principal ciudad es Saïs, patria del rey Amasis (1). Los habitantes honraban como fundadora de su ciudad á una divinidad, cuyo nombre egipcio es Neith, y el nombre griego, si se les ha de dar crédito, es Atena (2). Aman mucho á los atenienses, y pretenden en cierto modo pertenecer á la misma nacion. Solon decia,

(1) Sobre el origen de Amasis, véase á Herodoto, 162, 182.

(2) Sobre la cuestion relativa á si la Neith de Saïs es la Minerva de los griegos, véase á Herodoto, II, 28, 59, 170, y 176; Pausanias II, 36; Cicero *De nat. Deor.* III, 23, y Plutarco, *Sobre Isis y Osiris*, 9, 32 y 62.

que cuando llegó á aquel país, habia sido acogido perfectamente; que habia interrogado sobre las antigüedades á los sacerdotes más versados en esta ciencia; y que habia visto, que ni él ni nadie, entre los griegos, sabia, por decirlo así, ni una sola palabra de estas cosas. Un dia, queriendo comprometer á los sacerdotes á que se explicaran sobre las antigüedades, Solon se propuso hablar de todo lo que nosotros conocemos como más antiguo, de Foroneo, llamado el primero (1), de Niobe (2), y despues del diluvio (3), de Deucalion y Pyrro, con todo lo que á esto se refiere; explicó la genealogía de todos los descendientes de aquellos, y ensayó, computando los años, fijar la fecha de los sucesos. Pero uno de los sacerdotes más ancianos, exclamó: ¡Solon! ¡Solon! vosotros los griegos sereis siempre niños; en Grecia no hay ancianos!—¿Qué quieres decir con eso, replicó Solon?—Sois niños en cuanto al alma, respondió el sacerdote, porque no poseeis tradiciones remotas ni conocimientos venerables por su antigüedad. Hé aquí la razon. Mil destrucciones de hombres han tenido lugar y de mil maneras, y se repetirán aún, las mayores por el fuego y el agua, y las menores mediante una infinidad de causas. Lo que se refiere entre vosotros, de que en otro tiempo Faetonte, hijo del Sol, habiendo uncido el carro de su padre y no pudiendo conservarle en la misma órbita, abrasó la tierra y pereció él mismo, herido del rayo, tiene todas las apariencias de una fábula; pero lo que es muy cierto é innegable, es que en el espacio que

(1) Foroneo, hijo de Inaco, *el primero* segun unos, porque fué *el primero de los hombres* (Inaco pudo ser un rio); segun otros, porque fué *el primer mortal que reinó*; y segun otros, porque fué *el primero que fundó á Argos*.

(2) Hija de Foroneo, que tuvo de Júpiter un hijo llamado Argus, el cual dió nombre á la ciudad de Argos.

(3) El de Deucalion. El escoliasta refiere tres, el primero bajo Ojijio; el segundo bajo Deucalion, y el tercero bajo Dárdano.

rodea la tierra y en el cielo se realizan grandes revoluciones, y que los objetos, que cubren el globo á largos intervalos, desaparecen en un vasto incendio. En tales circunstancias los que habitan las montañas, y en general los lugares elevados y áridos, sucumben más bien que los que habitan las orillas de los rios y del mar. Con respecto á nosotros, el Nilo, nuestro constante salvador, nos salvó tambien de esta calamidad desbordándose. Cuando por otra parte, los dioses, purificando la tierra por medio de las aguas, la sumergen, los pastores en lo alto de las montañas y sus ganados de toda clase se ven libres de este azote; mientras que los habitantes de vuestras ciudades se ven arrastrados al mar por la corriente de los rios. Pues bien, en nuestro país, ni entónces, ni en ninguna ocasion, las aguas se precipitan nunca desde las alturas á las campiñas; por el contrario, manan de las entrañas de la tierra. Por estos motivos, se dice, que entre nosotros es donde se han conservado las más antiguas tradiciones. La verdad es, que en todos los países, donde los hombres no tienen precision de huir por un exceso de agua ó por un calor extremado, subsisten siempre en más ó en ménos, pero siempre en gran número. Así es que, sea entre vosotros, sea aquí, sea en cualquiera otro país de nosotros conocido, no hay nada que sea bello, que sea grande, y que sea notable en cualquiera materia, que no haya sido consignado desde muy antiguo por escrito, y que no se haya conservado en nuestros templos. Pero entre vosotros y en los demás pueblos, apenas habeis adquirido el uso de las letras y de todas las cosas necesarias á los Estados, cuando terribles lluvias, á ciertos intervalos, caen sobre vosotros como un rayo, y sólo dejan sobrevivir hombres iliteratos y extraños á las musas; de manera que comenzais de nuevo, y os haceis niños sin saber nada de los sucesos de este país ó del vuestro, que se refieran á los tiempos antiguos. Ciertamente esas genealogías, que acabas

de exponer, Solon, se parecen mucho á cuentos de niños; porque además de que sólo haceis mencion de un solo diluvio, aunque fué precedido por otros muchos, ignorais que la mejor y más perfecta raza de hombres ha existido en vuestro país, y que de un solo gérmen de esta raza que escapó á la destruccion, es á lo que debe vuestra ciudad su origen. Vosotros lo ignorais, porque los que sobrevivieron, murieron durante muchas generaciones, sin dejar nada por escrito. En efecto, en otro tiempo, mi querido Solon, ántes de esta gran destruccion mediante las aguas, esta misma ciudad de Atenas, que vemos hoy dia, sobresalia en las cosas de la guerra, y superaba en todo por la sabiduría de sus leyes; y á ella se atribuyen las acciones más grandes, y las mejores instituciones de todos los pueblos de la tierra.

Solon, sorprendido y lleno de curiosidad al oir este discurso, decia que habia suplicado á los sacerdotes que le expusieran en todo su desarrollo y con toda exactitud la historia de sus antepasados. A lo que el sacerdote respondió:

«Con mucho gusto, Solon; lo haré, no sólo por respetos á tí y á tu patria, sino sobre todo, en consideracion á la diosa, que ha protegido, instruido y engrandecido vuestra ciudad y la nuestra; la vuestra mil años ántes, formándola de una semilla tomada de la tierra y de Vulcano, y la nuestra despues; y nota que segun nuestros libros sagrados, han pasado ocho mil años desde nuestra fundacion. Voy á darte á conocer las instituciones que tenian tus conciudadanos de hace nueve mil años, y en cuanto á sus hechos, te referiré los más gloriosos. Con respecto á los detalles, otra vez, cuando tengamos más espacio, te lo contaré todo minuciosamente, teniendo á la vista los libros sagrados. Compara las leyes de la antigua Atenas con las nuestras, y hallarás que la mayor parte de ellas están hoy en vigor entre nosotros. Por lo pronto, la casta de los sacerdotes está separada de todas las demás; despues sigue la

de los artesanos, cada uno de los cuales ejerce su profesion sin confundirse con los demás; y á seguida la de los pastores, la de los cazadores y la de los labradores. La clase de guerreros, ya lo sabes, es tambien distinta de todas las demás clases; y la ley no permite que se consagren éstos á otros cuidados que á los de la guerra. Con respecto á las armas, nosotros hemos sido los primeros pueblos del Asia que hemos usado del broquel y de la lanza, habiendo aprendido su uso de la diosa, que desde un principio nos lo enseñó. En cuanto á la ciencia, ya ves el cuidado que á ella presta la ley desde su origen, elevándonos desde el estudio del orden del mundo hasta la adivinacion y la medicina, que cuidan de la salud; caminando así de las ciencias divinas á las humanas, y poniéndonos en posesion de todos los conocimientos que se refieren á éstas. Tal es la constitucion y tal el orden que la diosa habia establecido desde un principio entre vosotros, despues de haber escogido el país en que habeis nacido, sabiendo bien que la admirable temperatura de las estaciones produciria en él hombres excelentes para la sabiduría. Amiga de la guerra y de la ciencia, la diosa debia escoger, para fundar un Estado, el país más capaz de producir hombres que se pareciesen á ella. Vosotros erais gobernados por estas leyes y por instituciones mejores aún; superabais al resto de los hombres en todo género de virtud, cual convenia á hijos y discipulos de los dioses.

»Entre la multitud de hazañas que honran á vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros, y que admiramos nosotros, hay una más grande que todas las demás, y que revela una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren cómo Atenas destruyó un poderoso ejército, que, partiendo del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia. Entónces se podia atravesar este Océano. Habia, en efecto, una isla, situada frente al estrecho, que en vuestra lengua llamais las columnas

de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban desde allí á las otras islas, y de estas al continente, que baña este mar, verdaderamente digno de este nombre. Porque lo que está más acá del estrecho de que hablamos, se parece á un puerto, cuya entrada es estrecha, mientras que lo demás es un verdadero mar, y la tierra que le rodea un verdadero continente. Ahora bien en esta isla Atlántida los reyes habían creado un grande y maravilloso poder, que dominaba en la isla entera, así como sobre otras muchas islas y hasta en muchas partes del continente. Además en nuestros países, más acá del estrecho, ellos eran dueños de la Libia hasta el Egipto, y en la Europa hasta la Tirrenia. Pues bien; este vasto poder, reuniendo todas sus fuerzas, intentó un dia someter de un solo arranque nuestro país y el vuestro, y todos los pueblos situados de este lado del estrecho. En tal coyuntura, Solon, fué cuando vuestra ciudad hizo brillar, á la faz del mundo entero, su valor y su poder. Ella superaba á todos los pueblos vecinos en magnanimidad y en habilidad en las artes de la guerra; y primero á la cabeza de los griegos, y despues sola por la defeccion de sus aliados, arrostró los mayores peligros, triunfó de los invasores, levantó trofeos, preservó de la esclavitud á los pueblos, que aún no estaban sometidos, y con respecto á los situados, como nosotros, más acá de las columnas de Hercules, á todos los devolvió su libertad. Pero en los tiempos, que siguieron á estos, grandes temblores de tierra dieron lugar á inundaciones; y en un solo dia, en una sola fatal noche, la tierra se tragó á todos vuestros guerreros, la isla Atlántida desapareció entre las aguas, y por esta razon hoy no se puede aún recorrer ni explorar este mar, porque se opone á su navegacion un insuperable obstáculo, una cantidad de fango, que la isla ha depositado en el momento de hundirse en el abismo.»

Hé aquí, Sócrates, en pocas palabras, la historia del viejo Critias, que la habia oido á Solon. Cuando hablabas ayer del Estado y de sus ciudadanos, me sorprendia al recordar lo que acabo de decir, pensando en mi interior que por una rara casualidad, sin saberlo ni quererlo, estabas tú de acuerdo en la mayor parte de los puntos con las palabras de Solon; palabras de que no quise darme conocimiento en el acto, esperando á tomarme el tiempo necesario, para precisar bien mi recuerdo. Me pareció, pues, oportuno, repasarlas primero en mi memoria, para despues referirlas. Por esta razon, acepté desde luego la tarea, que ayer me impusistes, persuadido de que lo esencial, en esta clase de conversaciones, es ofrecer á nuestros amigos un objeto conforme con sus deseos, y que éste, de que ahora se trata, debe por su naturaleza satisfacer vuestros planes. Así es que ayer, al salir de aquí, como ha dicho Hermócrates, yo les referí lo que en aquel acto me vino á la memoria; y despues de haberme separado de ellos, reflexionando por la noche, he podido recordar todo lo demás. ¡Qué cierto es que tenemos la maravillosa facultad de acordarnos de lo que aprendimos siendo jóvenes! Lo que oí ayer, no estoy seguro en verdad de recordarlo por entero hoy; pero lo que aprendí hace muchos años, gran chasco llevaria, si dejara de recordar la menor cosa. Tenia entónces tanto placer, tanto gozo infantil, en oír esta historia al anciano; me instruía con tan decidida voluntad, y respondia con tanto gusto á mis preguntas, que ha quedado grabado en mi memoria con caracteres indelebles. Así que esta mañana ya se la he contado para tener con ellos un objeto de conversacion. Ahora, y este es el punto á que queria venir á parar, estoy dispuesto, Sócrates, á exponer todo esto, no de una manera compendiosa, sino como yo mismo la oí, con todos sus detalles. Transportaremos á la esfera de la realidad los ciudadanos, la ciudad misma, que nos has presentado ayer

como una ficcion; colocaremos tu ciudad en esta antigua ciudad ateniense, y declararemos que tus ciudadanos, tales como tú los has concebido, son verdaderamente nuestros antepasados, aquellos de que hablaba el sacerdote. Entre los unos y los otros habrá un acuerdo perfecto, y no nos separaremos de la verdad, diciendo que los ciudadanos de tu república son los atenienses de los antiguos tiempos. Haremos todos un esfuerzo y cuanto nos sea posible para llevar á cabo nuestra tarea. Ahora á tí toca, Sócrates, decidir, si el asunto es oportuno ó si es preciso buscar otro.

SÓCRATES.

¿Cuál otro, mi querido Critias, podemos preferir, que corresponda mejor al sacrificio que en este dia se ofrece á la diosa, sobre todo cuando no se trata de una leyenda sino de una historia verdadera? ¿Dónde y cómo encontrar un objeto mejor, si abandonamos éste? No hay medio. A vosotros corresponde tomar la palabra bajo tan favorables auspicios; y con respecto á mí, despues de mi discurso de ayer, debo á mi vez descansar y prestaros toda mi atencion.

CRITIAS.

Observa, Sócrates, de qué manera hemos ordenado el festin hospitalario, que debemos ofrecerte. Hemos decidido que Timeo, el más sabio entre nosotros en astronomía y el que más ha trabajado para conocer la naturaleza de las cosas, tome el primero la palabra, comenzando por la formacion del universo, y concluyendo por la del hombre; y que yo, en seguida, recibiendo en cierta manera de sus manos los hombres creados por su palabra, y algunos de los tuyos superiormente instruidos por tus discursos, los haga comparecer delante de vosotros, como delante de jueces, conforme á las leyes y á las instituciones de Solon, á fin de que los declareis ciudadanos de nuestra república, como si fueran atenienses de los antiguos tiempos, que han desaparecido, pero cuyo recuerdo

ha quedado en los libros sagrados; y que en adelante figuren en nuestros discursos como conciudadanos, como verdaderos atenienses.

SÓCRATES.

Con usura, según veo, me vais á devolver el discurso, con que os obsequié ayer. A tí, Timeo, te corresponde tomar la palabra, después de haber invocado á los dioses como debe hacerse según costumbre.

TIMEO.

En efecto, Sócrates, todo hombre por escasos que sean sus conocimientos, en el acto de intentar una empresa pequeña ó grande, implora el auxilio de los dioses. En cuanto á nosotros, que vamos á discurrir acerca del universo, de cuál es su origen ó si no le tiene, si no queremos extraviarnos, debemos sentir la necesidad de implorar el auxilio de los dioses y de las diosas, y de suplicarles que nos inspiren palabras que satisfagan primero á ellos y después á nosotros. Lo que pido á los dioses respecto á ellos acabo de decirlo, y lo que pido respecto de nosotros es, que permitan que vosotros me comprendais fácilmente, y que yo os exponga con claridad mi pensamiento sobre el objeto que nos ocupa.

Si no me engaño, es preciso comenzar por distinguir dos cosas; lo que existe siempre sin haber nacido, y lo que nace siempre sin existir nunca. Lo primero es comprendido por el pensamiento acompañado del razonamiento (1), porque subsiste lo mismo; lo segundo es conjeturado por la opinión (2) acompañada de la sensación irracional, porque nace y perece sin existir jamás verdaderamente. Todo lo que nace, proviene necesariamente de

(1) En la doctrina platónica el pensamiento ó razón pura no se eleva hasta las ideas, sino con el auxilio del razonamiento.

(2) El texto griego dice: δόξη, dictámen, opinión, conjetura, parecer; δόξαστόν, que se puede alcanzar mediante la conjetura; que no consiste más que en una opinión.

una causa, porque sin causa nada puede nacer. Cuando un obrero, con la vista fija en lo que no cambia, trabaja conforme á este modelo y se esfuerza en reproducir la idea y la virtud del mismo, hace necesariamente una obra bella; y por el contrario, si sólo se fija en aquello que pasa, y trabaja conforme á un modelo perecible, no hace nada que sea bello.

En cuanto al universo, que llamamos cielo ó mundo ó con cualquiera otro nombre, lo primero que debemos averiguar es aquello, por lo que, segun hemos dicho, debe comenzarse en todos los casos, á saber: si ha existido siempre, no habiendo tenido principio; ó si, habiendo tenido principio, no ha existido siempre. El mundo ha tenido principio. En efecto, el mundo es visible, tangible, corporal; todo lo que tiene estas cualidades es sensible; y todo lo que es sensible y está sometido á la opinion acompañada de la sensacion, ya lo sabemos, nace y es engendrado. Además decimos, que todo lo que nace procede de una causa necesariamente. ¿Cuál es en este caso el autor y el padre de este universo? Es difícil encontrarle; y, cuando se le ha encontrado, es imposible hacerle conocer á la multitud.

En segundo lugar, es preciso examinar conforme á qué modelo el arquitecto del universo lo ha construido; si ha sido segun un modelo inmutable y siempre el mismo, ó si ha sido segun un modelo que ha comenzado á existir. Si el mundo es bello y si su autor es excelente, es claro que tuvo fijos sus ojos en el modelo eterno; si, por el contrario, no lo son, lo que no es permitido decir, entónces se ha servido de un modelo perecible. Pero es evidente que el imitado ha sido el modelo eterno. En efecto, el mundo es la más bella de todas las cosas creadas; su autor la mejor de las causas. El universo engendrado de esta manera ha sido formado segun el modelo de la razon, de la sabiduría y de la esencia inmutable, de donde se desprende, como consecuencia necesaria, que el universo es una copia.

Importa extraordinariamente principiar en todas las cosas por el comienzo natural. Por esta razon debe distinguirse desde luego entre la copia y el modelo, teniendo en cuenta que las palabras tienen una especie de parentesco con las cosas que expresan. Los discursos, que se refieren á objetos estables, inmutables, inteligibles, deben ser ellos tambien estables, inquebrantables, invencibles, si puede ser, ante todos los esfuerzos de la refutacion, y esto de una manera absoluta. En cuanto á los discursos que se refieren á lo que ha sido copiado de estos objetos, como no son más que una copia, basta que sean probables (1) mediante la analogía con el objeto. En efecto, lo que la existencia es á la generacion, es la verdad á la creencia (2). Por lo tanto, Sócrates, despues de tantos como han hablado de los dioses y del origen de las cosas, si no puedo llegar á darte una explicacion exacta de todo punto y exenta de toda contradiccion, no lo extrañes; y ántes bien, si adviertes que mi explicacion no cede á ninguna otra en el terreno de la probabilidad, date con eso por satisfecho, y acuérdate de que yo, que hablo, y vosotros, que me juzgais, todos somos hombres; y que en asuntos de esta naturaleza debemos aceptar una explicacion probable, sin aspirar á profundizar más.

SÓCRATES.

Perfectamente, Timeo, es indispensable atenerse á lo que dices. Estamos encantados con el preludio; acaba ahora tu canto sin interrumpirlo.

TIMEO.

Veamos por qué causa ó motivo el Ordenador de todo este universo le ha formado. Era bueno, y el que es bueno no puede experimentar ningun género de envidia.

(1) El texto dice: εἰκότως y εἰκότως. Entre estos términos hay una relacion de expresion, que no puede aparecer en la traduccion.

(2) La πίστις es uno de los grados de la opinion, que comprende tambien la εἰκασία. Aquí se toma la parte por el todo.

Extraño á este sentimiento, quiso que todas las cosas, en cuanto fuese posible, fueran semejantes á él mismo. Cualquiera que, instruido por hombres sabios, admitiera que ésta es la principal razon de la formacion del mundo, admitiria indudablemente la verdad.

Dios queria, pues, que todo fuese bueno y náda malo, en cuanto de él dependiese; y por esto, habiendo tomado todas las cosas visibles, que léjos de estar en reposo se agitaban en un movimiento sin regla ni medida, las hizo pasar del desórden al órden, estado que le pareció preferible. Un sér bueno no podia ni puede hacer nada que no sea excelente. A la luz de la razon encontró que de todas las cosas visibles no podia absolutamente sacar ninguna obra, que fuese más bella que un sér inteligente, y que en ningun sér podria encontrarse la inteligencia sin tener un alma. En consecuencia puso la inteligencia en el alma, el alma en el cuerpo; y ordenó el universo de manera que resultara una obra de naturaleza excelente y perfectamente bella. De suerte que la probabilidad nos obliga á decir que este mundo es verdaderamente un sér animado é inteligente, producido por la providencia divina.

Sentado esto, el órden de las ideas nos conduce á la averiguacion de cual es el sér, á cuya semejanza Dios ha formado el mundo. No creeremos que haya sido á semejanza deninguna de las especies particulares que existen. Nada de lo que se parece á lo imperfecto, puede ser bello. El sér que comprende como partes todos los animales tomados individualmente ó por géneros; hé aquí, diremos, el modelo del universo. Este modelo, en efecto, encierra en sí todos los animales inteligibles, como el mundo abraza á nosotros mismos y á todos los séres visibles. Porque Dios, queriendo hacerle lo más semejante posible á lo más bello y á lo más perfecto entre las cosas inteligibles, ha hecho un solo animal visible, el cual en-

vuelve á la vez todos los animales particulares, unidos por lazos de parentesco.

¿Hemos tenido razon al no hablar sino de un solo cielo, ó acaso seria más razonable, que contáramos muchos y, si se quiere, hasta un número infinito? Si está formado segun al modelo, no hay más cielo que uno. Lo que contiene en sí todos los animales inteligibles, no consiente un segundo sér semejante; porque en tal caso seria preciso admitir un tercer animal, que encerrase los otros dos como partes, y entónces el mundo seria la copia, no de estos dos, sino de esta que los comprende. Por lo tanto, para que este mundo fuese semejante por su unidad al anima perfecto, el autor de los mundos no ha formado dos ni un número infinito de ellos; y así no hay más que un solo cielo creado, y no habrá nunca otro.

Lo que ha comenzado á ser es necesariamente corporal, visible y tangible. Pero nada puede ser visible sin fuego, ni tangible sin solidez, ni sólido sin tierra. Dios, al comenzar á formar el cuerpo del universo, le hizo primero de fuego y tierra. Pero es imposible combinar bien dos cosas sin una tercera, porque es preciso que entre ellas haya un lazo que las una. No hay mejor lazo que aquel que forma de él mismo y de las cosas que une un solo y mismo todo. Ahora bien; tal es la naturaleza de la proporcion que ella realiza perfectamente esto. Porque cuando de tres números, de tres masas ó de tres fuerzas cualesquiera, el medio es al último lo que el primero es al medio, y al primero lo que el último es al medio; y si el medio se hace el primero y el último, y el primero y el último se hacen medios, todo subsiste necesariamente tal como estaba, y como las partes están entre sí en relaciones semejantes, no forman más que uno como ántes. Por consiguiente, si el cuerpo del universo hubiera debido ser una simple superficie, y no tener profundidad, un solo medio término hubiera bastado para unir sus dos extremidades, uniéndose

á ellas él mismo. Pero en el actual estado de las cosas, como convenia que el cuerpo del mundo fuese un sólido, y para unir los sólidos, es preciso, no uno, sino dos medios términos (1), Dios puso el agua y el aire entre el fuego y la tierra; y habiendo establecido, en cuanto era posible, entre estas cosas una exacta proporcion, de tal manera que el aire fuese al agua lo que el fuego es al aire, y el agua á la tierra lo que el aire es al agua, construyó y encadenó, por medio de estas relaciones, el cielo visible y tangible.

Hé aquí como de estos cuatro elementos ha sido formado el cuerpo del mundo. Lleno de armonía y de proporcion, sostiene por naturaleza esta amistad, mediante la cual está tan íntimamente unido consigo mismo, que ningun poder le puede disolver, como no sea aquel que ha encadenado sus partes.

Para componer el mundo ha sido precisa la totalidad de cada uno de los cuatro elementos. Porque con todo el fuego, con toda el agua, con todo el aire, con toda la tierra, le ha formado el Supremo Ordenador; no ha dejado, fuera del universo, ninguna parte, ningun poder, para que el animal entero fuese lo más perfecto posible, como compuesto de partes perfectas; y tambien para que fuese único, no quedando nada de donde pudiese nacer algun otro sér semejante; y por último, para que no estuviese sometido á la vejez y á las enfermedades. Dios sabe, en efecto, que los principios que unen los cuerpos,

(1) El sentido de esta proposicion, dice Th. H. Martin, nota XX, es evidentemente, que para establecer una proporcion geométrica con superficies, dadas las dos superficies extremas, bastaria con una tercera superficie média proporcional entre las otras dos; pero que, por el contrario, para establecer una proporcion geométrica con sólidos, dados los dos sólidos extremos, es preciso emplear dos medios términos. porque no puede darse un medio proporcional. Para mayor ilustracion, véase el resto de la nota y la de Cousin, p. 330 y siguientes.

lo caliente y lo frío y todos los agentes de gran energía, si llegan á rodearles exteriormente y á unirse á ellos fuera de tiempo, ocasionan inmediatamente las enfermedades y la decrepitud, y los hacen perecer.

Hé aquí porqué y por qué razones Dios formó con muchos todos un todo único perfecto, no sujeto á la vejez ni á las enfermedades.

En cuanto á la forma, le dió la más conveniente y apropiada á su naturaleza; porque la forma más conveniente á un animal, que debia encerrar en sí todos los animales, sólo podia ser la que abrazase todas las formas. Así, pues, dió al mundo la forma de esfera, y puso por todas partes los extremos á igual distancia del centro, prefiriendo así la más perfecta de las figuras y la más semejante á ella misma; porque pensaba que lo semejante es infinitamente más bello que lo desemejante. Y alisó con cuidado la superficie de este globo por varios motivos. El mundo no tenia, en efecto, necesidad de ojos, puesto que nada queda que ver en el exterior; ni de oídos, porque nada queda fuera que escuchar. Sin aire exterior, ¿qué necesidad tenia de respirar? Tampoco tenia necesidad de ningun órgano, ni para recibir los alimentos, ni para arrojar el residuo de la digestion, porque ¿cómo podia entrar ni salir en él cosa alguna, cuando nada tiene que admitir ni desechar? El mundo encuentra su nutrimento en sí mismo, en sus propias pérdidas, y todas sus maneras de ser, activas y pasivas, nacen de él y en él. El autor de las cosas ha creído, que el mundo seria más perfecto, bastándose á sí mismo, que no necesitando el auxilio de otro. ¿Para qué dar manos á quien nada tiene que coger ni desechar? Dios no se las dió, como no le dió piés, ni nada de lo necesario para andar. Le aplicó un movimiento apropiado á la forma de su cuerpo, aquel de los siete que más relacion tiene con la inteligencia y el pensamiento. Quiso, por consiguiente, que el mundo

girase sobre sí mismo en torno de un mismo punto, y con un movimiento uniforme y circular. Le negó los demás movimientos, privándole así de medios para andar errante de un punto para otro (1). Y como para realizar esta especie de evolucion no hacen falta piés, le creó sin piés y sin piernas.

Fundado en estas razones el dios, que existe eternamente, meditando en el dios que existiria un dia, le dió un cuerpo liso, uniforme, con extremos igualmente distantes del centro, completo, perfecto y compuesto de cuerpos perfectos.

Ahora bien; en medio de este cuerpo universal puso un alma, la extendió por todas las partes de aquel, y hasta le envolvió con ella exteriormente. De este modo formó un cielo esférico que se mueve circularmente, único y solitario, que tiene la virtud de unirse consigo mismo y de bastarse á sí propio, sin tener necesidad de nada que le sea extraño; y que se conoce y se ama en la medida conveniente. De este modo produjo un dios completamente dichoso.

Pero esta alma, de que acabamos de hablar, no fué la última que Dios formó. No hubiera permitido, al unir el alma al cuerpo, que el más viejo recibiese la ley del más jóven. No es extraño que nosotros, que tanto dependemos del azar, hablemos en ocasiones á la aventura; pero Dios hizo el alma anterior y superior al cuerpo en edad y en virtud, porque debia mandar como jefe y el cuerpo obedecer como esclavo; y hé aquí cómo y de qué principios la compuso.

De la esencia indivisible y siempre la misma (2) y de

(1) Los demás movimientos, que con el de rotacion componen el número de siete, indicado más más arriba, son los movimientos hácia la derecha, la izquierda, arriba y abajo, adelante y atrás.

(2) Esta esencia indivisible y siempre la misma, segun conjetura Martin, es nada ménos que el mismo intelecto divino.

la esencia divisible y corporal (1) Dios formó, combinándolas, una tercera especie de esencia intermedia (2), la cual participa á la vez de la naturaleza de lo mismo (3) y de la de lo otro (4), y se encuentra así colocada á igual distancia de la esencia indivisible y de la esencia corporal y divisible. Tomando en seguida estos tres principios, formó una sola especie, uniendo á viva fuerza la naturaleza rebelde de lo otro con la de lo mismo. Despues de lo cual y de haber mezclado lo indivisible y lo divisible con la esencia (5), y compuesto con estas tres cosas un solo todo, dividió por último este todo en tantas partes como convenia, cada una de las cuales contenia á la vez de lo mismo, de lo otro y de la esencia (6). Ahora ved cómo hizo esta division.

(1) Esta esencia divisible y corporal, segun otra conjetura del mismo autor, no es la materia misma, sino una imágen de la materia de las ideas, porque hay materia hasta en las ideas, y seria, por decirlo asi, el alma motriz del caos.

(2) No se debe confundir esta tercera esencia con el alma misma, como hace Proclo, á quien sin razon justifica M. J. Simon en su *Estudio sobre el comentario del Timeo*.

(3) *Lo mismo*, es decir, la idea de la identidad absoluta ó la identidad ideal.

(4) *Lo otro*, es decir, la idea de la diversidad absoluta ó la diversidad ideal.

(5) *La esencia*, es decir, la tercera esencia, la que es intermedia.

(6) M. Martin, en la nota precitada, resume en estos términos la interpretacion que él da á esta oscura teoria de la formacion del alma del mundo.

En el sistema de Platon todas las cosas se componen de materia y de forma, y así las ideas mismas se componen de la *dualidad* (δύαδ, dyas) y de la *unidad*. Todas las cosas producidas, y por consiguiente el alma, tal como Dios las ha hecho, se componen de materia primera y de esencia. La materia primera, segun Platon, estando completamente indeterminada, no es más incorporeal que corporal. Toda esencia es la imágen de las ideas. En las esencias corporales, la diversidad domina tanto cuanto es posible. De

Del todo separó primero una parte; despues una segunda parte, doble de la primera; una tercera, equivalente á vez y media la segunda y tres veces la primera; una cuarta, doble de la segunda; una quinta, triple de la tercera; una sexta, octuplo de la primera; una sétima, equivalente veintisiete veces la primera. Despues de esto llenó los intervalos dobles y triples, quitando del mismo todo partes nuevas y colocándolas en estos intervalos, de manera que hubiese en cada uno dos términos medios, el primero de los cuales es superior á uno de sus extremos é inferior al otro en una misma parte de cada uno de ellos, y el segundo excede á uno de sus extremos y es inferior al otro en un número igual. Pero como de la interposicion de estos términos medios en los precedentes intervalos, resultaron intervalos nuevos, de tal modo que cada número valió el precedente multiplicado por uno más una mitad, ó por uno más un tercio, ó por uno más un octavo; llenó me-

las dos esencias incorporeales, con que Dios ha formado el alma del mundo, la una, la esencia individual, imágen sobre todo de la forma de las ideas y en la cual domina la identidad, no es otra cosa que el intelecto eterno é inmutable que existe en Dios mismo; la otra, esencia divisible, imágen de la materia de las ideas más que de su forma y en la que el principio de diversidad tiene más parte, no es otra cosa que el poder sensitivo y motriz derramado en la materia segunda de los cuerpos; es un alma móvil y mudable, que nace siempre y no es ó existe nunca, y que Dios ha sometido al orden forzándola á unirse con el intelecto. Pero como esta union era difícil de hacer, Dios al pronto sólo obró sobre una parte de esta esencia desordenada, y uniéndola á la esencia indivisible más estrechamente que hubiera podido hacerlo con la totalidad, formó de este modo una esencia intermedia. En fin, la esencia del alma del mundo, tal como Dios la ha compuesto, es á la vez una y triple, y resulta de la asociacion de la esencia divisible, de la esencia intermedia y de la esencia indivisible; y cada una de estas tres esencias explica la existencia de las tres facultades intelectuales que Platon distingue en las almas inmortales, á saber: la opinion, la ciencia, y el intelecto.

diante intervalos de uno más un octavo los intervalos de uno más un tercio, dejando de cada uno de estos una parte tal que el último inserto estuviese con el número siguiente en la relacion de doscientos cincuenta y seis á doscientos cuarenta y tres. Y de esta manera la mezcla primitiva, sucesivamente dividida en estas diversas partes, resultó empleada por entero (1).

Dios cortó esta composicion nueva en dos en el sentido de su longitud; cruzó estas dos partes, aplicando una

(1) Para las siete primeras partes del alma ó del todo que será el alma, es fácil encontrar los números que la representan, y sobre este punto están de acuerdo todos los comentadores. Son los números 1, 2, 3, 4, 8, 9, 27, que forman dos progresiones geométricas, que tienen por primer término comun la unidad, á saber: una progresion 1, 2, 4, 8, cuya razon es 2; y otra progresion 1, 3, 9, 27, cuya razon es 3. La mayor parte de los comentadores presentan estas dos progresiones en un triángulo, cuyo vértice es la unidad, el lado izquierdo la primer progresion, y el derecho la segunda. Puede verse esta colocacion en las notas de M. Cousin, que la copió de Macrobio. No hay para qué decir que lo mismo los comentadores antiguos que los modernos se han atormentado mucho para encontrar una explicacion matemática ó filosófica de este número 7, y de estas dos progresiones. Stalbaum ve sencillamente en los cuatro términos de cada progresion los cuatro grados que el sér debe recorrer para llegar á la plenitud y á la perfeccion de la existencia. ¿Pero por qué cuatro grados precisamente? En cuanto á los demás números, no es tan fácil encontrar la explicacion. La mayor parte de los comentadores, queriendo evitar los números fraccionarios, han seguido el consejo del falso Timeo de Locres, tomando, en lugar de la unidad, 384 por primer número. Puede verse la progresion de estos números enteros hasta el término 36 inclusive, en las notas de Cousin, p. 335. M. Martin ha partido de la unidad segun la marcha prescrita por el texto mismo del *Timeo*, y no ha temido más á las fracciones que á los números enteros.

El resumen de todo esto es que Dios forma el alma del mundo segun las leyes de la armonia musical, puesto que todos estos números son números músicos.

banda sobre el medio de la otra, formando una X (1); las arqueó, haciendo dos círculos; unió las dos extremidades de cada una entre sí y con las de la otra en el punto opuesto á su interseccion, y las imprimió un movimiento de rotacion uniforme y siempre sobre el mismo punto. Hizo de manera que uno de estos círculos fuese exterior y y el otro interior (2); y llamó al movimiento del círculo exterior movimiento de la naturaleza de lo mismo; y al del círculo interior movimiento de la naturaleza de lo otro (3). Dirigió el movimiento de la naturaleza de lo mismo siguiendo el lado de un paralelógramo, hácia la derecha; y el movimiento de la naturaleza de lo otro, siguiendo la diagonal, hácia la izquierda (4). Dió la supremacía al movimiento de lo mismo y de lo semejante, no dividiéndolo; por el contrario, dividió en seis partes el movimiento interior; y de esta manera formó siete círculos desiguales, de los cuales unos siguen la progresion de los dobles, otros la de los triples, de manera que cada progresion tenga tres intervalos (5). Dió á estos

(1) Téngase en cuenta que se trata de la letra griega

(2) Estos dos círculos, como observa Aristóteles, *Del alma*, I, 3, y Proclo en su *Comentario al Timco*, son el ecuador y la eclíptica.

(3) Si los movimientos de los dos círculos difieren tanto, es porque estos, á pesar de estar formados de los mismos principios, difieren esencialmente. Como se verá más adelante, el uno no está dividido y permanece el mismo; el otro está dividido y cayendo, por lo tanto, en lo múltiple, se hace otro.

(4) Hácia la derecha, es decir, de Oriente á Occidente; hácia la izquierda, es decir, de Occidente á Oriente. La derecha, aquí por lo ménos, es el Occidente y la izquierda el Oriente. Se encuentran determinaciones contrarias en las *Leyes*, pero Platon no daba á esto gran importancia, puesto que en realidad para un animal esférico no hay derecha ni izquierda.

(5) Segun observa M. Martin, nota XXVI, estas dos progresiones reunidas, que toman por unidad el primer círculo, comun á ambas, presentan la misma serie de números que hemos encontrado ya en la formacion del alma del mundo: 1, 2, 3, 4, 8, 9, 27.

círculos movimientos contrarios, y quiso que tres de ellos marchasen con una misma velocidad, y los otros cuatro con velocidades que fueran diferentes entre sí y diferentes de las de los otros tres, pero todos con medida y armonía (1).

Cuando el autor de las cosas hubo formado el alma del mundo á su gusto, arregló dentro de ella el cuerpo del universo, y los unió ligando el centro del uno con el del otro. El alma derramada así por todas las partes, desde el centro á las extremidades del cielo, hasta excederle y envolverle en todas direcciones, estableció, al girar sobre sí misma, el principio divino de una vida perpétua y sabia por todo el curso de los tiempos. Así nacieron el cuerpo visible del cielo y el alma invisible, la cual participa de la razon y de la armonía de los séres inteligibles y eternos, y es la más perfecta de las cosas que el Sér perfecto ha formado. Compuesta de la combinacion de los tres principios, la naturaleza de lo mismo, de la de lo otro y de la esencia (intermedia); dividida y unida en sus partes con proporcion; girando siempre sobre sí misma, sea que el alma encuentre algún objeto, cuya esencia es divisible, ó cualquiera otro, cuya esencia es indivisible, ella declara por el movimiento de todo su sér á que se parece cada cosa y en que se diferencia, por qué, dónde, cuándo y de qué manera sucede que esta cosa existe ó sostiene algunas relaciones con las cosas particulares sujetas á la generacion y con las que son siempre las mismas. La razon, que no es capaz de conocer la verdad sino por su relacion con lo que es lo mismo, puede tener por objeto lo mismo y lo otro; y cuando en los movimientos á que se entrega sin voz y sin eco, entra en relacion con lo que es sensible, y el círculo de lo otro, en su marcha regular,

(1) Estos siete círculos son los de los planetas. Los tres primeros son los del Sol, de Venus y de Mercurio; los otros cuatro, los de la Luna, Marte, Júpiter y Saturno.

lleva al alma entera nuevas de su mundo, entónces se producen opiniones y creencias sólidas y verdaderas. Y cuando se liga á lo que es racional, y el círculo de lo mismo, girando oportunamente, lo descubre al alma, hay necesariamente conocimiento y ciencia perfectos. ¿Dónde se produce este doble conocimiento? Si alguno pretende que es en otra parte que en el alma, no puede estar más distante de la verdad.

Cuando el padre y autor del mundo vió moverse y animarse esta imágen de los dioses eternos (1), que él habia producido, se gozó en su obra, y lleno de satisfaccion, quiso hacerla más semejante aún á su modelo. Y como este modelo era un animal eterno, se esforzó para dar al universo, en cuanto fuera posible, el mismo género de perfeccion. Pero esta naturaleza eterna del animal inteligible no habia medio de adaptarla á lo que es engendrado. Así es que Dios resolvió crear una imágen móvil de la eternidad, y por la disposicion que puso en todas las partes del universo, hizo á semejanza de la eternidad, que descansa en la unidad, esta imágen eterna, pero divisible, que llamamos el tiempo. Los dias y las noches, los meses y los años no existian ántes, y Dios los hizo aparecer, introduciendo el órden en el cielo. Estas son partes del tiempo, y como el tiempo huye, el futuro y el pasado son formas que en nuestra ignorancia aplicamos muy indebidamente al Sér eterno. Nosotros decimos de él: ha sido, es, será; cuando sólo puede decirse en verdad: él es. Las expresiones, ha sido, será, sólo convienen á la generacion, que pasa y se sucede en el tiempo. Tales expresiones representan movimientos, y el Sér eterno inmutable, inmóvil, no puede ser más viejo ni más jóven; no existe, ni ha existido, ni existirá en el tiempo; en una palabra, no está sujeto á ninguno de los accidentes que

(1) Es decir, de las ideas.

la generacion pone en las cosas que se mueven y están sometidas á los sentidos; éstas son formas del tiempo que imita la eternidad, realizando sus revoluciones medidas por el número. Las demás locuciones : lo pasado *es* lo pasado, lo presente *es* lo presente, lo futuro *es* lo futuro, el no-ser *es* el no-ser, no tienen tampoco exactitud alguna (1). Pero no son ni este lugar ni este momento oportunos para entrar en más detalles sobre este punto.

El tiempo fué, pues, producido con el cielo, á fin de que, nacidos juntos, perezcan juntos, si es que deben algun dia perecer; y fué hecho segun el modelo de la naturaleza eterna, para que se pareciese á ésta todo lo posible. Porque el modelo *está siendo* de toda eternidad, y el tiempo *es* desde el principio hasta el fin, *habiendo sido, siendo y debiendo ser*. Con este designio y con este pensamiento, Dios, para producir el tiempo, hizo nacer el Sol, la Luna y los otros cinco astros, que llamamos planetas, y que están destinados á marcar y mantener la medida del tiempo. Despues de haber formado sus cuerpos, colocó hasta el número de siete en las siete órbitas que describe el círculo de la naturaleza de lo otro: la Luna en la órbita más cerca á la tierra, el Sol en la segunda, y en seguida Venus y el astro consagrado á Mercurio, que recorren sus órbitas con tanta rapidez como el Sol, pero en sentido contrario (2). De donde resulta, que el Sol, Mercurio y Venus se alcanzan, y son alternativamente alcanzados los unos por los otros en sus evoluciones. Con respecto á los otros astros, si quisiéramos exponer dónde y por qué los ha colocado Dios, seria una digresion, que nos ocuparia más que el punto principal; volveremos en otra ocasion, cuando haya espacio, á hablar de este punto, y lo trataremos entónces con la extension que merece.

(1) Porque estas cosas *devienen* siempre, sin *ser* nunca.

(2) Pasaje difícil de interpretar sin corregir los manuscritos. Véase la nota XXXII de M. Martin. T. II, p. 69 y 70.

Luego que estos astros, necesarios todos á la existencia del tiempo, emprendieron cada uno el curso conveniente; cuando estos cuerpos, unidos por los lazos del alma, se hicieron animales, y aprendieron la tarea que les fué impuesta, recorrieron, siguiendo el movimiento de lo otro, oblicuo con relacion al movimiento de lo mismo y dominado por él, los unos órbitas más grandes, los otros órbitas más pequeñas; y el movimiento de aquellos, cuya órbita era más pequeña, fué más rápido; y ménos rápido, el de los de órbita más grande. Y en el movimiento de lo mismo pareció que los astros más rápidos eran alcanzados por los más lentos. En efecto, como este movimiento hace girar todos los círculos en espiral, y como estos círculos se mueven al mismo tiempo en dos direcciones contrarias, resulta, que los que se alejan más lentamente de este movimiento, el más rápido de todos, parece que le siguen de más cerca. Ahora bien, para que hubiese una medida evidente de la lentitud y de la velocidad relativas de los astros, y para que sus ocho revoluciones pudiesen realizarse regularmente, Dios encendió en el segundo círculo, por cima de la tierra, esa luz que llamamos Sol; iluminó de esta manera con un vivo resplandor toda la extension del cielo, é hizo participar de la ciencia del número á todos los séres vivos, á quienes convenia, los cuales la aprendieron por el estudio de lo mismo y de lo semejante. Así nacieron el dia y la noche, la revolucion uniforme y regular del movimiento circular (1); el mes, cuando la Luna despues de haber recorrido su órbita, se encuentra con el Sol; y el año, cuando el Sol mismo ha recorrido el círculo en que se mueve. Respecto á los demás planetas, como los hombres no han procurado estudiar sus revolu-

(1) Por la revolucion del movimiento circular único y el más perfecto debe entenderse la revolucion diurna del mundo entero sobre su eje, de donde resulta la revolucion diurna de todos los cuerpos celestes alrededor de la tierra.

ciones, excepto las de un pequeño número, no les han dado nombres, ni saben determinar sus relaciones por números; si bien, á decir verdad, no saben que el tiempo es medido tambien por estos movimientos infinitos en número y de una admirable variedad. Tambien es posible concebir que la unidad perfecta del tiempo, el año perfecto (1), se realiza, cuando las ocho revoluciones de velocidades diferentes han vuelto á su punto de partida, despues de una duracion, medida por el círculo de lo mismo y de lo semejante. Ved cómo y por qué han sido producidos aquellos astros que, en su marcha al través del cielo, debieron volver periódicamente sobre sí mismos (2), á fin de que el universo se pareciese todo lo más posible al animal perfecto é inteligible, mediante esta imitacion de su naturaleza eterna.

El mundo entero, ántes de la generacion del tiempo, fué copiado exactamente del modelo de que debia ser fiel imágen; pero como no abrazaba todos los animales, pues que aún no habian nacido, le faltaba este último rasgo de semejanza. Dios reparó este defecto, y acabó su obra conforme al ejemplar que tenia á la vista. Creyó que todas las especies, que el espíritu concibe en el animal realmente existente, debian existir en el mismo número y las mismas en el universo. Y bien, estas son cuatro; primero, la raza celeste de los dioses; en seguida, la raza alada, que vive en los aires; en tercer lugar, la que vive en las aguas; y en fin, la que marcha en la tierra en que habita.

(1) M. Martin explica, nota XXXIV, que asi como hay un año solar, hay un año lunar, un año de Mercurio etc., que estos años ó medidas de tiempo, no son conocidos por los hombres, porque no las observan; que, en fin, el año perfecto está caracterizado por la vuelta de todos los planetas á su punto de partida, y que esta vuelta tiene lugar, cuando todos acaban sus revoluciones, comenzadas al mismo tiempo.

(2) Es decir, los planetas.

La especie divina la compuso Dios casi enteramente de fuego, para que apareciese muy brillante y muy bella; la hizo perfectamente redonda, para que remedase al universo; le dió el conocimiento del bien, para que marchase de acuerdo con el mundo; y la distribuyó por toda la extension del cielo, para derramar por todas partes la variedad y la hermosura. Cada uno de estos dioses recibió dos movimientos; en virtud del uno, se mueven sobre sí mismos con uniformidad y sin mudar de lugar (1), porque perseveran en la contemplacion de lo que no pasa; en virtud del otro, marchan hácia adelante (2), porque son dominados por la revolucion de lo mismo y de lo semejante. Pero les quitó los otros cinco movimientos (3), á fin de que cada uno de ellos tuviese toda la perfeccion posible. Por este motivo formó Dios los astros, que no son errantes (4), animales divinos, eternos, y que, situados siempre en el mismo punto, giran sin cesar sobre sí mismos. Respecto de los otros, que son errantes y que van y vuelven de aquí para allá, ya hemos explicado su origen. En cuanto á la Tierra, nuestra nodriza, que gira alrededor del eje que atraviesa todo el universo, Dios la hizo la productora y la guardiana del dia y de la noche, así como tambien la primera y la más antigua de las divinidades nacidas en el interior del cielo (5). Pero los coros de danzas formados por estos

(1) El movimiento de rotacion.

(2) El movimiento de traslacion describiendo un círculo.

(3) Es decir, que las estrellas fijas no caminan ni á la izquierda, ni á la derecha, ni hácia arriba, ni hácia bajo, ni hácia atrás.

(4) Es decir, las estrellas fijas.

(5) No se crea con Aristóteles y otros, que Platon atribuye á la Tierra un movimiento de rotacion en el centro del mundo. Esto seria absolutamente contrario á todo el sistema astronómico de Platon. M. Martin explica perfectamente este pasaje controvertido en las líneas siguientes de la nota XXXVII.

dioses, los círculos que describen, cómo retroceden ó avanzan, se aproximan ó se alejan los unos de los otros; en qué épocas estos se ocultan detrás de aquellos para reaparecer en seguida; las alarmas y los presagios que inspira este espectáculo á los que están versados en estos cálculos: todo esto seria una empresa vana, si se quisiera explicar sin tener á la vista una imágen (1). Lo que precede debe bastar, y no entraremos en más detalles sobre los dioses visibles y engendrados.

En cuanto á las otras divinidades, no nos creemos capaces de explicar su origen. Lo mejor es referirse á los que en otro tiempo han hablado de ellos, y que, nacidos de estos dioses, segun ellos mismos dicen, deben conocer á sus antepasados. ¿Y qué medio hay para no creer á los hijos de los dioses, áun cuando sus razones no sean probables ni sólidas? Lo que refieren es la historia de sus familias, y es preciso aceptarlo con confianza segun es costumbre (2). Hé aquí, segun dicen, y no debemos ponerlo en duda, la genealogía de estos dioses. De la Tierra y del Cielo nacieron el Océano y Tetis; de estos, Forcis, Saturno, Rea y otros muchos; de Saturno y Rea, Júpiter y Juno, y todos los hermanos que se les atribuye, lo mismo que toda su posteridad.

Este miembro de la frase significa, que la Tierra se une fuertemente alrededor del eje que atraviesa el universo, y es por lo tanto la creadora del día y de la noche por su resistencia al movimiento, al mismo tiempo que por su inmovilidad es la guardiana. Es en este sentido evidentemente en el que el *falso Timeo de Locres* la llama el *límite*, ὄρος, de los días y de las noches. Plutarco, interpretando á Platon, la compara á la aguja del cuadrante solar: su reposo, dice, es el que hace que los astros nazcan y se pongan. El participio presente εἰλλομένην expresa perfectamente el esfuerzo continuo de que resulta esta inmovilidad.

Véase tambien la nota interesante de M. Cousin, p. 339 á 341.

(1) Es decir, una carta astronómica.

(2) Todo este pasaje es evidentemente irónico.

Cuando todos estos dioses vinieron á la vida, lo mismo los que realizan manifestamente sus evoluciones, que los que sólo hacen su aparicion cuando quieren, el Autor del universo les habló de esta manera :

«Dioses, hijos de los dioses (1), vosotros, de quienes
 »soy yo autor y padre, vosotros sois indisolubles, por-
 »que yo lo quiero. Todo lo que es compuesto puede ser
 »disuelto; pero sólo un mal intencionado puede querer
 »disolver lo que es bello y bien proporcionado. Vosotros,
 »por lo mismo que habeis nacido, no sois inmortales,
 »ni naturalmente indisolubles, y sin embargo no se-
 »reis disueltos, ni sufrireis la muerte, porque mi vo-
 »luntad es para vosotros un lazo más poderoso y más
 »fuerte, que el que os encadenó en el instante de vues-
 »tro nacimiento. Ahora escuchadme y sabed lo que es-
 »pero de vosotros. Tres razas mortales quedan aún por
 »nacer. Si no existiesen, el mundo seria imperfecto,
 »porque no encerraria todas las especies de animales,
 »y sin esto no puede darse la perfeccion. Ahora bien,
 »si recibiesen de mí la existencia y la vida, serian se-
 »mejantes á los dioses. Para que sean inmortales, y que
 »este universo sea naturalmente el universo, aplicaos,
 »segun vuestra naturaleza, á formar estos animales, imi-
 »tando el poder á que debeis vosotros la existencia. Con
 »respecto á los animales, que habrán de alcanzar el nom-
 »bre de inmortales, poseer una parte divina y servir de
 »guías á los demás animales que quieran ser justos, si-

(1) M. Cousin traduce sin detenerse : dioses nacidos de un dios. Esta interpretacion es muy filosófica, pero absolutamente incompatible con el texto griego. El Dios supremo no se dirige sólo á los astros nacidos de él, sino á estos dioses mitológicos, que Platon finge reconocer y que tienen otros dioses per padres. Por esto, sin duda, dice : dioses, hijos de los dioses. Esta explicacion de M. Martin es infinitamente más probable que las extravagantes conjeturas de Proclo y de los alejandrinos en general.

»guiendo vuestros pasos, yo os daré la semilla y el principio para su formación. Despues vosotros ligareis una parte mortal á la inmortal, formareis de esto los animales, los hareis crecer, suministrándoles alimentos; y cuando mueran, los recibireis en vuestro seno.»

Así dijo; y en la misma copa, donde habia compuesto el alma del mundo con la primera mezcla, puso lo que quedaba de los mismos elementos y los mezcló de una manera análoga. Sólo que, léjos de ser tan puros como ántes, lo eran dos y tres veces ménos. Despues de haberlos fundido en un todo, dividió éste en tantas almas, como astros hay; dió una á cada uno de ellos, y haciendo que estas almas ascendieran como si fueran en un carro, les mostró la naturaleza del universo, y les reveló sus eternos decretos, que son los siguientes. El primer nacimiento seria el mismo primitivamente para todos á fin de que ninguno pudiese quejarse de Dios. Las almas, colocadas en aquel órgano del tiempo que más conviene á su naturaleza (1), producirian necesariamente el más religioso de los séres animados; y siendo la naturaleza humana doble, el sexo, que más tarde se llamará viril, será la parte más noble de aquella. Cuando por una ley fatal las almas estén unidas á cuerpos, y que estos cuerpos reciban y pierdan sin cesar nuevas partes, estas impresiones violentas producirán, en primer lugar, la sensacion comun á todos; en segundo lugar, el amor mezclado con placer y con pena; y despues, el temor, la cólera, y todas las pasiones que nacen de éstas ó son sus contrarias; que los que lleguen á dominarlas, vivirán en la justicia, asi como en la injusticia los que se dejen dominar por ellas; que el que haga buen uso del tiempo, que se le haya concedido para vivir, volverá al astro que le sea propio, permane-

(1) Los astros, creados, como se ha dicho, para marcar y medir el tiempo.

cerá allí y pasará una vida feliz; que el que delinquiese, será trasformado en mujer en un segundo nacimiento, y si aún así no cesa de ser malo, será convertido en un nuevo nacimiento y segun la naturaleza de sus vicios, en el animal, á cuyas costumbres se haya asemejado más; y en fin, que ni sus metamorfosis ni sus tormentos concluirán en tanto que, dejándose gobernar por la revolucion de lo mismo y de lo semejante y domando mediante la razon esta masa irracional, esta oleada tumultuosa de las partes del fuego, agua, aire y tierra, añadidas más tarde á su naturaleza, no se haga digno de recobrar su primera y excelente condicion.

Promulgadas estas leyes, y con el objeto de no responder, para lo sucesivo, de la maldad de estas almas, Dios las sembró, estas en la Tierra, aquellas en la Luna, y otras en los demás órganos del tiempo. Hecha esta distribucion, Dios dejó á los dioses jóvenes el cuidado de formar cuerpos mortales, añadir al alma humana lo que aún le faltaba, proveer á todas sus necesidades y, en fin, guiar y conducir este animal mortal lo mejor y lo más sábiamente posible, á ménos que no se haga él mismo causa de sus propias desgracias.

Establecido este órden, el Autor de las cosas entró de nuevo en su reposo acostumbrado. Mientras descansaba, sus hijos, conformándose con el plan de su padre, tomaron el principio inmortal del animal mortal; y á imitacion del artífice de su sér, tomando del mundo partes de fuego, tierra, agua y aire, que en su dia habrian de volver á él, las pusieron juntas, uniéndolas, no por lazos indisolubles como los que ligaban á ellos, sino mediante mil clavijas invisibles á causa de su pequeñez. Habiendo compuesto así con estos diversos elementos cuerpos particulares, colocaron los círculos del alma inmortal en estos cuerpos, que sin cesar pierden partes y sin cesar las renuevan. Estos círculos, sumidos como en un rio, sin ser

vencedores ni vencidos, tan pronto arrastraban como se veían arrastrados por la corriente, de suerte que todo el animal se veía agitado sin orden, sin objeto, sin razón, llevado por los seis movimientos. Hecho presa de las aguas en todos rumbos, caminaba adelante, atrás, á la derecha á la izquierda, á lo alto, á lo bajo. La ola, que avanzando y retirándose, daba al cuerpo su nutrimento, estaba ya bastante agitada; ¡pero cuánto mayor fué la agitación producida por el impulso que recibió de fuera, cuando el cuerpo se vió afectado por un fuego exterior, por la dureza de la tierra, por las exhalaciones húmedas del agua, ó por la violencia de los vientos llevados por el aire, movimientos que pasan todos del cuerpo al alma, y que han sido y son hoy todavía llamados en general sensaciones! (1). Estas sensaciones excitaron entónces grandes y numerosas emociones, y viniendo á encontrarse con la corriente interior, agitaron con violencia los círculos del alma; detuvieron enteramente por su tendencia contraria el movimiento de lo mismo; le impidieron proseguir y terminar su carrera, é introdujeron el desórden en el movimiento de lo otro; de suerte, que los tres intervalos dobles y los tres intervalos triples, con los intervalos de uno más un medio, de uno más un tercero, y de uno más un octavo, que les sirven de lazos y de términos medios, no pudiendo ser completamente destruidos sin la intervencion del que los ha formado, fueron por lo ménos separados de su curso circular y extraviados en todos sentidos y siguiendo movimientos desordenados, en cuanto era posible. Permaneciendo aún un tanto unidas entre sí estas partes del alma, se movían bien, pero se movían sin razón; tan pronto opuestas, tan pronto oblíquas, tan pronto trastornadas, á la manera de un hombre, que puesta su cabeza en el suelo

(1) Platon quiere decir que *ἀσθησις* viene de *ἀσσειν* (*agitarse*). Esta oportuna observacion es de M. Martin, nota XLVI.

y los piés para arriba, mira á otro: en esta situacion recíproca del paciente y del espectador, cada cual se figura que la derecha del otro es la izquierda, y la izquierda la derecha. En medio de estos desórdenes y otros semejantes, cuando los círculos llegan á encontrar de la parte de fuera algun objeto de la especie de lo otro, dan á estos objetos los nombres de lo mismo y de lo otro en oposicion con la verdad; se hacen mentirosos y extravagantes, y no hay entre ellos ningun círculo que dirija y conduzca á los demás. Sucede á veces, que sensaciones, venidas de fuera, conmueven el alma y la invaden en toda su extension; y entónces, destinadas como están á obedecer, quieren al parecer mandar (1).

A causa de todas estas diversas impresiones, parece el alma, hoy como en los primeros tiempos, privada de inteligencia en el acto de ser encadenada á un cuerpo mortal. Pero cuando la corriente de alimento y de crecimiento disminuye, y los círculos del alma, entrando en reposo, siguen su via propia y se moderan con el tiempo, entónces arreglando sus movimientos á imitacion del de los círculos, que abraza toda la naturaleza, no se engañan ya sobre lo mismo y sobre lo otro, y hacen sabio al hombre, en quien se encuentran. Y si á esto se agrega una buena educacion, el hombre completo y perfectamente sano nada tiene que temer de la más grande de las enfermedades. El que, por el contrario, ha despreciado el cuidado de su alma y recorrido con paso vacilante el camino de la vida, vuelve á la estancia de Pluton, sin haberse perfeccionado y sin haber alcanzado ninguna ventaja sobre la tierra. Hé aquí lo que ocurre en la sucesion de los tiempos. Pero es preciso volver á nuestro objeto y tratarlo con más precision. Remontándonos más, trate-

(1) No es posible admitir aquí el sentido de M. Martin, que parece demasiado ingenioso para ser verdadero. Véase la nota XLVIII.

mos de describir, en cuanto al cuerpo, las partes de que se forma, y en cuanto al alma, las miras y los designios de la Providencia divina, sin separarnos jamás, ni de lo que ofrezca mayor probabilidad, ni del plan que nos hemos trazado.

Los dioses encerraron los dos círculos divinos del alma en un cuerpo esférico, que construyeron á imágen de la forma redonda del universo, que es á lo que nosotros llamamos cabeza, la parte más divina de nuestro cuerpo y la que manda á todas las demás. Así es que los dioses sometieron á ella el cuerpo entero, haciéndole su servidor, en concepto de que participaría ella de todos sus movimientos en diversos sentidos. Temiendo que si la cabeza rodaba sobre la tierra, que está erizada de eminencias y cortada en cavidades, la seria difícil salvar las unas y salir de las otras, le dieron el cuerpo para que la condujera como en un carro. Esta es la razón porque el cuerpo tiene longitud y está provisto de cuatro miembros extensos y flexibles, que los dioses fabricaron, á fin de que pudiese atraer y rechazar los objetos, marchar en todas direcciones, llevando en lo alto la estancia donde mora lo más divino y más sagrado que hay en nosotros. Hé aquí por qué tenemos piés y manos. Persuadidos de que las partes anteriores del cuerpo son más nobles que las posteriores y más dignas del mando, los dioses han establecido que ordinariamente marchemos hácia adelante. Era preciso, por lo tanto, que la parte anterior del cuerpo humano se distinguiese y se diferenciase de la otra. Por esta causa colocaron desde luego el semblante sobre esta parte del globo de la cabeza, y distribuyeron en seguida por el semblante los órganos de todas las facultades del alma; después de lo cual, decidieron que esta sección, naturalmente anterior, tendría una parte en la dirección del individuo.

Antes que ningun otro órgano, los dioses fabricaron y

colocaron los ojos, que nos procuran la luz (1). Ved cómo. De la parte de fuego, que no tiene la propiedad de quemar sino tan sólo la de producir esta luz dulce, de que se forma el día, compusieron un cuerpo particular. Los dioses hicieron que el fuego puro, igual en naturaleza al precedente, que está dentro de nosotros, corriera al través de los ojos en partes muy finas y delicadas; pero para conseguir esto, tuvieron cuidado de estrechar el centro del ojo, de manera que retuviese toda la parte grosera de este fuego, y sólo dejase pasar la parte más sutil. Cuando la luz del día encuentra la corriente del fuego visual (2) uniéndose íntimamente lo semejante á su semejante (3), se forma en la dirección de los ojos un cuerpo único, donde se confunden la luz, que sale de dentro, y la que viene de fuera. Este cuerpo luminoso, sujeto á las mismas afecciones en toda su extensión, á causa de la semejanza de sus partes, ya toque á cualquier objeto, ó sea tocado, transmite los movimientos, que recibe al través de todo nuestro cuerpo, hasta el alma, y nos hace experimentar la sensación que llamamos vista (4). Cuando so-

(1) Φωσφόρα ὄμματα, los ojos portadores de la luz. Platon dice más adelante que hay dentro de nosotros, es decir, dentro del globo del ojo un fuego interior, cuyas partes más sutiles corren al través del tejido de este órgano.

(2) M. Martin muestra que en este pasaje, como en otros muchos, la palabra ὄψις no designa ni el ojo, ni la vista, ni la vision, sino el *fuego interior*.

(3) Los filósofos antiguos explicaban el conocimiento de lo sensible y de lo otro: unos, por la acción de lo semejante sobre lo semejante, y otros, por la acción de lo contrario sobre lo contrario. Véase la exposición de esta doble teoría de los semejantes y de los contrarios en el tratado de Teofrasto, *Sobre la sensación*. Véase también en la obra de Saisset *De las teorías sobre el entendimiento humano en la antigüedad*, p. 31, 32, 61, 104, 105, 205, 206, etc.

(4) No es imposible dar razón de la manera cómo Platon ha llegado á concebir esta singular teoría de la vision. Antes de él, los pitagóricos explicaban la vision por un fuego interno, que

breviene la noche, el fuego exterior se retira, y el cuerpo luminoso desaparece; el fuego interno, no encontrando fuera más que cosas desemejantes, se altera y se extingue y no puede ya unirse al aire que le rodea, porque este aire no contiene ya fuego. El ojo entónces cesa de ver, y en cierta manera llama al sueño. Cuando los párpados, que los dioses han dado á la vista para su conservacion, llegan á cerrarse, retienen dentro el fuego interno; y éste, calmando y dulcificando las agitaciones interiores, nos procura el reposo por medio de este adormecimiento. Si es profundo este reposo, entónces nuestro sueño lo es tambien y lo turban poco los ensueños; por el contrario, si continúan las fuertes agitaciones, segun su naturaleza y segun la parte del cuerpo en que obran, así provocan diversas representaciones, relativas á lo de dentro ó á lo de fuera, y cuyo recuerdo se prolonga aún despues de haber despertado.

En cuanto á las imágenes, que aparecen en los espejos y en todas las superficies brillantes y pulimentadas, no es difícil (1) dar razon de este fenómeno. Cuando el fuego interior y el fuego exterior, á causa de la afinidad que hay entre ellos, se unen en una superficie pulimentada, y se mezclan el uno con el otro de mil maneras, resultan de aquí necesariamente imágenes fieles, puesto que el fuego

sale de los ojos y va á tocar á los objetos. Por otra parte, los atomistas lo explicaban por imágenes que se desprenden de los objetos y van á herir los ojos. Parece que Empedocles habia ya combinado estas dos teorías. (Véase la obra citada *De las teorías del entendimiento humano en la antigüedad*, p. 87, 92.) Platon las combinó de nuevo, mezclando las emanaciones luminosas del ojo y las emanaciones luminosas de los cuerpos, y explicando la sensacion visual por su encuentro. Es lo que se llamaba en la antigüedad *πλατωνική συναύγεια*.

(1) Es lícito á un lector moderno pensar de otra manera. Este pasaje oscuro por más de un concepto, está perfectamente comentado en la nota LII de M. Martin.

de la vista se une sobre la superficie lisa y brillante con el fuego de la imágen. Sin embargo, la derecha de los objetos parece la izquierda, porque las partes del fuego visual no se oponen á las del fuego exterior en el orden acostumbrado, sino inversamente. Por el contrario, la derecha parece la derecha, y la izquierda la izquierda, cuando la luz interior vuelve y se aplica sobre lo otro; pero esto sucede cuando estando la superficie pulimentada de los espejos doblada hácia adelante por ambos lados, la luz de la derecha es despedida hácia la izquierda del fuego visual, y recíprocamente. Cuando se vuelven los espejos de esta naturaleza en el sentido de lo ancho de la cara, la imágen, que allí se refleja, aparece al revés, porque la luz de la parte inferior del semblante es despedida hácia lo alto de la luz visual, y la de lo alto hácia lo bajo.

Estas no son más que causas secundarias, de que Dios se sirve para realizar, en cuanto es posible, la idea del bien. A los ojos de la mayor parte de los hombres, no son sólo secundarias sino principales, porque ellas calientan, enfrían, condensan, dilatan y producen muchos efectos análogos (1). Pero estas causas son incapaces de obrar nunca con razon é inteligencia. Entre todos los séres, la inteligencia sólo puede pertenecer al alma, y el alma es invisible, mientras que el fuego, el agua, el aire y la tierra son cuerpos esencialmente visibles. Y el deber del amigo de la inteligencia y de la ciencia consiste en indagar, en primer lugar, las causas racionales; y sólo en segundo lugar, las que mueven y son movidas por una especie de necesidad. Hé aquí los principios porque debemos goberarnos. Debemos exponer estas dos especies de causas, distinguiendo las que realizan con inteligencia lo bello y lo bueno, y las que, desprovistas de razon, se ejercitan siempre al azar y sin orden.

(1) Manifiesta alusion á los filósofos de Jonia.

Las causas secundarias, que concurren á las operaciones de la vista, han sido suficientemente expresadas. Cuál es la principal ventaja, que Dios se propuso procurarnos al concedernos la vista, es un punto que vamos á tratar. La maravillosa utilidad de la vista, á mi parecer, es, que jamás hubiéramos podido discurrir, como lo hacemos, acerca del cielo y del universo, si no hubiéramos estado en posicion de contemplar el Sol y los astros, La observacion del dia y de la noche, las revoluciones de los meses y de los años nos han suministrado el número, revelado el tiempo, é inspirado el deseo de conocer la naturaleza y el mundo. Así ha nacido la filosofía, el más precioso de los presentes que los dioses han hecho y pueden hacer á la raza mortal. Este es el gran beneficio de la vista, y yo lo proclamo así. En cuanto á los demás beneficios, infinitamente menores, ¿para qué celebrarlos? Sólo aquel, que no es filósofo, y que se vea privado de la vista y de estas últimas ventajas, podria quejarse, pero se quejaria sin razon. Lo que nosotros diremos, es que Dios, al crear la vista y al dárnosla, no ha tenido otro fin que el de capacitarnos para que, despues de haber contemplado en el cielo las revoluciones de la inteligencia, podamos sacar partido de esto para las revoluciones de nuestro propio pensamiento, las cuales son de la misma naturaleza que las primeras, por más desordenadas que sean aquellas y ordenadas éstas; á fin de que, instruidos por este espectáculo y atendiendo á la rectitud natural de la razon, aprendamos, al imitar los movimientos perfectamente regulares de la divinidad, á corregir la irregularidad de los nuestros.

La misma observacion cabe respecto de la voz y del oido, y son las mismas las razones que han tenido en cuenta los dioses al hacernos este presente. La palabra ha sido instituida para el mismo fin que la vista, y concurre á él notablemente; y si el oido ha recibido la facul-

tad de percibir los sonidos m \acute{u} sicos, cuya importancia es incontestable, es \acute{a} causa de la armon \acute{a} . La armon \acute{a} , cuyos movimientos son semejantes \acute{a} los de nuestra alma, no est \acute{a} , \acute{a} juicio de los que con inteligencia cultivan el comercio de las musas, destinada \acute{a} servir, como lo hace ahora, \acute{a} placeres fr \acute{i} volos. Las musas nos han dado la armon \acute{a} , para ayudarnos \acute{a} arreglar segun ella y someter \acute{a} sus leyes los movimientos desordenados de nuestra alma; como nos han dado el ritmo, para reformar las maneras desprovistas de medida y de gracia que se notan en la mayor parte de los hombres.

En lo que precede (1), aparte quiz \acute{a} de algunas palabras, s \acute{o} lo se ha tratado de las operaciones de la inteligencia. Es preciso dar ahora \acute{a} la necesidad, la parte que la corresponde. El origen de este mundo se debe, en efecto, \acute{a} la accion doble de la necesidad y de la inteligencia. Superior \acute{a} la necesidad, la inteligencia la convenció de que debia dirigir al bien la mayor parte de las cosas creadas, y por haberse dejado persuadir la necesidad por los consejos de la sabidur \acute{a} , se formó en el principio el universo. Si queremos, por consiguiente, explicar el verdadero origen de las cosas, nos es preciso recurrir tambien \acute{a} esta especie de causa vagabunda, y seguirla \acute{a} donde quiera que nos lleve. Necesitamos rehacer el camino, dar al mismo objeto un principio diferente, y como en la discusion precedente, tomar las cosas desde el principio. Hay precision de explicar cu \acute{a} l era, \acute{a} ntes de la creacion del mundo, la naturaleza del fuego, del agua, del aire, de la tierra, y cu \acute{a} les sus cualidades; porque hasta ahora nadie ha estudiado su formacion; y sin embargo, como si el fuego y los dem \acute{a} s cuerpos semejantes fuesen perfectamente conocidos, declaramos que estos son los principios y los elementos del universo,

(1) Aqu \acute{i} comienza como una segunda parte del *Timeo*.

siendo así que el hombre ménos inteligente deberá comprender que ni áun pueden compararse con los elementos reunidos para formar sílabas (1).

Ahora, escuchad lo que me propongo hacer. No intentaré exponeros la causa ó causas y las razones, cualesquiera que ellas sean, de todo lo que existe; y me abstengo de hacerlo, porque me seria muy difícil explicar sobre este punto mi opinion, sin salir del plan de esta discusion. No espereis que os hable de esto, porque no podré persuadirme fácilmente de que pueda serme conveniente el emprender tarea semejante. Segun os anuncié desde un principio, aspiraré sólo á lo probable; pero intentaré en esta esfera llegar todo lo más allá que me sea posible, y con este propósito voy á estudiar de nuevo mi asunto en los pormenores y en el conjunto. Invoquemos tambien á la divinidad, al entrar en estas nuevas indagaciones; pidámosle que nos libre de los razonamientos extraños é infundados, y que nos guie hácia opiniones verosímiles; y volvamos á nuestra conversacion.

Necesitamos esta vez hacer grandes divisiones en nuestro asunto. Hasta ahora sólo habiamos reconocido dos especies de séres, y ahora tenemos que admitir una tercera. En nuestro precedente discurso nos bastaron las dos especies: la una inteligible y siempre la misma, el modelo; la otra visible y producida, la copia; nada dijimos de la tercera, porque no teniamos necesidad. Pero el curso de esta discusion me obliga á explicaros, en cuanto me sea posible, una especie muy difícil de entender y muy oscura. ¿En qué consiste? ¿Cuál es su naturaleza? Con-

(1) Los elementos reunidos en las sílabas son las letras. Por consiguiente, segun Platon, el fuego, el aire, etc., falsamente llamados elementos, no deben compararse ni con las letras ni con las sílabas, sino con las palabras; pues que son dos veces compuestos. Obsérvese que esta doctrina es pitagórica.

siste, sin duda, en ser el receptáculo y, por decirlo así, la nodriza de todo lo que nace. Esta es la verdad; pero es preciso exponerla con mayor claridad. Lo que hace sobre todo difícil este trabajo, es la necesidad de profundizar la naturaleza del fuego y de las otras tres especies de cuerpos. A cuál debe llamarse agua más bien que fuego; qué denominación conviene á una mejor que á las demás, ó á cada una de ellas; cómo, en fin, puede emplearse un lenguaje firme y seguro; todos estos son puntos á que es más difícil contestar. ¿Qué debe hacerse entónces? ¿Cómo salir de este embarazo? ¿Dónde encontrar lo más probable?

Por lo pronto, el agua, como hoy la llamamos, al condensarse, se convierte al parecer en piedras y tierra; y al fundirse y dividirse, en viento y aire; el aire inflamado se hace fuego; á su vez el fuego, cuando se comprime y extingue, se transforma en aire; el aire reconcentrado y condensado da origen á las nubes y á las nieblas; cuando estas se comprimen y chocan, se convierten en agua, y del agua se forman de nuevo la tierra y las piedras; de suerte, que estos cuerpos giran en círculo y parecen engendrarse los unos á los otros. No apareciendo nunca bajo una misma figura, ¿quién se atreverá á sostener, que tal ó cuál de estos cuerpos tiene derecho á llevar un nombre con exclusion de los demás? Nadie. Mucho más seguro es explicarse de esta manera. Si vemos que un objeto pasa sin cesar de un estado á otro, el fuego, por ejemplo, no digamos: este es fuego, sino que parece fuego; y del agua no digamos: esto es agua, sino que parece agua; y en fin, procedamos de la misma manera respecto á todas las cosas variables, á las que atribuimos, al parecer, estabilidad al designarlas por las palabras *esto* y *aquello*. Porque, no subsistiendo siempre las mismas, repugnan las expresiones: *esto*, *de esto*, *á esto*, y todas las demás, que las representan como fijas y constantes. No debe hablarse de esta clase de cosas como individuos dis-

tintos, sino que es preciso llamar á todas y á cada una apariencias sometidas á perpétuos cambios. Así, pues, llamaremos fuego á cierta apariencia que se encuentra por todas partes; y lo mismo haremos respecto á todo lo que está sometido á la generacion. El principio, en cuyo seno se muestran todas estas apariencias, para desvanecerse en el acto, es el único que puede designarse con exactitud con las palabras *esto*, *aquello*; pero nó á las cualidades, tales como lo caliente, lo blanco, ó sus contrarias, ó sus derivadas, pues de ninguna manera pueden convenirles aquellos términos. Procuremos explicarnos aún más claramente.

Si á un lingote de oro se le diese toda especie de formas, se mudase sin cesar cada una de ellas en todas las demás, y, presentando una de estas formas, se preguntase: ¿qué es esto? Diria verdad el que respondiese: es oro. En cuanto al triángulo y todas las demás figuras que este oro pudiera revestir, no seria preciso designarlas como séres, puesto que mudan á medida que se las producen; y si alguno quisiera saber el nombre de tal ó de cual apariencia, se le diria que era apariencia y nada más. Todo esto es perfectamente aplicable al principio que contiene todos los cuerpos en sí mismo. Es preciso llamarle siempre con el mismo nombre, porque no muda jamás de naturaleza. Recibe continuamente todas las cosas en su seno, sin tomar absolutamente ninguna de sus formas particulares. Es el fondo y la sustancia de todo lo que existe, y no tiene otro movimiento, ni otra forma, que la forma y el movimiento de los séres que él encierra. De ellos es de donde toma sus diferencias. En cuanto á estos séres, que sin cesar entran y sin cesar salen, son copias de los séres eternos, formados á semejanza de sus modelos de una manera maravillosa y difícil de explicar; pero más tarde hablaremos de ello.

Ahora debemos concebir tres géneros diferentes: lo que

es producido, aquello en lo que es producido, aquello de dónde ó á semejanza de lo que es producido. Puede compararse con exactitud lo que recibe, á la madre; lo que suministra el modelo, al padre; y al hijo toda la naturaleza intermedia. Pero es preciso concebir bien, que debiendo mostrarse las copias bajo los aspectos más diversos, el sér, en cuyo seno aparecen así formadas, no llenaria su destino, si no estuviera privado de todas las formas que debe recibir. Porque si revistiese cualquiera de las formas que en él se imprimen, cuando llegase una contraria ó del todo diferente, se avendria mal con ella y la desnaturalizaria, metamorfoseándola á su propia imagen. Es preciso, por consiguiente, que no haya ninguna figura propia en el principio, que debe adoptar indiferentemente todas las figuras; así como para componer los perfumes que por su olor forman un producto del arte, se comienza por hacer completamente inodoros los líquidos destinados á recibir el olor; y así como para imprimir ciertas figuras sobre una sustancia blanda, se comienza por no darla ninguna forma determinada, y se procura más bien amalgamarla y pulimentarla cuanto es posible. En la misma forma conviene, que lo que está destinado á recibir en toda su extension representaciones exactas de los séres eternos, sea naturalmente extraño á todas las formas. Por consiguiente, esta madre de las cosas, este receptáculo de todo lo visible y sensible, no lo llamaremos tierra, ni aire, ni fuego, ni agua, ni ninguna otra cosa de las que proceden de ellos ni de las que ellos proceden. No nos engañaremos, si decimos que es una especie de sér invisible é informe, propio para recibir en su seno todas las cosas, que participa de lo inteligible de una manera oscura é inexplicable. En cuanto es posible concebir su naturaleza, por lo que precede, seria exactísimo decir, que deviene ó se hace fuego, inflamándose; agua, liquidándose; tierra y aire, recibiendo sus formas. Pero es in-

dispensable tratar de llegar, por medio del razonamiento, á definiciones más precisas aún.

¿Hay un fuego en sí, y existen tambien en sí todas las cosas, que segun dijimos, existen separadamente? ¿Ó acaso los objetos que vemos y que sentimos, mediante las diversas partes de nuestro cuerpo, son los únicos verdaderos? ¿No hay absolutamente otros? ¿No tenemos razon al decir, que cada uno de ellos se refiere á una esencia inteligible, y no son estas otra cosa que vanas palabras? No podemos en este momento resolver esta cuestion sin haberla examinado y discutido, ni añadir á lo largo de nuestro discurso lo largo de una digresion. Pero si nos fuese posible circunscribirnos dentro de estrechos límites, y condensar muchas cosas en pocas palabras, obrariamos perfectamente. Hé aquí mi dictámen. Si la inteligencia y la opinion verdadera son dos géneros diferentes, existen ciertamente en sí mismas estas ideas, que no caen bajo los sentidos, y son sólo accesibles á la inteligencia. Si, por el contrario, como creen algunos, la opinion verdadera no difiere en nada de la inteligencia, entónces, lo que percibimos por nuestros órganos, es lo que hay de más sólido y real. Pero es preciso decir que son dos cosas distintas, puesto que se forman separadamente y no tienen ninguna semejanza. En efecto, la una nace de la ciencia, la otra de la persuasion. La una es verdadera y conforme á la razon, la otra no conforma con ésta. La una produce una conviccion inquebrantable, la otra mudable. Y mientras que la opinion pertenece á todos los hombres, la inteligencia es el privilegio de Dios y de un pequeño número de aquellos. Siendo esto así, es preciso reconocer que existe una especie, que es siempre la misma, sin nacimiento y sin fin, que no recibe nada extraño en sí misma, ni se ingiere jamás en nada que la sea extraño, indivisible, inaccesible á los sentidos, y objeto propio de las contemplaciones de la inteligencia. Es preciso recono-

cer, en seguida, una segunda especie, semejante á la primera y con el mismo nombre que ella, pero sensible, engendrada, siempre móvil, naciendo en cierto lugar, para despues desaparecer y morir, y que nosotros conocemos mediante la opinion unida á la sensibilidad. Es preciso, en fin, reconocer una tercera especie, la del lugar eterno, que no puede ser destruido, que sirve de teatro á todo lo que nace, que sin estar sometido á los sentidos, es sólo perceptible á una especie de razonamiento bastardo (1), al que apenas damos crédito, y que vislumbramos como un sueño, al decirnos que es de absoluta necesidad que todo lo que existe, esté en algun lugar y ocupe algun espacio; que lo que no existe ni en la tierra ni en ningun punto del cielo, es nada. Nosotros confundimos todas estas concepciones y sus análogas con la naturaleza, que no sólo soñamos, sino que existe en realidad, de suerte que no nos hallamos en estado de determinar y decir la verdad á la manera de los que están despiertos. La verdad es que la imágen, diferente de la sustancia, en cuyo seno ella nace, y representacion mudable de un sér superior, debe por lo mismo producirse en alguna otra cosa, de la que hasta cierto punto recibe la existencia, ó bien no ser absolutamente nada. En cuanto al sér, que es verdaderamente sér, la razon viene justamente en su apoyo, declarando con exactitud, que mientras dos cosas difieran entre sí, no puede la una existir en la otra, de manera que puedan ser á la vez dos cosas y una sola cosa.

Hé aquí el resultado de mis reflexiones, y en resumen mi opinion. El sér, el lugar y la generacion son tres prin-

(1) ¿Cuál es este razonamiento bastardo? No sabemos que Platon lo haya explicado en ningun paraje de sus diálogos. El falso Timeo de Locres expone, que nosotros percibimos la materia *indirectamente y por analogía*, comentario tomado de Aristóteles.

cipios distintos, anteriores á la formacion del mundo (1). La nodriza de la generacion, humedecida, inflamada, recibiendo las formas de la tierra y del aire, sufriendo á la vez todas las modificaciones, que son su resultado, presentaba á la vista una maravillosa variedad; sometida á fuerzas desemejantes y desequilibradas, no podia ella mantenerse en equilibrio; entregada al azar en todos sentidos, recibia á la vez el impulso de estas fuerzas y las imprimia una agitacion desordenada. Arrojadadas las unas á un lado, las otras á otro, las partes diferentes se separaban. Así como, al manejar los bieldos y demás instrumentos propios para limpiar el trigo, se ve que lo más pesado, cuando se limpian las mieses, se va á una parte, y lo más ligero á otra; en la misma forma, las cuatro especies de cuerpos agitadas en la sustancia, que las habia recibido en su seno, y que se movia ella misma á la manera del bieldo, se separaron, aislándose las partes desemejantes, buscándose y reuniéndose las semejantes; de suerte que estos cuerpos ocupaban ya regiones diferentes ántes del nacimiento del órden y del universo. Pero entónces estaban dispuestos sin razon y sin medida. Cuando Dios decidió ordenar el universo, el fuego, la tierra, el aire y el agua, llevaban ya señales de su propia naturaleza; pero estaban en la situacion en que deben encontrarse las cosas, en que falta Dios, que comenzó por distinguirlas por medio de formas y de números. Dios sacó las cosas de la agitacion y confusion en que estaban, y las dió la mayor belleza, la mayor perfeccion posible. No nos separemos nunca de este principio. En este momento necesito exponeros la formacion y colocacion de los cuerpos (elementales) en un lenguaje, que no es habitual; pero

(1) Al pronto, no se comprende cómo la generacion puede ser anterior á la formacion del universo. Pero por la generacion en este caso es preciso entender, como veremos más adelante, los cuerpos elementales formados á medias en el seno del lugar eterno.

no siendo vosotros extraños á los métodos y á los procedimientos, que me veré obligado á emplear en mis demostraciones, me seguireis sin dificultad.

Por lo pronto, el fuego, el aire, la tierra y el agua son cuerpos; esto es evidente para todo el mundo. Todo lo que tiene la esencia del cuerpo, tiene igualmente profundidad. Todo lo que tiene profundidad, contiene necesariamente en sí la naturaleza de lo plano. Una base, cuya superficie es perfectamente plana, se compone de triángulos. Todos los triángulos proceden de dos triángulos solamente; cada uno de los cuales tiene un ángulo recto y los otros dos agudos (1). Uno de estos triángulos tiene de cada lado una parte igual de un ángulo recto, dividido por lados iguales (2); el otro, dos partes desiguales de un ángulo recto, dividido por lados desiguales (3). Hé aquí el origen que asignamos al fuego y á los otros tres cuerpos; quiero decir, lo verosímil con algo de certidumbre. En cuanto á los principios superiores, que son los de los triángulos, Dios los conoce, y un pequeño número de hombres amados por los dioses (4).

Es preciso que exponamos cómo han nacido estos cuatro preciosos cuerpos, cómo difieren entre sí, y cómo, disolviéndose, pueden recíprocamente engendrarse. Procediendo así, sabremos la verdadera formación de la tierra y del fuego, así como de los dos cuerpos que les sirven de términos medios (5); y entónces á nadie concederemos que

(1) Por consiguiente, estos dos triángulos irreducibles, principio de todos los demás, son dos triángulos rectángulos.

(2) Es el triángulo rectángulo isósceles.

(3) Es el triángulo rectángulo escaleno.

(4) Los triángulos isósceles y escalenos son los principios geométricos de los cuatro cuerpos elementales; pero por cima de los principios geométricos hay los principios numéricos, los números, conocidos sólo por Dios y por los pitagóricos.

(5) Es decir, el agua y el aire. Es preciso recordar lo que ha

puedan darse cuerpos más preciosos que estos, cada uno de los cuales pertenece á un género aparte. Necesito emplear todo el esmero posible, para constituir armónicamente estos cuatro géneros de cuerpos tan excelentes por su belleza, á fin de demostraros que he comprendido bien su naturaleza.

De los dos triángulos, de que os he hablado, el isósceles no puede tener más que una sola forma (1); el triángulo prolongado (2) puede admitir un número infinito (3). Esta es la razón porque, entre esta multitud de triángulos, debemos escoger el más bello, si queremos comenzar de una manera conveniente. Si alguno nos puede mostrar uno más bello que el que hemos preferido, nos someteremos á su opinion y le miraremos como un amigo y no como un enemigo. Declaramos, pues, que entre todos estos triángulos (4) hay uno más bello, que los supera á todos, y es aquel de que se compone el triángulo equilátero, el tercero (5). El por qué sería largo de contar. Pero el que nos demostrase que estamos en un error, recibiría de nosotros una favorable acogida. Quede, pues, sentado, que los triángulos, de que están formados el fuego y los otros cuerpos (elementales), son el isósceles, y aquel en el que el cuadrado del lado mayor es triple del cuadrado del pequeño.

dicho Platon al principio: que dos cuerpos sólidos no se pueden unir, sino por dos medios términos.

(1) Es decir, que todos los triángulos rectángulos isósceles son semejantes entre sí.

(2) Es decir, escaleno.

(3) Mediante el cambio de las proporciones de sus ángulos agudos y de sus lados.

(4) Prolongados ó escalenos.

(5) Es decir, aquel, que, repetido dos veces ó añadido á sí mismo, forma un tercer triángulo, que es equilátero. La fórmula de Platon es un poco enigmática. Muy mal comprendida por M. Cousin, ha sido perfectamente interpretada por M. Martin en su nota LXVI sobre la *geometría corpuscular*.

Es llegado el momento de aclarar lo que aún no hemos expuesto sino de una manera oscura. Nos habia parecido que las cuatro especies de cuerpos (elementales) nacian los unos de los otros; pero esta es una ilusion. En efecto, estas cuatro especies nacen justamente de los triángulos que hemos mencionado; pero tres son formadas de uno mismo, á saber: del que tiene los lados desiguales; y sólo la cuarta procede del isósceles. Por consiguiente, no es posible que los cuatro cuerpos, al disolverse, nazcan los unos de los otros, mediante la reunion de un gran número de pequeños triángulos en un menor número de otros más grandes y recíprocamente. Esto sólo puede tener lugar respecto de tres de ellos. En efecto; estando formados estos tres cuerpos de un mismo triángulo, nada impide que de la disolucion de amalgamas más grandes, nazca un mayor número de pequeñas amalgamas, compuestas de los mismos elementos, y presentando la misma configuracion. Por el contrario, cuando la disolucion tiene lugar en cuerpos compuestos de un gran número de pequeños triángulos, se forma un número único, y toda la masa se reúne en otro género más grande. Baste lo dicho sobre la trasformacion de unos géneros en otros.

Para seguir nuestro discurso, debemos explicar ahora cómo se forma cada género, y con el concurso de qué números. Comencemos por el primero, cuya composicion es la más simple. Tiene por elemento el triángulo, cuya hipotenusa es doble del lado menor. Unid dos de estos triángulos, siguiendo la diagonal; haced tres veces esta operacion, de manera que todas las diagonales y todos los lados menores concurren en un mismo punto, que les sirva de centro comun, y tendreis un triángulo equilátero, compuesto de seis triángulos particulares. Cuatro de estos triángulos equiláteros, mediante la reunion de tres ángulos planos, forman un ángulo sólido, cuya magnitud supera á la del ángulo plano más obtuso; y cuatro de estos

nuevos ángulos componen juntos la primera especie de sólido, que divide en partes iguales y semejantes la esfera en que está inscrito (1). El segundo sólido se compone de los mismos triángulos reunidos en ocho triángulos equiláteros y formando un ángulo sólido de cuatro ángulos planos; y seis de estos ángulos constituyen este segundo cuerpo (2). El tercer sólido se forma de ciento veinte triángulos elementales de doce ángulos sólidos, rodeados cada uno de cinco triángulos equiláteros, con veinte triángulos equiláteros por bases (3). Este elemento (4) no debe producir otros sólidos. En cuanto al triángulo isósceles, á él corresponde engendrar la cuarta especie de cuerpos. Reunidos cuatro triángulos isósceles, poniendo en el centro los cuatro ángulos rectos, de manera que compusieran un tetrágono equilátero, seis tetrágonos dieron ocho ángulos sólidos, estando formado cada ángulo sólido de tres ángulos planos, y de esta amalgama resultó el cubo, que tiene por base seis tetrágonos regulares (5). Restaba una quinta combinacion, y Dios se sirvió de ella para trazar el plan del universo (6).

(1) Esta primera especie de sólido es el tetraedro regular ó pirámide de base triangular equilátera. Puesto que este sólido comprende cuatro triángulos equiláteros, que comprenden á su vez seis triángulos elementales escalenos, es claro que se compone de veinticuatro triángulos elementales escalenos.

(2) Este segundo sólido es el octaedro regular. Se compone de cuarenta y ocho triángulos elementales escalenos.

(3) Este tercer sólido es el icosaedro regular. Se compone, como dice Platon, de ciento veinte triángulos elementales escalenos.

(4) El triángulo escaleno.

(5) Este cuarto sólido, nombrado por Platon mismo, es el cubo. Se compone de veinticuatro triángulos elementales isósceles.

(6) Esta quinta combinacion, este quinto sólido, es el dodecaedro regular. Si no es esférico y el mundo lo es, es preciso tener en cuenta que Platon no llega á decir que Dios haya dado exactamente la forma de este poliedro al universo.

¿Existe un número infinito de mundos ó solamente un número limitado? El que reflexione atentamente sobre lo que precede, comprenderá que no se puede sostener la existencia de un número infinito, sin que esto arguya desconocimiento de cosas que nadie puede ignorar. ¿Pero no hay más que un mundo, ó es preciso admitir que hay cinco? Es esta una cuestion difícil de resolver. A nosotros nos parece que la opinion de un mundo único es la más probable; pero otros, mirando la cuestion bajo un punto de vista diferente, podrian muy bien pensar de otra manera.

Pero demos treguas á estas indagaciones, y asignemos cada una de las figuras de que acabamos de hablar, al fuego, á la tierra, al agua y al aire.

Demos á la tierra la figura cúbica. La tierra es, en efecto, el más noble de los cuatro cuerpos (elementales) y el más capaz de recibir una forma determinada; y estas cualidades suponen en el cuerpo que las tiene, las bases más firmes. Ahora bien, entre los triángulos, que desde el principio distinguimos, los que tienen los lados iguales tienen una base naturalmente más firme que los que los tienen desiguales; y de las dos figuras planas que ellos forman, el tetragono equilátero es una base más estable que el triángulo equilátero; porque así en sus partes como en su totalidad, está más sólidamente constituido. No nos separamos, pues, de lo probable al atribuir esta forma á la tierra. No es ménos probable que debe atribuirse la forma ménos móvil al agua, la más móvil al fuego, y la que es un término medio al aire; el cuerpo más sutil al fuego, el más grueso al agua, y el que ocupa un lugar intermedio al aire. En la misma forma debe referirse el cuerpo más agudo al fuego; el que sigue á éste, al aire; y el tercero, al agua. De todos estos cuerpos (1) el que

(1) Los cuerpos elementales, menos la tierra, á la que el autor acaba de asignar la f6rma cúbica, y que está ahora fuera de cuestion.

tiene las bases más pequeñas es necesariamente más móvil y más delicado, porque es igualmente más agudo en todos sentidos y más ligero que todos los demás, como formado de los mismos elementos, pero en mucho menor número. El que tiene ménos bases, despues del precedente, ocupa el segundo rango bajo todas estas relaciones; y el que está en tercer lugar, segun las bases, está igualmente en tercer lugar con respecto á las cualidades. Digamos, pues, conforme á lo que dictan la recta razon y la probabilidad, que el sólido, que tiene la forma de una pirámide, es el elemento y el gérmen del fuego; que el segundo, cuya formacion hemos expuesto (1), es el del aire; y el tercero (2) el del agua. Es preciso concebir todos estos elementos de tal modo pequeños, que, tomados uno á uno en cada género, escapen á la vista por su pequeñez, y no se hagan visibles, sino á condicion de reunirse en gran número y de formar masas. En cuanto á sus relaciones, sus números, sus movimientos y sus demás propiedades, Dios, por todos los medios á que se prestó la necesidad, convencida por la inteligencia, arregló y ordenó todas estas cosas con una perfecta exactitud, haciendo que reinaran por todas partes la proporcion y la armonía.

Si nos referimos á lo que se ha dicho ántes, con relacion á los cuatro géneros de cuerpos, hé aquí lo que nos parecerá más proplable. La tierra puesta en contacto con el fuego y dividida por sus agudas puntas, erraba acá y allá en estado de disolucion, sea en el fuego mismo, sea en el aire, sea en el agua, hasta que, llegando á encontrarse sus partes en algun punto, se reunieron de nuevo y volvieron á ser otra vez tierra, porque jamás podrian trasformarse en otro género (3). Otra cosa sucede con

(1) El octaedro regular.

(2) El icosaedro regular.

(3) Porque la tierra tiene por elemento generador el trián-

el agua: dividida por el fuego y áun por el aire, puede, recomponiéndose, convertirse en un cuerpo de fuego ó en dos cuerpos de aire. Si el aire está en disolucion, de los fragmentos de una sola de sus partes pueden nacer dos cuerpos de fuego. Recíprocamente, si se encierra fuego en el aire, en el agua ó en la tierra, en pequeña cantidad relativamente á la masa ambiente, y es arrastrado por el movimiento de esta masa, vencido á pesar de su resistencia y hecho trizas, entónces dos cuerpos de fuego pueden reunirse y componer una sola parte de aire. Si resulta vencido, roto y disuelto el aire, entónces se necesitan dos cuerpos y medio de aire para producir una sola parte de agua. Pero consideremos aún estas cosas de otra manera.

Cuando uno de los otros tres géneros, envuelto en el fuego, es cortado por el filo agudo de sus ángulos sólidos y de sus ángulos planos, apenas ha tomado, al descomponerse, la naturaleza del fuego, cuando cesa de estar dividido; porque en cada género, semejante é idéntico á sí mismo, ningun individuo puede modificar á otro individuo semejante é idéntico á él mismo, ni ser modificado por él. Pero siempre que un género se mezcla con otro, y siendo más débil lucha con otro más fuerte, está en una incesante disolucion. En igual forma, cuando cuerpos más pequeños y en pequeño número se encuentran envueltos en cuerpos más grandes y en gran número, y son despedazados y extinguidos en su seno, basta que tomen la forma de los vencedores, para que cesen inmediatamente de ser destruidos y despedazados; y así es como se forma el aire del fuego, y el agua del aire. Pero, en general, cuando un género está en lucha con otro, la disolucion no se detiene sino cuando, enteramente pulverizados y

gulo isósceles; miéntras que los otros tres géneros proceden del triángulo escaleno; de donde resulta, que estos tres géneros, convertibles entre sí, no lo son respecto de la tierra.

divididos, se refugian en cuerpos de la misma naturaleza que ellos; ó cuando los vencidos han formado, reuniéndose, un cuerpo semejante al vencedor, del cual ya no se separan (1).

Otro efecto de estas modificaciones es, que todas las cosas mudan de lugar. Porque, por lo pronto, los corpúsculos de cada género se separan de los de los otros géneros, y van á reunirse al lugar que les es propio, bajo la influencia del movimiento de la sustancia que los con-

(1) Hé aquí cómo M. Martin explica este oscuro pasaje; nota LXXIV.

Platon supone, que los corpúsculos de una de las cuatro especies no pueden experimentar ninguna alteracion por parte de los corpúsculos semejantes á ellos, y que la accion de los corpúsculos diferentes tiende á asimilar los más débiles á los más fuertes. Esta asimilacion consta de tres operaciones, á saber: primera, de la separacion de los corpúsculos reunidos en masa para formar una de las cuatro especies de cuerpos, *διάλυσις*; segunda, de la division de cada corpúsculo en sus elementos constitutivos, *τμήσις διάλυσις κατὰ τό στοιχῆστον*; tercera, de la reunion de estos elementos, formando nuevos corpúsculos semejantes á los vencedores. Cuando la tierra aparece vencida, puede sufrir temporalmente las dos primeras operaciones, pero nunca la tercera. En esta lucha los cuerpos más pequeños tienen una ventaja, por lo ménos, para la segunda operacion, puesto que son los más puntiagudos. Cuando las pirámides de fuego ceden á la superioridad numérica de los otros poliedros que las dividen y las trasforman en poliedros, más obtusos, Platon dice, que se *extinguen*. Por extension dice tambien, que el aire se *extingue*, cuando sus elementos sirven para formar el agua. En igual forma, el agua puesta al fuego se hace aire, y el aire puesto al fuego se hace fuego. Cuando se completa la asimilacion, la lucha cesa. Pero cuando dos especies de cuerpos combaten con fuerzas iguales poco más ó ménos, entónces su esfuerzo recíproco se limita á la primera operacion, es decir, á la separacion de los corpúsculos (*διαλυθέντα*), que se desprenden de la pelea para ir á reunirse en dos campos separados: la lucha cesa cuando se ha verificado esta separacion, ó bien cuando resulta vencido (*ωκηθέντα*) uno de los dos partidos, y se ve obligado á asimilarse al vencedor.

tiene en su seno; y en seguida, cuando los corpúsculos de un género cesan de parecersele, por hacerse semejantes á otro género, se ven arrastrados á causa de la sacudida que han recibido, hácia el lugar ocupado por aquellos, con los cuales se han hecho semejantes.

Hé aquí de qué causas proceden los cuerpos simples y primitivos. En cuanto á las especies diversas, que se han formado en cada uno de estos géneros, tienen su razon de ser en la naturaleza de los dos elementos constitutivos de las cosas (1). Como cada uno de estos triángulos no tenia siempre la misma magnitud, engendraron, desde el principio, cuerpos tan pronto más pequeños como más grandes, y cuyas variedades no son ménos numerosas que las especies contenidas en los cuatros géneros. Despues de lo cual, estas variedades, combinándose entre sí en cada género y con las de los otros géneros, han dado origen á una diversidad infinita. El que no se consagre á observar estos fenómenos, no será capaz de decir nada probable acerca de la naturaleza.

¿Qué es el movimiento y qué el reposo? ¿Cómo y por qué medios se han producido? Si no discutiéramos ahora este punto, nos veriamos en graves dificultades despues. Aunque ligeramente, ya lo hemos tocado, pero conviene insistir en él. Donde reina la uniformidad, no puede haber movimiento. En efecto, que haya una cosa movida sin un motor, ó un motor sin una cosa movida, esto es muy difícil ó más bien imposible. Luego sin estas dos condiciones no puede haber movimiento; y ellas excluyen la uniformidad. Se sigue de aquí, que es preciso referir el reposo á la uniformidad, y á la diversidad el movimiento. La diversidad tiene su causa en la desigualdad, y ya hemos expuesto el origen de la desigualdad (2). Pero,

(1) A saber, de los dos triángulos isósceles y escaleno.

(2) Se refiere á la discusion del principio de este diálogo sobre

¿de dónde procede que los cuerpos, despues de haberse separado por géneros, no cesan de moverse y de trasladarse de un punto á otro? Esto no lo hemos explicado; y hé aquí lo que tenemos que decir.

El contorno del universo, envolviendo todos los géneros de séres, y tendiendo, por la naturaleza de su forma esférica, á concentrarse en sí mismo, estrecha todos los cuerpos, y no permite que quede lugar alguno vacío. Por esto el fuego está principalmente derramado por todo el espacio; despues el aire, porque es el que ocupa el segundo lugar por su tenuidad; y así de los demás géneros. Porque las cosas compuestas de partes grandes, dejan tambien los mayores vacíos, y las más pequeñas, los más pequeños, al ordenarse y colocarse. El movimiento de condensacion lleva las cosas pequeñas á los intervalos de las grandes. Las pequeñas se encuentran de esta manera colocadas al lado de las grandes; las pequeñas se desvian de las grandes; las grandes comprimen las pequeñas; y subiendo y bajando todas, se trasladan al punto que las conviene. Mudando de dimensiones, es indispensable que muden de posicion en el espacio. Por estos medios una diversidad, que sin cesar se renueva, produce un movimiento, que se repite y se repetirá sin cesar tambien.

Es preciso pensar además, que se han formado muchas especies de fuego: la llama; luego lo que, saliendo de la llama y no quemándose, proporciona la luz á los ojos; y en fin, lo que, una vez extinguida la llama, subsiste en los cuerpos inflamados (1). Asimismo hay en el aire una parte muy pura que se llama éter, otra muy densa que se llama nube y niebla, y otras que no tienen nombre y que

la naturaleza de lo mismo y de lo otro, y consiguientemente sobre la causa de la diversidad.

(1) Lo que queda en los cuerpos inflamados, despues que se ha extinguido la luz, es el calor. El fuego comprende, segun Platon, primero, la llama; segundo, la luz; tercero, el calor.

resultan de la desigualdad de los triángulos. A su vez, el agua se divide por lo pronto en dos especies, una líquida y otra fusible. La especie líquida, que se compone de partes de agua muy pequeñas y desiguales, se mueve fácilmente y fácilmente se deja mover, gracias á la diversidad de sus elementos y á la naturaleza de su forma. La especie fusible, que se compone de partes grandes é iguales, es más estable y pesada, gracias á la uniformidad de sus elementos; pero cuando el fuego la penetra y la disuelve, cuando destruye su uniformidad, se presta mejor al movimiento; y adquirido éste, es arrastrada por el aire que la rodea, y precipitada sobre la tierra. Se designa entónces la division de sus partes, diciendo, que primero se derrite, y luego se desprende sobre la tierra; dos palabras, que expresan este cambio. Y luego, como el fuego contenido en el agua fusible se escapa y no puede evaporarse en el vacío, comprime al aire que le rodea, el cual lleva el agua, aún fluida, á los puntos que ocupaba el fuego, y él mismo se une con ella. El agua comprimida de esta manera, recobrando su uniformidad mediante la retirada del fuégo, que le habia ocasionado la desigualdad, vuelve sobre sí misma y recobra su naturaleza. Este desprendimiento del fuego se ha llamado enfriamiento, y congelacion la condensacion que es su resultado. De todas las aguas que hemos llamado fusibles, la que tiene partes más ténues y más iguales, que es la más densa, género único, cuyo color es un amarillo brillante y el más precioso de los bienes, es el oro, que se ha formado filtrándose á través de la piedra. El nudo del oro (1), cuando se ha hecho muy duro y negro á causa de su densidad, es llamado *adamas* (2). Otro cuerpo, cercano al oro por la pequeñez de

(1) Es decir, en términos metalúrgicos, la parte más dura del metal.

(2) M. Martin, nota LXXXIII, prueba que la palabra *ἀδάμας*

las partes, pero que tiene muchas especies, cuya densidad es superior á la del oro, que encierra una escasa liga de tierra muy ligera, siendo por esto más duro que el oro y al mismo tiempo más ligero, gracias á los poros que tiene su masa, es una de estas aguas brillantes y condensadas, que se llama bronce. Cuando la porcion de tierra que contiene es separada por la accion del tiempo, ella se muestra á la vista, y se la da el nombre de orin. No tendríamos mayor dificultad en explicar, tomando por regla la verosimilitud, otros fenómenos análogos; y si alguno para distraerse, despreciando el estudio de los séres eternos, quiere é intenta formarse ideas probables sobre la generacion, proporcionándose así un placer sin remordimientos, se procurará un entretenimiento sabio y moderado. Prosigamos, pues, nuestras indagaciones, y lo mismo á las cuestiones que siguen que á las que han precedido, procuremos dar respuestas probables.

El agua mezclada con el fuego, que se llama líquido á causa del movimiento que la hace derramarse y rodar sobre la tierra, y blanda á causa de sus bases, que, ménos estables que las de la tierra, ceden fácilmente, si se encuentra separada del fuego y del aire y aislada, se hace más uniforme, se contrae por el desprendimiento de estos dos cuerpos y se condensa; y entónces se trasforma en granizo si la operacion tiene lugar por encima de la tierra, y en hielo si se verifica en la tierra. Si las partes son más pequeñas y están medio coaguladas, dan origen, por encima de la tierra, á la nieve; y en la tierra, mezcladas con el rocío, á lo que se llama escarcha. La mayor parte de las especies de aguas tienen su origen en las plantas de la tierra que las destilan, y se las llama general-

no significa ni el diamante, como traduce M. Cousin, ni el acero, ni el bronce, pero no dice qué significa; porque no rechaza ni adopta la conjetura de Schneider que supone que es una mezcla de oro y cobre.

mente jugos. Estos jugos, diversificados al infinito á causa de sus combinaciones, forman una multitud de especies innumerables; pero hay cuatro que contienen fuego, y que por ser más notables han recibido nombres particulares. Una, que calienta al alma al mismo tiempo que al cuerpo, es el vino; otra, que es sólida y divide el fuego visual y á causa de esto parece lustrosa, brillante y vistosa, es la especie oleosa, á la que corresponden la goma, el jugo de ricino y el aceite mismo, y todos los demás jugos dotados de propiedades análogas; el que mezclándose á las especies alimenticias tiene la virtud de hacerlas más agradables al paladar, recibe frecuentemente el nombre de miel; en fin, el que disuelve la carne y que bajo el influjo del calor se hace espumoso, es distinto de todos los demás jugos y se le ha llamado opio.

Pasemos á las especies de la tierra. Ved cómo la tierra, purificada por el agua, da origen á los cuerpos pétreos. Cuando el agua, mezclada con la tierra, está dividida en porciones, en el seno mismo de la mezcla se trasforma en aire; hecha aire, asciende al lugar que le es propio; no existiendo el vacío, este aire comprime el aire vecino; éste, en virtud de su pesantéz, oprime fuertemente la masa de la tierra, en cuyo derredor está repartida y la precisa á llenar los lugares dejados libres por el aire nuevamente formado. Comprimida así por el aire, sin que por esto esté completamente privada de agua (1), la tierra se trasforma en piedra: bella, si es trasparente con partes iguales y uniformes (2); fea, en caso contrario. Toda la humedad se evapora bajo la accion del fuego, y la tierra se condensa en un cuerpo más seco que la tierra, y aparece lo que llamamos teja. Sucede algunas veces, que, sin perder su humedad, la tierra es derretida por el

(1) De otra manera no formaria una piedra, sino una teja, como se verá en la frase siguiente.

(2) La piedra preciosa.

fuego; entónces, enfriándose, produce una piedra de color negro (1). O bien cuando , evaporándose la mayor parte del agua, la tierra se reduce á partes muy ténues y saladas, nace entónces un cuerpo medio sólido y susceptible de disolverse de nuevo en el agua, que es, de una parte, el nitro, bueno para quitar las manchas de aceite y tierra; y de otra, la sal que se une tan bien á los alimentos, para hacerles agradables al gusto; y que, segun los términos de la ley, es una ofrenda estimada por los dioses.

En cuanto á los cuerpos compuestos de tierra y agua, que insolubles en el agua no pueden ser disueltos sino por el fuego, hé aquí cómo se coagulan. Ni el fuego ni el aire pueden disolver un volúmen de tierra. En efecto, siendo más delgados que los intervalos de sus partes, pasan al través de sus anchos poros sin violencia y no causan ninguna descomposicion, ninguna disolucion. Por el contrario, siendo las partes del agua más grandes, se abren paso violentamente, y por consiguiente disuelven y funden la tierra. Así cuando la tierra no está condensada fuertemente, sólo el agua puede disolverla; el fuego sólo tiene este poder, cuando está compacta, porque es el único que puede penetrar en ella. El agua sólo puede ser disuelta por el fuego , si sus partes están fuertemente unidas; puede serlo por el fuego y por el aire á la vez, si lo están débilmente, introduciéndose éste en los intervalos, y aquel entre los triángulos que la constituyen. Si el aire está fuertemente condensado, nada puede disolverle, como no sea dividiendo sus elementos (2); no condensado, sólo es soluble mediante el fuego (3). Por lo tanto,

(1) Probablemente la piedra de lava; quizá el basalto.

(2) Es decir, los triángulos de que se componen.

(3) En esta revista de los cuatro cuerpos elementales para preparar la explicacion prometida, Platon omite el fuego, sin duda porque no puede ser disuelto por ningun otro cuerpo, y si sólo trasformado, es decir, extinguido.

en los cuerpos compuestos de tierra y agua, como ocupan el agua los intervalos de la tierra, áun la comprimida con fuerza, las partes de agua, que llegan de fuera, no encuentran abertura y se deslizan alrededor de la masa entera sin poder fundirla; por el contrario, las partes de fuego se introducen en los intervalos del agua, obran sobre ella, como el agua sobre la tierra y el mismo fuego sobre el airè, y sólo ellas tienen la virtud de fundir el cuerpo compuesto y de hacerle de naturaleza líquida. Entre estos cuerpos compuestos, unos contienen ménos agua que tierra, como el vidrio y todas las piedras que se llaman fusibles; otros contienen más, como la cera y todas las sustancias aromáticas.

Las especies diversas, que nacen de las figuras (matemáticas), de sus mezclas, de sus trasformaciones, acaban de ser explicadas; qué impresiones producen sobre nosotros y por qué: hé aquí lo que conviene que expliquemos ahora. La primera condicion es que los cuerpos, de que se habla, tengan la propiedad de ser sentidos. En cuanto á la carne y á la formacion de ésta; en cuanto á la parte mortal del alma (1), nada hemos dicho aún. Pero no es posible hablar de ello, de una manera conveniente, sin tratar de las impresiones acompañadas de sensacion y recíprocamente. Sin embargo, no pueden abrazarse estos dos objetos á la vez. Es preciso exponer el uno primero, y volver en seguida al que haya sido aplazado.

A fin de estudiar las impresiones en el mismo órden que los géneros de los cuerpos que las producen, comencemos por los que se refieren al cuerpo (en su totalidad) y al alma (2).

(1) Otras condiciones de las impresiones que serán desenvueltas más adelante. La primera acaba de ser estudiada en las páginas que preceden.

(2) Se trata, en efecto, de las impresiones que se refieren al cuerpo y al alma, como lo ha visto bien M. Martin; es decir, im-

Por lo pronto, ¿por qué decimos que el fuego es caliente? Esto es lo que hay precision de examinar, indagando qué clase de separacion y de division opera en nuestro cuerpo. Porque casi todos sentimos que la impresion del fuego es la de un cuerpo acerado. Debemos, pues, considerar que son tales la delicadeza de sus espinas y de sus puntas y la rapidez de su movimiento, que, fuerte y afilado, corta cuanto encuentra. Nos es preciso recordar su forma y su origen, á fin de concebir, que su naturaleza, haciéndole más propio que cualquiera otro objeto, para dividir en porciones los cuerpos, da perfectamente razon de la impresion del calor, y del nombre con que le distinguimos (1).

La impresion contraria es fácil de comprender, y sin embargo, es preciso hablar de ella. Nuestro cuerpo está rodeado de líquidos; los que de ellos tienen partes muy

presiones seguidas de sensacion; pero Platon nos parece decir aún algo más. En nuestra opinion, anuncia que va á comenzar por explicar las impresiones comunes á *todo el cuerpo* y al alma; á saber: las impresiones del tacto, las que nuestros fisiólogos designan con el nombre de sensibilidad *general*. En efecto; más adelante, hablando de las mismas impresiones, no dice sólo el cuerpo, sino *todo el cuerpo*, ἅλον τὸ σῶμα, y *el cuerpo todo entero*, τὸ σῶματος παντός. En seguida, es de las impresiones del tacto, cuyo órgano es el cuerpo entero, de las que habla en todos estos pasajes, en que se trata de lo caliente y de lo frio, de lo duro y de lo blando, de lo pesado y de lo ligero, etc. En fin, no podia decir, que comenzaria por las impresiones de los cinco sentidos, puesto que no se ocupa de otras impresiones. Por el contrario, comienza por el tacto que se ejercita mediante todo el cuerpo, y concluye por los otros cuatro sentidos, que se ejercitan mediante órganos particulares. Es posible que M. Martin se engañe en la nota CIX, donde dice, que Platon, *antes de llegar á las sensaciones propias de cada uno de los cinco sentidos, va á hablar del placer y del dolor*. Es con motivo de las sensaciones del tacto, que Platon habla del placer y del dolor.

(1) Platon acaba de servirse de la palabra κερματιζουσα. Hace, pues, derivar θερμόν de κερματιζω.

grandes, al penetrar en nosotros, rechazan los líquidos, que tienen partes muy pequeñas. Como no pueden ocupar su lugar, los comprimen; de móviles que eran, los hacen inmóviles; de desiguales, uniformes; y en fin, los coagulan. Un combate se traba naturalmente entre lo que se aproxima así contra naturaleza y los elementos opuestos. Este combate, esta conmoción, es el temblor, el escalofrío; y se ha dado el nombre de frío á todas estas impresiones reunidas, así como á su causa.

✕ Si cede nuestra carne á un cuerpo, el cuerpo es duro; si cede el cuerpo á nuestra carne, el cuerpo es blando. Lo mismo sucede con los cuerpos comparados entre sí (1). Pues bien, ceden los que tienen pequeñas bases; por el contrario, los que tienen bases triangulares, teniendo en su virtud una gran estabilidad, forman la especie más sólida; y como adquiere más densidad, ella opone la mayor resistencia.

Para explicar claramente la pesantez y la ligereza, es preciso desde luego dar razón de lo que se llama lo alto y lo bajo.

Que existen naturalmente en el universo dos regiones distintas, opuestas, en que está dividido: lo bajo, hácia lo que cae todo lo que tiene una cierta masa corporal; lo alto, á donde nada sube sino por fuerza, son cosas que no pueden admitirse con verdad. En efecto, puesto que el cielo entero es esférico, todas las partes, que, colocadas á igual distancia del centro, son extremidades, son en igual forma y por la misma razón sus extremidades; y el centro, colocado á igual distancia de las extremidades, está necesariamente en la misma situación con relación á todas. Construido así el mundo, ¿cuál de las regiones, que acabamos de citar, puede ser llamada lo alto, cuál lo bajo, sin

(1) Es decir, que los que ceden, son blandos; y duros los que resisten.

exponerse á dar un nombre, que de ninguna manera le convenga? Porque el centro del mundo no es naturalmente ni lo alto ni lo bajo, es el centro; y la circunferencia no es el centro; y ninguna parte tiene con el centro otra relacion que la que tiene la parte opuesta. Siendo, pues, semejantes todas las partes del mundo, y estando semejantemente dispuestas, ¿con qué derecho las aplicaremos denominaciones contrarias? Supongamos un cuerpo sólido, regular, colocado en el centro del universo; no se inclinará más hácia una extremidad que hácia otra á causa de su perfecta semejanza. Que cualquiera dé la vuelta alrededor de ese cuerpo y encontrará que, si se detiene en puntos opuestos, llamará sucesivamente con los nombres de alto y de bajo á la misma parte de este cuerpo. Siendo el universo esférico, como acabamos de decir, es contrario á la razon distinguir en él una region inferior y otra superior.

Y entónces, ¿de dónde nacen estas denominaciones de alto y de bajo? ¿Cuál es el origen de esta costumbre de dividir el mundo en dos partes distintas? Para comprender el valor de estas preguntas, es preciso sentar los principios siguientes. Si alguno estuviese colocado en la region del mundo, ocupada particularmente por el fuego (1), en donde se encuentra reunido en masa y á donde tienden á reunirse todas sus demás partes (2), y colocada así esta persona por encima del fuego, tuviese poder para arrancar porciones de él y depositarlas en los platillos de una balanza; si levantase el fiel y colocase por fuerza estas porciones de fuego en el aire, que

(1) Es sabido que cada uno de los cuatro cuerpos elementales ocupa un lugar distinto: la tierra, el centro; el fuego, á las extremidades; el agua y el aire, entre los dos; el agua más cerca de la tierra, el aire más cerca del fuego.

(2) Es sabido también, que hay partes de los cuatro cuerpos elementales dispersas por todas partes en el mundo.

es una sustancia del todo diferente (1); es evidente que una porcion más pequeña de fuego cederia con más facilidad que una grande. Porque siempre que una misma fuerza obra sobre dos cuerpos, es inevitable que el menor siga más dócilmente el impulso, y que el mayor resista más; y se dice del uno (2) que es pesado y que tira hácia abajo; y del otro (3) que es ligero y que tira hácia arriba.

Pues bien, observémonos á nosotros mismos, obrando de la misma manera en el lugar que nos está asignado. En la tierra en que habitamos, sucede á veces que tomamos sustancias terrestres, y algunas veces porciones de tierra, y las lanzamos al aire desemejante, haciendo violencia á su naturaleza, porque las unas y las otras tienden á permanecer unidas á la masa homogénea; en este caso, la parte que sea más pequeña resiste ménos, y penetra la primera en el elemento desemejante. Llamamos ligera á esta pequeña parte, y llamamos lo alto al lugar á donde sube; y llamamos pesado y bajo á lo contrario de lo ligero y de lo alto.

De donde resulta que necesariamente estas relaciones no son siempre las mismas, ocupando las masas de los cuerpos elementales lugares diferentes. Comparad un objeto ligero en una region con un objeto ligero en la region contraria, un objeto pesado con otro objeto pesado, lo bajo con lo bajo, y lo alto con lo alto; y encontrareis, que se hacen y son contrarios, oblicuos, totalmente diferentes los unos relativamente á los otros. Pero se observa una cosa, que es comun á todos los cuerpos, sean los que sean; que la direccion de un cuerpo hácia la masa de la misma naturaleza, es lo que hace que se le llame pesado, y lo que hace que se llame bajo al lugar á donde se diri-

(1) Pero cercana.

(2) El más grande.

(3) El menor.

ge; y la direccion contraria produce nombres contrarios. Estas son las causas á que atribuimos estas maneras de ser.

En cuanto á lo áspero y á lo liso, basta dirigir una mirada sobre los cuerpos, para dar razon de estas impresiones. La dureza, unida á la diversidad de las partes, produce lo primero (1); la uniformidad, unida á la densidad, lo segundo (2).

Resta ahora explicar lo más notable que hay en las impresiones comunes al cuerpo entero; es á saber: la causa de lo que hay de agradable y de penoso en esas mismas de que acabamos de hablar, y por qué ciertas impresiones hacen nacer, en las diversas partes del cuerpo, sensaciones acompañadas de placer y dolor. Comencemos por exponer por qué razones las impresiones son seguidas ó nó de sensacion (3), recordando lo que ántes dijimos de las cosas fáciles de mover; porque así es preciso proceder en la indagacion que nos proponemos.

Cuando un órgano, que por naturaleza se mueve fácilmente, llega á recibir una impresion, áun cuando sea ligera, esta impresion se trasmite á las partes que le rodean, y por estas á otras; de suerte que, llegando hasta el alma inteligente, ésta se penetra del poder del agente. Pero si el órgano es de naturaleza contraria (4), como entónces es estable y no da lugar á ninguna trasmision circular, sólo él es el impresionado, y no pone en movimiento nada de lo que le rodea; de suerte que no comunican unas partes á otras la primera impresion recibida, la cual subsiste inmóvil en el animal; el paciente queda insensible (5). Este último fenómeno tiene lugar en los

(1) La impresion de lo áspero.

(2) La impresion de lo liso.

(3) Hasta aquí Platon habia casi confundido la impresion y la sensacion; pero ahora las distingue profundamente.

(4) Es decir, difícil de mover.

(5) Así pues, resultan dos especies de impresiones; las que

huesos, en los cabellos, y en todas las partes de nuestro cuerpo, compuestas principalmente de tierra; mientras que el primero se observa en la vista y el oído, sentidos en los que el fuego y el aire desempeñan un gran papel.

Veamos ahora cómo es preciso concebir el placer y el dolor. La impresión contra naturaleza y violenta, si tiene lugar repentinamente y con fuerza, es dolorosa. La impresión, que vuelve las cosas á su estado natural, si tiene también lugar repentinamente y con fuerza, es agradable (1). La que se produce suavemente y poco á poco, es insensible. Lo contrario sucede en las impresiones contrarias. Pero siempre que una impresión se produce con facilidad, es perfectamente sensible, sin participar nada, ni del placer ni del dolor (2). Tales son las impresiones que se refieren al fuego visual, el cual forma, como se ha dicho, durante el día, un cuerpo estrechamente unido á

son seguidas de sensación, y las que no lo son. Las impresiones seguidas de sensación, son las que van desde el órgano hasta el alma; las impresiones no seguidas de sensación, son las que se extinguen en el órgano. Las impresiones caminan hasta el alma, cuando el órgano se presta al movimiento que las trasmite; se extinguen en el órgano, cuando éste no se presta á esto.

(1) Por lo tanto, para que la sensación sea dolorosa, es preciso tres cosas: primera, que sea fuerte y brusca; segunda, que encuentre resistencia en los órganos; tercera, que sea contraria á su naturaleza. Las dos primeras son las condiciones del dolor; la tercera constituye su esencia.

La sensación agradable está sometida á las mismas condiciones. Debe ser igualmente fuerte y brusca; debe encontrar resistencia en los órganos; pero el placer, contrario al dolor, tiene la esencia contraria, puesto que restablece los órganos á su estado natural.

Esta misma teoría del placer y del dolor se encuentran en el *Filebo* y en el libro IX de la *República*.

(2) Como la impresión no encuentra resistencia en el órgano, como no le saca con violencia de su estado natural, ni le restablece tampoco con violencia, no hay ni placer, ni dolor. Sin embargo, si la impresión, que ha partido del cuerpo, llega hasta el alma, hay sensación.

nuestro cuerpo. Ni cortaduras, ni quemaduras, ni otras afecciones del mismo género le hacen experimentar dolor alguno (1), ni siente tampoco placer, cuando vuelve á su forma primitiva. Nosotros, sin embargo, tenemos sensaciones muy vivas y muy claras (2), segun que el fuego visual recibe tal ó cual impresion, y que en su emision encuentra tal ó cual objeto; y es que él se separa y se reúne sin ninguna especie de violencia. Por el contrario, los cuerpos compuestos de partes más grandes, cediendo con dificultad al agente y trasmitiendo los movimientos recibidos á todo el animal, experimentan placer y dolor; dolor, cuando son alterados; placer, cuando vuelven á su estado primitivo. Todos los órganos, cuyas pérdidas y evacuaciones se verifican con lentitud, y que reciben bruscamente partes nuevas y numerosas, insensibles á la salida de los elementos antiguos, sensibles á la salida de los nuevos, no causan ningun dolor al alma mortal, y lá procuran grandes placeres. Esto es precisamente lo que sucede con los olores buenos. Los órganos que, por el contrario, se alteran de repente y con fuerza, y que vuelven con dificultad y poco á poco á su primer estado, son el asiento de sensaciones opuestas á las precedentes (3). Esto es precisamente lo que tiene lugar en las quemaduras y cortaduras del cuerpo.

Quedan expuestas las impresiones comunes á todo el

(1) Un médico célebre de nuestros tiempos (Magendie) ha probado que el nervio óptico, tocado por un instrumento agudo y cortante como la hoja de un cortaplumas, no trasmite al alma ninguna impresion dolorosa, y si sólo sensaciones de color. ¿Platon no se parece aquí á esos adivinos de que habla en varios pasajes, que anuncian la verdad, pero sin comprenderla?

(2) Platon no sólo reconoce sensaciones indiferentes, sino que las considera como las más claras, porque el placer y el dolor ponen obstáculos al conocimiento y ofuscan el espíritu.

(3) Es decir, no procuran ningun placer al alma mortal, y la causan grandes dolores.

cuerpo (1), y los nombres dados á sus causas (2). Ahora debemos dar á conocer, segun podamos, las impresiones propias de ciertas partes del cuerpo (3), y las causas que las hacen nacer.

Pongamos por lo pronto en claro, en cuanto sea posible, lo que hemos omitido ántes al hablar de los jugos; á saber: las impresiones particulares que se refieren á la lengua (4). Es claro, que estas impresiones, como la mayor parte de las otras, resultan de ciertas contracciones y expansiones; pero además de esto, ellas están más estrechamente ligadas que las demás á lo áspero y á lo liso. En efecto, cuando partes compuestas de tierra y líquidas se introducen por las pequeñas venas, que, á manera de mensajeros, van de la lengua al corazon, y encuentran las partes húmedas y tiernas de la carne, estrechan y desecan las venas, y nos parecen agrias, si son más ásperas; acedas, si lo son menos. A las que son detergentes, que lavan toda la superficie de la lengua, y que á causa de su accion excesiva la arrancan algo y disminuyen su sustancia, como hace el nitro, se las llama amargas. Las que tienen en menor grado la propiedad del nitro y limpian moderadamente la lengua, nos parecen saladas sin amargura, y más amigas de nuestra naturaleza. Las que se calientan y ablandan mediante la temperatura de la boca, y despues de haber recibido de ella el fuego y el calor, la quemán á su vez, y se suben por su ligereza hácia las partes superiores de la cabeza despedazando todo lo que encuentran, á causa de estas propiedades, se las llama picantes. Su-

(1) Así como las sensaciones que las siguen, y el placer y el dolor que se mezclan con ellas.

(2) Es decir, á las cualidades de los cuerpos.

(3) Esto es, las impresiones de los sentidos que se ejercen por órganos particulares, tales como los ojos, en oposicion al tacto, que se ejerce por todo el cuerpo en general.

(4) Es decir, las impresiones y sensaciones del gusto.

cede algunas veces, que estas partes, aminoradas por la putrefaccion, penetran en las venas estrechas; encuentran en ellas partes terrosas y partes de aire en cierta proporcion, las mezclan agitándolas; despues de mezcladas todas estas partes, se encuentran, se infiltran las unas en las otras, forman vacíos, extendiéndose en torno de las partes que entran en las venas; y entónces, haciéndose el líquido cóncavo y extendiéndose alrededor del aire, tan pronto terroso, como puro, se forman vasos redondos y huecos, compuestos de agua y llenos de aire, de los cuales unos, los puros, parecen como transparentes y llevan el nombre de ampollas; otros, los terrosos, se agitan y remontan, y se los designa con los nombres de levadura y fermentacion. La causa de todas estas impresiones es lo que se llama lo ácido. La impresion contraria á todas las precedentes (1), procede de una causa contraria. Cuando las partes, que entran líquidas, son de tal manera, que convienen á la naturaleza de la lengua, si ésta se halla irritada, la calman; si está dilatada, la estrechan; si está contraída, la ensanchan; restableciéndola de esta manera á su estado natural. Este remedio universal de las impresiones violentas, agradable y estimado por todos los hombres, es lo que se llama lo dulce.

Tales son los sabores. El sentido que se ejercita por la nariz no tiene especies determinadas. ¿Por qué? Porque el género de los olores es imperfecto, puesto que ningun cuerpo está proporcionado de manera que tenga un olor. Las venas, afectadas por el olor, son demasiado estrechas para las partes de tierra y de agua, y demasiado anchas para las partes de fuego y de aire. Así es que nadie ha encontrado olor á estas partes, y para ser odoríferas, es preciso que se mojen, ó que se pudran, ó que se fundan, ó

(1) A lo agrio y á lo acedo, á lo amargo, á lo salado, á lo picante, á lo ácido, Platon opone una sola impresion, la de lo dulce.

que se volatilicen. Cuando el agua se convierte en aire ó el aire en agua, el olor se forma en el tránsito de cada uno de estos cuerpos al otro, y no es ni más ni ménos que un humor ó un vapor. Lo que siendo aire, se convierte en agua, es lo que se llama vapor; lo que siendo agua, se convierte en aire, es lo que se llama humor. De aquí procede, que los olores son más finos que el agua, y más gruesos que el aire. Esto es lo que manifiestamente sucede, cuando un hombre poniendo un obstáculo á su respiracion (1), otro aspira con fuerza el hálito del primero; ningun olor se mezcla con el aire, y el soplo llega completamente inodoro. Se han distinguido sólo dos géneros de olor, cuyas variedades no han recibido nombre, porque no se componen de un mayor ó menor número de especies simples; y estos dos géneros, que aparecen en claro, han sido llamados lo agradable y lo desagradable; el uno irrita y atormenta toda la cavidad, que se extiende desde la coronilla de la cabeza hasta el ombligo; y el otro acaricia esta misma parte y la restituye con un sentimiento de placer á su estado natural.

Un tercer sentido (2), un tercer órgano, se ofrece á nuestro exámen, que es el oído. ¿Cuáles son las causas de las impresiones que á él se refieren? Hé aquí lo que tenemos que explicar. Digamos, en general, que el sonido es un impulso trasmitido por el aire, á través de los oídos, del cerebro y de la sangre (3) hasta el alma. El movimiento producido de esta manera, que parte de la cabeza y termina en la region del hígado, es la impresion del oído (4). Si el movimiento es rápido, el sonido es agudo; si es lento, el sonido es grave; si es uniforme, el so-

(1) La de una mordaza, por ejemplo. Véase la nota CXXI de M. Martin.

(2) Particular, sin contar el sentido general, el tacto.

(3) Es decir, á través de las venas.

(4) Que se hace sensacion del oído al llegar al alma.

nido es igual y dulce, y es rudo en el caso contrario. En cuanto á la armonía entre unos y otros sonidos, es asunto que trataremos más adelante.

Resta un cuarto sentido, un cuarto órgano, en el que es preciso distinguir mil variedades, que llamamos colores; especie de llama que sale de los cuerpos, y cuyas partículas, proporcionadas al fuego de la vista, se unen á él para producir la sensación. Las causas y el origen del fuego visual han sido precedentemente explicadas, y es llegado el momento de dar razón de los colores de la manera más verosímil. De las partículas que se desprenden del cuerpo y vienen á encontrar al fuego visual, unas son más pequeñas que las partes del fuego visual, otras son más grandes y otras iguales. Las partículas iguales no causan sensación, y se las llama transparentes; pero las que son más grandes y más pequeñas, las unas contraen, las otras dilatan, el fuego visual, obrando sobre él como obran lo caliente y lo frío sobre la carne, y como lo agrio y todas las sustancias activas que hemos llamado pican-tes sobre la lengua. Lo blanco y lo negro son impresiones análogas á las precedentes, pero relativas á un órgano distinto, y por esta razón nos parecen diferentes. Es preciso definir las de esta manera: lo blanco es lo que dilata el fuego visual, y lo negro lo que tiene la propiedad contraria. Cuando el fuego exterior, encontrando el de la vista con un movimiento más rápido, le dilata hasta los ojos, cuyas aberturas disuelve y divide violentamente y hace correr esta mezcla de fuego y agua, que llamamos lágrimas; cuando el fuego visual, á su vez, sale al encuentro y salta como la llama de un relámpago; cuando el fuego, que se introduce de la parte de fuera, se extingue en la humedad del ojo; cuando, en fin, mil colores nacen de estas combinaciones, entónces decimos que la impresión experimentada es la del rayo, y llamamos brillante y resplandeciente á la causa que lo produce. Hay otro género de fuego, inter-

medio entre los precedentes que llega hasta el líquido contenido en los ojos, que se mezcla con él, que no brilla, pero que por su esplendor, combinado con esta humedad en que penetra, presenta el color de la sangre, y es lo que llamamos lo encarnado. Lo brillante, unido á lo encarnado y á lo blanco, da origen al color leonado. La proporción de esta mezcla, aunque se supiese, no sería prudente decirla, puesto que no se puede dar de ella una razón cierta, ni aún probable. Lo encarnado, combinado con lo negro y lo blanco, produce el color púrpura. La misma composición, más encendida y con una dosis mayor de negro, produce un color más oscuro. Lo rojo es una mezcla de lo leonado y de lo moreno. Lo moreno, de lo blanco y de lo negro. Lo amarillo, de lo blanco y de lo leonado. Lo blanco, unido á lo brillante y cayendo en lo negro recargado, da origen al azul oscuro. Éste, combinado con el blanco, da el azul claro; y lo rojo combinado con lo negro, da el verde. Con respecto á los demás colores, estos ejemplos dejan ver suficientemente, por qué mezclas se puede dar razón de su formación de una manera verosímil. Pero si se intentase verificar estas indicaciones mediante la experiencia, se desconocería la diferencia que separa la naturaleza humana de la divina. Son tales la esencia y el poder de la divinidad, que es para ella un juego el reunir una multitud de elementos; siendo así que no hay hombre, ni le habrá jamás, que sea capaz de realizar ni una ni otra de estas operaciones.

Estos son los principios que existían por virtud de la necesidad, y el Artífice de lo mejor y más bello, que existe, tomó estos elementos de entre las cosas que devienen ó tienen comienzo, cuando engendró el dios que se basta á sí mismo, porque es perfecto (1). Se sirvió de ellos, como causas auxiliares, para ejecutar sus designios, y

(1) Es decir, el cielo ó el mundo.

él, por su parte, se esforzó en formar todas sus obras á imágen del bien. Hé ahí por qué es preciso que distingamos dos clases de causas, la una necesaria, la otra divina; y que indaguemos en todas las cosas la causa divina, á fin de obtener una vida dichosa en la medida que permite nuestra naturaleza, pero sin despreciar la causa necesaria por respetos á la otra; debiendo estar persuadidos de que sin ellas jamás seremos capaces de comprender este supremo objeto de nuestros estudios y de nuestros deseos; ni, por consiguiente, de poseerle y de participar de él en cierta manera.

Ahora que, á manera de obreros, hemos reunido en estos dos géneros de causas los materiales necesarios para acabar el tejido de nuestro discurso, apresurémonos á volver al punto de partida, á recorrer de nuevo el camino andado, y llevemos esta discusion al fin y al término que le convienen (1).

Como dijimos al principio, todas las cosas estaban en desórden, cuando Dios puso en cada una, tomada aparte, y en todas, tomadas en junto, toda la medida y toda la armonía que estaban en su poder, y que la naturaleza de aquellas consentia. Porque ántes ninguna de ellas mostraba el menor rastro de este órden, como no fuera por casualidad; y en general puede decirse que nada merecia ser llamado con los nombres con que hoy dia designamos las cosas, tales como el fuego, el agua y otras. Dios, por lo pronto, puso órden en esta confusion; despues se sirvió de todo ello para formar este universo, animal único, que encierra todos los animales mortales é inmortales. Él mismo fué el artífice de los animales divinos; pero respecto á los animales mortales, encargó á sus propios hijos el cuidado de producirlos.

(1) Aquí comienza lo que puede llamarse la tercera parte de este diálogo.

Estos dioses siguieron el ejemplo de su padre. Habiendo recibido de sus manos el principio inmortal del alma, construyeron y dieron á ésta un cuerpo mortal, como un carro, para conducirla. En este mismo cuerpo colocaron además otra especie de alma, la que es mortal, asiento de las pasiones violentas y fatales; por lo pronto, el placer, el mayor cebo para el mal; despues el dolor, que nos aleja del bien; la audacia y el temor, imprudentes consejeros; la cólera, rebelde á la persuasion; la esperanza, que se deja seducir por la sensacion irracional y por el amor desenfrenado. De todas estas cosas, mezcladas segun las leyes de la necesidad, compusieron la especie mortal. Por temor de manchar el principio divino más de lo necesario, señalaron al alma mortal una estancia distinta en otra parte del cuerpo, despues de haber colocado como un istmo y un límite entre la cabeza y el pecho, el cuello, para separarlos.

En el pecho y en lo que se llama torax sujetaron el género mortal del alma. Pero como en esta alma habia todavía una parte mejor y otra peor, dividieron en dos estancias la cavidad del torax, al modo como se hace para separar el departamento de las mujeres del de los hombres, y pusieron en medio el diafragma á manera de tabique. La parte del alma, que participa del ardor viril y del valor, dispuesta á atrevidas empresas, la colocaron más cerca de la cabeza, en el intervalo que média entre el diafragma y el cuello, á fin de que, subordinada á la razon y de acuerdo con ella, comprimiese mediante la fuerza los deseos violentos, cuando no se sometian espontáneamente á las órdenes que la razon les envia de lo alto de su ciudadela. El corazon, nudo de las venas y origen de la sangre que se derrama desde allí con fuerza por todos los miembros, fué colocado en la estancia de estos satélites de la razon; á fin de que, siempre que el alma belicosa se irrite, advertida por la razon de que se va á rea-

lizar alguna accion injusta bajo la influencia de las excitaciones exteriores ó de las pasiones de dentro, el corazon trasmite sobre la marcha, por todos los canales y á todas las partes del cuerpo, los consejos y las amenazas de la razon, para que todas estas partes se sometan á ella y sigan exactamente el impulso recibido, y que se asegure la autoridad de aquello que es lo mejor que existe en nosotros. Y despues, como el corazon debia estremecerse en la espera del peligro y en el calor de la cólera, y como sabian de antemano que todo este furor tendria su causa en la accion del fuego, los dioses vinieron en auxilio del corazon; formaron y colocaron sobre él el pulmon, órgano blando y desprovisto de sangre, y que además está lleno interiormente de poros, como una esponja, á fin de que, recibiendo el aire y las bebidas, refrescase el corazon, le calmase y le aliviase del calor en que arde. Hé aquí por qué dirigieron los conductos de la traquearteria hácia el pulmon, y colocaron á éste próximo al corazon, á manera de una blanda almohada; á fin de que, cuando la cólera hiciese latir el corazon con fuerza, encontrase éste un órgano que cede ante él y lo refresca, y pudiese obedecer con ménos fatiga á la razon al mismo tiempo que al alma belicosa.

Con respecto á la parte del alma, que desea los alimentos y las bebidas, cosas todas que constituyen una necesidad, atendida la naturaleza del cuerpo, los dioses la colocaron en la region que se extiende desde el diafragma hasta el ombligo. Construyeron en todo este espacio como una despensa, donde el cuerpo pudiese encontrar su alimento. Le encadenaron allí como una bestia feroz, que era necesario alimentar, si la raza mortal habia de subsistir. Para que pudiese alimentarse sin cesar en tal departamento, y para que, estando situada lo más léjos posible del alma, que tiene el gobierno, causase la menor turbacion y el menor ruido posible, y pudiese escoger en paz el

partido más prudente consultando el interés comun; los dioses, por todos estos motivos, la redujeron á ocupar este puesto. Vieron que no estaba en su naturaleza el comprender la razon de las cosas; que si llegaba á experimentar alguna sensacion, no se molestaria en indagar las causas; que dia y noche se dejaria seducir por imágenes y fantasmas, y entónces, con la idea de prestarle auxilio, los dioses formaron el hígado, y lo colocaron en su misma estancia. Le hicieron denso, liso, brillante, suave, y le dieron al mismo tiempo amargor, á fin de que el poder del pensamiento, al salir de la inteligencia, fuese á reflejar sobre su superficie, como sobre un espejo, que, recibiendo las impresiones de los objetos, presenta á la vista las imágenes. De esta suerte el pensamiento sujeta esta tercera alma y la amedrenta con sus amenazas, cuando, utilizando la parte amarga del hígado, la derrama ó esparce sutilmente por el órgano entero, que toma el color de la bilis; le estrecha y le comprime; le hace áspero y le cubre de arrugas; y entónces tambien, doblando el gran lóbulo que estaba recto, contrayéndole, cerrando y obstruyendo las puertas y los depósitos del hígado, nos causa dolor y disgusto. Pero cuando una inspiracion serena, nacida de la inteligencia, pinta en el hígado imágenes contrarias; cuando deja en reposo la parte amarga, evitando mover y tocar nada que contrarie su naturaleza; cuando utiliza y se sirve de la dulzura contenida en el hígado; cuando restituye á las partes del mismo su posicion recta, su lisura y su libertad; entónces hace gozosa al alma, que habita cerca del hígado, y le da durante la noche la calma y la tranquilidad; y durante el sueño, le da la adivinacion, que ocupa el lugar de la razon y de la sabiduría, de que no participa.

De este modo, los autores de nuestro sér (1), teniendo

(1) Los dioses subalternos.

en cuenta las órdenes de su padre, que mandó dar á la raza mortal toda la perfeccion posible, organizaron de un modo excelente hasta la parte inferior de nuestra naturaleza; y para que pudiese al ménos vislumbrar la verdad, le dieron la adivinacion. Es evidente que la adivinacion no es más que un modo de suplir la imperfeccion intelectual del hombre. En efecto, nadie en el pleno ejercicio de la razon, ha llegado nunca á una adivinacion inspirada y verdadera, porque para esto es preciso que el pensamiento esté entorpecido por el sueño, ó extraviado por la enfermedad ó por el entusiasmo (1). Pero al hombre sano es á

(1) Esta teoría es muy diferente de la de Hipócrates, que, sin ser verdadera, es por lo ménos mucho más probable. Hipócrates admite la adivinacion en el sueño, mediante el sueño, y hé aqui cómo lo explica.

El sueño es un fenómeno exclusivamente corporal que sólo afecta al cuerpo. El cuerpo es el que duerme y sólo el cuerpo. En cuanto al alma, ella vela en el cuerpo dormido, como vela en el cuerpo despierto. El alma vela siempre.

Durante el sueño del cuerpo, el alma realiza todas las operaciones de la vigilia. Piensa, conoce las cosas sensibles, es decir, ve, escucha, percibe en general sin los órganos de los sentidos; se mueve, marcha; se regocija, se aflige, se irrita, experimenta indistintamente todas las pasiones. El alma vela como de ordinario; la única diferencia es que vela sola.

Peró esta diferencia produce otra de más consideracion y más ventajosa para al alma. Cuando el cuerpo vela, la existencia del alma aparece como repartida entre cuerpo y alma; el alma no está enteramente consagrada á sí misma. Es preciso, en efecto, que el alma provea á las necesidades del cuerpo y á su satisfaccion; es preciso que preste su auxilio á los cinco sentidos; es preciso que se emplee en mover los nervios; es preciso que preste su atencion á mil asuntos. Pero si el cuerpo duerme, el alma se pertenece á sí misma, es independiente y dueña absoluta en sus departamentos; piensa por sí misma y para sí misma, con una claridad, una extension y un poder extraordinarios. Así es, que el que pudiese conocer estos pensamientos, es decir, estos sueños, y pudiese interpretarlos, podria reputársele como el sabio entre los sabios.

quien toca examinar las palabras pronunciadas durante el sueño ó la vigilia, cuando el espíritu es trasportado por la adivinacion ó por el entusiasmo; discutir y someter á la prueba del razonamiento las visiones y las apariciones; é indagar cómo y para quiénes anuncian un bien ó un mal presente, pasado ó futuro. El que ha estado delirando y aún le dura el delirio, no se halla en estado de juzgar sus propias visiones y sus propias palabras; y se ha dicho con razon, hace ya mucho tiempo, que sólo el sabio obra bien, se conoce á sí mismo, y sabe lo que le concierne. Ved por qué la ley ha instituido los profetas, jueces de las adivinaciones inspiradas. A veces se los llama adivinos, ignorando que en realidad son los intérpretes de las palabras y de las visiones enigmáticas, y que léjos de ser adivinos, su verdadero nombre es el de profetas de las cosas reveladas por la adivinacion (1). Tal es, pues, la razon de la naturaleza del hígado, y del lugar en que ha sido colocado; á saber, la adivinacion. Durante la vida, presenta los signos más claros de este hecho; privado de la vida, se hace oscuro: y los indicios que suministra aparecen demasiado borrados, para que puedan deducirse presagios ciertos (2).

(1) M. Martin observa, con razon, para dar claridad á este pasaje, que la palabra *προφήτης* significa etimológicamente el que *proclama las predicciones* y no *el que preve el porvenir*.

(2) Es interesante hacer ver el curso y progreso de las ideas sobre la adivinacion desde Platon hasta Aristóteles. A nuestro parecer, nada más sensato en esta materia, que el pequeño tratado, *De la adivinacion en el sueño*, de Aristóteles.

Se cree generalmente, dice Aristóteles, que los ensueños nos son enviados por los dioses como avisos para el porvenir. Que los dioses nos envíen nuestros ensueños, puede admitirse en el sentido que todo nos viene de ellos; pero que quieran por este medio revelarnos los acontecimientos futuros, hay mucha dificultad en creerlo. Independientemente de otros mil absurdos que envuelve esta suposicion, resultaria el siguiente: que los dioses concedian

En cuanto á la víscera vecina, oid la razon de su formacion y del lugar que ocupa al lado izquierdo. Su mi-

este favor á los hombres ménos dignos, y lo mismo á los animales, porque los animales sueñan.

Sin embargo, nuestros ensueños se refieren á veces y hasta con frecuencia á sucesos que sobrevienen.

Aristóteles reconoce este hecho, y le explica muy filosóficamente. Estas relaciones entre los ensueños y los sucesos subsiguientes son casi siempre meras coincidencias. No es porque yo sueño el que el suceso tenga lugar, ni el que el suceso tenga lugar es causa de que yo sueñe, sino que por una coincidencia completamente fortuita yo tengo tal sueño y tal suceso se realiza. ¿Y deberá sorprender esta coincidencia? Lo sorprendente seria, que siendo tantos los sueños que tenemos, y tantos los hechos que se realizan, no tuvieran lugar nunca estas coincidencias accidentales.

Ahora, en ciertos casos particulares, la relacion que se observa entre tal sueño y tal suceso, no es una simple coincidencia, porque puede suceder que el sueño sea la causa ó el signo del suceso.

Hé aqui cómo puede naturalmente ser la causa. Todos saben muy bien cuánto no influyen los pensamientos y las acciones de la vigilia sobre los pensamientos y las acciones del sueño, es decir, sobre los ensueños; ¿por qué la recíproca no ha de poder ser verdadera? ¿Y no se concibe que nuestro sueño pueda tener una influencia real, aunque sin darnos cuenta de ella, sobre nuestras determinaciones y sobre nuestras acciones de la vigilia? ¿No pueden ciertos sueños poner nuestro espíritu en tal ó cual predisposicion? ¿No pueden ciertos sentimientos que nos han agitado vivamente poner nuestra voluntad en tal ó cual direccion? Esto aparecerá incontestable á cualquiera que reflexione en ello.

Los sueños pueden igualmente ser señal de las afecciones mórbidas, que se declaran más tarde en el que sueña. En efecto, nuestras enfermedades son evidentemente precedidas por toda clase de movimientos insólitos en nuestra organizacion. Estos movimientos son muchas veces imperceptibles durante el dia y la vigilia, porque se ven como borrados y como cubiertos por movimientos más considerables y por impresiones más vivas. Pero durante la noche y el sueño, estos pequeños movimientos, á falta de otros, nos parecen muy grandes, y estas débiles impresiones muy enérgicas. Así es como se imagina uno oír los truenos y los rayos, sólo con que haya llegado al oído un pequeño ruido; se cree

sion consiste en mantener el hígado siempre puro y brillante, como una esponja, destinada á limpiar un espejo, y siempre dispuesto á llenar este oficio. Por esta razon, cuando estando enfermo el cuerpo, el hígado se encuentra sucio, la sustancia esponjosa del bazo que está hueco y sin sangre, recibe estas impurezas y vuelve al órgano su primera limpieza. Lleno de estas impurezas, el bazo se agranda y se infla; pero desde el momento en que el cuerpo recobra la salud, vuelve á su volúmen natural.

En cuanto á la naturaleza del alma, á la distincion entre una parte mortal y otra parte divina, á su separacion y á su localizacion, y en cuanto á las razones que han determinado esta distribucion, para poder decir: hé aquí la verdad, seria preciso haberlo aprendido de Dios mismo. Pero por lo menos, que deben tenerse por probables todas estas consideraciones, es lo que tanto más se puede afirmar, cuanto más en ello se reflexiona. Prosigamos, pues, nuestros estudios, siguiendo el mismo método. Es preciso que acabemos de explicar la formacion del cuerpo. Hé aquí el razonamiento segun el que se puede conocer mejor su estructura.

Los autores del género humano sabian la intemperancia con que nos arrojaríamos á comer y beber, y que en nuestra glotonería iríamos más allá de lo conveniente y de lo que reclaman nuestras necesidades. Para alejar de nosotros las enfermedades y la muerte, y para que la especie mortal no pereziese desde el instante de su nacimiento, los dioses previsores hicieron lo que se llama el

tocar con un brasero encendido con sólo tener un pequeño escozor en cualquier parte del cuerpo. El sueño entónces es un verdadero síntoma, y si se quiere un aviso.

Hé aquí la verdad sobre los ensueños y su extension; el que crea hallar en esto otra causa que un signo en los casos particulares que acabamos de citar, y una coincidencia en todos los demás, es víctima de su imaginacion y de su credulidad,

bajo vientre, para que sirviera de receptáculo al sobrante de las bebidas y de los alimentos. Colocaron los intestinos formando circunvoluciones, temerosos de que si pasaba el alimento con excesiva rapidez, el cuerpo experimentaría demasiado pronto la necesidad de un nuevo alimento; y esta insaciable avidez y esta glotonería habrían hecho á nuestra especie incapaz para la filosofía, extraña á las musas é indócil con relacion á la parte divina de nosotros mismos.

Sobre los huesos, la carne y las demás cosas de esta naturaleza, hé aquí lo que debemos decir. Todas tienen su principio en la formación de la médula. Por estar ligados á la médula, es por lo que los lazos de la vida, mediante los cuales el alma está unida al cuerpo, son como las raíces de la especie mortal; en cuanto á la médula misma, proviene de diversos elementos. Dios tomó, entre los triángulos, aquellos, que siendo primitivos, regulares y lisos, fuesen capaces de producir lo más exactamente el fuego, el agua, el aire y la tierra; los separó de los géneros á que pertenecían; mezcló en debida proporción los unos con los otros; y preparando así la semilla universal de la especie mortal, formó la médula. En seguida plantó en la médula y unió á ella todos los géneros de almas, y como debía recibir (1) diferentes formas y diferentes figuras, la dividió desde esta primera operación, en estas mismas formas. Una parte debía, como un campo fértil, encerrar la semilla divina; la redondeó por todas partes, y dió á esta porción de la médula el nombre de encéfalo; porque, la cabeza (2) sería, en el animal completo, como la

(1) De los huesos, de las cubiertas óseas en que debía estar ella encerrada.

(2) Κεφαλή y de aquí ἐγκέφαλον. Llamó esta porción de la médula ἐγκέφαλον, porque debía estar encerrada en la bóveda óseosa llamada κεφαλή; y redondeó esta porción de la médula, porque ésta bóveda óseosa era redonda; lo que confirma la explicación dada en la nota precedente.

vasija que habria de contenerla. La otra parte de la médula, destinada á servir de asiento al alma mortal, fué dividida en formas redondas y anchas, y retuvo el nombre de médula en toda su extension. Dios ligó á ella, á manera de anclas, los lazos de la vida (1), construyendo todo el cuerpo en torno de la misma, despues de haberla puesto al abrigo mediante una cubierta ósea.

Compuso los huesos de la manera siguiente. Despues de haber acribado una tierra pura y suave al tacto, la roció y la deslió con la médula; la expuso al fuego y la templó en el agua; volvió á exponerla al fuego y á templarla en el agua; y mediante esta doble operacion, muchas veces repetida, la hizo de modo que no pudiera ser disuelta ni mediante el fuego, ni mediante el agua. Lo primero que hizo con esta composicion, fué construir alrededor del cerebro una esfera ósea, dejándola una estrecha abertura. En seguida, para proteger la médula del cuello y de la espalda, formó vértebras, colocando las unas encima de las otras, á manera de ejes, desde la cabeza hasta la extremidad del tronco. Puso igualmente en seguridad la esperma, que queda encerrada (2) en un recinto óseo, que tuvo cuidado de proveer de articulaciones, y recurrió á una sustancia de la naturaleza de lo otro (3),

(1) Estas ataduras ó lazos de la vida, ligados á la médula oblongada y á la médula espinal, no pueden ser los nervios, cuya naturaleza desconocian completamente Platon y Aristóteles, confundiéndolos generalmente con los tendones y ligamentos. Un poco más adelante, Platon explica la formacion de los nervios y les atribuye un uso muy distinto. Se trata, pues, de lazos invisibles é imaginarios. Sea esto lo que quiera, la mision que Platon atribuye al cerebro y á la médula en la produccion de los fenómenos de la vida y del pensamiento es muy notable, y ha llamado con justicia la atencion de nuestros modernos fisiólogos.

(2) Platon, como los pitagóricos, considera la esperma como una emanacion del cerebro y de la médula.

(3) ¿Se trata de la sinovia, como sospecha M. Martin?

que colocó en medio de estas articulaciones, á fin de hacerlas más propias para los diversos movimientos é inflexiones.

Pero Dios pensó que los huesos son demasiado secos y demasiado duros naturalmente, y que, bajo la influencia de las alternativas de lo caliente y de lo frio, se gastarían y corromperían la semilla que encierran, y entónces formó los nervios y la carne; los nervios, para ligar unos miembros á otros, y por medio de su tension y su relajamiento alrededor de las vértebras procurar al cuerpo la facultad de doblarse y enderezarse; la carne, para defenderle contra los excesivos calores, garantizarle contra los frios excesivos, y preservarle en las caidas, á manera de un vestido embutido de lana. Porque la carne cede suave y fácilmente al choque de los cuerpos, y contiene en su sustancia un líquido caliente, que exhala y transpira en el estío, proporcionando á todo el cuerpo una frescura natural, y en el invierno lo defiende por su calor propio de la influencia del frio exterior. Considerando estas cosas, el autor de nuestro cuerpo mezcló en debida proporcion agua, fuego y tierra; añadió á esta mezcla una levadura, compuesta de partes agrias y saladas, y formó de esta manera la carne blanda y llena de jugo. En cuanto á los nervios, los compuso combinando huesos y carne sin levadura, lo que produjo una nueva sustancia intermedia entre las otras dos, á la que dió un color leonado. De esto resulta, que los nervios tienen una estructura más tensa y más viscosa que la carne, más blanda y más húmeda que los huesos. Dios rodeó los huesos y la médula con los nervios y con la carne, ligando con los nervios las diferentes partes del cuerpo, y cubriéndolas todas con la carne. Los huesos, que contenian más alma, recibieron una capa más delgada de carne; los que contenian menos alma, recibieron una capa más espesa. También las junturas de los huesos, en tanto que la razon no aconsejase obrar de otra manera,

fueron provistas de una pequeña cantidad de carne, porque esta sino, siendo un obstáculo á las inflexiones del cuerpo, le hubiera hecho pesado y difícil para moverse; porque una carne compacta, maciza y apretada, hubiera á causa de su densidad impedido la sensacion, adormecido la memoria y paralizado la inteligencia.

Hé aquí por qué los muslos, las piernas, las caderas, los brazos y ante-brazos, todos los huesos no articulados, todos los que, encerrando poca alma en la médula, están vacíos de pensamiento; hé aquí, repito, porque todos estos huesos han sido cubiertos con mucha carne; y por el contrario, las partes que sirven más al pensamiento, son ménos carnosas, á no ser cuando ha querido Dios componer de carne un órgano de sensaciones, tal como la lengua. Pero la regla general es la que dejamos consignada. Ningun sér, formado y desenvuelto conforme á las leyes naturales, puede unir á huesos abultados y á una carne maciza la finura y la delicadeza de las sensaciones. Porque, más que parte alguna del cuerpo, la cabeza era acreedora á haber reunido estas tres ventajas, si hubieran sido compatibles; y el género humano, con una cabeza carnosa, nerviosa y fuerte, hubiera alargado su vida dos veces, cien veces más que lo que hoy dura, y hubiera estado ménos sujeta á enfermedades y dolores. Pero, los artífices de nuestro sér, comparando una vida más larga, pero peor, con una vida más breve, pero mejor, creyeron que valia más vivir bien poco tiempo, que vivir mal mucho. Fundados en esto, formaron la cabeza de un hueso delgado; y como no tenia que doblarse, no le dieron ni carne ni nervios. De aquí nace, que ninguna parte del cuerpo humano es más débil que la cabeza, pero ninguna es tampoco más apta para las sensaciones y para el pensamiento.

De la misma manera y por los mismos motivos, Dios juntó los nervios á la extremidad (inferior) de la cabeza,

los reunió simétricamente alrededor del cuello, y ligó con ellos la parte inferior de las quijadas por bajo de la cara; los demás nervios, los dispersó entre todos los miembros, para unir unas articulaciones con otras. En cuanto á la boca, los dientes, la lengua y los labios, los divinos ordenadores arreglaron todas estas cosas, como lo están hoy dia, consultando á la vez la necesidad y el bien; la necesidad, para la entrada; el bien, para la salida. Porque la necesidad exige, que al cuerpo se le den alimentos para nutrirse; y el chorro de palabras, que sale de nuestros labios y que sirve para el desenvolvimiento de la inteligencia, es el más precioso y el mejor de los arroyos.

Pero la cabeza no podia ni quedar con su caja ósea desnuda, expuesta sin defensa á la intemperie de las estaciones, ni recibir por abrigo una masa de carne, que la hubiera hecho estúpida é incapaz para las sensaciones. Por esta razon, en la superficie de la carne, siempre húmeda, se formó una corteza, que se distingue de ella y que es lo que llamamos piel. Esta piel, creciendo y desenvolviéndose á causa de la humedad del cerebro, ocupó bien pronto toda la cabeza. Infiltrándose la humedad al través de las junturas del cráneo, humedeció la piel y reunió las extremidades como con un nudo en la coronilla de la cabeza. Estas junturas ó costuras de formas muy diversas son el resultado del doble poder de los círculos del alma y del alimento; cuando estos dos movimientos se combaten más, las junturas son mayores; y cuando se combaten ménos, son más pequeñas.

La Divinidad, con el auxilio del fuego, abrió en esta piel, que rodea la cabeza, una multitud de poros. Agujereada de esta manera la piel, y esparramándose por aquí el humor, todo cuanto contenia de puro líquido y de puro calor desapareció; pero las partes que contenian elementos semejantes á los de la piel, elevándose por su propio

movimiento, se extendieron hácia fuera ténues como los poros por que salian; rechazados á causa de su pesantez por el aire exterior, volvieron hácia la piel, echando en ella raíces, y de este modo los cabellos nacieron en el tejido mismo de la piel. Se parecen á corregüelas de la misma sustancia de la piel, pero son más duras y más compactas merced á la accion del frio, que condensa los cabellos, enfriándolos cuando salen de la piel. Ved cómo y por qué causas el autor de nuestro sér nos dió una cabeza velluda, persuadido de que, mejor que la carne, los cabellos serian una cubierta ligera, que protegeria el cerebro, que le abrigaria contra los rayos del sol y contra el frio, sin oponer nunca dificultades á la vivacidad de la sensacion.

Los dedos están formados de nervios, de piel y de huesos entrelazados; de estas tres sustancias mezcladas, y desecadas despues, se compuso una piel dura que participa de todas tres (1). Estas son las causas segundas; pero la verdadera causa es la Providencia que lo ha hecho así, teniendo en cuenta el porvenir. Los autores del género humano sabian, en efecto, que de los hombres debian nacer las mujeres y los demás animales (2), y que los más de éstos tendrian necesidad de uñas para la mayor parte de las cosas que habrian de hacer. Por esta razon quisieron que las uñas comenzasen á formarse al mismo tiempo que el hombre, y aquí teneis la razon y los motivos de que nos dieran y formaran la piel, los cabellos y las uñas á la extremidad de los miembros.

Quando todas las partes y todos los miembros del animal mortal estuvieron unidos, como debia indispensablemente sacar la vida del fuego (3) y del aire, los dioses,

(1) Las uñas.

(2) Esta metempsicosis será expuesta más por extenso al fin del diálogo.

(3) El fuego, es decir, el calor.

temerosos de que no pareciese consumido ó disuelto por ellos, le procuraron al efecto un recurso. Crearon una nueva especie de séres, análoga á la especie humana, aunque con otras formas y otros sentidos, y que era como una especie distinta de animales. Son estos los árboles, las plantas, los granos, producidos y recogidos por la agricultura y sometidos á nosotros, porque primitivamente no existian más que especies salvajes, que son el origen de las especies domesticadas. Y en efecto, todo lo que participa de la vida, con razon debe llamarse un animal. Los séres de que hablamos participan ciertamente de la tercera especie de alma; de la que está colocada entre el diafragma y el ombligo; la que, privada de opinion, de razonamiento y de inteligencia, experimenta al ménos las sensaciones agradables y desagradables, así como los apetitos respectivos. Porque el vegetal constantemente experimenta todas estas impresiones, pero como toda su agitacion se reconcentra en él mismo (1); como se resiste á todo movimiento extraño, y sólo usa del que le es propio (2), no le es permitido razonar sobre lo que le es útil ó dañoso, ni tampoco conocerse á sí mismo. Vive á manera de un animal, pero vive inmóvil y arraigado en el suelo, porque está desprovisto de la facultad de trasladarse de un lugar á otro.

Cuando los dioses, que tan superiores son á nosotros, produjeron, para alimento de sus inferiores, todas estas especies (vegetales), abrieron canales en nuestro cuerpo, como se hace en los jardines, á fin de regarle como con la corriente de un arroyo. Hicieron, por lo pronto, dos conductos ocultos bajo la carne y la piel; á saber, las venas dorsales, que corresponden á los costados derecho é

(1) En su sustancia interior y en sus conductos interiores.

(2) Entiéndase por esto el movimiento del crecimiento y circulacion de los jugos.

izquierdo del cuerpo (1). Los extendieron á lo largo de la espina dorsal, con la médula genital en medio, á fin de que ésta tuviese el mayor grado de vigor posible, y que la sangre, regando el cuerpo de arriba á abajo, deramase en todas estas partes una gran humedad. Dividieron en seguida hácia la cabeza estas venas en muchas ramas, cruzaron unas con otras, dirigiendo las de la derecha hácia el lado izquierdo del cuerpo, las de la izquierdo hácia el lado derecho, y obtuvieron así un doble resultado; sirvieron ellas y la piel de lazo de union entre el resto del cuerpo y la cabeza, que no envuelven los nervios hasta la coronilla; y las impresiones de la sensibilidad, nacidas en partes opuestas, pudieron ser transmitidas por toda la extension del cuerpo. Por último, ved cómo hicieron circular el líquido (nutridor) por los canales. Comprenderemos mejor la explicacion que sigue, si comenzamos por observar que los cuerpos, compuestos de elementos más pequeños, retienen los que se componen de elementos más grandes, mientras que estos no pueden retener aquellos; y que el fuego es, entre todos los cuerpos, el que consta de partes más pequeñas; de donde se sigue que se escapa al través del agua, de la tierra y del aire, sin que nada pueda retenerlo.

Pues bien, esto es lo que pasa precisamente en nuestro vientre. Cuando entran en él los alimentos y las bebidas, los retiene, pero el aire y el fuego, que son más delicados que las partes de que el vientre se compone, no pueden ser detenidas por éste. Dios se sirve de ellos para hacer pasar el líquido (nutridor) del vientre á las venas (2).

(1) Galeno, *De los dogm. de Hipoc. y Plat.*, deshace el error de Platon, que confunde las artérias con las venas.

(2) Para la traduccion de la oscura y singular comparacion que sigue, adoptamos la interpretacion de M. Martin, y reproducimos su version casi palabra por palabra. Véase la nota CLXIX de sus *Estudios sobre el Timeo*.

Con el aire y el fuego compuso una red, semejante á una nasa, que tenia en su abertura dos bolsas interiores, siendo una de ellas tambien doble (1), y á partir de estas bolsas; extendió circularmente una especie de cordones hasta el extremo de la nasa y en toda su extension. Hizo de fuego el interior de la nasa, y de aire las bolsas; y tomando todo esto, lo colocó de la manera siguiente en el cuerpo del animal, formado por él. Puso la abertura de una de las bolsas en la boca, y como esta bolsa era doble, hizo bajar una parte por las artérias (2) al pulmon, y la otra al vientre (3), siguiendo el curso de las artérias. La segunda bolsa la dividió en dos, pero hizo pasar una y otra parte por los canales de la nariz, y la puso así en comunicacion con la primera. De esta manera, si la bolsa, que abre en la boca, cesase de funcionar, la otra llenaria los vasos de ésta al mismo tiempo que los suyos. El resto de la red (4) fué extendido por la cavidad de nuestro cuerpo. De estas disposiciones resulta que tan pronto el fuego de la nasa ó red corre suavemente por las bolsas compuestas de aire, como el aire de las bolsas refluye hácia la nasa; que el tejido todo de la nasa puede igualmente entrar y salir á la vez al través del cuerpo, que se presta á ello; que los rayos del fuego interior siguen el doble movimiento del aire (5) con que están mezclados; y, en fin, que todas estas operaciones no cesan un instante de realizarse, mientras subsiste el animal mortal. El que ha dado nombre á las cosas, ha dado á este doble

(1) Esta red es el pulmon; las dos bolsas son el exófago y la traquearteria, la cual se divide cerca del pulmon en dos ramas ó bronquios (Cousin).

(2) Por la traquearteria y las venas del pulmon.

(3) Por el exófago.

(4) El pulmon.

(5) Del aire, es decir, de la red que está compuesta tambien de aire.

fenómeno los nombres de inspiracion y espiracion; y á este trabajo activo y pasivo es al que nuestro cuerpo, regado y refrescado, debe la nutricion y la vida. Porque en este vaiven de la respiracion, el fuego interior sigue el mismo movimiento, penetra en el vientre, toma los alimentos y las bebidas, los disuelve, los divide en partículas, los trasporta á los canales que recorre, y tomándolos como de un manantial, para derramarlos en las venas, hace que corran estos arroyos al través del cuerpo, como si fuera al través de un valle.

Es indispensable continuar examinando el fenómeno de la respiracion, é indagar á qué causas debe ser tal como es hoy. Hélas aquí. Como no existe vacío que reciba los cuerpos en movimiento, es evidente que el aliento que se exhala de nuestros labios no entra en el vacío, sino que desaloja el aire vecino del punto que ocupa. Este aire desalojado empuja á su vez al aire próximo; el aire empujado así en toda su extension y de una manera necesaria hácia el punto de donde ha salido el hálito, se precipita en él y le llena á continuacion del soplo espirado; y todo este movimiento se realiza consecutivamente, semejante al de una rueda, y esto es porque no existe el vacío. Hé aquí cómo el pecho y el pulmon, despues de haber espirado el hálito, se llenan del aire que rodea al cuerpo, y que estrechado por todas partes, penetra al través de los poros de la piel; y á su vez el aire, que perdemos y que sale de nuestro cuerpo, produce la espiracion, empujando al aire hácia los conductos de la boca y de las narices. ¿Cuál es la causa que determina este movimiento? Es la siguiente. Todo animal posee en la sangre y en las venas un calor muy intenso, el cual es para él como una fuente de fuego. Es lo que hemos comparado con el tejido de una red ó nasa, cuya parte interior está formada de fuego, así como la exterior de aire. Ahora bien, es indudable que el calor ha de dirigirse naturalmente al exterior, hácia la re-

gion que le es propia, y tiende á reunirse á la masa de la misma naturaleza. Y como existen dos salidas, una al través del cuerpo, y otra por la boca y las narices, cuando el calor hace esfuerzo por uno de estos puntos, rechaza el aire hácia el otro. El aire rechazado encuentra al fuego y se calienta; el aire que sale, se enfria. Mudando así el calor de lugar, y haciéndose el aire, que ocupa una de las salidas, más caliente, el fuego interior que tiende á reunirse con lo que le es semejante, se dirige en el acto hácia él, y empuja el aire exterior que rodea la otra salida; éste sufre el mismo cambio y produce el mismo efecto; y llevado así de una parte para otra, en una continua serie de acciones y de reacciones, da origen al acto de la respiracion (1).

Segun esta misma ley, se explican las ventosas que aplican los médicos; la deglucion, los movimientos de los cuerpos, sea que se eleven por los aires, sea que se arrastren por la tierra; los sonidos rápidos ó lentos, que parecen agudos ó graves, y que forman tan pronto disonancias, cuando los movimientos que excitan en nosotros son desemejantes, como consonancias, cuando estos movimientos son semejantes; porque cuando los primeros sonidos más rápidos están á punto de extinguirse y se hacen unísonos, sobrevienen sonidos más lentos, que se unen á los que les han precedido, y cuyo movimiento continuan. No turban el primer movimiento por el movimiento nuevo, que ellos producen, sino que ponen en ar-

(1) Se ve bastante claramente en esta oscura teoría, que Platon confunde dos funciones muy diferentes y de importancia muy desigual, á saber: la respiracion y la perspiracion. Se las encuentra, sin embargo, muy claramente distinguidas en los dos tratados hipocráticos, *De la naturaleza del hombre*, Foës, p. 226, y *Epidemias*, l. VI. Puede verse la refutacion de la teoría platoniana hecha por Aristóteles, *De part. animal*, III, 6, y *De respiratione*, 5 y la de Galeno, *De placit. Hippocr. et Plat.*, VIII, 3.

monía el movimiento más lento que comienza, con el movimiento más rápido que concluye; y de esta manera componen, con un tono agudo y un tono grave, una resultante que causa placer al vulgo, y un goce verdadero á los sabios, porque representan la armonía divina en los movimientos mortales. No de otra manera se explica el curso de las aguas, la caída del rayo, y la maravillosa propiedad de atraer los cuerpos que tienen el ámbar y la piedra de Heráclea (1); porque en vano seria buscar en estos cuerpos una fuerza de atracción, sino que no existiendo el vacío, todos los cuerpos se empujan sucesivamente los unos á los otros; se dilatan, se contraen, mudan de lugar entre sí, y vuelven á él; y á causa de todas estas acciones y reacciones se verifican los fenómenos más sorprendentes, como verán cuantos sepan conducir con orden su pensamiento.

Así, pues, la respiración, volviendo á nuestro punto de partida, tiene lugar de esta manera y por estas causas, en la forma que hemos expuesto. El fuego divide los alimentos, se agita en el interior del cuerpo, siguiendo el movimiento de la respiración; por esta agitación llena las venas de lo que el vientre contenía, sacando de éste lo que está en él disuelto, y de este modo corrientes cargadas de alimentos, convertidos en partículas, recorren el cuerpo entero de todos los animales. Estas partículas nu-

(1) M. Cousin remite el lector al pasaje clásico del *Ion* sobre el iman. Hé aquí este pasaje:

Esta piedra no sólo atrae los anillos de hierro, sino que les comunica la virtud de producir el mismo efecto, y de atraer otros anillos; de suerte que se ve algunas veces una larga cadena de pedazos de hierro y de anillos, suspendidos los unos de los otros; y todos estos anillos toman su virtud de esta piedra.

Poco ántes de las líneas que se acaban de transcribir, Platon dice, que esta piedra, denominada magnética por Eurípides, se la llama comunmente piedra de Heráclea. Sin duda estas denominaciones son tomadas de las dos ciudades de Heráclea y Magnesia.

tritivas, unidas con sustancias de la misma naturaleza, yerbas ó frutos, que Dios ha producido expresamente para alimentarnos, presentan colores muy diversos á causa de su mezcla; sin embargo, es el rojo el que domina, efecto de la accion enérgica del fuego y de la impresion que deja en el líquido (nutritivo). Este líquido, que corre al través del cuerpo, tiene el aspecto que hemos descrito (1), y es lo que llamamos sangre. Alimenta la carne y el cuerpo todo; y regándole, repara sus pérdidas.

Como todos los movimientos del universo, la evacuacion y la replecion tienen lugar segun la ley que exige que lo semejante busque su semejante. Las cosas exteriores, que nos rodean, no cesan de disolver nuestro cuerpo y de dispersar las partes, que van á unirse con las masas de la misma naturaleza. Y la sangre, á su vez, dividida dentro de nosotros, y encerrada en la organizacion de cada animal, como en un pequeño mundo, se encuentra en la necesidad de imitar el movimiento del universo. Cada una de sus partes se dirige hácia las materias semejantes, y de esta manera llena los vacíos á medida que se forman. Si las pérdidas superan al principio reparador, el animal perece; si son menores, el animal crece. En la juventud, cuando la constitucion del animal es aún reciente, como hay triángulos nuevos, que conservan exactamente su forma primitiva, los mantiene estrechamente ligados, sólidamente unidos; y, sin embargo, el animal es blando y delicado en toda su sustancia, porque está formado de médula y alimentado con leche. Entónces los triángulos, que vienen de fuera y penetran en él, cualquiera que sea el origen de los alimentos y bebidas que los suministren, más viejos y más débiles que los triángulos de dentro, se

(1) Más arriba, en el pasaje en que Platon explica que lo rojo es una especie de fuego que divide el fuego visual, penetra en el líquido de que está lleno el ojo, y mezclándose con él, produce el color rojo.

ven vencidos, divididos por estos triángulos nuevos, y el animal se desarrolla en mayores proporciones, porque es nutrido por numerosos triángulos semejantes. Pero cuando la punta de estos triángulos se embota, á causa de los numerosos combates que han tenido que sostener en los múltiples encuentros con innumerables adversarios, se hacen incapaces de dividir los que se introducen con el alimento y de asimilárselos; por el contrario, son divididos ellos mismos por los que llegan despues; el animal vencido en esta lucha desigual desfallece, y este estado es el que se llama la ancianidad. En fin, cuando relajados por la fatiga los lazos que mantienen unidos los triángulos de la médula, no pueden resistir más, abandonan á su vez los lazos del alma. Libre y restituida á su primitiva naturaleza, el alma vuela entónces llena de gozo; porque todo lo que es contra la naturaleza, es doloroso; y todo lo que es natural, agradable. Por esta razon la muerte, resultado de las enfermedades y de las heridas, es dolorosa y violenta; pero la que sobreviene á la vejez, al término marcado por la naturaleza, es la más dulce de todas las muertes y va más bien acompañada de placer que de pena.

De dónde provienen las enfermedades, es cosa que cualquiera puede ver claramente. En efecto, estando formado el cuerpo de cuatro géneros de sustancias, la tierra, el fuego, el agua y el aire; su exceso, su falta, su trasposición del punto que les es propio á otro distinto, las trasformaciones inconvenientes, puesto que el fuego y los otros géneros comprenden muchas especies, y otros mil accidentes semejantes; hé aquí otras tantas causas de desórden y de las enfermedades. Cada uno de estos cuerpos (elementales) se encuentra, en efecto, modificado en contra de su naturaleza; de frio se hace caliente; de seco, húmedo; de pesado, ligero; y experimentan otros mil cambios. Sólo se mantiene sano y salvo el que se junta á

su semejante, ó se separa de él uniforme, idéntica y proporcionalmente. Lo que no se conforma á estas reglas, que va y viene sin orden, causa toda clase de alteraciones, enfermedades y males sin cuento.

Pero como además de las composiciones primitivas, existen composiciones secundarias, que tienen igualmente su armonía natural, cualquiera que reflexione en ello, deberá reconocer una segunda clase de enfermedades. La médula, los huesos, la carne, que se forman de los primeros géneros; la sangre, que también tiene la misma procedencia, aunque por una combinación diferente (1); hé aquí el asiento de las enfermedades más graves y más terribles, de que somos víctimas; las más numerosas tienen el origen precedentemente indicado. Si estas composiciones secundarias se forman contrariando el orden natural, entónces es cuando ellas se corrompen. Naturalmente la carne y los nervios nacen de la sangre; los nervios de las fibras á causa de la analogía de naturaleza; la carne del resto de la sangre que se coagula separándose de las fibras. De los nervios y de la carne proviene una sustancia viscosa y espesa, que sirve á la vez para unir la carne, á los huesos, y para nutrir y acrecentar la cubierta ósea, que cubre la médula. En fin, al través del espesor de los huesos, se infiltra un jugo, compuesto de los triángulos más puros, más lisos y más brillantes, cuyo destino es humedecer la médula. Si las cosas pasan de esta manera, resulta la salud; si lo contrario, la enfermedad. En efecto, cuando la carne se corrompe; cuando el líquido de ella procedente entra corrompido en las venas, una sangre muy abundante circula con el aire por estos vasos; sangre formada de especies diversas, de diferentes colores, de un sabor amargo, agrio y salado, y

(1) La médula, los huesos, la carne y la sangre, son composiciones secundarias.

que contiene toda clase de bilis, de serosidades y de flemas. Estos humores desnaturalizados y viciados alteran por lo pronto la sangre, y despues, sin suministrar ningun alimento, marchan errantes y á la aventura por las venas, trastornan el órden de las revoluciones naturales, se hacen la guerra en lugar de auxiliarse mutuamente, atacan lo más consistente y durable del cuerpo, lo disuelven y lo corrompen. Las partes más viejas de la carne, que han sido disueltas, difficilmente se corrompen, y toman un color negro á causa de la combustion que han sufrido, y hechas amargas, como resultado de la corrupcion que las ha roido, dañan á todas las demás partes del cuerpo, que no se habian aún corrompido. Algunas veces, las partes ennegrecidas, en lugar de ser amargas, son agrias cuando se demacran. Otras veces las partes amargas, sumidas en la sangre, presentan el color rojo; y mezcladas con lo negro, el color verde. Sucede tambien, que el color amarillo se encuentra mezclado con el sabor amargo, cuando la carne nuevamente formada se funde al fuego de la inflamacion. La bilis es el nombre comun que se ha dado á todos estos humores, ya por los médicos, ya por cualquiera hombre que ha sido capaz de abrazar muchos objetos desemejantes con una sola mirada, y de ver en ellos un género único, digno de una sola denominacion. En cuanto á las diversas especies de bilis, han recibido nombres particulares tomados de sus colores. La serosidad, que viene de la sangre, es dulce; la que procede de la bilis negra y agria, es amargo, cuando, efecto del calor, está mezclada con un sabor salado, y es la llamada flema agria. Otra nace de la disolucion de una carne nueva y tierna mediante el concurso del aire. El aire, que se introduce en ella, se encuentra rodeado de humedad; se forman una multitud de burbujas invisibles, separadamente á causa de su pequeñez, pero visibles miradas en masa, y cuyo aspecto se ha hecho blanquizco por la es-

puma que las mismas engendran. Este líquido, resultado de la liquefaccion de una carne tierna y mezclada de aire, es el que designamos con el nombre de fiema blanca. De la fiema nuevamente formada, nacen el sudor, las lágrimas y todas las demás secreciones, que salen del cuerpo constantemente. Estos humores son otras tantas causas de enfermedades, cuando en lugar de renovarse la sangre, como pide la naturaleza, mediante la asimilacion de los alimentos y de las bebidas, la reparacion se verifica en sentido contrario y contra las leyes de la naturaleza. Mientras la carne atormentada por estas enfermedades conserva, sin embargo, sus bases, el mal es sólo á medias, y puede reponerse sin gran trabajo. Pero cuando el humor, que une la carne con los huesos, está enfermo; cuando la sangre secretada por las fibras y por los nervios no suministra ya nutrimento á los huesos, ni sirve de lazo entre los huesos y la carne; cuando de gruesa, compacta y viscosa se hace agria, salada y seca bajo el influjo de un mal régimen; entónces este jugo, alterado de esta manera, se retira de la carne y de los nervios; se separa de los huesos; las carnes se desprenden de sus raíces; dejan al descubierto los nervios en medio de este jugo salado; y arrastradas en el movimiento de la sangre, hacen más terribles las enfermedades, de que hemos hecho mencion. Sin embargo, por funestas que sean estas afecciones del cuerpo, otras las preceden que son más terribles; y esto sucede cuando el hueso, á causa de la densidad de la carne, no es suficientemente refrescado por la respiracion; pues entónces se recalienta, se corrompe y se gangrena; no recibe ya el nutrimento de que tiene necesidad; pierde, por el contrario, su propia sustancia, que se desprende, como si se la arrancase con las uñas; los jugos nutritivos, así alterados, vuelven á la carne, la carne á la sangre, y sobrevienen entónces enfermedades más graves que todas las que hemos mencionado. Pero ninguna tan

peligrosa como la que afecta á la médula por exceso ó por defecto. De todas las enfermedades es la que conduce más infaliblemente á la muerte, porque toda la armonía del cuerpo es necesariamente trastornada y sin remedio posible.

Existe tambien una tercera clase de enfermedades, que es preciso dividir en tres series, segun que son producidas por el aire respirado, ó por la flema, ó por la bilis. Cuando el pulmon encargado de distribuir el aire por el cuerpo, no tiene sus conductos libres, sino que estando obstruido por corrimientos, este aire, no llegando á ciertos puntos y penetrando con exceso en otros, deja corromperse los que no son refrescados; y además, se introduce con violencia en las venas, las tuerce con fuerza, disuelve el cuerpo, se encierra en la region interior ocupada por el diafragma, y engendra mil enfermedades dolorosas, acompañadas de sudores excesivos. Muchas veces, cuando la carne se encuentra dividida en el interior del cuerpo, se forma allí aire, que no pudiendo escapar, produce los mismos dolores que el aire que se introduce desde fuera; y estos sufrimientos son aún más grandes, cuando este aire, rodeando los nervios y las venas de estas partes é hinchando los tendones y los nervios correspondientes, produce una tension en sentido inverso. De esta tension han tomado estas enfermedades el nombre de tétano (1) y de opistotonos (2). Poner remedio á esto,

(1) El tétano es una tirantez espasmódica de los músculos cuyo origen es un estado particular del sistema nervioso. Hipócrates, en el tratado *de las enfermedades*, describe ésta poco más ó ménos así: las mandíbulas se cierran tan fuertemente que es imposible abrir la boca; los ojos, extraviados derraman lágrimas; la espalda está rígida, las piernas y los brazos inflexibles; la cara, encendida, expresa un extremo dolor etc.

(2) El opistotonos es un caso particular de la enfermedad precedente. Los miembros, en lugar de estirarse en línea recta, se doblan en sentido contrario al de las articulaciones. M. Cousin,

no es fácil; casi siempre se curan merced á las fiebres que sobrevienen. La flema blanca es peligrosa, si el aire de sus ampollas está retenido en el interior: y benigna, cuando se abre paso al través del cuerpo; pero mancha la piel con erupciones blancas y otras afecciones análogas, engendradas por ella. Mezclada con la bilis negra, y esparciéndose entre las revoluciones divinas, que se realizan en la cabeza, turba su armonía; desarreglo ligero, cuando se verifica durante el sueño; pero que difícilmente se repara, y se hace invencible á los esfuerzos del arte, cuando tiene lugar en la vigilia. Esta enfermedad, atacando lo más sagrado de nuestra naturaleza, ha sido llamada con razon enfermedad sagrada (1). La flema agria y salada es el origen de todas las enfermedades catarrales. Segun las diversas partes del cuerpo en que se desenvuelve, recibe tambien diversos nombres. Las inflamaciones, que ordinariamente se achacan á la flema, proceden de verse

que ve en el opistotonos una enfermedad de la espalda, se equivoca. Hé aquí la descripcion de Hipócrates: el opistotonos difiere de la enfermedad precedente sólo en que los miembros se tuercen hácia atrás. El paciente no puede enderezar los miembros ni extender los dedos, sufre cruelmente, y el dolor le arranca gritos.

(1) Es esta explicacion muy filosófica, pero históricamente muy inexacta. Los antiguos llamaban á la epilepsia *enfermedad sagrada*, porque veian en ella una accion especial de la divinidad, error supersticioso que Hipócrates refuta con buen sentido y con una gran elevacion de pensamiento en el principio de su tratado *de la enfermedad sagrada*. Hé aquí sus palabras:

La enfermedad sagrada no tiene más de divina que las otras enfermedades. Si viene de Dios, es porque todo viene de él y no de otra manera. ¿Cómo admitir racionalmente, que la divinidad, la pureza misma, tenga placer en manchar el cuerpo de un hombre? Las barreras que se levantan en nuestros templos, que rodean y protegen los altares, ¿no están allí para advertir á los hombres que no se aproximen si no están puros, y que el que tiene alguna mancha debe empezar por borrarla?

el cuerpo atormentado por la bilis. Si encuentra salida la bilis, produce en el exterior, al hervir, toda clase de tumores; si se queda encerrada en los órganos, es origen de un gran número de enfermedades inflamatorias; sobre todo, cuando mezclada con la sangre pura, separa de su sitio regular las fibras que están derramadas en la sangre, á fin de hacerla participar en medida igual de la tenuidad y espesor, para evitar que por demasiado líquida se evapore y marche de los cuerpos ligeros por la acción del calor, ó que por ser demasiado espesa y difícil de moverse, apenas corra en las venas. Las fibras son las que conservan la sangre en este justo medio. En efecto; quítense las fibras de una sangre, de la que se haya retirado la vida, y se hará flúida y líquida; que se la vuelvan las fibras, ellas la coagularán con el concurso del frío exterior. Siendo tal el papel de las fibras en la composición de la sangre, la bilis que por su origen no es más que una sangre vieja, y que vuelve de la carne á la sangre, ligeramente caliente y húmeda en el momento en que se mezcla con ella, sufre la influencia de las fibras y se condensa; y condensada así y extinguida por una fuerza extraña, produce en el interior frío y temblores. Si corre en la sangre en mucha abundancia, entónces triunfa de las fibras mediante el calor que le es propio, las conmueve con agitación é introduce en ellas la confusión; y si es bastante poderosa para completar la victoria, penetra hasta la médula, rompe los lazos que retienen el alma como las anclas de un navío, y la dan la libertad. Por el contrario; si corre en pequeña cantidad, el cuerpo resiste á la disolución, y vencida á su vez, ó sucumbe en todo el cuerpo, ó reobrando al través de las venas sobre la parte superior ó la inferior del vientre y forzada á abandonar el cuerpo como se huye de un pueblo agitado por las sediciones, es causa de las diarreas, de las disenterías y de todas las enfermedades de esta especie.

El exceso de fuego en el cuerpo produce ardores y fiebres continuas; el de aire, fiebres diarias; el del agua, fiebres intermitentes; porque el agua es más lenta que el aire y el fuego. En cuanto á la tierra, como es más lenta que las otras tres, necesita intervalos de un tiempo cuádruplo para purificarse, y produce las cuartanas, difíciles de curar (1).

Tal es el origen de las enfermedades del cuerpo. Ved ahora cómo las del alma nacen de nuestras disposiciones corporales. Por lo pronto reconoceremos, que la enfermedad del alma consiste en general en la falta de inteligencia. Esta falta de inteligencia tiene dos modos, que son la locura y la ignorancia. Siempre que se experimente cualquiera de estas dos afecciones, se tiene una enfermedad. Por esta razón los placeres y los sentimientos profundos deben ser considerados como las mayores enfermedades del alma. Porque en el exceso de la alegría y de la pena, el hombre, al apurarse para conseguir tal ó cual objeto, ya no es capaz, ni de ver, ni de entender bien; y á la manera de un furioso, para nada se vale de la razón. Aquel, cuya médula engendra una esperma abundante é impetuosa, semejante á un árbol cargado de fruto, experimenta grandes dolores y grandes placeres en las pasiones y sus resultados; pasa, como un insensato, la mayor parte de su vida en medio de estos placeres y de estas penas; su alma sufre, arrastrada lejos de la sana razón por el cuerpo; y es mirado indebidamente como un malvado, cuando se le debe mirar como un enfermo. La verdad es que el desarreglo en los goces del amor, producido en gran parte por el sémen que se derrama al través de los poros de los huesos y humedece todo el cuerpo, es una enfermedad

(1) Estas enfermedades, estas fiebres, pertenecen, como se comprende sin dificultad, á la primera de las tres clases distinguidas por Platon; de suerte que este pasaje no parece estar aquí en su lugar.

del alma. La mayor parte de los cargos que se dirigen á los intemperantes, como si lo fuesen voluntariamente, son injustos. Ninguno es malo porque quiera serlo (1); una mala disposición del cuerpo, una mala educación, hé aquí lo que hace que el malo sea malo. No evita esta desgracia el que quiere. Los dolores, que atormentan al cuerpo, pueden causar igualmente en el alma los más grandes desórdenes. Cuando la flema agria y salada y, en general, cuando los humores amargos y biliosos andan errantes al través del cuerpo sin encontrar salida; cuando, retenidos en el interior, confunden sus emanaciones y las mezclan con los movimientos del alma, entónces nacen de esto mil enfermedades en más ó ménos número, más ó ménos graves. Estos humores, dirigiéndose á los tres departamentos del alma, segun en el que fijan su residencia, provocan en nosotros mil tristezas y mil disgustos, la audacia y la cobardía, y tambien el olvido y la dificultad de aprender. Además de esto, cuando los vicios de temperamento son reforzados por malas instituciones, por discursos pronunciados en público y en particular, y las doctrinas enseñadas á la juventud no ponen ningun remedio á estos males, los malos se hacen más malos por la sola influencia de estas dos causas, sin que éntre en ello para nada su voluntad. Los culpables son ménos los hijos que los padres, ménos los discípulos que los maestros. Cada cual debe hacer cuanto pueda por medio de la educación, de las costumbres y del estudio, para huir del mal y buscar el bien, pero no es este el lugar en que debe tratarse esta cuestion.

Respecto de lo que precede, conviene exponer los medios por los que se conservan en buen estado el cuerpo y el alma, porque vale más que demos mayores explica-

(1) Esta errónea teoría se encuentra tambien en el *Protágoras* y en el l. X de la *República*.

ciones sobre el bien que sobre el mal. Al bien acompaña siempre lo bello, y á lo bello la armonía; de donde se infiere, que un animal no puede ser bueno sino mediante la armonía. Pero no somos sensibles á la armonía, ni la tenemos en cuenta sino en las cosas pequeñas; en las grandes, en las más importantes, las despreciamos enteramente. En efecto; lo mismo respecto á la salud y á la enfermedad, que respecto á la virtud y al vicio, todo depende de la armonía del alma y del cuerpo ó de su oposicion. Sin embargo, no nos curamos de esto, y no tenemos en cuenta que si una alma grande y poderosa es conducida por un cuerpo débil y miserable, ó si se verifica lo contrario, el animal todo carece de belleza, porque le falta la primera de las armonías; en el caso contrario, es para el que lo ve el espectáculo más bello y agradable. Que el cuerpo tenga las piernas desiguales ó cualquiera otra desproporcion, además de ser causa de fealdad, experimenta en las acciones, que los miembros deben realizar en comun, mil fatigas, mil estirones, hasta que vacila y cae, y se causa á sí mismo una porcion de males. Notemos bien, que lo mismo sucede con este sér doble, que llamamos animal. Si el alma, más poderosa que el cuerpo, se irrita al verse allí encerrada, le agita interiormente y le llena de enfermedades. Si se consagra con ardor á adquirir conocimientos y á hacer indagaciones, entónces le consume. Si emprende el instruir á los demás, entónces se entrega á luchas de palabras en público y en particular, y entre combates y querellas le inflama y le disuelve, y le ocasiona catarros, dando ocasion á que los médicos achaquen estos males á causas imaginarias. Si, por el contrario, el cuerpo, por demasiado desenvuelto, supera al alma, animada por un pensamiento flaco y débil, como que en la naturaleza humana hay dos pasiones, la del cuerpo por los alimentos y la de la parte más divina de nuestro sér por la sabiduría; el esfuerzo del más fuerte, paraliza el

del otro; y triunfando del alma, hace á ésta estúpida, incapaz de aprender y de acordarse, y engendra finalmente la peor de las enfermedades, la ignorancia. No hay más que un remedio para los males de estos dos principios: no ejercitar el alma sin el cuerpo, ni el cuerpo sin el alma, á fin de que, defendiéndose el uno contra el otro, conserven el equilibrio y la salud. El que se aplica á la ciencia ó á cualquiera otro trabajo intelectual, debe tener cuidado de procurar al cuerpo movimientos convenientes y dedicarse á la gimnasia; y el que se preocupa demasiado de su cuerpo, debe igualmente proporcionar á su alma movimientos convenientes, acudiendo á la música y á la filosofía; y sólo así merecerá que se le llame á la vez bueno y bello.

Es preciso cuidar las partes lo mismo que el conjunto, y para ello imitar lo que pasa en el universo. El cuerpo es de tal condicion, que todo lo que penetra en él, le calienta ó le enfria; los objetos exteriores le desecan ó le humedecen, y bajo esta doble influencia experimenta mil modificaciones análogas. Si se deja debilitar el cuerpo en el reposo; si se le abandona dejándole que sea presa de las impresiones extrañas, no tardará en sucumbir y perecer. Pero si, por el contrario, á imitacion de la que hemos llamado nodriza y madre del universo (1), no permitimos que el cuerpo se debilite nunca en el reposo; si le damos sacudidas y movimientos saludables; si procuramos establecer una armonía natural entre la agitacion de fuera y la de dentro; si por medio de una accion moderada establecemos un orden conveniente en las partes del cuerpo y las impresiones que sufre, respetando sus relaciones mútuas, entónces, como dijimos ántes ha-

(1) Es decir, la materia, la cual está en un movimiento perpetuo. Es preciso recordar, para inteligencia de lo que sigue, que este movimiento tiene por objeto separar las cosas contrarias y reunir las cosas semejantes.

blando del universo, no permitiremos que el enemigo en lucha con el enemigo engendre en el cuerpo guerras y enfermedades, sino que uniendo al amigo con el amigo, nos mantendremos en salud. Ahora bien, de todos los movimientos, el mejor es el que uno produce en sí mismo y por sí mismo (1), porque ningun otro se parece tanto al movimiento del pensamiento y del universo; no es tan bueno el movimiento que viene de los demás (2). El peor es el que se experimenta en tal ó cual parte del cuerpo, mediante una intervencion extraña, estando acostado y en reposo (3). Por esta razon, de todos los esparcimientos, el primero por excelencia es la gimnasia; el segundo el paseo sin fatiga en bote, en carro ó en cualquier otro vehículo; y el tercero, que sólo es útil cuando le aconseja la necesidad y que fuera de este caso no debe usarse, es el que se obtiene mediante las drogas medicinales (4). Siempre que una enfermedad no ofrezca grave peligro, debe uno guardarse de irritarla con medicamentos (5). La naturaleza de las enfermedades se parece hasta cierto punto á la de los animales. Es tal la constitucion de los animales, que la duracion de su vida está determinada de antemano, y es la misma para todos los individuos de su especie; de manera que cada animal tiene un cierto tiempo de vida determinado por el destino, salvos los accidentes inevitables. Porque los triángulos, que son el

(1) El ejercicio de la gimnasia.

(2) Es decir, todo paseo que no sea á pié.

(3) Alude á las fricciones.

(4) Es la purga propiamente dicha.

(5) Esta sábia doctrina era ya la de Hipócrates. Hé aquí lo que se lee en los *Aforismos*, l. 24, 25.

«En las enfermedades agudas, ni aún al principio useis sino muy raras veces de purgantes; no los apliqueis sino con una extremada circunspeccion y despues de haberlo sériamente reflexionado. Una purga tomada á tiempo es sin duda muy saludable; cuando no es necesaria, es funesta.»

principio y la fuerza del animal, no tienen virtualidad sino para durar un tiempo determinado, más allá del cual no hay vida posible. No sucede otra cosa con las enfermedades. Si contra el orden irrevocable del tiempo, se las violenta con remedios, se ve que nace de una pequeña enfermedad una grande, y de una sola muchas. Es preciso tratarlas segun un régimen prudente, en cuanto sea posible, y no irritar con medicamentos un mal caprichoso. Pero baste lo dicho sobre el animal complejo y su parte corporal, y sobre la manera de gobernar su cuerpo y de gobernarse á sí mismo, para conformar todo lo posible su vida con la recta razon.

Parece que debería tratarse desde luego y sobre todo de la parte destinada para gobernar al hombre, á fin de que adquiriera toda la perfeccion posible en este punto. Para tratar convenientemente este punto, se necesitaria una obra especial; pero algunas consideraciones rápidas, que son consecuencias de los principios establecidos, no estarán fuera de lugar al final de esta conversacion.

Hemos dicho y repetido que existen en nosotros tres almas, que habitan lugares diferentes y que tienen movimientos propios. Añadamos ahora en pocas palabras, que la que entre ellas permanece en la inaccion y no se mueve como debe hacerlo, se hace necesariamente la más débil; y la que se ejercita, la más fuerte. Es preciso, pues, vigilar para que se muevan con armonía las unas en relacion con las otras. En cuanto á la más perfecta de las tres almas, tenemos que decirnos á nosotros mismos, que Dios nos la ha dado como un genio, porque ocupa la cumbre del cuerpo, y, merced á su parentesco con el cielo, nos eleva por cima de la tierra, como plantas que nada tienen de terrestres, y que pertenecen al cielo. Dios, al dirigir hácia los lugares en que tuvo su primer origen á nuestra alma, que es para nosotros como la raíz de nuestro sér, dirige igualmente nuestro cuerpo todo. El

que se abandona á las pasiones y á las querellas, sin cuidarse de lo demás, sólo puede dar de sí naturalmente opiniones mortales, y él mismo se hace mortal en cuanto es posible; ¿ni cómo puede ser de otra manera cuando trabaja sin cesar en desenvolver esta parte de su naturaleza? Pero el que aplica su espíritu al estudio de la ciencia y á la indagacion de la verdad, y dirige á este objeto todos sus esfuerzos, necesariamente no tendrá sino pensamientos inmortales y divinos. Si llega al término de sus deseos, participará de la inmortalidad en la medida permitida á la naturaleza humana; y como consagra todos sus cuidados á la parte divina de sí propio, y honra el genio que reside en su seno, llegará al colmo de la felicidad. Por otra parte, no hay más que una sola y misma manera de cultivar todas las partes de nuestra naturaleza, que es dar á cada una el alimento y los movimientos que le convengan. Los movimientos, que cuadran con nuestra parte divina, son los pensamientos y las revoluciones del universo. Es preciso que cada uno de nosotros se comprometa á seguir estas revoluciones. Los movimientos, que se realizan en nuestra cabeza, han sido turbados desde el instante del nacimiento; es preciso que cada uno de nosotros los rectifique, aplicando su espíritu al estudio de las armonías y de las revoluciones del universo. Contemplándolas se hará semejante á los objetos que contempla, segun el orden primitivo, y alcanzará toda la perfeccion de esta vida excelente, que los dioses han concedido á los hombres para el presente y para el porvenir.

Ya hemos casi llegado, á mi parecer, al término de la discusion, que habiamos anunciado al comenzar á hablar sobre la historia del universo hasta la formacion del hombre. Sólo nos resta exponer en pocas palabras el origen de otros animales. No por eso nos detendremos demasiado. Guardaremos la medida que conviene al objeto. Hé aquí lo que vamos á decir.

Entre los hombres, que recibieron la existencia, los que fueron cobardes y pasaron su vida en la injusticia, fueron, segun todas las probabilidades, metamorfoseados en mujeres en su segundo nacimiento (1). En esta época y por esta razon los dioses crearon el deseo de la cohabitacion, é hicieron de ella una especie de animal vivo, que pusieron en el hombre, y otro, tambien á modo de animal, que pusieron en la mujer; y ved cómo procedieron. El conducto por el cual los líquidos, despues de haber atravesado el pulmon, penetran por bajo de los riñones en la vejiga, para ser en seguida espulsados de allí por la presion del aire y arrojados fuera por un conducto apropiado, recibe en este mismo punto la médula que descende de la cabeza por el cuello y la espina dorsal, y que ya llamamos ántes esperma. Esta esperma, viva y animada, encontrando en esta salida el aire necesario para la respiracion, causa entónces un vivo deseo de emision y produce así el amor á la generacion. Hé aquí porque las partes genitales, naturalmente sordas á la persuasion, enemigas de todo yugo y de todo freno, se parecen en el hombre á un animal rebelde á la razon, y que, arrastrado por apetitos furiosos, se esfuerza en someterlo todo y mandar en todas partes. Por el mismo motivo, en las mujeres la matriz y la vulva no se parecen ménos á un animal ansioso de procrear; de manera, que si permanece sin producir frutos mucho tiempo despues de pasada la sazon conveniente, se irrita y se encoleriza; anda errante por todo el cuerpo, cierra el paso al aire, impide la respiracion, pone al cuerpo en peligros extremos, y engendra mil enfermedades; y esto no se remedia sino cuando el hombre y la mujer, reunidos por el deseo y por

(1) Como se ve, Platon no es ménos severo para la mujer que la antigüedad en general; porque no es esto un exabrupto, sino que el mismo juicio se encuentra en la *República*, l. IV y V, y en las *Leyes*, l. VI.

el amor, hacen que nazca un fruto, y le recogen como se recoge el de los árboles. Ellos siembran en la matriz, como en un campo fértil, animales invisibles por su pequeñez y sin forma, cuyas partes se aclaran despues al desenvolverse; los nutren en el interior, y finalmente, los dan á luz, y aparecen séres completos. Tal fué el origen de la mujer y de todo el sexo femenino.

La raza de los pájaros provistos de plumas en lugar de pelos, no es más que una ligera metamorfosis de esos hombres sin malicia, frívolos, que hablan mucho de las cosas celestes, y que en su simplicidad creen, que sólo el testimonio de la vista puede dar sólidas demostraciones (1). Los animales que andan y las bestias bravas proceden originariamente de los hombres extraños á la filosofía, que para nada tienen en cuenta las cosas del cielo, porque incapaces de utilizar los movimientos que se realizan en la cabeza, se dejan ciegamente conducir por el alma, que reside en el pecho. A causa de estos hábitos, tienen los miembros anteriores y la cabeza inclinados hácia la tierra, con la que tienen una especie de parentesco; su cabeza es prolongada, y toma mil formas diversas, segun la manera con que la pereza ha comprimido en ellos los círculos del alma; si han recibido cuatro piés ó más, es porque Dios ha querido que los más estúpidos tuviesen más apoyos, y estuviesen por lo mismo ligados más estrechamente á la tierra. Los más groseros, cuyo cuerpo se extiende en toda su longitud sobre la tierra, no tuvieron necesidad de piés, y por lo tanto los dioses los crearon sin ellos, y tienen que arrastrarse por la tierra. El cuarto género, que vive en el agua, proviene de los hombres más desprovistos de inteligencia y de conocimientos. Los dioses no han creído dignas de respirar

(1) No es posible burlarse con más gracia de los filósofos de Jonia, criticados ya más sériamente en el *Sofista*.

un hálito puro á las almas manchadas por su culpable negligencia; y en lugar de darles un aliento puro y sutil, los han condenado á respirar en el fondo de las aguas un líquido espeso. Tal es la raza de los pescados, de las ostras, y en general de los animales acuáticos, relegados á causa de su ignorancia á esas profundas estancias. Por estas mismas razones hoy mismo vemos trasformarse unos animales en otros, segun que descienden de la inteligencia á la estupidez, ó suben de la estupidez á la inteligencia.

Pongamos aquí fin á nuestro discurso sobre el universo. Así ha sido formado este mundo, que comprende los animales mortales é inmortales, de que está lleno; animal visible donde están encerrados todos los animales visibles; dios sensible, imágen del dios inteligible; mundo único y de una sola naturaleza, que es muy grande, muy bueno, muy bello y absolutamente perfecto.

CRITIAS.

ARGUMENTO.

El *Critias* comienza *ex abrupto*. Puede decirse que el *Timeo* continúa en él sin interrupcion. El preámbulo, de que ningun diálogo de Platon carece, falta en éste. ¿Será porque el *Critias* apenas está comenzado y bosquejado? ¿Será, porque no es realmente otra cosa que la misma conversacion continuada por los mismos interlocutores, sin intervalo y sin reposo?

Las pocas páginas escritas por Platon pueden resumirse en muy pocas palabras. Critias, que sucede en el uso de la palabra á Timeo, se excusa, como éste, haciendo notar la dificultad que ofrece la materia. Despues de éste preliminar, comienza á referir la guerra que se suscitó en otro tiempo entre los pueblos situados más acá de las columnas de Hércules y los situados más allá de las mismas. Pero para despertar interés por este suceso, es preciso conocer los adversarios, es decir, los atenienses de aquellos tiempos y los habitantes de la Atlántida. Por lo pronto, describe los antiguos atenienses, su gobierno, su país, su ciudad. En seguida, describe los habitantes de la Atlántida, su origen, que se remonta hasta Neptuno, su isla y sus productos, sus reyes y sus gigantescos trabajos, su estado político, su organizacion y su poder militar; cómo fueron intachables en sus principios y cómo degeneraron despues, de tal manera, que Júpiter, irritado con sus crímenes, resolvió castigarlos, y para ello reunió los dioses en el santuario del cielo, en el centro del mundo, para darles á conocer sus irrevocables decretos. A este discurso está reducido el diálogo.

Este pequeño fragmento no bastaría para adivinar el objeto del *Critias*. Pero Platon lo ha indicado claramente en las primeras páginas del *Timeo*. En efecto, allí se dice: «Los ciudadanos y la ciudad que nos has presentado » ayer como una ficcion, nosotros los trasportaremos á la » realidad; colocaremos tu ciudad en esta antigua ciudad » ateniense; y declararemos que esos ciudadanos, que tú » has concebido, son verdaderamente nuestros antepasa- » dos, aquellos de que hablaba el sacerdote. Habrá un » perfecto acuerdo entre los unos y los otros; y no nos » separaremos de la verdad, si decimos que los ciudadanos » de tu república son los atenienses de los antiguos » tiempos.»

Estas palabras, sobre todo, si se tiene en cuenta el lugar en que se hallan, son perfectamente claras. Es evidente que Platon se proponia, al escribir el *Critias*, dar realidad al ideal de la *República*, y hacer así más sensibles con un ejemplo sus consideraciones teóricas, presentando á los antiguos atenienses como vencedores de los habitantes de la Atlántida.

Lo que Platon ha podido escribir de este diálogo en proyecto, ¿es muy interesante, al ménos bajo el punto de vista filosófico? No nos atrevemos á decirlo. Pero bien que sea difícil darse cuenta de lo que hubiera debido seguir y de los desenvolvimientos de un diálogo, cuyo objeto y detalles son de todo punto imaginarios, se puede, sin embargo, afirmar, bajo la fe del genio de Platon, que él habria podido ejecutar una obra de gran valor, quizá una obra maestra.

CRITIAS
ó
LA ATLÁNTIDA.

TIMEO.—CRITIAS.—SÓCRATES.—HERMÓCRATES.

TIMEO.

Cuán agradable me es, Sócrates, poder, como sucede despues de un largo viaje, descansar anchamente al ver terminado este discurso. Yo suplico á ese Dios, cuya existencia es muy antigua, pero que en cierta manera acaba de nacer de nuestra misma conversacion, que si lo que hemos dicho ha sido oportuno, nos lo tome en cuenta; y que nos imponga el castigo á que nos hayamos hecho merecedores, si hemos pronunciado, sin quererlo, alguna palabra inconveniente. Pero ningun castigo más justo para el que se engaña, que ilustrarle. A fin, pues, de que en lo sucesivo nuestros razonamientos sobre la generacion de los dioses sean verdaderos, suplicamos á este dios, que nos conceda el mejor de los talismanes, el talisman por excelencia, la ciencia. Hecha esta invocacion, cedo la palabra á Critias, conforme á lo acordado.

La acepto, mi querido Timeo. Pero la misma indulgencia que has reclamado, cuando principiastes tu discurso, reclamo yo ahora. Querría alcanzarla mayor aún, atendido el objeto que debo tratar. No se me oculta que pueda tenerse por ambiciosa, y si se quiere, hasta por un poco inconveniente mi súplica; mas, sin embargo, estoy resuelto á hacerla. No se trata de negar las verdades, que tú nos has expuesto; ¿ni qué hombre sensato se atrevería á hacerlo? Pero debo esforzarme para convencerlos de que mi tarea es aún más difícil; y, por consiguiente, que tengo necesidad de mayor indulgencia.

Cuando se habla de los dioses á los hombres, mi querido Timeo, es infinitamente más fácil satisfacerlos, que cuando se les habla de los mortales, es decir, de ellos mismos. En efecto, la inexperiencia, ó más bien, la completa ignorancia de los oyentes, deja el campo libre al que quiere hablarles de cosas que ellos no conocen; y tratándose de los dioses, ya sabemos á qué atenernos (1). Concebireis más claramente esto, si fijais vuestra atención en lo que voy á decir. Nuestras palabras son necesariamente una imitación ó imágen de alguna cosa. Supóngase un pintor, que se proponga representar las cosas humanas ó las obras de la divinidad en general (2); desde luego vemos la facilidad ó dificultad que experimenta al imitar estos diversos objetos, para poder contentar al espectador. Si pinta la tierra, las montañas, los rios, los buques, el cielo entero y todo lo que él comprende, así como todo lo que en él se mueve, nos daremos desde luego

(1) Critias no tenía más fe en los dioses que en el alma espiritual. No veía en la religion otra cosa que una invencion de los legisladores para gobernar á los hombres.

(2) Es decir, la naturaleza propiamente dicha. Si esta interpretacion parece un poco sutil, téngase en cuenta que no es posible encontrar otra mejor sin corregir arbitrariamente los manuscritos.

por satisfechos, por poco que haya sido su arte y escasa la semejanza conseguida al reproducir estos objetos; y en tal caso, desprovistos nosotros de todos los conocimientos precisos, no pensamos en examinar nada, ni en criticar nada, y nos damos por satisfechos con un bosquejo incierto y engañoso. Pero que el pintor trace los rasgos de la humanidad, nuestros hechos propios, como el hábito de verlos nos los ha hecho familiares, notamos inmediatamente las más ligeras faltas, y nos convertimos en jueces severos del cuadro, si no ha reproducido su modelo con una completa fidelidad. Lo mismo sucede con los discursos. Cuando se trata de las cosas celestes y divinas, basta que se hable de ellas con alguna verosimilitud; pero cuando se trata de las cosas mortales y humanas, las examinamos con un espíritu riguroso. Por lo tanto, si á causa de que voy á hablar sin preparacion, se nota que se me escapa ó que incurro en alguna inexactitud, es preciso perdonármela; porque no es fácil, y ántes bien es muy difícil, expresar las cosas que nos conciernen de una manera conveniente. No hay que olvidarse de esto.

Hé aquí, Sócrates, lo que deseaba recordaros. Hé aquí cómo queria reclamar para mi discurso, no un poco, sino un mucho de indulgencia. Mis palabras no tienen otro objeto; y si os parece que tengo algun derecho á exigiros este favor, concedédmelo de buena voluntad.

SÓCRATES.

¿Por qué no concedértelo, Critias? Tambien habremos de dispensar la misma gracia á Hermócrates, que hablará el tercero. Porque es seguro que apenas le llegue el turno, nos hará la misma súplica que tú. Y para que piense en otro exordio, y no se crea obligado á repetir tus palabras, tenga entendido desde ahora, que le dispensamos la misma indulgencia. Por lo demás, te daré á conocer, mi querido Critias, las condiciones del público, á quien vas á dirigirte. El actor, que acaba de representar

su pieza, ha alcanzado un maravilloso éxito, y agotaremos toda nuestra benevolencia, para ponerte en estado de poder rivalizar con él.

HERMÓCRATES.

Me doy ya por prevenido, Sócrates, al mismo tiempo que Critias. Pero dime, Critias: ¿no sabes que jamás los cobardes alcanzaron trofeos? Así, pues, es preciso que marches de frente y que discurras con resolución; es preciso que despues de haber invocado á Apolo y á las Musas, hagas la pintura de nuestros conciudadanos y celebres su valor.

CRITIAS.

Bien, mi querido Hermócrates; como tu vez no llegarás hasta mañana, y otro debe aún precederte, te presentas ahora muy valiente, pero no tardarás en saber por tí mismo si la tarea es fácil. Sin embargo, no me haré sordo ni á tus exhortaciones ni á tus excitaciones, y sin olvidar las divinidades que acabas de nombrar, llamaré en mi auxilio á todas las demás y singularmente á Mnemosina; porque de ella depende la mayor parte de mi discurso. Si la memoria me acompaña; si puedo referiros fielmente las antiguas historias de los sacerdotes egipcios importadas á estos lugares por Solon, creo que mi público quedará convencido de que he cumplido mi deber. Es preciso, pues, entrar en materia sin más demora.

Ante todas cosas recordemos, que han pasado nueve mil años despues de la guerra, que, segun dicen, se suscitó entre los pueblos que habitan más acá y más allá de las columnas de Hércules. Es preciso que os dé una explicacion de esta guerra desde el principio hasta el fin. De una parte estaba esta ciudad (1); ella tenia el mando y sostuvo victoriosamente la guerra hasta lo último. De la otra parte estaban los reyes de la isla Atlántida. Ya he-

(1) Es decir, la antigua Atenas.

mos dicho, que esta isla era en otro tiempo más grande que la Libia (1) y el Asia; pero que hoy día, sumergida por los temblores de tierra, no es más que un escollo que impide la navegacion y que no permite atravesar esta parte de los mares. En el curso de mi historia hablaré por su orden de todos los pueblos griegos y bárbaros que existian entónces, pero debo comenzar por los atenienses y por sus enemigos, y daros razon de sus fuerzas respectivas y de sus gobiernos. En su vista, pues, de nuestra ciudad es de la que debemos ocuparnos desde luego.

Los dioses dividieron entre sí en otro tiempo la tierra toda, comarca por comarca, y esto sin que se suscitara alguna querrela, porque no puede admitirse racionalmente, ni que los dioses ignoraran lo que á cada uno de ellos convenia, ni que, sabiéndolo, se robaran los unos á los otros el lote que les pertenecia. Habiendo obtenido como resultado de la justicia y de la suerte lo que querian, se establecieron en cada país; y despues de haberse fijado en ellos, á la manera de lo que los pastores hacen con sus ganados, se consagraron á procurar el alimento y la educacion á los hombres, que eran á la vez sus hijos y su propiedad. Sin embargo, no emplearon la violencia como los pastores que castigan suavemente á su ganado para conducirle. Sabian que el hombre es un animal dócil, é imitando al piloto que conduce la nave, y sirviéndose de la persuasion como de un timon para mover el alma á su gusto, dirigieron y gobernaron así la raza toda de los mortales.

Así gobernaron las demás divinidades en los países que les tocaron en suerte. Pero Vulcano y Minerva, que tienen la misma naturaleza, como hijos que son de un mismo padre, y que están animados del mismo amor á las ciencias y á las artes, recibieron como lote en co-

(1) Es decir, el Africa.

mun nuestro país, que les convenia y se adaptaba maravillosamente á su virtud y á su sabiduría. De los indígenas hicieron hombres de bien, y pusieron en su corazon el amor al órden político. Los nombres de estos hombres se han conservado, pero el recuerdo de sus acciones ha perecido con la ruina de sus sucesores y con el trascurso de los tiempos. La única raza, que ha escapado á estos desastres, ya lo hemos dicho, es la que habita las montañas, y que, sin letras y sin cultura, sólo recordaba los nombres de los que habian sido dominadores del país, sin saber nada ó casi nada de sus grandes hechos. Haciéndolo por punto de honra dieron estos nombres á sus hijos; pero en cuanto á las virtudes y á las instituciones de sus antepasados, sólo conocian lo que les habia sido transmitido por una oscura tradicion. Dada la escasez de subsistencias para el sostenimiento de la vida, escasez que duró por espacio de muchas generaciones; ocupados ellos y sus hijos en procurarse la satisfaccion de sus necesidades, y entregado el espíritu á este solo objeto, para nada se cuidaron de los sucesos, que en otro tiempo se habian realizado. El estudio y la historia de las cosas antiguas se introdujeron con el ocio en las ciudades, cuando cierto número de ciudadanos, teniendo aseguradas las cosas necesarias para la vida, no tuvieron despues que preocuparse bajo este punto de vista. Y hé aquí como los nombres de los antiguos héroes se han conservado sin el recuerdo de sus acciones. Lo que me autoriza á hablar así, es que los nombres de Cécrope, de Erecteo, de Erictonio, de Erisicton y de muchos otros, que remontan más allá de Teseo, son precisamente aquellos de que, segun la relacion de Solon, se servian los sacerdotes egipcios, cuando le refirieron esta guerra. Lo mismo sucede con respecto á los nombres de mujeres. Los trabajos de la guerra eran entonces comunes á las mujeres y á los hombres, y por esta causa la diosa era representada en sus imágenes y en sus está-

tuas con una armadura; era como una advertencia, para indicar que desde el momento en que el varon y la hembra están destinados á vivir juntos, la naturaleza ha querido que pudiesen ejercer igualmente las facultades, que son el atributo de su especie.

Diferentes clases de ciudadanos, entregados á los oficios mecánicos y á la agricultura, habitaban entónces nuestro país; la de los guerreros, separada desde el principio de las demás, como hombres divinos, habitaba aparte. Provistos de todas las cosas necesarias á su subsistencia y á la educacion de sus hijos, estos guerreros no poseian nada en particular; consideraban todos los bienes como pertenecientes á todos; no exigian de los demás ciudadanos más que lo que justamente necesitaban para vivir, y desempeñaban con el mayor esmero las funciones diarias del Estado, tales como las hemos concebido. Y tambien se dice como muy probable y quizá verdadero, que nuestro país en aquel tiempo tenia por límites el istmo (1) por una parte, y por otra los montes Citeron (2) y Parnaso (3), abrazando toda la parte del continente comprendida en este intervalo; que de aquí descendia, por la derecha, hasta Oropo (4), y por la izquierda, hácia el mar, hasta el rio Asopo (5); estos eran sus límites extremos. Sobresalia entre todos los demás países por su fertilidad, lo cual le hacia capaz de sostener un numeroso ejército, compuesto de pueblos vecinos dependientes de nosotros. Es este un testimonio imponente de su fecundidad. Y, en efecto, lo que subsiste aún de esta dichosa tierra, no tiene igual en cuanto á la diversidad

(1) Lengua de tierra en medio del mar, que une la Acaya al Peloponeso. (Escoliasta).

(2) Montaña de Beocia.

(3) Montaña situada entre el Atica y la Beocia

(4) Ciudad de Beocia.

(5) Río de Beocia.

de producciones, excelencia de frutos y abundancia de pastos.

Tales eran entónces la belleza y la riqueza del Atica. ¿Podriais creerlo? ¿Ni cómo puede formarse una idea de lo que fué, por lo que es? Toda el Atica se desprende en cierta manera del continente, se mete por el mar y se parece á un promontorio. El mar que la envuelve, como si estuviera colocada en una vasija, es por todas partes muy profundo. En medio de las numerosas y terribles inundaciones que han tenido lugar durante nueve mil años, porque nueve mil años han pasado desde aquella época, las tierras, que estas revoluciones arrastraban desde las alturas, no se amontonaban en el suelo, como en otros países, sino que, rodando sobre la ribera, iban á perderse en las profundidades del mar. De suerte que, como sucede en las islas poco extensas, nuestro país, comparado con lo que era, se parece á un cuerpo demacrado por la enfermedad; escurriéndose por todas partes la tierra vegetal y fecunda, sólo nos quedó un cuerpo descarnado. Pero ántes el Atica, cuyo suelo no habia experimentado ninguna alteracion, tenia por montañas altas colinas; las llanuras, que llamamos ahora campos de Felleo (1), estaban cubiertas de una tierra abundante y fértil; los montes estaban llenos de sombríos bosques, de los que aún aparecen visibles rastros. Las montañas, donde sólo las abejas encuentran hoy su alimento, en un tiempo no muy lejano estaban cubiertas de árboles poderosos, que se cortaban para levantar vastísimas construcciones, muchas de las cuales están aún en pié. Encontrábanse tambien allí árboles frutales de mucha elevacion y extensos pastos para los ganados. Las lluvias, que se alcanzaban de Júpiter cada año, no se perdian sin utilidad, corriendo de la tierra estéril al mar; por el contrario, la tierra,

(1) Era, dice el Escoliasta, una llanura árida y pedregosa.

despues que venian á ella abundantemente, las conservaba en su seno, las tenia en reserva entre capas de arcilla; las dejaba correr desde las alturas á los valles, y se veian por todas partes miles de fuentes, de rios y de cáuces de agua. Los monumentos sagrados, que se encuentran aún junto á los antiguos lechos de los rios, atestiguan la verdad de mis palabras. Hé aquí lo que eran por naturaleza nuestros campos; los que los cultivaban, eran sin duda verdaderos labradores, entregados exclusivamente á sus labores, amigos del bien, de un natural excelente, y poseedores de una tierra fértil, regada por aguas abundantes y favorecida con el más benigno de los climas.

En cuanto á la ciudad, ved la manera con que se gobernaba en aquel tiempo. En primer lugar, la Acrópolis (1) estaba muy distante de tener el aspecto que hoy tiene. En una sola noche torrentes de lluvia arrastraron las tierras con que estaba revestida, y la dejaron desnuda y despojada, en medio de temblores de tierra y de una inundacion, que es la tercera ántes del diluvio de Deucalion. Pero ántes, en otra época, era tal la extension de la Acrópolis, que se extendia hasta el Heridan (2) y el Iliso (3), comprendia el Pnyx (4) y tenia el Licabete (5) por límite por el lado opuesto al Pnyx. Estaba cubierta de una espesa capa de tierra, y, fuera de algunos puntos, presentaba en las alturas una llanura no interrumpida. Estaba habitada, á los costados segun se bajaba, por ar-

(1) Literalmente, la ciudad elevada. En ella estaba la ciudadela de Atenas, la Atenas de la historia.

(2) Rio del Atica.

(3) Rio tambien del Atica.

(4) Plaza de Atenas donde tuvieron lugar al principio las asambleas del pueblo.

(5) Montaña del Atica que debe su nombre al gran número de lobos (λύκοις) que la poblaban.

tesanos y labradores, que cultivaban los campos vecinos. En la altura sólo vivía la clase de los guerreros alrededor del templo de Minerva y de Vulcano, despues de haber rodeado esta meseta con un solo vallado, como se hace con el jardín de una sola familia. Habitaban en comun en casas situadas á la parte del Norte; en invierno tenían salas donde comían juntos; y tenían todo lo que reclama la vida en comun, sea con relacion á las habitaciones de los ciudadanos, sea con respecto á los templos de los dioses, á excepcion del oro y de la plata de que no hacían ningun uso. Vivían tan léjos de la opulencia como de la pobreza; habitaban casas decentes, donde vegetaban ellos y los hijos de sus hijos, y las trasmitían sucesivamente tales como las habían recibido á hijos semejantes á sus padres. La parte meridional de la Acrópolis estaba destinada á jardines, gimnasios, salas de refectorio, que dejaban de ocupar durante el estío. En el punto, que ocupa hoy la Acrópolis (1), manaba una fuente; y así como ahora sólo salen de ella pobres arroyos por uno ú otro lado, entónces suministraba una agua abundante, tan saludable en invierno como en verano, pero que desapareció á consecuencia de los temblores de tierra. Tal era el género de vida de estos guardas de sus propios conciudadanos, de estos jefes respetados por los demás griegos. Procuraban tener siempre á su disposición, en cuanto fuese posible, un número igual de hombres y mujeres en estado de llevar ya las armas y poderlas llevar aún, es decir, veinte mil.

Hé aquí cómo gobernaban segun las reglas de la justicia su ciudad y la Grecia; hé aquí lo que eran estos hombres, celebrados y admirados de toda la Europa y de toda el Asia por la belleza de sus cuerpos y por las virtudes de todos géneros, que adornaban sus almas. Pero ¿quiénes eran sus enemigos, remontando hasta el origen

(1) Es decir, la ciudadela.

de su historia? Esto es, amigos míos, lo que voy á exponeros y daros á conocer, si es que no se ha borrado en mí el recuerdo de las cosas que oí contar cuando era jóven.

Antes de entrar en materia, debo haceros una preven-
cion. No os sorprendais al oirme muchas veces dar nombres griegos á los bárbaros, pues ved la razon que tengo para hacerlo. Cuando Solon pensaba consignar esta relacion en sus poemas, quiso conocer la significacion de los nombres, y encontró que los egipcios, primeros autores de esta historia, los habian traducido á su propia lengua; y el mismo Solon, á su vez, buscando el sentido de cada nombre, le escribió en la nuestra. Estos manuscritos de Solon estaban en poder de mi abuelo y ahora los poseo yo, que los he estudiado mucho siendo jóven. Y así, si me oís pronunciar nombres griegos, no os sorprendais, puesto que ya sabeis la razon. Esta larga historia comenzaba poco más ó ménos de la manera siguiente:

Ya dijimos ántes, que los dioses echaron suertes sobre las diferentes partes de la tierra; que los unos obtuvieron un territorio grande, otros uno pequeño, y que todos establecieron templos y sacrificios. Neptuno, á quien correspondió la Atlántida, colocó en una parte de esta isla los hijos que habia tenido de una mortal. Esta parte era una llanura situada no lejos del mar, hácia el medio de la isla, la más bella, segun se dice, y la más fertil de las llanuras. A cincuenta estadios poco más ó ménos de esta llanura, tambien en medio de la isla, habia una montaña muy poco elevada. Allí habitaba uno de estos hombres, que en el origen de las cosas nacieron de la tierra, Evenor, con su mujer Leucipa. Estos engendraron una sola hija, llamada Clito, que era nubil, cuando murieron sus padres; y con la que se casó Neptuno, que se enamoró de ella. La colina (1), donde vivia Clito, fué

(1) Es decir, la montaña poco elevada, de que acaba de hablarse.

fortificada por Neptuno, que la aisló de todo lo que la circundaba. Hizo muros y fosos con tierra y agua del mar alternativamente, unos más pequeños, otros más grandes, dos de tierra y tres de agua, ocupando el centro de la isla, de manera que todas sus partes se encontraran á igual distancia del mismo. La hizo por lo tanto inaccesible, porque entónces no se conocian ni las naves ni el arte de conducir las. Como era un dios, le fué fácil ordenar y embellecer esta nueva isla, formada en medio de la otra, haciendo que salieran del suelo dos manantiales, uno caliente y otro frio; y que produjera la tierra alimentos variados y abundantes. Tuvo sucesivamente de Clito cinco parejas de hijos, todos varones y mellizos, y los educó. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes; dió al hijo mayor de los primeros gemelos la estancia de su madre con toda la campiña circundante, que era la más vasta y la más rica de toda la isla, y le hizo rey de todos sus hermanos. Entre estos eligió jefes, y dió á cada uno de ellos el gobierno sobre un crecido número de hombres y una gran extension de territorio. Todos ellos recibieron un nombre. El hijo mayor, el rey, de quien la isla y este mar, llamado Atlántico, han tomado su nombre, por haber sido el primero que reinó en ella, fué llamado Atlas. A su hermano gemelo le tocó la extremidad de la isla, hácia las columnas de Hércules, la parte del país que se llama Gadirica, que se llamó en griego Eumeles y en la lengua indígena Gadir, donde tiene su origen el nombre de este país. Los hijos de la segunda pareja se llamaron Amferes y Euemon; los terceros, Mneseo, el mayor, y el otro Autóctono; los cuartos, Elasio el primero y el segundo Mestor; y en fin, los quintos Azaes y Diaprepes.

Estos hijos de Neptuno y sus descendientes habitaron en este país durante muchas generaciones; sometieron en estos mares otras muchas islas, y extendieron su dominacion más allá, segun hemos dicho, hasta el Egipto y la

Tirrenia. La posteridad de Atlas continuó siendo siempre muy respetada; el mayor en edad era el rey y trasmitia su autoridad al mayor de sus hijos, de suerte que conservaron el reinado en su familia durante largos años. Era tal la inmensidad de riquezas, de que eran poseedores, que ninguna familia real ha poseido ni poseerá jamás una cosa semejante. Todo lo que la ciudad y los otros países podian suministrar, todo lo tenian ellos á su disposicion.

Gracias á su poder, eran importadas muchas cosas en la isla, si bien producía ésta las que son necesarias á la vida, y por lo pronto los metales, ya fueran sólidos ó fusibles, y hasta aquel del cual sólo conocemos el nombre, pero que en la isla existia realmente, extrayéndose de mil parajes de la misma, el *oricalco* (1), que era entónces el más precioso de los metales despues del oro. La isla suministraba en abundancia todos los materiales de que tienen necesidad las artes, y mantenía un gran número de animales salvajes y domesticados, y se encontraban entre ellos muchos elefantes. Todos los animales tenían pasto abundante, lo mismo los que vivían en los pantanos, en los lagos y en los rios, como los que habitaban las montañas y llanuras, y lo mismo el elefante que los otros, á pesar de su magnitud y de su voracidad. Además de esto, todos los perfumes que la tierra produce hoy, en cualquier lugar que sea, raíces, yerbas, plantas, jugos destilados por las flores ó los frutos, se producian y criaban en la isla. Asimismo los frutos blandos (2) y los duros (3), de que nos servimos para nuestro alimento; todos aquellos con que condimentamos las viandas y que generalmente llamamos legumbres; todos estos frutos leñosos

(1) Hidrocarbonato de cobre y de zinc, conocido por los antiguos con el nombre de *oricalco*. Es verdoso, amorfo, granujiento, poco trasparente y poco duro.

(2) La vid. (Cousin.)

(3) El trigo. (Cousin.)

que nos suministran á la vez brebajes, alimentos y perfumes (1); todos esos frutos de corteza con que juegan los niños y que son tan difíciles de conservar (2); y todos los frutos sabrosos que nos servimos á los postres para despertar el apetito cuando el estómago está saciado y fatigado; todos estos divinos y admirables tesoros se producian en cantidad infinita en esta isla, que florecia entonces en algun punto á la luz del sol. Utilizando, pues, todas estas riquezas de su suelo, los habitantes construyeron templos, palacios, puertos, dársenas para las naves, y embellecieron toda la isla en la forma siguiente:

Comenzaron por echar puentes sobre los fosos circulares, que llenaba la mar, y que rodeaban la antigua metrópoli, poniendo así en comunicacion la estancia real con el resto de la isla. Muy al principio construyeron este palacio en el punto mismo donde habian habitado el dios y sus antepasados. Los reyes, al trasmitírsele, no cesaron de añadir nuevos embellecimientos á los antiguos, haciendo cada cual los mayores esfuerzos para dejar muy atrás á sus predecesores; de suerte que no se podia, sin llenarse de admiracion, contemplar tanta grandeza y belleza tanta.

A partir desde el mar abrieron un canal de tres arpentos de ancho, de cien piés de profundidad y de una extension de cincuenta estadios, que iba á parar al recinto exterior; hicieron de suerte que las embarcaciones que viniesen del mar pudiesen entrar allí como en un puerto, disponiendo la embocadura de modo que las más grandes naves pudiesen entrar sin dificultad. En los cercos de tierra, que separaban los cercos de mar, al lado de los puentes, abrieron zanjas bastante anchas, para dar paso á una trireme: y como de cada lado de estas zanjas los

(1) ¿Serán los frutos del coco? (Cousin.)

(2) Las nueces, al parecer.

diques se levantaban á bastante altura por cima del mar, unieron sus bordes con techumbre, de suerte que las naves las atravesaban á cubierto. El mayor cerco, el que comunicaba directamente con el mar, tenia de ancho tres estadios, y el de tierra contiguo tenia las mismas dimensiones. De los dos cercos siguientes, el del mar tenia dos estadios de ancho, y el de tierra tenia las mismas dimensiones que el precedente. En fin, el que rodeaba inmediatamente la isla interior, tenia de ancho un estadio solamente. En cuanto á la isla interior misma, donde se ostentaba el palacio de los reyes, su diámetro era de cinco estadios. El ámbito de esta isla, los recintos y el puerto de los tres arpentos de ancho, todo estaba revestido en derredor con un muro de piedra. Construyeron torres y puertas á la cabeza de los puentes y á la entrada de las bóvedas, por donde pasaba el mar. Para llevar á cabo todas estas diversas obras, arrancaron alrededor de la isla interior y en cada lado de las murallas, piedras blancas, negras y encarnadas. Arrancando así aquí y allá, abrieron en el interior de la isla dos receptáculos profundos, que tenian la misma roca por techo. De estas construcciones, unas eran sencillas; otras, formadas de muchas especies de piedras y agradables á la vista, tenian todo el buen aspecto de que eran naturalmente capaces. Cubrieron de bronce, á manera de barniz, el muro del cerco exterior en toda su extension; de estaño, el segundo recinto; y la Acrópolis misma, de *oricalco*, que relumbraba como el fuego. En fin, ved cómo construyeron el palacio de los reyes en el interior de la Acrópolis.

En medio se levantaba el templo consagrado á Clito y á Neptuno, lugar imponente, rodeado de un muro de oro, donde en otro tiempo habian ellos engendrado y dado á luz los diez jefes de las dinastías reales. A este sitio concurrían todos los años de las diez provincias del imperio á ofrecer á estas dos divinidades las primicias de los frutos de la

tierra. El templo sólo tenía un estadio de longitud, tres arpentos de anchura, y una altura proporcionada; en su aspecto había un no sé qué de bárbaro. Todo el exterior, estaba revestido de plata, fuera de los extremos, que eran de oro. Por dentro, la bóveda, que era toda de marfil, estaba adornada de oro, plata y *oricalco*. Los muros, las columnas, los pavimentos, estaban revestidos de marfil. Se veían estatuas de oro, siendo de notar la del dios (1), de pié sobre su carro, conduciendo seis corceles alados, tan alto, que su cabeza tocaba á la bóveda del templo, y rodeado de cien nereidas sentadas sobre del-fines. Se creía entónces, que tal era el número de estas divinidades. A esto se agregaban un gran número de es-tatuas, que eran ofrendas hechas por particulares. Alre-dedor del templo, en la parte exterior, estaban colocadas las estatuas de oro de todas las reinas y de todos los reyes descendientes de los diez hijos de Neptuno, así como otras mil ofrendas de reyes y de particulares, ya de la ciudad, ya de países extranjeros, reducidos á la obediencia. Por su grandeza y por su trabajo, el altar estaba en ar-monía con estas maravillas; y el palacio de los reyes era tal cual convenia á la extension del imperio y á los or-namentos del templo. Dos fuentes, una caliente, otra fria, abundantes é inagotables, gracias á la suavidad y á la vir-tud de sus aguas satisfacian admirablemente todas las ne-cesidades; en las cercanías de las casas se encontraban árboles, que mantenian la frescura; depósitos de agua á cielo abierto, y otros cubiertos con su techumbre para to-mar baños calientes en invierno, aquí los de los reyes, allí los de los particulares, en otra parte los de las mujeres; y otros, en fin, destinados á caballos y en general á las bes-tias de carga, adornados todos y decorados segun su des-tino. El agua, que salia de aquí, iba á regar el bosque de

(1) Neptuno.

Neptuno, donde árboles de una magnitud y de una belleza en cierta manera divina se ostentaban sobre un terreno fértil y vegetal; y pasaba despues á los cercos exteriores por acueductos abiertos en la direccion de los puentes. Numerosos templos, consagrados á varias divinidades; muchos jardines; gimnasios para los hombres; hipódromos para los caballos; todo esto habia sido construido en cada uno de los cercos ó murallas (1) que formaban como islas. Era de notar, sobre todo en el centro de la mayor de estas islas, un hipódromo de un estadio de largo, que en su longitud abrazaba toda la vuelta de la isla, y donde se presentaba vasto campo para la carrera de los caballos y para la lucha. A derecha é izquierda habia cuarteles destinados á la mayor parte de la gente armada; las tropas, que inspiraban más confianza, se alojaban en la más pequeña de las murallas, que era tambien la más próxima á la Acrópolis; y en fin, la tropa de más confianza vivia en la Acrópolis misma cerca de los reyes. Las dársenas para las naves estaban llenas de triremes y de todos los aparatos que reclaman estas embarcaciones; y estaba todo en perfecto orden.

Hé aquí cómo estaba dispuesto todo alrededor del palacio de los reyes. Más allá, y á la parte exterior de los tres puertos, un muro circular comenzaba en el mar, seguia el curso del mayor cerco y del mayor puerto á una distancia de cincuenta estadios, y volvia al mismo punto, para formar la embocadura del canal situado hácia el mar. Multitud de habitaciones, próximas las unas á las otras, llenaban este intervalo; el canal y el puerto rebosaban de embarcaciones y mercaderes, que llegaban de todas las partes del mundo, y de esta muchedumbre nacia dia y noche un ruido de voces y un tumulto continuos.

Creo haber referido fielmente en este momento lo que cuenta la tradicion sobre esta ciudad, antigua estancia de

(1) De tierra, separados por cercos de agua ó fosos.

los reyes. Ahora necesito exponer lo que la naturaleza hizo en el resto de este país, y las bellezas que le añadió el arte.

Por lo pronto, se dice que el suelo estaba muy elevado sobre el nivel del mar, y las orillas de la isla cortadas á pico; que alrededor de la ciudad se extendía una llanura que la rodeaba, y que esta misma estaba rodeada de montañas, que se prolongaban hasta el mar; que esta llanura era plana y uniforme y prolongada, y que tenía de un lado tres mil estadios, y del mar al centro más de dos mil. Esta parte de la isla miraba al Mediodía, y no tenía nada que temer de los vientos del Norte. Eran objeto de alabanza las montañas que formaban como una cintura, y excedían en número, en grandor y en belleza á todas las que se conocen hoy día. Abrazaban ricas y populosas poblaciones, rios, lagos, praderías, donde los animales salvajes y domesticados encontraban un abundante alimento, así como encerraban numerosos y vastos bosques, donde las artes encontraban materiales de toda especie para obras de todas clases.

Tal era esta llanura, gracias á los beneficios de la naturaleza y á los trabajos de gran número de reyes durante un largo trascurso de tiempo. Tenía la forma de un cuadrilongo recto y prolongado, y si faltaban estas condiciones en algun punto, esta irregularidad había sido corregida al trazar el foso que la rodeaba. En cuanto á la profundidad, anchura y longitud de este foso es difícil creer lo que se cuenta, cuando se trata de un trabajo hecho por la mano del hombre, y si se compara con las demás obras del mismo género; sin embargo, es preciso que os repita lo que he oído decir. Estaba abierto hasta la profundidad de un arpeno; tenía de ancho un estadio, rodeaba toda la llanura, y no tenía de largo ménos de diez mil estadios. Recibía todos los cáuces de agua, que se precipitaban de las montañas, rodeaba la llanura, tocaba

en la ciudad por sus dos extremidades, y de allí iba á desembocar en el mar. Del borde superior de este foso, partian otros de cien piés de ancho, que cortaban la llanura en línea recta y volvian al mismo foso, al aproximarse al mar; estos fosos particulares distaban entre sí cien estadios. Para trasportar por agua las maderas de las montañas y los diversos productos de cada estacion á la ciudad, hicieron que los fosos comunicaran entre sí y con la ciudad misma por medio de canales abiertos trasversalmente. Notad que la tierra daba dos cosechas por año, porque era regada en invierno por las lluvias de Júpiter, y en verano era fecundada por el agua de los estanques.

El número de soldados, con que debian contribuir los habitantes de la llanura que estuvieran en estado de llevar las armas, se habia fijado de esta manera. Cada division territorial, debia elegir un jefe. Cada division tenia una extension de cien estadios, y habia sesenta mil de estas divisiones. En cuanto á los habitantes de las montañas y de las otras partes del país, la tradicion cuenta que eran infinitos en número; fueron distribuidos, segun las localidades y las poblaciones, en divisiones semejantes, cada una de las que tenia un jefe. El jefe debia suministrar, en tiempo de lucha la sexta parte de un carro de guerra, de manera que se reunieran diez mil; dos caballos con sus jinetes, un tiro de caballos, sin carro; un combatiente armado con un pequeño broquel; un jinete para conducir dos caballos; infantes pesadamente armados, arqueros, honderos, dos de cada especie; soldados armados á la ligera ó con piedras ó con azagayas, tres de cada especie; cuatro marinos para maniobrar en una flota compuesta de mil doscientas naves. Tal era la organizacion de las fuerzas militares en la ciudad real. Respecto á las otras nueve provincias, cada una tenia la suya, y nos extenderiamos demasiado, si habláramos de ello.

En cuanto al gobierno y á la autoridad, hé aquí el ór-

den que se estableció desde el principio. Cada uno de los diez reyes tenia en la provincia, que le habia correspondido y en la ciudad en que residia, todo el poder sobre los hombres y sobre la mayor parte de las leyes, imponiendo penas y la muerte á su capricho. En cuanto al gobierno general y á las relaciones de los reyes entre sí, las órdenes de Neptuno eran su regla. Estas órdenes les habian sido trasmitidas en la ley soberana; los primeros de ellos las habian gravado en una columna de oricalco, levantada en medio de la isla en el templo de Neptuno. Los diez reyes se reunian sucesivamente el quinto año y el sexto, alternando los números par é impar. En estas asambleas discutian los intereses públicos, averiguaban si se habia cometido alguna infraccion legal, y daban sus resoluciones. Cuando tenian que dictar un fallo, ved como se aseguraban de su fe recíproca.

Despues de dejar en libertad algunos toros en el templo de Neptuno, los diez reyes quedaban solos y suplicaban al dios, que escogiera la víctima que fuese de su agrado, y comenzaban á perseguirlos sin otras armas que palos y cuerdas. Luego que cogian un toro, le conducian á la columna y le degollaban sobre ella en la forma prescrita. Además de las leyes estaba inscripto en esta columna un juramento terrible é imprecaciones contra el que las violase. Verificado el sacrificio y consagrados los miembros del toro segun las leyes, los reyes derramaban gota á gota la sangre de la víctima en una copa, arrojaban lo demás en el fuego, y purificaban la columna. Sacando en seguida sangre de la copa con un vaso de oro, y derramando una parte de su contenido en las llamas, juraban juzgar segun las leyes escritas en la columna, castigar á quien las hubiere infringido, hacerlas observar en lo sucesivo con todo su poder, y no gobernar ellos mismos ni obedecer al que no gobernase en conformidad con las leyes de su padre. Despues de haber pronunciado

estas promesas y juramentos por sí y por sus descendientes; despues de haber bebido lo que quedaba en los vasos y haberlos depositado en el templo del dios, se preparaban para el banquete y otras ceremonias necesarias. Llegada la sombra de la noche y extinguido el fuego del sacrificio, despues de vestirse con trajes azulados y muy preciosos, y de haberse sentado en tierra al pié de los últimos restos del sacrificio, cuando el fuego estaba extinguido en todos los puntos del templo, dictaban sus juicios ó eran ellos juzgados, si alguno habia sido acusado de haber violado las leyes. Dictados estos juicios, los inscribian, al volver de nuevo el dia, sobre una tabla de oro, y la colgaban con los trajes en los muros del templo, para que fueran como recuerdos y advertencias.

Además habia numerosas leyes particulares relativas á las atribuciones de cada uno de los reyes. Las principales eran: no hacerse la guerra los unos á los otros; prestarse recíproco apoyo en el caso de que alguno de ellos intentase arrojar á una de las razas reales de sus Estados; deliberar en comun, á ejemplo de sus antepasados, sobre la guerra y los demás negocios importantes, dejando el mando supremo á la raza de Atlas. El rey (1) no podia condenar á muerte á ninguno de sus parientes (2), sin el consentimiento de la mayoría absoluta de los reyes.

Tal era el poder, el formidable poder, que en otro tiempo se creó en este país, y que la divinidad, segun la tradicion, volvió contra el nuestro por la razon siguiente.

Durante muchas generaciones, mientras se conservó en ellas algo de la naturaleza del dios á que debian su ori-

(1) Es decir, el que tenia el mando supremo, el rey de los reyes.

(2) Es decir, los otro nueve reyes.

gen, los habitantes de la Atlántida obedecieron las leyes que habian recibido y respetaron el principio divino, que era comun á todos. Sus pensamientos eran conformes á la verdad y de todo punto generosos; se mostraban llenos de moderacion y de sabiduría en todas las eventualidades, como igualmente en sus mútuas relaciones. Por esta razon, mirando con desden todo lo que no es la virtud, hacian poco aprecio de los bienes presentes, y consideraban naturalmente como una carga el oro, las riquezas y las ventajas de la fortuna. Léjos de dejarse embriagar por los placeres, de abdicar el gobierno de sí mismos en manos de la fortuna, y de hacerse juguete de las pasiones y del error, sabian perfectamente que todos los demás bienes acrecen cuando están de acuerdo con la virtud; y que, por el contrario, cuando se los busca con demasiado celo y ardor perecen, y la virtud con ellos. Mientras los habitantes de la Atlántida razonaban de esta manera, y conservaron la naturaleza divina de que eran partícipes, todo les salia á satisfaccion, como ya hemos dicho. Pero cuando la esencia divina se fué aminorando por la mezcla continúa con la naturaleza mortal; cuando la humanidad la superó en mucho; entónces, impotentes para soportar la prosperidad presente, degeneraron. Los que saben penetrar las cosas, comprendieron que se habian hecho malos y que habian perdido los más preciosos de todos los bienes; y los que no eran capaces de ver lo que constituye verdaderamente la vida dichosa, creyeron que habian llegado á la cima de la virtud y de la felicidad, cuando estaban dominados por una loca pasion, la de aumentar sus riquezas y su poder.

Entónces fué cuando el dios de los dioses, Júpiter, que gobierna segun las leyes de la justicia y cuya mirada distingue por todas partes el bien del mal, notando la depravacion de un pueblo ántes tan generoso, y queriendo castigarle para atraerle á la virtud y á la sabidu-

ría, reunió todos los dioses en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y teniéndolos así reunidos, les habló de esta manera.
.

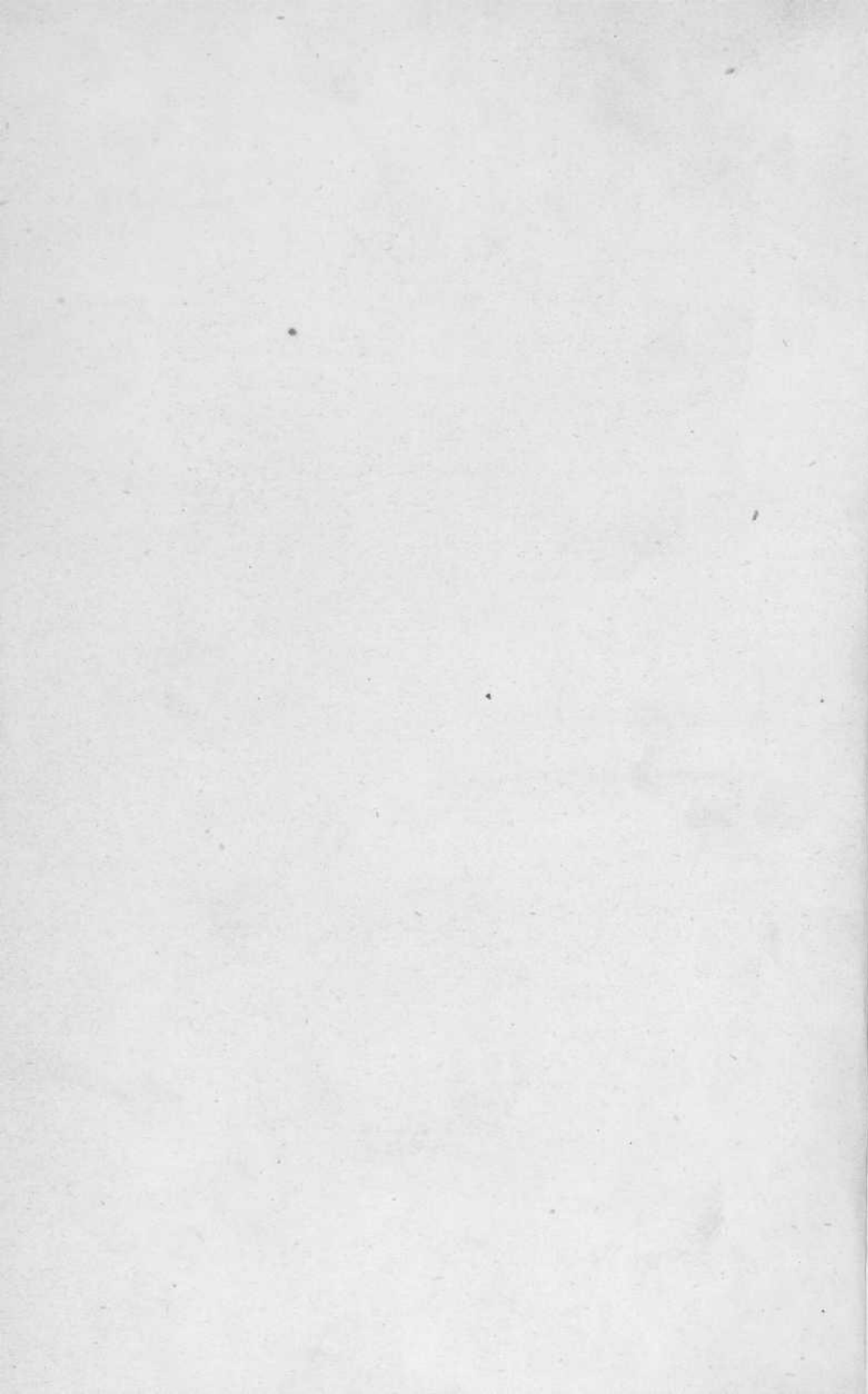
FIN DEL TOMO VI.

ÍNDICE

DE LAS

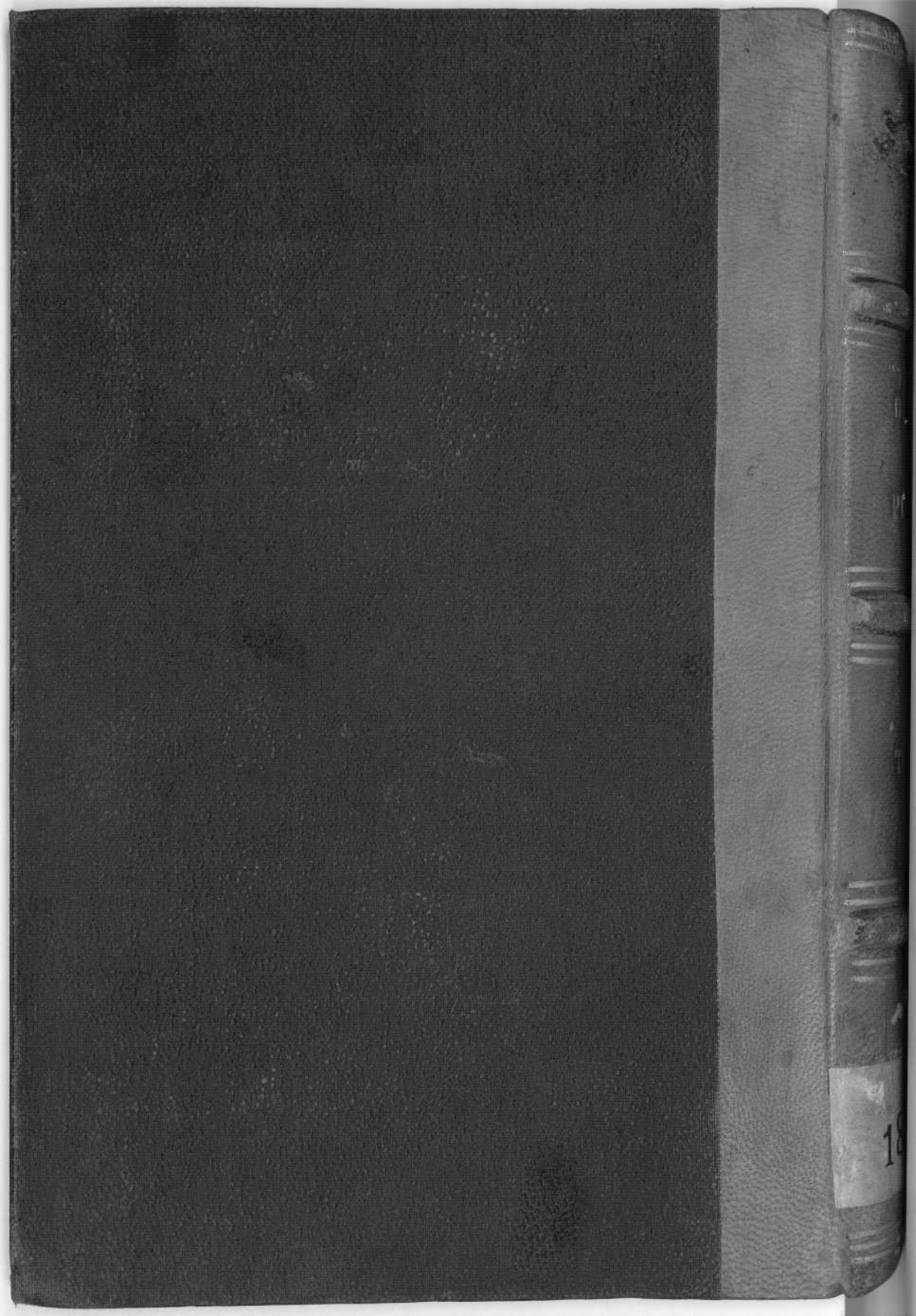
MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>PÁGINAS.</u>
Argumento del Político.....	9
El Político.....	17
Argumento del Timeo.....	131
Timeo.....	147
Argumento del Critias.....	267
Critias.....	269









OBRA
DE
PLATON.

TOMO 3

1836